AGATHA CHRISTIE

EL PUDDING DE NAVIDAD

Selecciones de Biblioteca Oro

El robo de una joya perteneciente a la Corona de un estado oriental y el hallazgo de un cadáver en un antiguo cofre español son el punto de partida de dos relatos que ponen de manifiesto, una vez más, la legendaria sagacidad de Hércules Poirot para descubrir siempre al autor del delito.

En El pudding de Navidad, un príncipe oriental inicia en Londres un romance con una muchacha de dudosa reputación, a la que regalará un rubí emblemático de las tradiciones de su país. Pronto la joven y la gema desaparecen y, para evitar el escándalo, son requeridos los servicios de Hércules Poirot.

Este volumen incluye los siguientes relatos:

· El pudding de Navidad *(The Adventure of the Christmas Pudding)*

· El misterio del cofre español *(The Mystery of the Spanish Chest)*

· El inferior *(The Under Dog)*

· La tarta de zarzamoras *(Four and Twenty Blackbirds)*

· El sueño *(The Dream)*

· La locura de Greenshaw *(Greenshaw's Folly)*

Agatha Christie

El pudding de Navidad

Hércules Poirot - 35

ePub r1.1
Titivillus 10.06.16

Título original: *Christmas Pudding*
Agatha Christie, 1960
Traducción: Stella de Cal
Ilustración de portada: Tom Adams
Retoque de cubierta: Poe

Editor digital: Titivillus
Primer editor: IronManu (EPG r1.0) & Poe (EPL r1.0)
ePub base r1.2

El pudding de Navidad

1

—Lamento enormemente… —empezó Hércules Poirot.

Le interrumpieron. No con brusquedad sino suave y hábilmente, con ánimo de persuadirle.

—Por favor, monsieur Poirot, no se niegue usted sin considerarlo antes. El asunto tendría consecuencias graves para la nación. Su colaboración sería muy apreciada en las altas esferas.

—Es usted muy amable —Hércules Poirot agitó una mano en el aire. Pero, de verdad, me es imposible comprometerme a hacer lo que me pide. En esta época del año…

El señor Jesmond volvió a interrumpirle con su suave tono de voz.

—Navidad… —dijo—. Unas Navidades a la antigua usanza en el campo inglés.

Poirot se estremeció. La idea del campo inglés en aquella época del año no le atraía.

—¡Unas auténticas Navidades a la antigua usanza! —recalcó el señor Jesmond.

—Yo… no soy inglés. En mi país la Navidad es una fiesta para los niños. Año Nuevo; eso es lo que nosotros celebramos.

—¡Ah! Pero la Navidad de Inglaterra es una gran institución y yo le aseguro que en ningún sitio podría verla mejor que en Kings Lacey. Le advierto que es una casa maravillosa, muy antigua. Una de las alas data del siglo XIV…

Poirot se estremeció de nuevo. La idea de una casa solariega inglesa del siglo XIV le daba escalofríos. Lo había pasado muy mal

en Inglaterra en las históricas casas solariegas. Pasó la mirada con aprobación por su piso moderno y confortable, provisto de radiadores y de los últimos inventos destinados a evitar la menor corriente de aire.

—En invierno —dijo con firmeza— no salgo nunca de Londres.

—Me parece, monsieur Poirot, que no acaba de darse cuenta de la gravedad de este asunto.

El señor Jesmond miró al joven que le acompañaba y luego se quedó contemplando a Poirot.

Hasta entonces, el más joven de los visitantes se había limitado a decir en actitud muy correcta y etiquetera: «¿Cómo está usted?». Se hallaba sentado, mirando a sus relucientes zapatos y una expresión de profundo desaliento se reflejaba en su cara color café. Aparentaba unos veintitrés años, y saltaba a la vista que se sentía desgraciadísimo.

—Sí, sí —dijo Poirot—. Claro que el asunto es grave. Lo comprendo perfectamente. Su Alteza tiene todas mis simpatías.

—La situación es de lo más delicada —asintió el señor Jesmond.

Poirot volvió la mirada al hombre de más edad. Si hubiera que describir al señor Jesmond con una sola palabra, ésta hubiera sido «discreción». Todo en él era discreto: su ropa de buen corte, pero nada llamativa, su voz agradable y educada, que casi nunca salía de su grata monotonía, su cabello castaño claro, que empezaba a escasear en las sienes, su rostro pálido y serio. A Hércules Poirot le parecía que había conocido en su vida no uno, sino una docena de señores Jesmond, y todos acababan por decir, más tarde o más temprano, la misma frase: «La situación es de lo más delicada».

—Le advierto que la policía puede actuar con gran discreción —sugirió Poirot.

El señor Jesmond meneó la cabeza con energía.

—Nada de policía —hijo—. Para recuperar la… ¡ejem!, lo que queremos recuperar, sería casi inevitable iniciar procedimiento criminal… ¡y sabemos tan poco! *Sospechamos*, pero *no sabemos*.

—Tienen ustedes todas mis simpatías —volvió a decir Poirot.

Si creía que su simpatía iba a importarles algo a sus dos visitantes, estaba equivocado. No querían simpatía sino ayuda práctica. El señor Jesmond empezó a hablar de nuevo de la Navidad inglesa.

—La celebración de la Navidad, como se entendía en otros tiempos, está ya desapareciendo. Hoy en día la gente se va a pasarla a los hoteles. Pero una Navidad inglesa a la antigua usanza, con toda la familia reunida, las medias de los regalos de los niños, el árbol de Navidad, el pavo y el *pudding* de ciruelas, los *crakers*[1]. El muñeco de nieve junto a la ventana…

Hércules Poirot quiso ser exacto e intervino.

—Para hacer un muñeco de nieve —observó con severidad— hace falta nieve. Y no puede uno tener nieve de encargo, ni siquiera para una Navidad a la inglesa.

—He estado hablando hoy precisamente con un amigo mío del observatorio meteorológico —dijo el señor Jesmond— y me ha dicho que es muy probable que *nieve* estas Navidades.

No debió haber dicho semejante cosa. Hércules Poirot se estremeció con mayor violencia.

—¡Nieve en el campo! —dijo—. Eso sería aún más abominable. Una casa solariega de piedra, grande y fría.

—Nada de eso. Las casas han cambiado mucho en los últimos diez años. Tienen calefacción central de petróleo.

—¿De veras hay calefacción central de petróleo en Kings Lacey? —por vez primera, parecía vacilar.

El otro se apresuró a aprovechar la oportunidad.

—Claro que la tienen —dijo—, y también agua caliente. Hay radiadores en todas las habitaciones. Le aseguro a usted, querido monsieur Poirot, que Kings Lacey en invierno es en extremo confortable. Puede que hasta le parezca que en la casa hace *demasiado* calor.

—Eso es muy improbable.

Con la habilidad de la práctica, el señor Jesmond cambió de tema.

—Comprenderá usted que nos encontramos en una situación muy difícil —dijo en tono confidencial.

Hércules Poirot asintió con un movimiento de cabeza. El problema, desde luego, era desagradable. El único hijo y heredero del soberano de un nuevo e importante Estado había llegado a Londres unas semanas antes. Su país había pasado por una etapa de inquietud y de descontento. Aunque leal al padre, que se había conservado plenamente oriental, la opinión popular tenía ciertas

dudas respecto al hijo. Sus locuras habían sido típicamente occidentales y, como tales, habían merecido la desaprobación del pueblo.

Sin embargo, acababan de ser anunciados sus esponsales. Iba a casarse con una joven de su misma sangre que, aunque educada en Cambridge, tenía buen cuidado de no mostrar en su país influencias occidentales. Se anunció la fecha de la boda y el joven príncipe había ido a Inglaterra, llevando consigo algunas de las famosas joyas de su familia, para que Cartier las reengarzara y modernizara. Entre las joyas había un rubí muy famoso extraído de un collar antiguo, recargado, y al que los famosos joyeros habían dado un aspecto nuevo. Hasta aquí todo iba bien, pero luego habían empezado las complicaciones. No podía esperarse que un joven tan rico y amigo de diversiones no cometiera alguna locura. Nadie se lo había censurado, porque todo el mundo espera que los príncipes jóvenes se diviertan. El que el príncipe llevara a su amiga de turno a dar un paseo por Bond Street y le regalara una pulsera de esmeraldas o un clip de brillantes, en prueba de agradecimiento por su compañía, hubiera sido la cosa más natural, y en cierta manera comparable a los «Cadillac» que su padre ofrecía invariablemente a su bailarina favorita del momento.

Pero el príncipe había llevado su indiscreción mucho más lejos. Halagado por el interés de la dama, le había mostrado el famoso rubí en su nuevo engaste, cometiendo la imprudencia de acceder a su deseo de dejárselo lucir, sólo una noche.

El final había sido corto y triste. La dama se había retirado de la mesa donde estaban cenando para empolvarse la nariz. Pasó el tiempo y la señora no volvió. Había salido del establecimiento por otra puerta y se había esfumado. Lo grave y triste del caso era que el rubí, en su nuevo engaste, también había desaparecido con ella.

Éstos eran los hechos, que de hacerse públicos traerían las más desastrosas consecuencias. El rubí no era una joya como otra cualquiera, sino una prenda histórica de gran valor y, de conocerse las circunstancias de su desaparición, las consecuencias políticas serían gravísimas.

El señor Jesmond no era capaz de expresar estos hechos en lenguaje sencillo. Lo envolvió en complicada verbosidad. Hércules Poirot no sabía con exactitud quién era el señor Jesmond. Había

encontrado muchos señores Jesmond en el transcurso de su profesión. No se especificó si tenía relación con el Ministerio del Interior, con el Ministerio de Asuntos Exteriores o con alguna rama más discreta del servicio público. Obraba en interés de la Comunidad Británica. Había que recuperar el rubí.

Insistió con delicadeza que monsieur Poirot era el hombre indicado para recuperarlo.

—Quizá… sí, puede que sí —concedió Hércules Poirot—. Pero me dice usted tan poco… Sugestiones, sospechas… no es mucho eso para basarse.

—¡Vamos, monsieur Poirot, no me diga que es demasiado para usted! ¡Vamos, vamos!

—No siempre tengo éxito.

Pero esto no era más que falsa modestia. El tono de voz de Poirot dejaba entrever claramente que para él encargarse de una misión era casi sinónimo de finalizarla con éxito.

—Su Alteza es muy joven —advirtió el señor Jesmond—. Sería muy triste que toda su vida quedase arruinada por una simple indiscreción de juventud.

Poirot miró con expresión de benevolencia al alicaído joven.

—Es la época de hacer locuras, cuando se es joven —dijo en tono alentador—, y para un hombre corriente no tiene la misma importancia. El buen papá paga, el abogado de la familia desenreda el embrollo, el joven aprende con la experiencia y todo termina bien. En una posición como la suya es muy grave. Su próximo matrimonio…

—Eso es. Eso mismo —eran las primeras palabras que salían con fluidez de la boca del joven—. Ella es una persona muy seria. Toma la vida demasiado en serio. Ha adquirido en Cambridge ideas muy serias. «Se habrá de educar a mi país». «Habrá que dotarles de escuelas». «Han de hacerse muchas cosas allí». Todo ello en nombre del progreso, ¿me entiende?, de la democracia. No va a ser, dice, como en tiempos de mi padre. Naturalmente, sabe que tengo que divertirme, pero sin escándalo. ¡Escándalo, no! Es el escándalo lo que importa. Este rubí es muy famoso, ¿entiende? Tiene una larga historia tras él. ¡Mucha sangre derramada, muchas muertes!

El señor Jesmond asintió haciendo un ademán con la cabeza.

—Muertes —murmuró Poirot, pensativo. Miró al señor Jesmond

y añadió—: Esperemos que la cosa no llegue a esos extremos.

El señor Jesmond hizo un ruido extraño, parecido al de una gallina que hubiera decidido poner un huevo y luego cambiara de idea.

—No, no; claro que no —dijo con mucha compostura—. Estoy seguro de que no habrá nada de eso, ninguna necesidad de…

—No puede usted estar seguro. Sea quien fuere el que posea el rubí en este momento, puede que haya otros deseosos de apropiárselo y que no se detengan ante pequeñeces, amigo mío.

—De verdad creo innecesario —dijo el señor Jesmond, con mayor compostura aún— que nos metamos en especulaciones de esa clase. Son completamente inútiles.

Poirot pareció de pronto mucho más extranjero al responder:

—Yo considero todas las contingencias, como los políticos.

El señor Jesmond le miró, confuso. Recobrándose, dijo:

—Bueno, entonces decidido, ¿no es así, monsieur Poirot? ¿Va a ir usted a Kings Lacey?

—¿Y cómo explico mi presencia allí? —preguntó Hércules Poirot.

El señor Jesmond sonrió aliviado.

—Eso creo que podrá arreglarse muy fácilmente —dijo—. Le aseguro que arreglaremos las cosas para que su visita no suscite la más mínima sospecha. Verá usted lo encantadores que son los Lacey. Una pareja agradabilísima.

—¿Y no me engaña usted respecto a la calefacción central de petróleo?

—¡No, no, cómo voy a engañarle! —el señor Jesmond parecía muy dolido—. Le aseguro que encontrará usted allí toda clase de comodidades.

—*Tout confort moderno* —murmuró Poirot para sí, recordando—. Eh bien —dijo, decidiéndose—, acepto.

1

En el largo salón de Kings Lacey se disfrutaba una agradable temperatura de veinte grados. Poirot estaba hablando allí con la

señora Lacey, junto a una de las grandes ventanas provistas de parteluces. La señora estaba entretenida con una labor. No hacía *petit point* ni bordaba flores en seda, sino que se dedicaba a la prosaica tarea de bastillar unos paños de cocina. Mientras cosía, hablaba con una voz suave y reflexiva que Poirot encontraba muy atractiva.

—Espero que disfrute con nuestra reunión de Navidad, monsieur Poirot. Sólo la familia. Mi nieta, un nieto, un amigo del chico, Bridget, mi sobrina nieta, Diana, una prima, y David Welwyn, un viejo amigo nuestro. Una reunión de familia nada más, pero Edwina Morecombe dijo que eso era precisamente lo que usted quería ver: unas Navidades a la antigua usanza. No podría encontrar más a propósito que nosotros. Mi marido está completamente sumergido en el pasado. Quiere que todo siga exactamente igual a como estaba cuando él era un chiquillo de doce años y venía a pasar aquí sus vacaciones —sonrió para sí—. Las mismas cosas de siempre: el árbol de Navidad, las medias colgadas; la sopa de ostras, el pavo…, dos pavos, uno cocido y uno asado, y el *pudding* de ciruela, con el anillo, el botón de soltero y demás… No podemos meter en el *pudding* monedas de seis peniques porque ya no son de plata pura. Pero sí las golosinas de siempre: las ciruelas de Elvas y de Carlsbad, las almendras, las pasas, las frutas escarchadas y el jengibre. ¡Oh, perdón, parezco un catálogo de Fortnum y Mason!

—Está usted excitando mis jugos gástricos, señora.

—Supongo que mañana por la noche sufriremos todos una indigestión espantosa. No está uno acostumbrado a comer tanto en estos tiempos, ¿verdad que no?

La interrumpieron unos gritos y carcajadas procedentes del exterior, junto a la ventana. La señora Lacey echó una ojeada.

—No sé qué es lo que están haciendo ahí fuera. Estarán jugando a algo. Siempre he tenido mucho miedo de que la gente joven se aburra con nuestras Navidades. Pero nada de eso; todo lo contrario. Mis hijos y sus amigos solían mostrarse displicentes con nuestro modo de celebrar la Navidad. Decían que era una tontería, que armábamos demasiados barullo, y que era mucho mejor ir a un hotel a bailar. Pero la nueva generación parece que encuentra todo esto de lo más atractivo. Además —añadió con sentido común— los colegiales siempre tienen hambre, ¿no le parece? Yo creo que en los

internados los deben tener a dieta. Todos sabemos que un chiquillo de esa edad come aproximadamente tanto como tres hombres fuertes.

Poirot se rio y dijo:

—Han sido muy amables, tanto usted como su marido, al incluirme a mí en su reunión de familia.

—¡Pero si estamos encantados! —le aseguró la señora Lacey—. Y si le parece que Horace se muestra poco afectuoso, no se preocupe, pues es su temperamento.

Lo que su marido el coronel Lacey, había hecho en realidad era muy distinto:

—No comprendo por qué quieres que uno de esos condenados extranjeros venga a fastidiar la Navidad. ¿Por qué no le invitamos en otra ocasión? No trago a los extranjeros. ¡Ya sé, ya sé! Edwina Morecombe quería que lo invitáramos. Me gustaría saber qué tiene esto que ver con *ella*. ¿Por qué no le invita *ella* a pasar las Navidades en su casa?

—Porque sabes muy bien que Edwina va siempre al Claridge —había dicho la señora Lacey. Su marido le había dirigido una mirada suspicaz.

—No estarás tramando algo, ¿verdad, Em? —preguntó.

—¿Tramando algo? —Em le miró abriendo mucho sus ojos de un azul intenso—. ¡Qué cosas dices! ¿Qué quieres que esté tramando?

El anciano coronel Lacey se rio, con una risa profunda y retumbante.

—Te creo muy capaz, Em —dijo—. Cuando pones esa expresión tan inocente es que estás tramando algo.

Dando vueltas a estas cosas en su cabeza, la señora Lacey se dirigió de nuevo a Poirot.

—Edwina dijo que quizá pudiera usted ayudarnos… La verdad es que no veo cómo va a poder hacerlo, pero dijo que unos amigos suyos habían encontrado en usted una gran ayuda en un… en un caso parecido al nuestro. Es… a lo mejor no sabe usted de qué estoy hablando.

Poirot la alentó con la mirada. La señora Lacey se acercaba a los setenta. Su figura aún era esbelta y tenía el cabello blanquísimo, mejillas rosadas, ojos azules, una nariz ridícula y una barbilla

voluntariosa.

—Si en algo puede ayudar, sería para mí un gran placer el hacerlo —dijo Poirot—. Tengo entendido que se trata de una joven que se ha enamorado locamente de un hombre que no le conviene en absoluto.

La señora Lacey hizo un movimiento de cabeza afirmativo.

—Sí. Me resulta rarísimo el… bueno, el hablar con usted de esto. Después de todo, usted es completamente un desconocido para nosotros…

—Y soy extranjero —añadió Poirot, en actitud comprensiva.

—Sí, pero puede que eso haga que, en cierto modo, resulte más fácil. Bueno, el caso es que Edwina cree que es posible que sepa usted algo…, ¿cómo diría yo?, algo útil acerca de ese joven Desmond Lee-Wortley.

Poirot se paró un momento a admirar la habilidad del señor Jesmond y la facilidad con que se había servido de lady Morecombe para conseguir sus fines.

—Ese joven, según tengo entendido, no goza de muy buena reputación —empezó con cuidado.

—¡No, desde luego que no! ¡Tiene una fama espantosa! Pero eso no supone nada para Sarah. Nunca sirve de nada el decirles a las muchachas que los hombres tienen mala fama, ¿no cree? Sólo sirve para incitarles más.

—Tiene usted muchísima razón asintió Poirot.

—En mi juventud —continuó la señora Lacey—. (¡Ay, Dios mío, qué lejos está todo eso!), solían ponernos en guardia contra ciertos jóvenes y, naturalmente, eso aumentaba nuestro interés por ellos y si podíamos agenciárnoslas para bailar o estar a solas con ellos en un invernadero oscuro… —se rio—. Por eso no consentí que Horace hiciera nada de lo que se proponía llevar a cabo.

—Dígame exactamente qué es lo que la preocupa —dijo Poirot.

La señora Lacey se mostraba comunicativa.

—A nuestro hijo lo mataron en la guerra. Mi nuera murió al nacer Sarah, de modo que la niña ha estado siempre con nosotros. Puede que la hayamos educado mal, no lo sé. Pero nos pareció que debíamos darle la mayor libertad posible.

—Me parece una actitud muy prudente —dijo Poirot—. No se puede ir contra los tiempos.

—No es lo que yo siempre he pensado. Y, naturalmente, las chicas de hoy hacen esas cosas.

Poirot la miró interrogante.

—Creo que la mejor manera de expresarlo —dijo la señora Lacey — es decir que Sarah se ha mezclado con los que llaman tipos de café. No quiere ir a bailes, ni ser presentada en sociedad ni nada de eso. Tiene dos habitaciones bastante desagradables en Chelsea, junto al río; va vestida con esa ropa rara que les gusta llevar y con medias negras o verde vivo, unas medias muy gruesas (¡con lo que pican!), y anda por ahí sin lavarse ni peinarse.

—*Ça c'est tout a fait naturel* —murmuró Poirot—. Es la moda del momento. Más adelante se les pasa.

—Sí, ya lo sé —dijo la señora Lacey—. Eso no me preocuparía. Pero se va exhibiendo por ahí con ese Desmond Lee-Wortley, que la verdad, tiene una reputación de lo más desagradable. Puede decirse que vive de las chicas ricas. Parece ser que se vuelven locas por él. Estuvo a punto de casarse con la chica de Hope, pero la familia de ella se la encomendó a un tribunal o algo así. Y, naturalmente, eso es lo que Horace quiere hacer. Dice que tiene que hacerlo para protegerla. Pero a mí no me parece que sea una buena idea, monsieur Poirot. Quiero decir que se escaparían juntos y se irían a Escocia, a Irlanda, a la Argentina o a donde fuera y se casarían allí o vivirían juntos sin casarse. Y aunque eso suponga un desacato al tribunal y todo eso… en resumidas cuentas no sirve para nada, ¿no le parece? Sobre todo si viene un niño. Entonces uno tiene que dejarlos que se casen. Y después, al cabo de uno o dos años, casi siempre acaban divorciándose. Luego la chica vuelva a casa y, después de uno o dos años, suele casarse con un muchacho que de puro bueno resulta aburrido y sienta cabeza. Pero es muy triste, sobre todo si hay un niño, porque no es lo mismo ser criado por un padrastro, por bueno que sea. No, yo creo que era mucho mejor como lo hacíamos en mi juventud. Nuestro primer amor era siempre un muchacho indeseable… vaya, ¿cómo se llamaba? ¡Qué extraño, no puedo acordarme de su nombre de pila! El apellido era Tibbitt. Naturalmente, mi padre casi llegó a prohibirle la entrada en casa, pero solían invitarle a los mismos bailes que a mí y bailábamos juntos. Algunas veces nos escapábamos del salón y nos sentábamos fuera y otras veces algún amigo organizaba una excursión al campo

a la que íbamos los dos. Naturalmente, todo esto era emocionantísimo y disfrutábamos una barbaridad con esos encuentros a hurtadillas. Pero no… vaya, no llegábamos a los *extremos* a que llegan las chicas de hoy. Y, después de algún tiempo, Tibbitt y los demás como él iban desvaneciéndose. Y, ¿sabe usted?, cuando le volví a ver, cuatro años después, me preguntaba qué habría podido ver en él. ¡Me pareció tan *aburrido*! Muy superficial; incapaz de una conversación interesante.

—Uno siempre cree que los tiempos de su juventud eran los mejores —dijo Poirot, en tono un poco sentencioso.

—Ya lo sé. Es un tema muy aburrido. No quiero que Sarah, que es un encanto de chica, se case con Desmond Lee-Wortley. Ella y David Welwyn, que ha venido también a pasar las Navidades con nosotros, fueron siempre tan buenos amigos y se tenían tanto cariño que Horace y yo teníamos esperanzas de que cuando llegara la edad se casarían. Pero, naturalmente, ahora lo encuentra aburrido y está completamente obcecada con ese Desmond.

—No comprendo bien, señora —quiso aclarar Poirot—. ¿Dice usted que ese Desmond Lee-Wortley está aquí ahora, en esta casa?

—Eso ha sido obra mía —dijo la señora Lacey—. Horace estaba empeñado en prohibir a Sarah que lo viera. Claro, en tiempos de Horace el padre o tutor se hubiera presentado con una fusta en casa del joven. Horace estaba empeñado en prohibirle a él la entrada en esta casa y en prohibir a la chica que lo viera. Yo le dije que esa actitud era completamente equivocada. «No —le dije—, invítales a venir aquí. Le invitaremos a pasar las Navidades en familia». Como es natural, mi marido dijo que estaba loca. Pero yo me mostré firme: «Por lo menos, querido, vamos a *probar*. Que Sarah le vea en *nuestro* ambiente, en *nuestra* casa; estaremos con él muy amables y muy atentos y puede que entonces ella lo encuentre menos interesante».

—Creo que, como usted dice, hay algo en eso, señora —asintió Poirot—. Me parece muy inteligente su punto de vista. Más que el sostenido por su marido.

—Bueno, espero que lo sea —dijo la señora Lacey, no muy convencida—. Por ahora no parece que esté dando mucho resultado. Claro que sólo lleva aquí un par de días —en sus mejillas surcadas de arrugas apareció de pronto un hoyuelo—. Le voy a

confesar una cosa, monsieur Poirot: yo misma no puedo evitar que me guste el chico. No es que me guste de *verdad*, con la *cabeza*, pero veo perfectamente su atractivo. Sí, sí, veo lo que Sarah ve en él. Pero soy lo bastante vieja y tengo experiencia suficiente para saber que es un completo desastre. Aunque su compañía me resulte agradable. Sin embargo —continuó, pensativa—, tiene algunas bellas cualidades. Nos preguntó si podía traer aquí a su hermana. Le habían hecho una operación y estaba en el hospital. Dijo que sería muy triste para ella pasar las Navidades en un sanatorio y me preguntó si sería demasiada molestia el traerla aquí con él. Sugirió que él podría encargarse de llevarle todas las comidas a su habitación. A mí me parece que estuvo muy bien, ¿no lo cree usted así igualmente, monsieur Poirot?

—Es una muestra de consideración hacia los demás que no parece encajar con el tipo —respondió Poirot, pensativo.

—No sé. Puede uno sentir afecto por su familia y al mismo tiempo aprovecharse de una muchacha rica. Sarah será muy rica algún día; no sólo con lo que nosotros le dejamos… eso, desde luego, no será mucho, porque la mayor parte del dinero irá a parar a Colin, mi nieto, junto con la casa… Pero su madre era una mujer muy rica y Sarah heredará todo su dinero cuando cumpla veintiún años. Ahora sólo tiene veinte. Yo creo que estuvo muy bien el que Desmond se preocupara de su hermana. Y no le dio importancia, como si no estuviera haciendo algo estupendo. Creo que ella es taquimecanógrafa; trabaja en una oficina en Londres. Desmond ha cumplido su palabra y le sube las bandejas con la comida. No siempre, claro, pero sí muchas veces. De modo que creo que algunas buenas cualidades, sí las tiene. Pero de todos modos —añadió con gran energía— no quiero que Sarah se case con él.

—Por todo lo que me han dicho de él sería un desastre completo.

—¿Cree usted que podría hacer algo por ayudarnos? —preguntó ansiosamente la dama.

—Creo que sí, que es posible, pero no quiero prometer demasiado, porque los tipos como Desmond Lee-Wortley son inteligentes. Pero no desespere. Es posible que pueda ayudar un poquito. De todos modos, haré todo lo que esté en mi mano, aunque sólo fuera en agradecimiento a su bondad al invitarme a pasar con

ustedes las fiestas navideñas —miró a su alrededor—. Y que no será fácil en estos tiempos organizar festejos.

—No es fácil, no —la señora Lacey suspiró. Se inclinó hacia delante—. ¿Sabe usted, monsieur Poirot, con lo que sueño, lo que de verdad me gustaría tener?

—No, dígame.

—Lo que deseo de verdad es tener una casita moderna, de un solo piso. Bueno, puede que de un solo piso no, pero pequeña y que fuese fácil de gobernar, construida en algún rincón del parque, con una cocina provista de todos esos adminículos que ahora se estilan y sin pasillos largos.

—Es una idea muy factible.

—Para mí no lo es —dijo la señora Lacey—. Mi marido está *enamorado* de esta casa. Le *encanta* vivir aquí. No le importa estar un poco incómodo, no le importan los inconvenientes y *odiaría*, sí, odiaría vivir en una casita moderna en el parque.

—¿De modo que se sacrifica usted a sus deseos?

La señora Lacey se enderezó.

—No lo considero un sacrificio, monsieur Poirot —dijo—. Me casé con mi marido decidida a hacerle feliz. Ha sido un buen marido y me ha hecho muy dichosa durante todos estos años y quiero que él también lo sea.

—De modo que continuarán viviendo aquí —dijo Poirot.

—No es tan sumamente incómoda —advirtió la señora Lacey.

—No, no —se apresuró a decir Poirot—. Al contrario, es de lo más confortable. La calefacción central y el agua caliente del baño son perfectas.

—Hemos gastado mucho dinero en hacer los arreglos necesarios. Vendimos unas parcelas de terreno para urbanización. Afortunadamente no se ve nada desde la casa; al otro extremo del parque. Era un terreno bastante feo, sin vista ninguna, pero nos lo pagaron muy bien. Con eso hemos podido hacer muchas mejoras.

—¿Y el servicio?

—Sí, bueno, pero no nos arreglamos tan mal como parece. Naturalmente, no se puede pretender estar atendido y servido como estaba uno acostumbrado a estarlo. Del pueblo vienen varias personas. Dos mujeres por la mañana, otras dos para hacer la comida de mediodía y el fregado, y varias más por la tarde. Hay

mucha gente dispuesta a venir a trabajar unas horas al día. Por Navidad tenemos mucha suerte. La señora Ross viene siempre. Es una cocinera estupenda, de verdadera categoría. Se retiró hace unos diez años, pero viene a ayudar siempre que hace falta. Luego tenemos a nuestro querido Peverell.

—¿Su mayordomo?

—Sí. Lo hemos jubilado, con una pensión, y vive en la casita que está cerca de la casa del guarda, pero nos quiere tanto que se empeña en venir a servirnos por Navidad. La verdad es, monsieur Poirot, que me tiene asustadísima, porque es tan viejo y está tan tembloroso que estoy segura que si lleva algo pesado lo va a dejar caer. Es un verdadero suplicio el verle. Además, no está muy bien del corazón y tengo miedo de que trabaje demasiado. Pero le dolería mucho el que no le permitieran venir. Tuerce el gesto y hace una serie de ruiditos de desaprobación al ver cómo está la plata y, cuando lleva aquí tres días, todo vuelve a estar de maravilla. Sí. Es un amigo leal y muy querido —sonrió a Poirot—. Conque ya lo ve usted, estamos todos dispuestos para pasar unas felices Pascuas. Y con nieve, además —añadió mirando hacia la ventana—. ¿Ve? Está empezando a nevar. Ah, aquí vienen los niños. Voy a presentárselos, monsieur Poirot.

Poirot fue presentado Con la debida ceremonia. Primero a Colin y Michael, el nieto y su amigo, dos colegiales de quince años, agradables y corteses, uno moreno y otro rubio. Luego a la prima de los niños, Bridget, una chiquilla morena de la misma edad aproximadamente y con una vitalidad enorme.

—Y ésta es mi nieta, Sarah —terminó la señora Lacey.

Poirot miró con cierto interés a Sarah, atractiva muchacha de melena roja. Le pareció un poco nerviosa y su actitud algo retadora, pero mostraba verdadero cariño por su abuela.

—Y éste es el señor Lee-Wortley.

El señor Lee-Wortley llevaba un jersey de punto inglés y pantalones negros de dril, muy ceñidos; tenía el pelo bastante largo y no parecía que se hubiera afeitado aquella mañana. Contrastaba con él el joven presentado como David Welwyn, macizo y silencioso, con una sonrisa agradable y al parecer muy aficionado al agua y al jabón. Había otra persona más, una muchacha guapa, de mirada intensa, presentada como Diana Middleton.

Trajeron el té, una comida fuerte a base de tortas, bollos, bocadillos y tres clases de cake. La gente menuda hizo a todo los debidos honores. El coronel Lacey llegó el último, observando con voz indiferente:

—¿Qué, té? ¡Ah, sí, té!

Cogió la taza de té de manos de su mujer, se sirvió dos tortas, dirigió una mirada de odio a Desmond Lee-Wortley y se sentó tan lejos de él como le fue posible. Era un hombre voluminoso, de cejas pobladas y rostro rojo y curtido. Parecía un campesino, más que el señor de la casa.

—Ha empezado a nevar —dijo—. Tendremos unas Navidades blancas.

Después del té, la reunión se disolvió.

—Supongo que ahora irán a jugar con sus cintas magnetofónicas —explicó la señora Lacey a Poirot, mirando con indulgencia a su nieto, que salía de la habitación. Igual tono habría empleado de decir: «Los niños van a jugar con sus soldaditos de plomo»—, se sienten muy atraídos por la técnica y se dan mucha importancia con todo eso.

Sin embargo, los chicos y Bridget decidieron ir al lago a ver si podían patinar sobre el hielo.

—Yo creo que podíamos haber patinado esta mañana —dijo Colin—, pero el viejo Hodgkins dijo que no. ¡Es de una prudencia!

—Vamos a dar un paseo, David —propuso Diana Middleton suavemente.

David titubeó un momento, con la vista fija en la cabeza pelirroja de Sarah; ésta se hallaba junto a Desmond Lee-Wortley, con una mano apoyada en su brazo y la mirada levantada hacia él.

—Está bien —dijo seguidamente David Welwyn—. Sí, vamos.

Diana deslizó una mano por el brazo de David y se volvieron hacia la puerta del jardín. Sarah dijo

—¿Vamos también nosotros, Desmond? Aquí está el aire viciadísimo.

—¿A quién se le ocurre andar? —dijo Desmond—. Sacaré el coche. Vamos al Speckley Boar a tomar una copa.

Sarah vaciló un momento antes de decir:

—Vamos a Market Ledbury, al White Hart. Es mucho más divertido.

Aunque no lo hubiera reconocido por nada del mundo, Sarah sentía una repugnancia instintiva a ir con Desmond a la cervecería local. No estaba dentro de la tradición de Kings Lacey. Las mujeres de Kings Lacey nunca habían frecuentado el Speckley Boar… Tenía la sensación de que ir allí sería ofender al coronel Lacey y a su mujer. ¿Y por qué no?, habría dicho Desmond Lee-Wortley. Exasperada, Sarah pensó que debía saber por qué no. No había por qué disgustar a unas personas tan buenas como el abuelo y la querida Em, sin necesidad. La verdad era que habían sido muy buenos al dejarla vivir su vida, sin comprender en lo más mínimo por qué querría vivir en Chelsea como vivía; pero aceptándolo. Eso, desde luego, se lo debía a Em. El abuelo hubiera armado un alboroto de miedo.

Sarah no se hacía ilusiones respecto a la actitud de su abuelo. El invitar a Desmond a Kings Lacey no había sido idea suya, sino de Em. Em, que era un cielo y siempre lo había sido.

Mientras Desmond iba a sacar el coche, Sarah volvió a asomar la cabeza en el salón.

—Nos vamos a Market Ledbury —dijo—. Vamos a tomar una copa al White Hart.

—Está bien, hijita —dijo—; me parece muy buena idea. Ya veo que David y Diana se han ido a dar un paseo. ¡Me alegro tanto! Creo que he tenido una idea verdaderamente genial al invitar a Diana. ¡Es tan triste quedarse viuda tan joven! Veintidós años nada más… Espero que se vuelva a casar *pronto*.

Sarah la miró vivamente.

—¿Qué te traes entre manos, Em?

—Tengo un pequeño plan —dijo la señora Lacey, alegremente—. Me parece la persona más indicada para David. Ya sé que él estaba enamoradísimo de ti, Sarah, pero tú no quieres saber nada de él y comprendo que no es tu tipo. No quiero que siga sufriendo y creo que Diana le va muy bien.

—¡Qué casamentera te has vuelto, Em! —exclamó Sarah.

—Ya lo sé. Todas las viejas lo somos. Me parece que a Diana le cae ya muy bien. ¿No te parece que es la mujer indicada para él?

—No creo… Me parece que Diana es… no sé, demasiado intensa, demasiado seria. Creo que David se aburriría muchísimo, si se casara con ella.

—Bueno, ya veremos. De todos modos a ti no te interesa, ¿verdad, hijita?

—¡No, qué me va a interesar! —respondió Sarah muy rápidamente. Y añadió con precipitación—: Te gusta Desmond, ¿verdad que sí, Em?

—Es un muchacho de lo más agradable.

—Al abuelo no le gusta.

—Bueno, eso era de esperar, ¿no te parece? —dijo la señora Lacey, con sentido común—, pero creo que llegará a ceder, cuando se haga a la idea. Sarah, hijita, no debes apresurarle. Los viejos somos muy lentos en cambiar de manera de pensar y tu abuelo es muy testarudo.

—No me importa lo que el abuelo piense o diga —afirmó Sarah —. ¡Me casaré con Desmond, cuando me parezca!

—Ya lo sé, hijita, ya lo sé. Pero procura ser realista. Tu abuelo puede dar mucha guerra. Todavía no eres mayor de edad. Dentro de un año puedes hacer lo que se te antoje. Espero que Horace cederá mucho antes de ese tiempo.

—Tú estás de mi parte, ¿verdad, abuela? —dijo Sarah.

Rodeó con sus brazos el cuello de la señora Lacey y le dio un beso cariñoso.

—Quiero que seas feliz —dijo la abuela—. Ahí está tu amigo con el coche. ¿Sabes que me gustan esos pantalones tan estrechos que llevan estos chicos modernos? Resultan tan elegantes…, lo malo es que su estrechez hace que se noten más las piernas torcidas.

Sí, pensó Sarah. Desmond tenía las piernas torcidas. Nunca se había fijado hasta aquel momento…

—Anda, hijita; diviértete —dijo la señora Lacey.

Se quedó observándola mientras se dirigía al coche. Luego, recordando a su invitado extranjero, se encaminó a la biblioteca. Al llegar a la biblioteca vio a Hércules Poirot echando una agradable siestecita y, sonriéndose, cruzó el vestíbulo y entró en la cocina a conferenciar con la señora Ross.

—Vamos, preciosa —dijo Desmond—. ¿Qué, tu familia se ha puesto de malas porque vas a una cervecería? Llevan muchos años de retraso.

—No han hecho ningún aspaviento —replicó Sarah vivamente, entrando en el coche.

—¿A qué viene eso de invitar a ese tipo extranjero? Es detective, ¿verdad? ¿Qué falta hace aquí un detective?

—Pero si no está aquí profesionalmente… —dijo Sarah—. Edwina Morecombe, mi madrina, nos pidió que le invitáramos. Creo que hace mucho que se ha retirado de la profesión.

—Parece tan pasado de moda como un penco de simón.

—Quería ver unas Navidades inglesas a la antigua, creo —explicó Sarah, vagamente.

Desmond se rio con desprecio.

—¡Cuánta patochada! —exclamó—. No me explico cómo puedes resistirlo.

Sarah echó hacia atrás sus cabellos rojos y alzó su barbilla agresiva.

—¡Me encanta! —dijo, retadora.

—Imposible, muñeca. Vamos acabar con todo esto mañana. Vámonos a Scarborough o a cualquier sitio.

—No puedo hacer eso.

—¿Por qué no?

—Les dolería mucho.

—¡Bah, monsergas! Sabes muy bien que no te gusta toda esa sensiblería infantil.

—Bueno, puede que no me guste, pero…

Sarah se calló de pronto. Se dio cuenta, con un sentimiento de culpabilidad, de que estaba deseando celebrar la Navidad. Le encantaba todo aquello, pero le daba vergüenza confesárselo a Desmond. No se estilaba disfrutar de las fiestas navideñas y de la vida familiar. Por un momento deseó que Desmond no hubiera ido a Kings Lacey a pasar las Navidades. En realidad, casi hubiera sido mejor que no viniera ni entonces ni nunca. Era mucho más divertido ver a Desmond en Londres que allí, en casa.

Entretanto, los chicos y Bridget volvían del lago, discutiendo todavía con mucha seriedad los problemas del patinaje. Habían caído algunos copos y, mirando al cielo, era fácil profetizar que no tardaría mucho en caer una gran nevada.

—Va a nevar toda la noche —dijo Colin—. Te apuesto algo a que el día de Navidad por la mañana tenemos dos pies de nieve.

Era una perspectiva muy agradable para ellos.

—Vamos a hacer un muñeco de nieve —dijo Michael.

—¡Dios mío! —exclamó Colin—. Hace que no hago un muñeco de nieve desde…, bueno, desde que tenía cuatro años.

—A mí no me parece nada fácil hacerlo —se lamentó Bridget—. Hay que tener cierta práctica.

—Podíamos hacer una estatua de monsieur Poirot —dijo Colin —. Ponerle un gran bigote negro. Hay uno en la caja de disfraces.

Michael dijo, pensativo:

—Yo no comprendo cómo monsieur Poirot ha podido ser en su vida un buen detective. No comprendo cómo podía disfrazarse.

—Es cierto —dijo Bridget, no puede uno imaginárselo corriendo por ahí con un microscopio y, buscando pistas o midiendo pisadas.

—Tengo una idea —dijo Colin—. Vamos a representar una comedia para él.

—¿Una comedia? ¿Qué quieres decir? —preguntó Bridget.

—Sí, prepararle un asesinato.

—¡Qué idea más genial! —dijo Bridget—. ¿Quieres decir poner un cadáver en la nieve…?

—Sí. Eso le haría sentir confianza, ¿no os parece?

Bridget soltó una risita.

—No creo que me atreva a ir tan lejos.

—Si nieva —dijo Colin— tendremos el escenario perfecto. Un cadáver y unas pisadas…, tendremos que pensarlo muy bien todo y coger una de las dagas del abuelo y verter un poco de sangre.

Se separaron y, sin darse cuenta de que empezaba a nevar copiosamente, se metieron en una animada discusión.

—Hay una caja de pintura en la antigua sala de estudios. Podríamos hacer una mezcla para la sangre…, creo que carmesí iría bien.

—Yo creo que el carmesí es demasiado rosado —dijo Bridget—. Habría de ser un poco más castaño.

—¿Quién va a ser el cadáver? —preguntó intrigado Michael.

—Yo —se ofreció Bridget rápidamente.

—Oye, que yo fui el de la idea —dijo Colin.

—No, no —volvió a insistir Bridget—. Tengo que ser yo. Tiene que ser una chica. Es más emocionante. Hermosa muchacha yace sin vida en la nieve…

—¡Hermosa muchacha! Ja, ja —se burló Michael.

—Además, tengo el pelo negro —dijo Bridget.

—¿Y eso que tiene que ver?

—Resaltaría mucho en la nieve; y me pondría mi pijama rojo.

—Si te pones un pijama rojo no se notarán las manchas de sangre —advirtió Michael, empleando un tono práctico.

—¡Pero resultaría de tanto efecto contra la nieve! —dijo Bridget —. Y además tiene listas blancas, de modo que podríamos verter la sangre en ellas. ¡Ay, sería bárbaro! ¿Creéis que le engañaremos?

—Si lo hacemos bien, sí —dijo Michael—. En la nieve sólo se verán tus pisadas y las de otra persona, acercándose al cadáver y luego marchándose…, pisadas de hombre, claro. No querrá estropear las pisadas, de modo que no sabrá que no estás muerta de verdad. ¿Oíd, creéis que…? —se detuvo, asaltado por una idea repentina. Los otros dos le miraron—. ¿Creéis que se enfadará, verdad?

—No, no creo —repuso Bridget con optimismo—. Estoy segura que comprenderá que lo hemos hecho para entretenerle. Una especie de regalo de Navidad.

—Me parece que no estaría bien hacerlo el día de Navidad —dijo Colin, reflexivo—. No creo que al abuelo le gustara mucho.

—Pues el veintiséis, entonces —dijo Bridget.

—Sí, el veintiséis será estupendo —dijo Michael.

—Así además nos dará más tiempo —prosiguió Bridget—. Hay que tener en cuenta que es necesario preparar un montón de cosas. Vamos a ver los trastos.

Entraron precipitadamente en la casa.

1

La tarde fue muy movida. Habían traído grandes cantidades de acebo y de muérdago y en un extremo del comedor fue instalado un árbol de Navidad. Todo el mundo contribuyó a decorarlo, a poner ramas de acebo detrás de los cuadros y a colgar el muérdago en lugar conveniente en el vestíbulo.

—No tenía idea de que se practicaran todavía estas costumbres tan arcaicas —le dijo Desmond a Sarah en voz baja, sonriendo con desprecio.

—Siempre lo hemos hecho —respondió Sarah, a la defensiva.

—¡Vaya razón!

—¡Por favor, Desmond, no te pongas pesado! Yo lo encuentro muy divertido.

—¡Sarah, cariño, *no es posible*!

—Bueno, no…, puede que en el fondo no…, pero sí, en cierto modo, sí.

—¿Quién va a desafiar la nieve para ir a la misa de medianoche? —preguntó la señora Lacey a las doce menos veinte.

—Yo, no —respondió con presteza Desmond—. Vamos, Sarah.

Poniéndole una mano en el brazo, la condujo a la biblioteca, al lugar donde estaba el álbum de los discos.

—Todo tiene un límite, querida —gruñó Desmond—. ¡Misa de medianoche!

—Sí —repuso Sarah—. Sí, claro.

Con muchas risas y pateando el suelo para entrar en calor, casi todos los demás se pusieron los abrigos y salieron. Los dos chicos, Bridget, David y Diana emprendieron el paseo de diez minutos hasta la iglesia, bajo la nieve. Sus risas se fueron perdiendo a lo lejos.

—¡Misa de medianoche! —dijo el coronel Lacey con un bufido —. Nunca fui a una misa de medianoche en mi juventud. ¡Ah, usted perdone, monsieur Poirot!

Poirot agitó una mano en el aire.

—Nada, nada. No se preocupe por mí.

—En mi opinión, a todo el mundo debería gustarle el servicio de mañana —añadió el coronel—. Un buen servicio dominical. «Escucha, los ángeles cantan» y todos los viejos himnos cristianos. Y luego vuelta a casa, a la comida de Navidad. Es así como debe ser, ¿no te parece, Em?

—Sí, querido —repuso la señora Lacey—. Eso es lo que *nosotros* hacemos. Pero a la juventud le gusta el servicio de medianoche. Y, realmente, es una buena cosa que *quieran* ir.

—Sarah y ese individuo no quieren ir.

—En eso, querido, creo que te equivocas —dijo la señora Lacey —. Sarah sí quería ir, pero no le gustó decirlo.

—No comprendo que le importe la opinión de ese individuo.

—Es muy joven todavía —comentó su esposa plácidamente—.

¿Se va usted a la cama, monsieur Poirot? Buenas noches. Espero que duerma bien.

—¿Y usted, señora? ¿No se acuesta todavía?

—Todavía no. Aún tengo que llenar las medias. Ya sé que todos ellos casi son personas mayores, pero les *gusta* eso de las medias. Se ponen dentro cosas de broma, objetos sin importancia. Pero resulta muy divertido.

—Trabaja usted mucho para que reine la alegría en esta casa en Navidad —dijo Poirot—. Merece usted mi respeto.

Se llevó galantemente a los labios la mano de la señora Lacey.

—¡Hum! —gruñó el coronel Lacey después que se hubo marchado Poirot—. Un tipo muy florido. Pero se ve que te aprecia.

La dama le sonrió.

—¿Te has dado cuenta, Horace, de que estoy debajo del muérdago? —preguntó con gazmoñería de una muchacha de diecinueve años[2].

Hércules Poirot entró en la habitación. Era un dormitorio grande, con abundancia de radiadores. Al acercarse a la gran cama de columnas vio un sobre encima de la almohada. Lo abrió y sacó de él un trozo de papel. En él, con letras mayúsculas, decía:

NO COMA NADA DEL PUDDING DE CIRUELAS.
UNA QUE LE QUIERE BIEN.

Hércules Poirot se quedó mirando el trozo de papel.

—Un jeroglífico —murmuró, alzando las cejas—, y completamente inesperado.

1

La comida de Navidad empezó a las dos de la tarde y fue un verdadero banquete. Unos enormes troncos chisporroteaban alegremente en la gran chimenea y el chispoporroteo quedaba sofocado por la babel de lenguas hablando al mismo tiempo. Había sido consumida la sopa de ostras y dos enormes pavos habían hecho

su aparición, volviendo a la cocina convertidos en esqueletos de sí mismos. El momento supremo había llegado. El *pudding* de Navidad fue llevado al comedor con toda la pompa. El viejo Peverell, temblándole las manos y las rodillas con la debilidad de sus ochenta años, no consintió que nadie lo llevara sino él. La señora Lacey se apretaba las manos, llena de ansiedad. ¡Un día de Navidad, seguro, Peverell caería difunto! Teniendo que escoger entre el riesgo de que cayera muerto o herir sus sentimientos de tal modo que prefiriera caer muerto a estar vivo, la señora Lacey había escogido hasta entonces la primera de las dos alternativas. En una bandeja de plata, el *pudding* de Navidad reposaba en toda su gloria. Un *pudding* enorme, con una ramita de acebo prendida en él como una bandera triunfal y rodeado de gloriosas llamas azules y rojas. Se oyeron gritos de alegría y de pasmo.

Una cosa había conseguido la señora Lacey: persuadir a Peverell de que colocara el *pudding* frente a ella, en lugar de pasarlo alrededor de la mesa. Al verlo frente a ella, sano y salvo, la señora Lacey lanzó un suspiro de alivio. Fueron pasándole rápidamente los platos, con las llamas lamiendo todavía las porciones de *pudding*.

—Pida algo, monsieur Poirot —exclamó Bridget.

—Pida algo antes de que la llama se apague. ¡Corre, abuelito, corre!

La señora Lacey se echó hacia atrás, lanzando un suspiro de satisfacción. La Operación *Pudding* había resultado un éxito. Delante de cada comensal había una ración rodeada de llamas. Se produjo un breve silencio alrededor de la mesa, mientras todo el mundo hacía su petición.

Nadie pudo observar la expresión extraña del rostro de monsieur Poirot, mientras miraba la ración de *pudding* de su plato. «*No coma nada del* pudding *de ciruela*». ¿Qué podría querer decir aquella advertencia siniestra? ¡No podía haber ninguna diferencia entre su ración de *pudding* y la de cualquier otro! Suspirando, tuvo que reconocer que estaba desconcertado; y a Hércules Poirot nunca le gustaba reconocer que estaba desconcertado. Cogió la cuchara y el tenedor.

—¿Un poco de salsa de mantequilla, monsieur Poirot?

Poirot se sirvió salsa de mantequilla, mostrando su aprobación.

—Has cogido otra vez mi mejor coñac, ¿verdad, Em? —dijo el

coronel de buen humor desde el otro extremo de la mesa.

La señora Lacey le sonrió.

—La señora Ross insiste en usar el mejor coñac, querido —dijo —. Dice que en eso consiste todo lo notable del plato.

—Bueno, bueno —dijo el coronel Lacey—. Sólo es Navidad una vez al año y la señora Ross es una excelente cocinera.

—Ya lo creo que lo es —dijo Colin—. Menudo *pudding* de ciruelas. ¡Ummm!

Se metió en la boca un gran bocado.

Suavemente, casi con cautela, Poirot atacó su ración de *pudding*. Comió un bocado. ¡Estaba delicioso! Probó otro bocado. En su plato había un objeto brillante. Investigó con un tenedor. Bridget, sentada a su izquierda, acudió en su ayuda.

—Tiene usted algo, monsieur Poirot —dijo—. ¿Qué será?

Poirot apartó las pasas que rodeaban un pequeño objeto de plata.

—¡Ah! —dijo Bridget—. ¡Es el botón de soltero! ¡Monsieur Poirot tiene el botón de soltero!

Poirot sumergió el pequeño botón de plata en el agua que tenía en su plato para enjugarse las manos y le quitó las migas de *pudding*.

—Es muy bonito —observó.

—Eso significa que se va a quedar soltero, monsieur Poirot — explicó.

—Eso es de suponer —repuso Poirot con gravedad—. Llevo muchísimos años de soltero y es improbable que vaya a cambiar ahora de estado.

—No pierda las esperanzas —dijo Michael—. Leí en el periódico el otro día que un hombre de noventa y cinco se casó con una chica de veintidós.

—Me das ánimos —contestó sonriendo Hércules Poirot.

De pronto, el coronel Lacey lanzó una exclamación. Con el rostro amoratado, se llevó la mano a la boca.

—Maldita sea, ¡Emmeline! —bramó—. ¿Cómo le consientes a la cocinera poner un cristal en el *pudding*?

—¡Cristal! —exclamó la señora Lacey, atónita.

El coronel Lacey sacó de la boca la ofensiva sustancia.

—Me podía haber roto una muela —gruñó—. O habérmela

tragado sin advertirlo y producirme una apendicitis.

Dejó caer el trozo de vidrio en la vasija de enjugarse los dedos, lo limpió y lo contempló unos segundos.

—¡Válgame Dios! —exclamó—. Es una piedra roja de uno de los broches de los petardos.

Lo sostuvo en alto.

—¿Me permite?

Con mucha habilidad, monsieur Poirot se extendió por detrás de su vecino de mesa, cogió la piedra de los dedos del coronel Lacey y la examinó con atención. Como había dicho el señor de la casa, era una enorme piedra roja, color rubí. Al darle vueltas en la mano, sus facetas lanzaban destellos. Uno de los comensales apartó vivamente su silla y en seguida la volvió a su sitio.

—¡Ahí va! —exclamó Michael—. ¡Qué imponente, si fuera *de* verdad!

—A lo mejor es de verdad —dijo Bridget, esperanzada.

—No seas bruta, Bridget. Un rubí de ese tamaño valdría miles y miles de libras. ¿Verdad, monsieur Poirot?

—Verdad, verdad —confirmó Poirot.

—Pero lo que yo no comprendo —dijo la señora Lacey— es cómo fue a parar al *pudding*.

—¡Ay! —exclamó Colin, concentrando su atención en el *pudding* que tenía en la boca—. Me ha tocado el cerdo. No es justo.

Bridget empezó a canturrear:

—¡Colin tiene el cerdo! ¡Colin tiene el cerdo! ¡Colin es el cerdito tragón!

—Yo tengo el anillo —dijo Diana con voz alta y clara.

—Suerte que tienes, Diana. Te casarás antes que ninguno de nosotros.

—Yo tengo el dedal —se lamentó Bridget.

—Bridget se va a quedar solterona —canturrearon los dos chicos —. Bridget se va a quedar solterona.

—¿A quién le ha tocado el dinero? —preguntó David—. En el *pudding* hay una auténtica moneda de oro de diez chelines. Me lo dijo la señora Ross.

—Creo que soy yo el afortunado —dijo Desmond Lee-Wortley.

Los dos vecinos de mesa del coronel Lacey le oyeron murmurar:

—¡Cómo no!

—Yo tengo el anillo —dijo David. Miró a Diana—. Qué coincidencia, ¿verdad?

Continuaron las risas. Nadie se dio cuenta de que monsieur Poirot, con descuido, como si estuviese pensando en otra cosa, había deslizado la piedra roja en uno de sus bolsillos.

Después del *pudding* vinieron las empanadillas de frutas secas y la tarta de Navidad. Luego, las personas mayores se retiraron a echar una bien merecida siesta antes de la ceremonia de encender el árbol de Navidad, a la hora del té. Hércules Poirot, sin embargo, no se echó, sino que se dirigió a la enorme y antigua cocina.

Mirando a su alrededor y sonriendo, dijo:

—¿Me está permitido felicitar a la cocinera por la maravillosa comida que acabo de saborear?

Después de corta vacilación, la señora Ross se adelantó majestuosamente a saludarle. Era una mujer voluminosa, con la dignidad de una duquesa de teatro. En la cocina, dos mujeres delgadas, de pelo gris, estaban fregando los cacharros, y una muchacha de pelo rubio pálido hacía viajes entre las dos habitaciones. Pero se veía claramente que esas mujeres no eran sino pinches. La señora Ross era indudablemente la reina de la cocina.

—Me alegro de que le haya gustado, señor —dijo con gracia.

—¡Gustado! —exclamó Hércules Poirot. Con un gesto extranjero muy extravagante, se llevó la mano a los labios, la besó y lanzó un beso al techo—. ¡Pero si es usted un genio, señora Ross! ¡Un genio! ¡Nunca había saboreado una comida tan maravillosa! La sopa de ostras… —hizo un ruido expresivo con los labios—, y el relleno… El relleno de castañas del pavo no puede igualarse.

—Vaya, me sorprende que diga eso, señor —respondió la señora Ross, halagada—. El relleno es una receta muy especial. Me la dio un *cheff* australiano con quien trabajé muchos años. Pero todo lo demás —añadió— no es más que buena cocina inglesa de tipo casero.

—¿Y existe algo mejor que eso? —preguntó Hércules Poirot.

—Vaya, es usted muy amable, señor. Claro que siendo usted un caballero extranjero puede que hubiera preferido el estilo continental. No es que no sepa hacer platos continentales también…

—¡Estoy seguro, señora Ross, de que usted sabe hacer lo que sea! Pero debe usted saber que la cocina inglesa, la *buena* cocina

inglesa, no lo que le dan a uno en los hoteles y restaurantes de segunda categoría, es muy apreciada por los *gourmets* del continente y creo que no me equivoco al decir que a principios del siglo XVIII vino a Londres una misión especial y que esta misión mandó a Francia un informe sobre las excelencias de los *puddings* ingleses. «En Francia no tenemos nada parecido», escribieron. «Vale la pena hacer el viaje a Londres sólo para probar la variedad y las excelencias de los *puddings* ingleses». Y, por encima de todos los *puddings* —continuó Poirot lanzando una especie de rapsodia— está el *pudding* de ciruelas de Navidad como el que hemos comido hoy. Era un *pudding* hecho en casa, ¿verdad? No comprado, hecho, quiero decir.

—Sí, señor; hecho en casa. Hecho por mí, con una receta mía, tal como lo llevo haciendo desde hace muchos años. Cuando vine, la señora Lacey dijo que encargaría un *pudding* a una tienda de Londres para ahorrarme trabajo. Pero yo le dije: «No, señora, se lo agradezco mucho, pero no hay *pudding* de tienda que pueda compararse con el hecho en casa». Claro —dijo después la señora Ross, animándose con el tema, como una artista que era—, que fue hecho demasiado cerca del día. Un *pudding* de Navidad como es debido tenía que ser hecho con varias semanas de anticipación y dejarlo descansar. Cuanto más tiempo se conservan, siempre dentro de lo razonable, mejor están. Me acuerdo ahora de que cuando era niña estábamos esperando que en la iglesia, en determinado domingo, se recitase cierta oración, porque esa oración era, como si dijéramos, la señal de que había que hacer los *puddings* aquella semana. Y siempre los hacíamos. Oíamos la oración del domingo y aquella semana era seguro que mi madre hacía los *puddings* de Navidad. Y aquí, este año, debía haber sido lo mismo. Pero no se hizo hasta tres días antes, la víspera de llegar usted, señor. Ahora que, en lo demás, seguí con la costumbre antigua. Todos los de la casa tuvieron que venir a la cocina a batir una vez y pedir una cosa. Es una vieja costumbre, señor, y la he conservado.

—Sumamente interesante —dijo Hércules Poirot—. Sumamente interesante. ¿De modo que todos vinieron a la cocina?

—Sí, señor. Los señoritos más jóvenes, la señorita Bridget, el caballero de Londres que ha venido a pasar las fiestas, su hermana, el señorito David y la señorita Diana…, la señora Middleton, mejor

dicho… Todos le dieron una vuelta al *pudding*.

—¿Cuántos *puddings* hizo usted? ¿Fue éste el único que hizo?

—No, señor. Hice cuatro. Dos grandes y dos más pequeños. El otro grande pensaba ponerlo el día de Año Nuevo y los dos más pequeños para el coronel y la señora Lacey cuando estén, como quien dice, solos, sin tanta familia.

—Comprendo, comprendo.

—En realidad, señor —continuó la señora Ross—, el que comieron ustedes hoy no era el que estaba dispuesto.

—¿Que no era el que estaba dispuesto? —Poirot frunció el entrecejo—. ¿Cómo es eso?

—Pues verá, señor. Tenemos un molde grande para Navidad. Un molde de porcelana, con un dibujo de acebo y de muérdago en la parte de arriba, y siempre cocemos el *pudding* del día de Navidad en ese molde. Pero nos ocurrió una desgracia. Esta mañana, cuando Annie estaba bajándolo del estante de la despensa, resbaló y se le cayó el molde de la mano y se rompió. Como es natural, no podía ponerlo en la mesa. Podía tener dentro trocitos de porcelana. De modo que tuvimos que poner el otro, el del día de Año Nuevo, que estaba hecho en un molde sin dibujo. Sale de muy buen tamaño, pero no es tan decorativo como el molde de Navidad. La verdad es que no sé dónde vamos a encontrar otro molde como aquél. Ahora no hacen cosas de ese tamaño. Sólo hacen cositas como de juguete. Si ni siquiera puede uno comprar un plato de desayuno como es debido, donde quepan de ocho a diez huevos y el tocino. ¡Ah, las cosas no son como eran!

—No, es verdad —dijo Poirot—. Pero hoy no ha sido así. Este día de Navidad ha sido como los antiguos, ¿no es cierto?

—Me alegra oírselo decir, señor, pero no tengo la *ayuda* que solía tener. No tengo gente eficiente. Las chicas de ahora —bajó ligeramente la voz— tienen muy buena intención y muy buena voluntad, pero no tienen *preparación*, señor; no sé si me entiende.

—Sí, los tiempos cambian —dijo Hércules Poirot—. A mí también me da pena algunas veces.

—Esta casa, señor, es demasiado grande para los señores —explicó la señora Ross—. La señora bien se da cuenta. El vivir en una esquina como hacen ellos no es lo mismo. Sólo viven, como si dijéramos, por Navidad, cuando vienen todos los de la familia.

—Creo que es la primera vez que ese señor Lee-Wortley y su hermana han venido aquí, ¿no?

La voz de la señora Ross se hizo entonces un poco reservada.

—Sí, señor. Un caballero muy agradable, pero… vaya, no parece un amigo muy apropiado para la señorita Sarah, según nuestras ideas. ¡Claro que en Londres hay otras costumbres! Es una pena que su hermana esté tan mal de salud. Le han hecho una operación. El primer día que estuvo aquí parecía que estaba bien, pero aquel mismo día, después de batir los *puddings*, se volvió a poner mala y desde entonces ha estado siempre en la cama. ¡Seguro que se habrá levantado demasiado pronto, después de la operación! ¡Ay, estos médicos de ahora le echan a uno del hospital cuando casi no puede uno sostenerse en pie! La mujer de mi sobrino…

Y la señora Ross se metió en una larga y animada relación del tratamiento recibido por sus parientes en los hospitales, comparándolo desfavorablemente con la consideración que habían tenido con ellos en otros tiempos.

Poirot hizo los oportunos comentarios de condolencia.

—Sólo me queda —dijo— darle las gracias por esta exquisita y suculenta comida. ¿Me permite una pequeña muestra de mi agradecimiento?

Un billete nuevo de cinco libras pasó de su mano a la de la señora Ross, que dijo por pura fórmula:

—No debía usted hacer *esto*, señor.

—Insisto. Insisto.

—Bueno, señor, pues muchas gracias. La señora Ross aceptó el tributo como homenaje merecido—. Le deseo, señor, unas felices Pascuas y próspero Año Nuevo.

1

El final del día de Navidad fue muy parecido al final de la mayoría de los días de Navidad. Se encendió el árbol y a la hora del té se sirvió una espléndida tarta de Navidad, que fue recibida con elogios, pero de la que se comió moderadamente. A última hora se sirvió una cena fría.

Poirot y sus anfitriones se fueron temprano a la cama.

—Buenas noches, monsieur Poirot —dijo la señora Lacey—. Espero que se haya divertido.

—Ha sido un día maravilloso, señora. Maravilloso.

—Parece que está usted muy pensativo —añadió la señora Lacey.

—Estoy pensando en el *pudding* de Navidad.

—¿A lo mejor lo encontró usted un poco pesado? —preguntó la dama con delicadeza.

—No, no. No hablo gastronómicamente. Estoy pensando en su significado.

—Desde luego, es una tradición —dijo la señora Lacey—. Bueno, buenas noches, monsieur Poirot, y no sueñe demasiado con *puddings* de Navidad y empanadas de frutas secas.

—Sí —murmuró Poirot para sí, mientras se desnudaba—. Ese *pudding* es un problema. Hay algo aquí que no comprendo en absoluto —meneó la cabeza con irritación—. Bueno, ya veremos.

Después de algunos preparativos, Poirot se acostó, pero no se durmió.

Unas dos horas más tarde, su paciencia fue recompensada. La puerta de su dormitorio se abrió muy suavemente. Sonrió para sí. Estaba sucediendo lo que él esperaba que sucediera. Recordó fugazmente la taza de café que Desmond Lee-Wortley le había ofrecido con tanta cortesía. Poco después, aprovechando que Desmond estaba de espaldas, Poirot había dejado la taza unos segundos sobre la mesa. Luego, al parecer, había vuelto a cogerla y Desmond había tenido la satisfacción de verle beber hasta la última gota de café. Una sonrisita subió al bigote de Poirot al pensar que no era él, sino otra persona, quien estaba durmiendo profundamente aquella noche.

«David, ese joven tan agradable —se dijo Poirot— está muy preocupado, es desgraciado. No le vendrá mal dormir bien de verdad una noche. Y ahora vamos a ver qué pasa».

Se quedó muy quieto, respirando rítmicamente y lanzando de cuando en cuando un ronquido ligero, ligerísimo.

La puerta se entornó.

Una persona se acercó a su cama y se inclinó sobre él. Satisfecha, esa persona se volvió y se dirigió hacia el tocador. A la

luz de una linterna pequeñísima, el visitante examinaba los objetos personales de Poirot, colocados ordenadamente sobre el tocador. Los dedos examinaron la cartera, abrieron con suavidad los cajones y continuaron después la búsqueda por los bolsillos de la ropa de Poirot. Por último, el visitante se acercó a la cama y, con mucha precaución, deslizó la mano bajo la almohada. Retiró la mano y permaneció un momento como si no supiera qué hacer a continuación. Anduvo por la habitación, mirando dentro de los objetos de adorno, y se dirigió al cuarto de baño contiguo, de donde regresó poco después. Luego, lanzando una débil exclamación de descontento, salió de la habitación.

—¡Ah! —susurró Poirot—. Te has llevado una desilusión. Sí, sí, una desilusión muy grande. ¡Bah! ¿Cómo pudiste imaginar siquiera que Poirot iba a esconder algo donde tú pudieras encontrarlo?

Luego, dándose la vuelta sobre el otro lado, se durmió plácidamente.

A la mañana siguiente le despertaron unos golpecitos suaves, pero urgentes, dados en su puerta.

—*Qui est la?* Pase, pase.

La puerta se abrió. Colin estaba en el umbral, jadeando y con el rostro encendido. Detrás de él se hallaba Michael.

—¡Monsieur Poirot, monsieur Poirot!

—¿Sí? —Poirot se sentó en la cama—. ¿Es el té de la primera hora? Pero si eres tú, Colin. ¿Qué ha ocurrido?

Colin quedó sin habla durante un momento. Parecía hallarse dominado por una emoción muy fuerte. En realidad, era el gorro de dormir que tenía puesto Hércules Poirot lo que le afectaba los órganos de la palabra. Se dominó pronto y dijo:

—Creo…, monsieur Poirot… ¿Podría usted ayudarnos? Ha ocurrido una cosa horrible.

—¿Qué ha ocurrido algo? Pero ¿qué?

—Es… es Bridget. Está ahí fuera, en la nieve. Creo que… no se mueve ni habla y… será mejor que venga y lo vea por sí mismo. Tengo un miedo terrible de que… de que esté *muerta*.

—¿Qué? —Poirot echó a un lado la ropa de la cama—. ¡Mademoiselle Bridget… muerta!

—Creo que… creo que la han asesinado. Hay… hay sangre y… ¡ay, venga, venga, por favor!

—Naturalmente. Naturalmente. Voy en seguida.

Poirot metió los pies en los zapatos y se puso un abrigo de forro de piel sobre el pijama.

—Voy —dijo—. Voy al momento. ¿Habéis despertado a la familia?

—No, no. No se lo he dicho a nadie todavía más que a usted. Me pareció mejor. Los abuelos no se han levantado todavía. Están poniendo la mesa para el desayuno abajo; pero no le he dicho nada a Peverell. Ella… Bridget está al otro lado de la casa, cerca de la terraza y de la ventana de la biblioteca.

—¡Ah! Id delante. Yo os sigo.

Volviendo la cara hacia otro lado para ocultar su sonrisa satisfecha, Colin bajó las escaleras delante de los demás. Salieron por la puerta lateral. Era una mañana clara y el sol todavía no estaba muy alto. Había nevado mucho durante la noche y todo estaba cubierto por una alfombra ininterrumpida de espesa nieve. El mundo parecía muy puro, blanco y hermoso.

—¡Allí! —dijo Colin conteniendo la respiración—. ¡Allí es!

Señaló dramáticamente con el dedo.

La escena era de lo más dramática. A unos metros de distancia, yacía Bridget sobre la nieve. Llevaba puesto un pijama rojo y una estola de lana blanca alrededor de los hombros. La estola blanca estaba manchada de rojo. Tenía la cabeza vuelta hacia un lado y oculta bajo la masa extendida de sus cabellos negros. Uno de los brazos estaba debajo del cuerpo y el otro extendido, con los dedos apretados.

Del centro de la mancha carmesí sobresalía el puño de un cuchillo curdo que el coronel Lacey había mostrado a sus invitados la noche anterior.

—*Mon Dieu!* —dijo Poirot—. ¡Parece de teatro!

Michael hizo un pequeño ruido, como si se asfixiara. Colin acudió inmediatamente en su ayuda.

—Es cierto —dijo—. Tiene algo que no… parece *real*, ¿verdad? ¿Ve usted esas pisadas? Supongo que no podremos tocarlas…

—Ah, sí; las pisadas. No, tenemos que tener cuidado de no tocar esas pisadas.

—Eso es lo que yo pensé —dijo Colin—. Por eso no he dejado que nadie se acercara hasta que viniera usted. Pensé que usted

sabría lo que había de hacer.

—De todos modos —repuso Poirot vivamente— primero tenemos que ver si está viva. ¿No es cierto?

—Bueno…, sí…, claro —respondió Michael, un poco indeciso—, pero pensamos que… no queríamos…

—¡Ah, posees la virtud de la prudencia! Has leído muchas novelas policíacas. Es importantísimo no tocar nada y dejar el cadáver como está. Pero no tenemos la seguridad de que *haya* un cadáver, ¿no crees? Después de todo, aunque la prudencia es admirable, los sentimientos humanitarios deben prevalecer. Tenemos que pensar en el médico antes que en la policía.

—Sí, sí. Claro —dijo Colin, todavía un poco desconcertado.

—Creíamos que…, pensamos que era mejor que fuéramos a buscarle a usted antes de hacer nada —intervino Michael rápidamente.

—Quedaos aquí los dos —les advirtió Poirot—. Yo me acercaré por el otro lado para no tocar esas pisadas. Unas pisadas tan estupendas, tan sumamente claras… Las pisadas de un hombre y de una muchacha que se dirigen juntas al lugar donde está ella. Luego las pisadas del hombre vuelven…, pero las de la muchacha no.

—Tienen que ser las pisadas del asesino —sugirió Colin, conteniendo la respiración.

—Exactamente —dijo Poirot—. Las pisadas del asesino. Un pie largo y estrecho, con un zapato bastante raro. Muy interesante. Creo que serán fáciles de identificar. Sí, esas pisadas van a ser muy importantes.

En aquel momento, Desmond Lee-Wortley salía con Sarah de la casa y se acercó a ellos.

—Pero ¿qué están haciendo ahí todos ustedes? —preguntó en actitud un poco teatral—. Les vi desde la ventana de mi cuarto. ¿Qué pasa? Dios mío, ¿qué es eso? Pa… parece…

—Exactamente —le interrumpió Poirot—. Parece un asesinato, ¿verdad?

Sarah dejó escapar un sonido entrecortado y luego miró a los dos chicos con gran desconfianza.

—¿Quiere usted decir que han matado a… cómo se llama…, a Bridget? —preguntó Desmond—. ¿Quién diablos iba a querer matarla? ¡Es increíble!

—Hay muchas cosas que son increíbles —dijo Poirot—. Sobre todo antes del desayuno, ¿no? Eso dice uno de sus clásicos. Seis cosas imposibles antes del desayuno —añadió—. Por favor, esperen juntos aquí todos.

Cuidadosamente, dando un rodeo, se acercó a Bridget y se inclinó un momento sobre el cadáver. Colin y Michael estaban temblando con los esfuerzos por contener la risa. Sarah se acercó a ellos y murmuró:

—¿Qué habéis estado haciendo hasta ahora vosotros dos?

—Hay que ver a Bridget —susurró Colin—. Es estupenda. ¡Ni un parpadeo!

—Nunca he visto nada con tanto aspecto de muerte como Bridget —susurró Michael.

Hércules Poirot se enderezó de nuevo.

—Es terrible —dijo. Y en su voz se apreciaba una emoción que antes no existía.

Sin poder contenerse la risa, Michael y Colin se dieron la vuelta.

Con voz estrangulada, Michael dijo:

—¿Qué… qué hacemos?

—Sólo hay una cosa que podamos hacer —dijo Poirot—. Hay que llamar a la policía. ¿Va a llamar uno de ustedes o prefieren que lo haga yo?

—Creo —dijo Colin—, creo…, ¿qué te parece, Michael?

—Sí —respondió Michael—. Creo que ya está bien la broma.

Dio un paso al frente. Por primera vez, parecía un poco inseguro.

—Lo siento muchísimo —empezó a decir—. Espero que no lo tome demasiado a mal. Humm…, todo… todo fue una especie de broma de Navidad. Se nos ocurrió… bueno, prepararle un asesinato.

—¿Se os ocurrió prepararme un asesinato? Entonces esto… entonces esto…

—Es una escena que preparamos nosotros —explicó Colin— para… bueno… para que se sintiera usted a gusto.

—¡Ah! —exclamó Poirot—. Comprendo. Me habéis dado una inocentada. Pero hoy es veintiséis de diciembre y el Día de los Inocentes es dos días después, el veintiocho.

—No debíamos haberlo hecho —dijo Colin.

—Pero…, ¿no está usted muy enfadado, verdad, monsieur

Poirot? Vamos, Bridget —gritó—, levántate. Debes estar ya medio helada.

La figura echada en la nieve no se movió.

—Es extraño —dijo Hércules Poirot—, parece que no te ha oído —les miró pensativo—. ¿Dices que es una broma? ¿Estáis bien seguros que es una broma?

—Sí, claro que sí —aseguró Colin, incómodo—. No… no queríamos hacer daño a nadie.

—Pero entonces, ¿por qué no se levanta mademoiselle Bridget?

—No tengo ni idea —dijo Colin.

—Vamos, Bridget —gritó Sarah, impaciente—. Déjate de hacer el idiota, ahí tirada.

—De verdad, monsieur Poirot, lo sentimos muchísimo. —Colin hablaba con aprensión—. Le pedimos mil perdones.

—No tenéis por qué —repuso Poirot con voz extraña.

—¿Qué quiere decir? —Colin le miró fijamente. Luego se volvió hacia Bridget—. ¡Bridget! ¡Bridget! ¿Qué pasa? ¿Por qué no se levanta? ¿Por qué sigue ahí tirada?

Poirot hizo una seña a Desmond.

—Usted, señor Lee-Wortley. Venga aquí.

Desmond acudió a su lado.

—Tómele el pulso —le ordenó Poirot.

Desmond Lee-Wortley se inclinó. Tocó el brazo, la muñeca.

—No tiene pulso… —se quedó mirando a Poirot—. El brazo está rígido. ¡Dios santo, está muerta de verdad! ¡Está muerta!

Poirot asintió con un movimiento de cabeza.

—Sí, está muerta —dijo—. Alguien ha convertido la comedia en tragedia.

—Alguien…, ¿quién?

—Hay una serie de pisadas que se acercan aquí y luego se alejan. Una serie de pisadas que se parecen muchísimo a las pisadas que acaba usted de hacer, señor Lee-Wortley, al venir desde el camino.

Desmond Lee-Wortley giró en redondo.

—¿Qué diablos…? ¿Está usted acusándome a mí? ¿A mí? ¡Está usted loco! ¿Por qué diablos iba yo a querer matar a la chica?

—Ah… ¿por qué? No lo sé… Vamos a ver.

Se inclinó, muy suavemente, apartó los dedos contraídos de la

chica. Desmond contuvo el aliento. En sus ojos había una expresión de incredulidad. En la palma de la mano de la muerta había algo que parecía un gran rubí.

—¡Es aquella maldita cosa que estaba en el *pudding*! —gritó.

—¿Sí? —dijo Poirot—. ¿Está usted seguro?

—Claro que lo estoy.

Con un movimiento rápido, Desmond se inclinó y arrancó la piedra roja de la mano de Bridget.

—No debía haber hecho eso —dijo Poirot en tono de reproche —. Tenía que dejarse todo como estaba.

—No he tocado el cadáver. Pero esto podía… podía perderse y es una prueba. Lo que hay que hacer es avisar a la policía lo antes posible. Voy en seguida a telefonear.

Giró en redondo y corrió en dirección a la casa. Sarah acudió vivamente al lado de Poirot.

—No comprendo —susurró—. ¿Qué quería usted decir con… con eso de las pisadas?

—Véalo usted por sí misma, mademoiselle.

Las pisadas que se acercaban y se alejaban del cadáver eran iguales a las que Lee-Wortley acababa de hacer.

—¿Quiere usted decir… que fue Desmond? ¡Es absurdo!

De pronto, a través del aire puro llegó el ruido de un coche. Se volvieron y vieron que un coche bajaba la avenida a velocidad vertiginosa. Sarah reconoció el coche.

—Es Desmond —dijo—. Es el coche de Desmond. Debe… debe haber ido a buscar a la policía en lugar de telefonear.

Diana Middleton salió corriendo de la casa y se reunió con ellos.

—¿Qué ha pasado? —exclamó jadeante—. Desmond entró corriendo en la casa. Dijo no sé qué de que habían asesinado a Bridget y luego quiso llamar por teléfono, pero estaba estropeado. No consiguió comunicar. Dijo que debían haber cortado los hilos y que lo único que se podía hacer era coger un coche e ir inmediatamente a buscar a la policía. Porque la policía…

Poirot hizo un gesto.

—¿Bridget? —Diana se quedó mirándole—. Pero…, ¿seguro que no es broma o algo por el estilo? He oído algo… anoche… Creí que iban a jugarle a usted una broma, monsieur Poirot.

—Sí —dijo Poirot—, ése era el plan, jugarme una broma. Pero

vamos a la casa, vamos todos. Aquí nos vamos a morir de frío y no se puede hacer nada hasta que el señor Lee-Wortley vuelva con la policía.

—Pero, oiga —suplicó Colin—, no podemos…, no podemos dejar a Bridget aquí sola.

—No puedes hacer nada por ella con quedarte —respondió Poirot suavemente—. Vamos; es una tragedia, una gran tragedia, pero no podemos hacer nada por ayudar a mademoiselle Bridget. De modo que vamos a calentarnos y a tomar una taza de té o café.

Le siguieron obedientemente a la casa. Peverell iba a tocar el batintín en aquel momento. Si le pareció extraordinario que casi todo el mundo viniera de fuera y que Poirot se presentara en pijama por debajo del abrigo, no mostró el menor asombro. Peverell, a pesar de sus años, seguía siendo el perfecto mayordomo. Sólo veía lo que le pedían que viera. Se dirigieron al comedor y se sentaron. Cuando todos tuvieron ante ellos una taza de café, Poirot empezó a hablar.

—Tengo que contarles una pequeña historia —exclamó—. No puedo darles todos los detalles, eso no. Pero puedo contarles lo principal. Trata de un joven príncipe que vino a este país. Trajo consigo una joya famosa, para montarla de nuevo para la dama con quien iba a casarse, pero, por desgracia, primero hizo amistad con una señorita muy bonita. A esta señorita no le gustaba mucho el hombre, pero sí le gustaba la joya… tanto, que un día desapareció con esta prenda, que había pertenecido a la familia del príncipe a través de muchas generaciones. El pobre joven, como ven ustedes, se encuentra en un aprieto. Por encima de todo tiene que evitar el escándalo. Imposible acudir a la policía. Entonces acude a mí, Hércules Poirot. «Recupéreme mi histórico rubí», me dice. *Eh bien!*, la señorita tiene un amigo, y el amigo ha hecho negocios muy dudosos. Ha estado complicado en chantajes y en venta de joyas en el extranjero. Siempre ha sido muy hábil. Se sospecha de él, sí, pero no se le puede probar nada. Llega a mi conocimiento que este caballero tan hábil está pasando las Navidades en esta casa. Es importante que la bonita señorita, una vez conseguida la joya, desaparezca de la circulación por una temporada, para que no puedan ejercer presión sobre ella, ni la puedan interrogar. Por lo tanto, se las arreglan de modo que venga a esta casa, a Kings Lacey,

pasando ante los demás por hermana de nuestro hábil caballero…

Sarah contuvo la respiración.

—¡No puede ser! ¡No! ¡Aquí, conmigo!

—Pues así es —dijo Poirot—. Y, valiéndonos de una pequeña estratagema, se me invita a mí también a pasar las Navidades en Kings Lacey. Aquí, en la casa, dicen que la señorita acaba de salir del hospital. Está mucho mejor al llegar. Pero entonces se corre la voz de que voy a venir yo, un detective, un detective famoso. Y a la señorita, según el dicho popular, «no le llega la camisa al cuerpo». Esconde el rubí en el primer sitio que se le ocurre y luego sufre una recaída y se vuelve a la cama. No quiere que yo la vea, porque es seguro que tengo una fotografía de ella y que la reconocería. Es muy aburrido para ella, desde luego, pero tiene que quedarse en su habitación y su «hermano» le sube la comida.

—¿Y el rubí? —preguntó Michael.

—Creo —dijo Poirot— que en el momento en que se mencionó mi llegada, la señorita estaba en la cocina con los demás, riéndose, hablando y batiendo los *puddings* de Navidad. Meten los *puddings* en los moldes y la señorita esconde el rubí en uno de ellos, hundiéndolo bien. No en el que vamos a comer el día de Navidad. No, no; ése sabe ella que está en un molde especial. Lo pone en el otro, el que está destinado para el día de Año Nuevo. Antes de que llegase ese día podrá marcharse de aquí y al marcharse, el *pudding* aquél se iría con ella. Pero vean en qué forma interviene el Destino. El *pudding* de Navidad, dentro de su elegante molde, se cae al suelo de piedra y el molde se hace añicos. ¿Qué se podía hacer? La buena señora Ross coge el otro *pudding* y lo manda a la mesa.

—¡Qué barbaridad! —dijo Colin—. ¿Quiere usted decir que lo que tenía el abuelo en la boca el día de Navidad, cuando estaba comiendo el *pudding*, era un rubí de *verdad*?

—Exactamente —repuso Poirot—, y pueden ustedes imaginar el nerviosismo del señor Lee-Wortley al ver aquello. *Eh bien*, ¿qué ocurre entonces? El rubí va pasando de mano en mano, alrededor de la mesa. Al examinarlo yo, me las arreglo para deslizarlo disimuladamente en un bolsillo. Con indiferencia, como si no me interesara la piedra. Pero una persona por lo menos vio lo que yo había hecho. Estando yo en cama, esa persona registra mi habitación. Me registra a mí. Pero no encuentra el rubí. ¿Por qué?

—Porque —dijo Michael, conteniendo la respiración— se lo había dado usted a Bridget. Es lo que está usted queriéndonos decir. Y fue por eso por lo que…, pero no comprendo bien. Oiga, ¿qué es lo que ocurrió de verdad?

Poirot le sonrió.

—Vamos a la biblioteca —dijo—, miren por la ventana y les mostraré algo que puede que explique el misterio.

Abrió la marcha y los demás le siguieron.

—Contemplen de nuevo la escena del crimen —les invitó Poirot.

Señaló con el dedo por la ventana. De todos los labios salieron sonidos entrecortados. No había ningún cadáver sobre la nieve; no quedaba ninguna huella de la tragedia, a excepción de una buena masa de nieve revuelta.

—No habrá sido un sueño, ¿verdad? —preguntó Colin en voz muy baja—. ¿Se… se han llevado el cadáver?

—¡Ah! —repuso Poirot—. Ahí lo tienes: «El misterio del cadáver desaparecido».

Hizo un movimiento con la cabeza y sus ojos chispearon.

—¡Dios mío! —exclamó Michael—. Monsieur Poirot, está usted…, no habrá usted…, ¡pero si nos está tomando el pelo a todos!

Los ojos de Poirot chispearon aún más.

—Es cierto, hijo mío, yo también he preparado una contratreta. ¡Ah, *voilá*, mademoiselle Bridget! ¿Espero que no te habrá hecho daño el estar tumbada en la nieve? No me perdonaría nunca si cogieras *une fluxión de poitrine*.

Bridget acababa de entrar en la habitación. Llevaba una falda gruesa y un jersey de lana. Estaba riéndose.

—He hecho que te subieran una *tisane* a tu habitación —dijo Poirot con severidad—. ¿Te la has tomado?

—¡Un sorbito me bastó! —dijo Bridget—. Estoy muy bien. ¿Lo he hecho bien, monsieur Poirot? ¡Qué horror, todavía me duele el brazo del torniquete que me hizo usted poner!

—Estuviste espléndida, hija mía —dijo Poirot—. Espléndida. Pero oye, todos los demás siguen en ayunas. Anoche fui a hablar con mademoiselle Bridget. Le dije que estaba enterado de su pequeño *complot* y le pregunté si estaba dispuesta a interpretar un pequeño papel. Lo hizo muy bien. Marcó las pisadas con un par de

zapatos del señor Lee-Wortley.

Sarah dijo con voz áspera:

—Pero ¿a qué viene todo eso, monsieur Poirot? ¿A qué viene mandar a Desmond a buscar a la policía? Se pondrá furioso cuando vea que todo era un engaño.

Poirot meneó la cabeza suavemente.

—Es que yo no creo ni por un instante que el señor Lee-Wortley haya ido a buscar a la policía, mademoiselle —dijo—. El señor Lee-Wortley no quiere verse mezclado en asesinatos. Perdió la cabeza por completo, Lo único que vio fue la oportunidad de coger el rubí. Lo cogió, fingió que el teléfono estaba estropeado y salió corriendo con el coche, pretendiendo que iba a buscar a la policía. En mi opinión, no le va a volver usted a ver por una temporada. Tengo entendido que tiene su sistema para salir de Inglaterra. Tiene avión propio, ¿no es así, mademoiselle?

Sarah asintió con la cabeza…

—Sí —dijo—. Estábamos pensando en…

Se calló.

—Quería que se fugara usted con él por ese medio, ¿no es cierto? *Eh bien*, es un sistema muy bueno para sacar una joya del país. Cuando un hombre se fuga con una chica y se da publicidad al hecho, no se sospecha que el hombre esté al mismo tiempo sacando del país, de contrabando, una joya histórica. Ya lo creo; hubiera sido un buen camuflaje.

—No lo creo —repuso Sarah—. ¡No creo ni una palabra de todo eso!

—Pregúntele entonces a su hermana —sugirió Poirot, haciendo una indicación con la cabeza.

Sarah se volvió rápidamente.

Una rubia platino estaba de pie en el umbral. Llevaba puesto un abrigo de piel y miraba con ceño. Se veía que estaba furiosa.

—¡Qué hermana ni qué narices! —exclamó soltando una risita desagradable—. ¡Ese canalla no es hermano mío! ¿De modo que se ha largado y me ha dejado a mí con el muerto? ¡Todo fue idea suya! ¡*Él* fue el que me metió en esto! Dijo que era tirado. Nunca nos denunciarían, por miedo al escándalo. En último caso, podía amenazar con decir que Alí me había regalado la joya. Desmond y yo nos íbamos a repartir el dinero en París y ahora el muy canalla

me deja plantada. ¡Le mataría! —cambió bruscamente de tema—. Cuanto antes salga de aquí… ¿Puede alguno de ustedes pedirme un taxi?

—Hay un coche esperando en la puerta principal, para llevarla a usted a la estación, mademoiselle —dijo Poirot.

—Está usted en todo, ¿eh?

—En casi todo —corrigió Poirot, visiblemente complacido.

Pero Poirot no iba a salir del paso tan fácilmente. Cuando volvió al comedor, después de ayudar a la falsa señorita Lee-Wortley a subir al coche, Colin estaba esperándole.

Su cara juvenil mostraba una expresión preocupada.

—Pero, oiga, monsieur Poirot. *¿Qué ha pasado con el rubí?* ¿Nos quiere hacer creer que dejó que se escapara con él?

Poirot puso una cara muy triste. Se atusó los bigotes. Parecía estar incómodo.

—Todavía lo recuperaré —dijo débilmente—. Hay otros medios. Todavía…

—¡Vamos! —exclamó Michael—. ¡Dejar que ese canalla se marche con el rubí!

Bridget fue más aguda.

—Está otra vez tomándonos el pelo —sugirió—. ¿Verdad que sí, monsieur Poirot?

—¿Hacemos un último truquillo? Mira en mi bolsillo de la izquierda.

Bridget metió la mano en el bolsillo. Dando un grito de triunfo la volvió a sacar y sostuvo en lo alto un gran rubí resplandeciente.

—¿Entendéis ahora? —explicó Poirot—. El que agarrabas tú con la mano era una imitación. Lo traje de Londres por si era necesario hacer una sustitución. ¿Comprendéis? No queremos escándalo. Monsieur Desmond tratará de desembarazarse del rubí en París, en Bélgica o donde tenga sus cómplices, ¡y entonces se descubrirá que la piedra no es auténtica! ¿Qué mejor solución? Todo termina bien. Se evita el escándalo; mi joven príncipe recupera su rubí, vuelve a su país, se casa y esperemos que sea muy feliz. Todo termina bien.

—Menos para mí —murmuró Sarah para sí.

Lo dijo en voz tan baja, que sólo Poirot lo oyó. El detective meneó la cabeza suavemente.

—Se equivoca usted al decir eso, mademoiselle Sarah. Ha

ganado usted experiencia. Toda experiencia es valiosa. Le profetizo que le espera una vida de completa felicidad.

—Eso lo dice *usted* —dijo Sarah.

—Pero oiga, monsieur Poirot —Colin tenía el entrecejo fruncido —. ¿Cómo se enteró usted de la comedia que íbamos a representar?

—Mi profesión consiste en enterarme de las cosas —repuso Hércules Poirot, retorciéndose el bigote.

—Sí, pero no veo cómo pudo enterarse. ¿Se chi… se lo dijo alguien?

—No, no; nadie me lo dijo.

—¿Entonces cómo? Díganoslo.

—No, no —protestó Poirot—. No, no. Si os digo cómo llegué a esa conclusión, no le vais a dar ninguna importancia. ¡Es como cuando un prestidigitador muestra cómo hace sus trucos!

—¡Díganoslo, monsieur Poirot! ¡Ande! ¡Díganoslo, díganoslo!

—¿De verdad queréis que os resuelva este último misterio?

—Sí, ande. Díganoslo.

—¡Ay, creo que me es imposible! ¡Os vais a llevar una desilusión tan grande!

—Vamos, monsieur Poirot, díganoslo. *¿Cómo se enteró usted?*

—Pues veréis. Estaba sentado el otro día en una butaca, junto a la ventana de la biblioteca, reposando después de tomar el té. Me quedé dormido y, cuando me desperté, estabais discutiendo vuestros planes por el lado de fuera de la ventana, muy cerca de mí, y la ventana estaba abierta.

—¿Eso es todo? —exclamó Colin, decepcionado.

—¡Qué fácil!

—¿Verdad que sí? —dijo Hércules Poirot, sonriendo—. ¿Lo veis? *Estáis* decepcionados.

—Bueno —se consoló Michael—. Por lo menos ya lo sabemos todo.

—¿Sí? —murmuró Poirot, como para sí—. *Yo* no. *Yo*, que tengo que saber cosas, no lo sé todo.

Salió al vestíbulo, meneando ligeramente la cabeza. Quizá por vigésima vez, sacó del bolsillo un trozo de papel bastante sucio. «No coma nada del *pudding* de ciruelas. Una que le quiere bien».

Hércules Poirot meneó la cabeza en actitud pensativa. Él, que podía explicarlo todo, ¡no podía explicar aquello! Era humillante.

¿Quién lo había escrito? ¿*Por qué* lo había escrito? Hasta que lo averiguara, no tendría un momento de tranquilidad. De pronto salió de su ensimismamiento y percibió un extraño sonido entrecortado. Bajó vivamente la vista. En el suelo, atareada con un aspirador de polvo y un cepillo, estaba una criatura de pelo rubio muy pálido, con una bata de flores. Miraba fijamente el papel, con unos ojos muy grandes y muy redondos.

—¡Ay, señor! —dijo esta aparición—. ¡Ay, señor! ¡*Por favor*, señor!

—¿Y usted quién es, *mon enfant?* —preguntó Poirot alegremente.

—Annie Bates, señor, para servirle. Vengo a ayudar a la señora Ross. No quería, señor, no quería hacer… hacer nada que no debiera hacer. Lo hice por su bien, señor. Por su bien.

En el cerebro de Poirot se hizo la luz. Extendió el brazo que sostenía el sucio trozo de papel.

—¿Escribió usted esto, Annie?

—No quería hacer ningún daño, señor. De verdad que no.

—Claro que no, Annie —Poirot le sonrió—. Pero cuénteme. ¿Por qué escribió usted eso?

—Pues, señor, fueron esos dos. El señor Lee-Wortley y su hermana. Claro que no era su hermana, estoy segura. ¡Ninguna de nosotras lo creyó! Y no estaba nada enferma. *Todas* nos dimos cuenta. Pensamos… pensamos todas, que allí había algo raro. Se lo voy a decir en dos palabras, señor. Estaba yo en el baño de ella, poniendo las toallas limpias, y escuché en la puerta. *Él* estaba en la habitación de ella y estaban hablando. Oí lo que decían como le oigo ahora a usted. «Ese detective», estaba diciendo él, «ese tal Poirot que va a venir. Tenemos que hacer algo. Tenemos que quitarle de en medio lo antes posible». Y entonces él, de un modo desagradable y siniestro, bajando la voz, le dijo: «Dime, ¿dónde lo has puesto?». Y ella le contestó: «En el *pudding*». Ay, señor, el corazón me dio un salto tan grande que creí que nunca más me iba a volver a latir. Creí que querían envenenarle con el *pudding*. ¡No sabía lo que hacer! La señora Ross no se para a escuchar a las de mi condición. Entonces se me vino a la cabeza la idea de escribirle un aviso. Y lo escribí y se lo puse en la almohada, para que lo viera al ir a acostarse.

Annie se calló sin aliento. Poirot la observó gravemente durante

unos momentos.

—Me parece, Annie, que ve usted demasiadas películas sensacionalistas —dijo por último—. ¿O es la televisión la que la afecta? Pero lo importante es que tiene usted buen corazón y cierto ingenio. Cuando vuelva a Londres le mandaré a usted, un regalo.

—Ay, gracias, señor. Muchas gracias, señor.

—¿Qué quiere usted que le regale, Annie?

—Cualquier cosa que quiera el señor. ¿Puedo pedir cualquier cosa?

—Dentro de unos límites razonables, sí —repuso Hércules Poirot con prudencia.

—Ay, señor, ¿me podría regalar una polvera? Una polvera elegante, de esas que se cierran de golpe, como la que tenía la hermana del señor Lee-Wortley, que no era su hermana.

—Sí —concedió Poirot—. Sí. Creo que eso podrá arreglarse.

Quedó pensativo un instante y después musitó:

—Es interesante. Estaba el otro día en un museo, observando unos objetos de Babilonia o de uno de esos sitios, de hace miles de años, y entre ellos había unos estuches para cosméticos. El corazón de la mujer no cambia.

—¿Cómo dice, señor? —preguntó con gran interés Annie.

—Nada —dijo Poirot—. Estaba reflexionando. Tendrá usted su polvera, hija mía.

—¡Ay, muchas gracias, señor! ¡Muchísimas gracias, señor!

Annie se alejó, extática. Poirot la miró, meneando la cabeza con satisfacción.

«¡Ah! —se dijo—. Ahora me voy. Ya no queda nada que hacer aquí».

Un par de brazos le rodearon los hombros inesperadamente.

—Si se pone usted justo debajo del muérdago… —dijo Bridget.

Hércules Poirot se divirtió. Se divirtió muchísimo. Pasó unas Navidades estupendas.

El misterio del cofre español

1

En punto, como de costumbre, Hércules Poirot entró en la pequeña habitación donde la señorita Lemon, su eficiente secretaria, esperaba las instrucciones del día.

A primera vista, la señorita Lemon parecía estar formada en ángulos, lo que debía satisfacer la pasión de Poirot por la simetría. No es que Hércules Poirot llevara tan lejos su pasión por la precisión geométrica. Por el contrario, en lo tocante a mujeres tenía gustos anticuados y una preferencia muy poco inglesa por las curvas; podríamos decir incluso por las curvas voluptuosas. Le gustaba que las mujeres fueran mujeres. Le gustaban ampulosas, exóticas, con mucho colorido. Había habido una condesa rusa…, pero hacía mucho tiempo de eso. Una locura de juventud.

A la señorita Lemon nunca la había considerado como una mujer. Era una máquina humana, un instrumento de precisión. Su eficacia era extraordinaria. Tenía cuarenta y ocho años y la ventaja de carecer por completo de imaginación.

—Buenos días, señorita Lemon.

—Buenos días, *monsieur* Poirot.

Poirot se sentó y la señorita Lemon colocó ante él el correo de la mañana, clasificado en montones muy ordenados. La secretaria se volvió a su asiento y esperó, con el cuaderno y el lápiz a punto.

Pero aquella mañana iba a producirse un pequeño cambio en la rutina diaria. Poirot había llevado consigo el periódico de la mañana y estaba leyéndolo con mucho interés. Tenía unos titulares grandes y llamativos. «El misterio del cofre español. Ultimas

noticias».

—¿Supongo que habrá usted leído los periódicos de la mañana, señorita Lemon?

—Sí, *monsieur* Poirot. Las noticias de Ginebra no son muy buenas.

Poirot despreció las noticias de Ginebra, haciendo un amplio gesto con el brazo.

—Un cofre español —musitó—. ¿Puede usted decirme, señorita Lemon, lo que es exactamente un cofre español?

—Supongo, *monsieur* Poirot, que será un cofre procedente de España.

—Sí, es de suponer. Entonces, ¿no tiene usted mayor conocimiento del asunto?

—Creo que suelen ser del periodo isabelino. Grandes y con muchos adornos de bronce. Son bonitos cuando están en buenas condiciones y bien pulidos. Mi hermana compró uno en un saldo. Guarda en él ropa de cama. Es muy bonito.

—Estoy seguro de que en casa de cualquier hermana suya todos los muebles estarán bien cuidados —dijo Poirot, inclinándose graciosamente.

La señorita Lemon replicó tristemente que el servicio moderno no tenía idea de lo que era «darle a puño».

Poirot se quedó un poco desconcertado con la expresión, pero decidió no hacer preguntas.

Bajó de nuevo la vista al periódico, leyendo con atención los nombres: el comandante Rich, el señor y la señora Clayton, el teniente de navío Maclaren, el señor y la señora Spence… Para él eran nombres; nada más que nombres. Sin embargo, todos ellos pertenecían a personas, que odiaban, amaban, temían… Hércules Poirot no tenía papel en aquel drama. ¡Y le hubiera gustado tener un papel en él! Seis personas en una fiesta, en una habitación que contenía un gran cofre español apoyado contra la pared; seis personas, cinco de las cuales hablaban, comían una cena fría, ponían discos en el gramófono, bailaban, y la sexta muerta, dentro del cofre español.

«¡Ay —pensó Poirot—, cómo le hubiera interesado a mi amigo Hastings! ¡Cómo habría volado su imaginación! ¡Qué observaciones más absurdas habría hecho! ¡Ay, *ce cher* Hastings! Hoy, aquí, en este

momento, le echo de menos… En su lugar…».

Suspiró y miró a la señorita Lemon. La señorita Lemon, dándose cuenta de que Poirot no estaba de humor para dictar cartas, había destapado la máquina de escribir y esperaba el momento de ponerse con un trabajo atrasado. No le interesaban en lo más mínimo los siniestros cofres españoles con algunos cadáveres dentro, por añadidura.

Poirot suspiró y miró una fotografía del periódico. Las fotografías de los periódicos nunca eran muy buenas y aquélla estaba muy borrosa, ¡pero qué cara!

La señora Clayton, esposa de la víctima…

Obedeciendo a un impulso repentino, le tendió el periódico a la señorita Lemon.

—Mire —le dijo—. Mire esa cara.

La señorita Lemon la miró, obediente, sin mostrar la menor emoción.

—¿Qué le parece, señorita Lemon? Es la señora Clayton.

La señorita Lemon cogió el periódico, miró la fotografía con indiferencia y observó.

—Se parece un poco a la mujer del gerente de nuestro Banco, cuando vivíamos tiempo atrás en Croydon Heath.

—Interesante —dijo Poirot—. Cuénteme, si tiene la bondad, la historia de la mujer de ese gerente.

—Bueno, no es lo que se dice una historia muy agradable, *monsieur* Poirot.

—Estaba pensando que no debía serlo. Continúe.

—Hubo muchas habladurías… sobre la señora Adams y un joven artista. Luego el señor Adams se suicidó. Pero la señora Adams no quiso casarse con el otro hombre y éste entonces tomó un veneno… Lo sacaron adelante. Por último la señora Adams se casó con un joven abogado. Creo que después de eso hubo más desgracias, pero nosotros, claro, nos habíamos marchado de Croydon Heath y ya no supe mucho más de ellos.

Poirot movió la cabeza, con expresión grave.

—¿Era guapa?

—Vaya, no precisamente guapa. Pero parece que tenía algo…

—Exacto. ¿Qué es ese algo que poseen las sirenas de la historia? ¿Las Helenas de Troya, las Cleopatras?

La señorita Lemon, con mucha decisión, colocó en la máquina una hoja de papel.

—Francamente, *monsieur* Poirot, nunca se me ocurrió pensar en eso. Me parecen tonterías nada más. Si la gente se ocupara de su trabajo, en lugar de ponerse a pensar en esas cosas, mucho mejor sería.

Habiendo dicho la última palabra sobre la fragilidad y pasión humana, la señorita Lemon colocó las manos sobre el teclado, esperando con impaciencia que le permitieran comenzar su trabajo.

—Ése es su punto de vista —dijo Poirot—. Y en este momento está deseando que la deje ocuparse de su trabajo. Pero su trabajo, señorita Lemon, no consiste solamente en tomar mis cartas en taquigrafía, archivar mis papeles, atender mis llamadas telefónicas y escribir a máquina mis cartas. Todo eso lo hace usted maravillosamente. Pero yo no trato sólo con documentos; trato también con seres humanos. Y también en este terreno necesito su ayuda.

—Naturalmente, *monsieur* Poirot —dijo la señorita Lemon, armándose de paciencia—. ¿Qué quiere usted que haga?

—Este asunto me interesa. Me gustaría que hiciera un estudio de toda la información que traen los periódicos de la mañana y de cualquier otra información que venga en los de la tarde. Hágame un resumen de los hechos.

—Muy bien, *monsieur* Poirot.

Poirot se retiró a su cuarto de estar, sonriendo tristemente.

«Es una ironía —pensó— que después de mi querido amigo Hastings tenga a la señorita Lemon. ¿Podría uno imaginar mayor contraste? *Ce cher* Hastings…, ¡cómo se hubiera paseado de arriba abajo, hablando del asunto, interpretando del modo más romántico todos los incidentes, creyendo como el evangelio todo lo que han publicado los periódicos sobre el caso! ¡En cambio mi pobre señorita Lemon no disfrutará lo más mínimo con lo que le he encargado hacer!».

A su debido tiempo, la señorita Lemon se acercó a él con una hoja escrita a máquina.

—Tengo la información que quería, *monsieur* Poirot. Ahora, que siento decirle que no se la puede considerar muy digna de crédito. Los reportajes de los periódicos varían mucho. No podría garantizar

la exactitud de más de un sesenta por ciento de la información.

—Su cálculo, probablemente, peca de moderado —murmuró Poirot—. Gracias por el trabajo que se ha tomado, señorita Lemon.

Los hechos eran sensacionales, pero muy claros. El comandante Rich, soltero y rico, había invitado a unos cuantos amigos a una fiesta de noche en su piso. Estos amigos eran el señor y la señora Clayton, el señor y la señora Spence y un tal Maclaren, teniente de navío. El teniente Maclaren era amigo muy antiguo de Rich y de los Clayton. El señor y la señora Spence, un matrimonio joven, eran amigos bastante recientes. Arnold Clayton era funcionario de Hacienda. Jeremy Spence tenía un cargo de poca importancia en un organismo del Estado. El comandante Rich tenía cuarenta y ocho años. Arnold Clayton cincuenta y cinco. Jeremy Spence treinta y siete, el teniente Maclaren cuarenta y seis. Según los informes, la señora Clayton era «bastantes años más joven que su marido». Uno de los invitados no pudo asistir a la fiesta. En el último momento, el señor Clayton tuvo que ir a Escocia, reclamado por un asunto urgente, y tenía que haber salido de la estación de King's Cross en el tren de las 8.15.

La fiesta se desarrolló como suelen desarrollarse esta clase de fiestas. Todo el mundo parecía divertirse. No hubo excesos ni borracheras. Terminó a las 11.45 aproximadamente. Primero dejaron al teniente Maclaren en su club y luego los Spence dejaron a Margharita Clayton en Cardigan Garden, muy cerca de Sloane Square, y continuaron a su casa, en Chelsea.

A la mañana siguiente, el criado del comandante Rich, William Burgess, hizo el terrible descubrimiento. El criado no vivía en la casa. Llegó temprano para arreglar el salón, antes de llevarle al comandante Rich el té de primera hora de la mañana. Mientras estaba limpiando la habitación, Burgess se sobresaltó al ver una mancha grande en la alfombra de color claro sobre la que descansaba el cofre español. Parecía haberse escurrido del cofre. El criado levantó inmediatamente la tapa del mueble y miró en el interior. Horrorizado, vio dentro del cofre el cadáver del señor Clayton, con un estilete clavado en el cuello.

Obedeciendo al primer impulso, Burgess salió corriendo a la calle y llamó al primer policía que encontró.

Éstos eran los hechos escuetos. Pero había más detalles. La

policía le había dado la noticia inmediatamente a la señora Clayton, que se había quedado «completamente consternada». Había visto a su marido por última vez un poco antes de las seis de la tarde del día anterior. Clayton había llegado a casa muy irritado porque le reclamaban con urgencia en Escocia para un asunto relacionado con una propiedad suya. Había insistido en que su mujer fuera a la fiesta sin él. El señor Clayton se había ido a su club, que era también el del teniente Maclaren, había tomado una copa con su amigo y le había explicado lo que pensaba. Luego, consultando su reloj, había dicho que tenía el tiempo justo camino de King's Cross para pasar por casa del comandante Rich y explicarle la situación. Había intentado telefonearle, pero, al parecer, el teléfono estaba estropeado.

Según la declaración de William Burgess, el señor Clayton había llegado a la casa alrededor de las 7.55. El comandante Rich había salido, pero estaba al llegar de un momento a otro, por lo que Burgess propuso al señor Clayton que pasara y le esperara. Clayton dijo que no tenía tiempo, pero que entraría y le escribiría una nota. Explicó a Burgess que iba a coger un tren en King's Cross. El criado le introdujo en el salón y se volvió a la cocina, donde estaba preparando unos canapés para la fiesta. El criado no oyó llegar a su señor, pero, unos diez minutos más tarde, el comandante Rich asomó la cabeza en la cocina y le dijo a Burgess que fuera corriendo a comprar unos cigarrillos turcos que eran los preferidos de la señora Spence. El criado así lo hizo y le llevó los cigarrillos a su señor. El señor Clayton no estaba allí, pero el criado, naturalmente, pensó que se había marchado a la estación a coger el tren.

La declaración del comandante Rich era breve y sencilla. El señor Clayton no estaba en el piso cuando él había llegado y no se había enterado del viaje del señor Clayton a Escocia hasta que la señora Clayton y los demás invitados habían llegado.

En los periódicos de la tarde venían dos sueltos más. La señora Clayton, que estaba «completamente postrada», había dejado su piso en Cardigan Gardens y se creía que se había ido a casa de unos amigos.

La segunda noticia era de «última hora». El comandante Rich había sido acusado del asesinato de Arnold Clayton y por dicho motivo le habían detenido.

—Y esto es todo —dijo Poirot mirando a la señorita Lemon—. El arresto del comandante Rich era de esperar. ¡Pero qué caso más extraordinario! ¡Qué extraordinario! ¿No lo cree usted así?

—Son cosas que pasan, *monsieur* Poirot —respondió la señorita Lemon, con interés.

—¡Ah, desde luego! Pasan todos los días. O casi todos los días. Pero, por regla general, son muy comprensibles aunque lamentables.

—Sí, desde luego, parece que es asunto muy desagradable.

—El que le maten a uno de una puñalada y le metan en un cofre español es muy desagradable, para la víctima, desde luego; sumamente desagradable. Pero cuando digo que éste es un caso extraordinario, me refiero a la extraordinaria conducta del comandante Rich.

La señorita Lemon, con cierta repugnancia, manifestó:

—Parece que quiera insinuar que el comandante Rich y la señora Clayton eran muy buenos amigos… Es sólo una insinuación, no un hecho probado; por eso no lo he incluido.

—Hizo usted muy bien. Pero es una suposición que salta a la vista. ¿No tiene usted nada más que decir?

La señorita Lemon se quedó desconcertada. Poirot suspiró y lamentó la falta de la viva y dramática imaginación de su amigo Hastings. El discutir un asunto con la señorita Lemon resultaba muy penoso.

—Piense un momento en ese comandante Rich. Está enamorado de la señora Clayton; concedido. Quiere librarse del marido; concedido también; aunque si la señora Clayton está enamorada de él y son amantes, no veo la urgencia. ¿Será que el señor Clayton no quiere conceder el divorcio a su mujer? Pero no es de esto de lo que estoy hablando. El comandante Rich es un militar retirado y se dice a veces que los militares no tienen mucha inteligencia. ¿Pero, *tout de méme*, ese comandante Rich no es, no puede ser un completo imbécil?

La señorita Lemon no contestó, pensó que la pregunta era puramente teórica.

—Bueno —dijo Poirot.

—¿Qué piensa usted de todo esto?

—¿Que qué pienso yo? —se sobresaltó la señorita Lemon.

—*Mais oui*, ¡usted!

La señorita Lemon adaptó su cerebro al esfuerzo que se exigía de él. No se entregaba a especulación mental de ninguna clase, a menos que se lo pidieran. En sus momentos de solaz, su cerebro se llenaba con los detalles de un sistema perfecto de archivo. Éste era su único recreo mental.

—Bueno… —empezó, y se detuvo.

—Dígame lo que ocurrió, lo que usted cree que ocurrió aquella noche. El señor Clayton está en el salón, escribiendo una nota. Llega el comandante Rich…, ¿y entonces qué?

—Encuentra allí al señor Clayton. Supongo… supongo que se pelean. El comandante Rich le apuñala. Luego al ver lo que ha hecho, pues… mete el cadáver en él cofre. Hay que tener en cuenta que los invitados podían llegar de un momento a otro.

—Sí, sí. ¡Llegan los invitados! El cadáver está en el cofre. Pasa la noche. Los invitados se marchan. Y entonces…

—Pues supongo que el comandante Rich se va a la cama y… ¡Ah!

—¡Ah! —repitió Poirot—. Ahora lo ve usted. Ha asesinado usted a un hombre. Ha escondido usted el cadáver en un cofre. Y entonces… se va usted tranquilamente a la cama, sin que le preocupe en absoluto el hecho de que su criado va a descubrir el crimen por la mañana.

—¿No cabría la posibilidad de que el criado no mirara dentro del cofre? Puede que el comandante Rich no se diera cuenta de que había unas manchas de sangre.

—¿No le parece que fue un poquito despreocupado al no ir a mirar?

—Estaría conmocionado —sugirió la señorita Lemon.

Poirot alzó las manos, desesperado. La señorita Lemon aprovechó la oportunidad para salir corriendo de la habitación.

1

El misterio del cofre español no era, estrictamente hablando, cosa de Poirot. Estaba ocupándose en aquel momento de una delicada

misión por encargo de una importante compañía petrolífera, uno de cuyos magnates parecía estar complicado en un asunto dudoso. Era todo muy secreto, muy importante y sumamente lucrativo. Era lo bastante complicado para merecer la atención de Poirot y tenía la gran ventaja de requerir muy poca actividad física.

Era un asunto muy refinado y sin sangre. Crimen en las altas esferas.

El misterio del cofre español era dramático y emocionante; dos cualidades que, como Poirot le había dicho muchas veces a Hastings, suelen ser apreciadas con exceso (cosa que Hastings era muy dado a hacer). Había estado siempre muy severo con *ce cher* Hastings a este respecto y ahora él estaba reaccionando de modo muy similar a como hubiera reaccionado su amigo; estaba obsesionado con las mujeres guapas, los crímenes pasionales, los celos, el odio y todos los demás motivos de los crímenes románticos. Quería saber todos los detalles de aquel caso. Quería saber cómo era el comandante Rich, cómo era Burgess, su criado, cómo era Margharita Clayton (aunque eso creía saberlo), cómo había sido el difunto Arnold Clayton (ya que, según él, la personalidad de la víctima era factor importantísimo en un asesinato), incluso cómo eran el teniente Maclaren, el amigo fiel, y el señor y la señora Spence, los amigos recientes.

¡Y no sabía cómo iba a poder satisfacer su curiosidad!

Más tarde, el mismo día, se puso a meditar en el asunto.

¿Por qué le intrigaba tanto aquel caso? Después de reflexionar, llegó a la conclusión de que le intrigaba porque, juzgando los hechos por los periódicos, el asunto era poco menos que imposible. Sí, había allí un problema muy difícil.

Partiendo de lo que podía aceptarse, dos hombres se habían peleado. La causa, probablemente, una mujer. En un arrebato, un hombre mató a otro. Sí, eso había ocurrido; aunque hubiera sido más natural que el marido hubiera matado al amante. Pero el caso era que el amante había matado al marido, clavándole una daga… un arma poco corriente.

¿Sería italiana la madre del comandante Rich? Tenía que haber una razón que explicara la elección de la daga. (¡Algunos periódicos la llamaban estilete!). Estaba a mano y se había servido de ella. El cadáver fue escondido en el cofre. Eso era de sentido común e

inevitable. El crimen no había sido premeditado y, como el criado iba a volver de un momento a otro y los cuatro invitados no tardarían en llegar, no parecía que quedara otra alternativa.

Terminada la fiesta, se retiran los invitados, el criado se había marchado más temprano y… ¡el comandante Rich se va a la cama!

Para comprender esta conducta, hay que ver al comandante Rich y averiguar concienzudamente qué clase de hombre es.

¿Sería posible que, abrumado por el horror de lo que había hecho y por la tensión de estar toda la noche tratando de parecer normal, hubiera tomado algún somnífero o sedante y dormido pacíficamente hasta más tarde de lo acostumbrado? Era posible. ¿O sería (¡qué interesante para los psiquiatras!), que el complejo de culpabilidad subconsciente había *querido* que el crimen fuera descubierto? Para llegar a una conclusión en ese punto, había que ver al comandante Rich. Siempre se volvía a…

Sonó el teléfono. Poirot lo dejó sonar algún tiempo, hasta que se dio cuenta de que la señorita Lemon se había marchado hacía ya rato, después de llevarle la correspondencia para firmar, y que probablemente George hacía algunos momentos que había salido. Cogió el auricular.

—¿*Monsieur* Poirot?

—¡Al habla!

—¡Ay, qué estupendo! —Poirot pestañeó ligeramente ante el fervor de la encantadora voz de mujer—. Le habla Abbie Chatterton.

—¡Ah, lady Chatterton! ¿Qué puedo hacer yo por usted?

—Venir lo más de prisa que pueda a un cóctel espantoso que estoy dando. No es precisamente por el cóctel, en realidad es para algo completamente distinto. Le necesito. Es de lo más vital. Por favor, por favor, por favor, no me falte. No me diga que no puede.

Poirot no iba a decir nada semejante. Lord Chatterton, aparte de ser par del reino y de pronunciar de cuando en cuando un discurso muy aburrido en la Cámara de los Lores, no era nada especial. Pero lady Chatterton era una de las personalidades más brillantes de lo que Poirot llamaba *le haut monde*. Todo lo que decía o hacía era noticia. Poseía inteligencia, belleza, originalidad y vitalidad suficiente para lanzar un cohete a la luna.

—Le necesito. ¡Déle un retorcidito a ese maravilloso bigote suyo

y venga!

La cosa no fue tan rápida. Poirot tuvo primero que arreglarse meticulosamente. Le dio el toquecito a los bigotes y se puso en camino.

La puerta de la encantadora casa de lady Chatterton en la calle Cherlton estaba entreabierta y de dentro salía un ruido como de animales amontonados en un parque zoológico. Lady Chatterton, que tenía acaparada la atención de dos embajadores, un jugador internacional de rugby y un evangelista americano, se libró de ellos como por arte de magia y en un momento estuvo al lado de Hércules Poirot.

—¡*Monsieur* Poirot, qué estupendo volverle a ver! No, no tome ese Martini, que es horrible. Tengo algo especial para usted… una especie de *sirop* que beben los caídes en Marruecos. Está arriba, en mi cuartito de estar.

Abrió la marcha y Poirot la siguió escalera arriba. Lady Chatterton se detuvo para decir por encima de su hombro:

—No he suspendido la fiesta porque es esencial que nadie se entere de que aquí pasa algo y les he prometido a los criados unas gratificaciones enormes si la cosa no trasciende. No es agradable tener la casa invadida de periodistas. Y, además, bastante ha pasado ya la pobrecilla.

Lady Chatterton no se detuvo en el descansillo del primer piso, sino que siguió hasta el segundo.

Jadeando y algo desconcertado, Poirot continuó detrás de ella.

Lady Chatterton se detuvo, lanzó una mirada rápida por encima del pasamano de la escalera y abrió una puerta, exclamando:

—¡Lo tengo, Margharita! ¡Lo tengo! ¡Aquí está!

Se hizo a un lado, en actitud triunfal, para dejar pasar a Poirot, y luego hizo una presentación rápida.

—Margharita Clayton. Una amiga muy, muy querida. ¿Le ayudará usted, verdad que sí? Margharita, éste es el maravilloso Hércules Poirot. Hará todo lo que quieras, ¿verdad que sí, querido Poirot?

Y sin esperar una respuesta con la que contaba de antemano (no en balde había sido lady Chatterton toda su vida una belleza mimada), salió precipitadamente de la habitación y escalera abajo, diciéndoles en voz alta, sin ninguna discreción:

—Tengo que volver junto a esa gente tan horrible…

La mujer, que estaba sentada en una butaca junto a la ventana, se levantó y se acercó a Poirot. La habría reconocido aunque lady Chatterton no hubiera mencionado su nombre. Allí estaba aquella frente amplia, muy amplia, el cabello oscuro que arrancaba de ella en forma de bandos, los ojos grises, muy separados… Llevaba un vestido de un negro mate, ceñido y sin escote, que hacía resaltar la belleza de su cuerpo, la blancura de magnolia de su piel. Era un rostro original, más que hermoso, uno de esos rostros de proporciones extrañas que se ven a veces en los primitivos italianos. Tenía una especie de sencillez medieval, una inocencia extraña que, pensó Poirot, podía causar más estragos que la voluptuosidad más refinada. Al hablar, lo hizo con una especie de candor infantil.

—Dice Abbie que me va usted a ayudar…

Le miró con expresión grave e interrogante.

Durante un momento, Poirot permaneció inmóvil, examinándola con gran atención. En la actitud de Poirot no había la menor impertinencia. Su mirada, amable pero inquisitiva, se asemejaba más bien a la de un médico famoso que recibe por primera vez a un paciente.

—¿Está usted segura, señora, de que puedo ayudarla? —dijo por fin Poirot.

Las mejillas de Margarita Clayton enrojecieron ligeramente.

—No le comprendo.

—¿Qué quiere usted que haga?

—Ah —parecía sorprendida—. Creí… que sabía quién era yo.

—Sé quién es usted. Su marido ha sido asesinado, apuñalado, y han detenido y acusado del asesinato a un tal comandante Rich.

El rubor se hizo más violento.

—El comandante Rich no mató a mi marido.

Rápido como una centella, Poirot preguntó:

—¿Por qué no?

Ella se le quedó mirando, perpleja:

—¿Cómo… cómo dice?

—La he desconcertado porque no le he hecho la pregunta que todo el mundo hace: la policía, los abogados… «¿Por qué iba a matar el comandante Rich a Arnold Clayton?». Pero yo pregunto lo contrario. Yo le pregunto señora, ¿por qué está usted tan segura de

que el comandante Rich no le mató?

—Porque —hizo una breve pausa—, porque conozco muy bien al comandante Rich.

—Conoce usted muy bien al comandante Rich —repitió Poirot, con voz desprovista de entonación.

Tras una breve pausa, preguntó vivamente:

—¿Hasta qué punto?

Poirot no supo si ella había comprendido o no lo que quería decir: «Ésta es una mujer muy sencilla o muy sutil —se dijo—. Muchas personas deben haberse preguntado seguramente lo mismo respecto a Margharita Clayton…».

—¿Hasta qué punto? —Margharita Clayton le miraba, indecisa —. Hace cinco años… no, pronto hará los seis.

—No era eso exactamente lo que quería decir… Tiene usted que comprender, señora, que me veré obligado a hacerle preguntas molestas. Puede que me diga la verdad; puede que mienta. A veces las mujeres tienen necesidad de mentir. Tienen que defenderse y la mentira puede ser un arma poderosa. Pero hay tres personas a las que una mujer debe decir siempre la verdad: a su confesor, a su peluquero y a su detective privado… si confía en él. ¿Confía usted en mí, señora?

Margharita Clayton suspiró profundamente.

—Sí —dijo—, confío en usted —y añadió—: Tengo que confiar en usted.

—Muy bien. ¿Qué quiere usted que haga, que encuentre al asesino de su marido?

—Sí…, supongo que sí.

—¿Pero eso no es lo esencial, verdad? ¿Entonces quiere usted que libre de sospechas al comandante Rich?

Margharita Clayton afirmó vivamente con la cabeza.

—¿Eso… y nada más que eso?

Poirot se dio cuenta de que la pregunta era innecesaria. Margarita Clayton era una mujer que nunca veía dos cosas a un tiempo.

—Y ahora —dijo Poirot— vamos con la impertinencia. ¿Usted y el comandante Rich son amantes?

—¿Quiere usted decir si tenemos relaciones ilícitas? No.

—¿Pero él estaba enamorado de usted?

—Sí.

—¿Y usted… estaba enamorada de él?

—Creo que sí.

—No parece estar muy segura.

—Estoy segura… ahora.

—¡Ah! ¿Entonces no estaba usted enamorada de su marido?

—No.

—Su respuesta es de una sencillez admirable. La mayoría de las mujeres querrían explicar muy extensamente la naturaleza de sus sentimientos. ¿Cuánto tiempo llevaban casados?

—Once años.

—¿Puede usted decirme algo de su marido? ¿Qué clase de hombre era?

Margharita Clayton quedóse pensativa y frunció el entrecejo.

—Es difícil. En realidad, no sé qué clase de hombre era Arnold. Era muy callado, muy reservado. No se sabía lo que estaba pensando. Era inteligente, desde luego; todo el mundo decía que era brillante… en su trabajo, quiero decir… No…, ¿cómo diría yo? Nunca hablaba de sí mismo.

—¿Estaba enamorado de usted?

—Sí, desde luego. Debía estarlo. Si no, no le hubiera importado tanto… —se calló de pronto.

—¿El que hubiera otros hombres a su alrededor? ¿Era eso lo que iba usted a decir? Y, dígame, ¿era celoso?

Margharita Clayton dijo:

—Debía de serlo.

Y luego, como si creyera que la frase necesitaba ser explicada, continuó:

—A veces se pasaba días sin querer hablar…

Poirot meneó la cabeza, pensativo.

—¿Es ésa la primera violencia que ha conocido usted en su vida?

—¿Violencia? —frunció el entrecejo y luego enrojeció—. ¿Se… se refiere usted a aquel pobre chico que se pegó un tiro?

—Sí —dijo Poirot—. A algo así es a lo que me refiero.

—No tenía idea de que me quería tanto… Me daba pena. ¡Parecía tan tímido, tan solo! Creo que debía de ser neurótico. Y luego hubo dos italianos… un duelo… ¡Fue absurdo! Ahora que, gracias a Dios, ninguno de ellos murió. ¡Y, en serio, no me

importaba nada ninguno de los dos! Ni tampoco lo pretendí.

—No. ¡Usted se limitaba a estar allí! Y, donde usted está, ocurren estas cosas. No es la primera vez que lo veo. Precisamente porque usted no se interesa, los hombres se vuelven locos. Pero el comandante Rich le interesa. De modo que tenemos que hacer lo que podamos.

Permaneció en silencio un momento. Ella le miraba con expresión grave.

—De los caracteres, que muchas veces son los que tienen verdadera importancia, vamos a pasar a los hechos concretos. Sólo sé lo que ha venido en los periódicos. Según se desprende de los reportajes, sólo dos personas han tenido oportunidad de matar a su marido; sólo dos personas pudieron haberle matado: el comandante Rich y el criado del propio comandante Rich.

Ella dijo con obstinación:

—Sé que Charles no lo mató.

—Entonces tiene que haber sido el criado. ¿Está usted de acuerdo?

Ella dijo, no muy convencida:

—Comprendo lo que quiere decir.

—¿Pero no está convencida de que sea cierto?

—¡Es que parece… fantástico!

—Sin embargo, es una posibilidad. No existe la menor duda de que su marido fue al piso, puesto que el cadáver fue encontrado allí. Si lo que cuenta el criado es cierto, el comandante Rich le mató. Pero ¿y si lo que cuenta el criado es falso? Entonces el criado le mató y escondió el cadáver en el cofre, antes de que su señor regresara. Para él era un medio estupendo de deshacerse del cadáver. Lo único que tenía que hacer era «ver la mancha de sangre» a la mañana siguiente y «encontrar» el cadáver. Las sospechas recaerían inmediatamente en el comandante Rich.

—¿Pero, por qué tenía que matar a Arnold?

—Eso, ¿qué motivo iba a tener? No puede estar muy claro, puesto que la policía no lo ha descubierto. Es posible que su marido supiera algo deshonroso del criado y que fuera a decírselo al comandante Rich. ¿Le habló su marido alguna vez de ese Burgess?

Ella negó con la cabeza.

—¿Cree usted que se lo hubiera dicho, si lo que estoy

suponiendo es cierto?

—Es difícil de decir. Puede que no. Arnold nunca hablaba mucho de la gente. Ya le he dicho que era muy reservado. No era… nunca fue charlatán.

—Era un hombre que se guardaba las cosas para sí… Sí, ¿y qué opina usted de Burgess?

—No es un hombre en el que se fijaría uno mucho. Bastante buen criado. Eficiente, desde luego, pero no muy refinado.

—¿Qué edad?

—Unos treinta y siete o treinta y ocho años, calculo yo. Estuvo en el ejército cuando la guerra, pero no era soldado regular.

—¿Cuánto tiempo lleva con el comandante?

—No mucho. Año y medio aproximadamente.

—¿Nunca observó nada extraño en su actitud respecto a su marido?

—No íbamos por allí con mucha frecuencia. No, no noté nada en absoluto.

—Ahora cuénteme lo que ocurrió aquella noche. ¿Para qué hora era la invitación?

—Para las ocho y cuarto; la cena era a las ocho y media.

—¿Qué clase de reunión iba a ser?

—Pues iba a haber bebidas y una especie de cena fría, por regla general muy buena. *Foie-gras* y tostadas calientes. Salmón ahumado. Algunas veces ponían un plato caliente de arroz. Charles tenía una receta especial que había aprendido en el Cercano Oriente…, pero eso era más bien para el invierno. Luego solíamos poner música. Charles tenía un gramófono estereofónico muy bueno. Mi marido y Jock Maclane eran muy aficionados a la música clásica. Y poníamos música de baile; a los Spence les gustaba mucho bailar… Ese plan… una velada completamente formal. Charles sabía hacer muy bien los honores.

—Y esa noche en particular, ¿fue como las demás? ¿No observó usted nada fuera de lo corriente, nada fuera de su sitio?

—¿Fuera de su sitio? —frunció el entrecejo un momento—. Cuando dijo usted eso… no, no me acuerdo. Había algo… —negó con la cabeza—. No. No hubo nada fuera de lo corriente aquella noche. Nos divertimos. Todo el mundo parecía tranquilo y contento —se estremeció—. Y pensar que todo el tiempo…

Poirot alzó rápidamente una mano.

—No piense. ¿Qué sabe usted del asunto que llevó a su marido a Escocia?

—No gran cosa. Había un desacuerdo sobre las restricciones para vender un terreno de mi marido. Parecía que ya estaba todo decidido y entonces surgió una complicación.

—¿Qué fue lo que le dijo su marido exactamente?

—Entró con un telegrama en la mano. Si no recuerdo mal, lo que dijo fue: «Es una verdadera lata. Tendré que coger el correo nocturno de Edimburgo y ver a Johnston mañana a primera hora… Un fastidio, cuando parecía que por fin iba todo bien». Luego dijo: «¿Quieres que llame a Jock y le diga que venga a recogerte?». Yo le respondí que no era necesario, pues cogería un taxi, y Jock o los Spence me traerían a casa. Le pregunté si quería que le preparara una maleta para el viaje y me contestó que él mismo metería unas cuantas cosas y que comería cualquier cosa en el club antes de coger el tren. Se marchó y… y ésa fue la última vez que le vi.

Le falló un poco la voz al pronunciar las últimas palabras.

Poirot le miró fijamente.

—¿Le enseñó el telegrama?

—No.

—¡Qué lástima!

—¿Por qué?

Poirot no contestó a la pregunta.

—Vamos al grano —dijo vivamente—. ¿Quiénes son los representantes legales del comandante Rich?

Ella se lo dijo y Poirot tomó en su carnet nota de la dirección.

—¿Quiere escribirme unas líneas y darme la nota? Quiero concertar una entrevista con el comandante Rich.

—Está… lo han detenido por una semana.

—Naturalmente. Ése es el procedimiento habitual. ¿Quiere hacer el favor de escribir una nota para el teniente Maclaren y otra para sus amigos los Spence? Quiero verlos a todos y es necesario que no me pongan en la puerta.

Cuando Margharita Clayton se levantó de la mesita escritorio, Poirot añadió:

—Otra cosa. Aunque yo formaré mi opinión personal del teniente Maclaren y del señor y la señora Spence, quiero conocer la

suya.

—Jock es uno de nuestros amigos más antiguos. Le conozco desde que era una niña. Parece hosco, pero en realidad es un encanto; siempre el mismo, siempre se puede contar con él… No es alegre ni divertido, pero es fuerte como una torre… Tanto Arnold como yo apreciábamos mucho su criterio.

—Y, naturalmente, ¿está también enamorado de usted? —los ojos de Poirot chispearon.

—Ah, sí —dijo Margharita alegremente—. Siempre ha estado enamorado de mí…, su amor se ha convertido en una rutina.

—¿Y los Spence?

—Son divertidos… Una compañía muy agradable. Linda Spence es una chica muy inteligente. A Arnold le gustaba mucho hablar con ella. Es atractiva, además.

—¿Y el marido?

—Ah, Jeremy es encantador. Le gusta mucho la música. También entiende bastante la pintura. Él y yo vamos mucho a ver exposiciones de pintura.

—Bueno, ya juzgaré por mí mismo —le cogió una mano—. Espero, señora, que no se arrepienta de haberme pedido que la ayudara.

Margharita abrió mucho los ojos.

—¿Por qué habría de arrepentirme? —preguntó.

—Nunca se sabe —dijo Hércules Poirot misteriosamente.

Al bajar la escalera Poirot iba diciéndose a sí mismo:

«Y yo… yo no sé nada».

El cóctel continuaba en pleno apogeo, pero Poirot se escabulló y salió a la calle. «No —repitió—. No sé nada». Estaba pensando en Margharita Clayton. Aquel candor infantil, aquella inocencia franca, ¿serían eso nada más u ocultarían algo? En la Edad Media había habido mujeres como aquélla, mujeres sobre las que la historia no ha podido ponerse de acuerdo. Pensó en María Estuardo, la reina de Escocia. ¿Sabía aquella noche en Kirk o'Field lo que iba a ocurrir? ¿O sería completamente inocente? ¿Sería posible que los conspiradores no le hubieran dicho nada? ¿Sería una de esas mujeres sencillas o infantiles, capaces de decirles «no sé nada» y creerlo? Sentía el hechizo de Margharita Clayton. Pero no estaba del todo seguro de ella.

Mujeres como aquélla, aunque inocentes, podían ser causa de crímenes.

Mujeres como aquélla podían ser criminales de intención, aunque no lo fueran de hecho.

Su mano blanca nunca blandía el cuchillo… En cuanto a Margharita Clayton… no, no sabía qué pensar.

1

Los representantes legales del comandante Rich no estuvieron muy complacientes con Poirot. Éste no esperaba otra cosa. Dieron a entender, sin decirlo, que hubiera sido mucho más conveniente para su cliente el que la señora Clayton no diera ningún paso a su favor.

La visita de Poirot había sido de cortesía. Tenía influencia suficiente en el Ministerio del Interior y en el C.I.D.[3] para concertar una entrevista con el detenido.

El encargado del caso Clayton, inspector Miller, no era uno de los preferidos de Poirot. Sin embargo, no estuvo hostil; se limitó a estar despectivo.

—No puedo perder mucho tiempo con ese viejo chocho —le había dicho a su ayudante, antes de que Poirot fuera introducido ante su presencia—. Sin embargo, tengo que portarme con educación.

Después de saludar con toda cortesía a Poirot, observó alegremente:

—Tendrá usted que sacarse alguna carta de la manga para hacer algo por éste, *monsieur* Poirot. Nadie más que Rich pudo haber matado al individuo ese.

—Excepto el criado.

—¡Bueno, le concedo al criado! Es decir, como posibilidad. Pero no va a encontrar nada por ese lado. No tenía el menor motivo para matarle.

—No se puede estar tan seguro de ello. Los motivos muchas veces son muy extraños.

—Bueno, no tenía relación alguna con Clayton. Tiene un pasado completamente inocente. Y parece tener la cabeza bien sentada y

ordenada. ¿Qué más quiere usted?

—Quiero comprobar que Rich no cometió el crimen.

—Para complacer a la señora, ¿eh? —el inspector Miller sonrió maliciosamente—. ¿Le ha conquistado, eh? ¿No está mal, verdad? *Cherchez la femme* con ahínco. Si no fuera porque no ha tenido oportunidad, hasta podría haberlo matado ella misma.

—¡Eso sí que no!

—¡Ah, si usted supiera! Conocí una vez a una mujer como ésa. Quitó de en medio a un par de maridos sin un pestañeo de sus inocentes ojos azules. Y en ambas ocasiones estaba destrozada por el dolor. El jurado la hubiera absuelto a poco que hubiera podido…, pero no pudo, porque las pruebas contra ella eran irrefutables.

—Bueno, amigo mío, no vamos a discutir. Lo que sí me voy a atrever a pedirle es que me dé unos cuantos datos dignos de crédito. Los periódicos publican todo lo que es noticia pero no siempre la verdad.

—Tienen que divertirse. ¿Qué quiere que le diga?

—La hora de la muerte con la mayor exactitud posible.

—Que no será muy grande porque el cadáver no fue examinado hasta la mañana siguiente. Se calculó que la muerte tuvo lugar de diez a trece horas antes del examen del cadáver. Es decir, entre las siete y las diez de la noche anterior… Le atravesaron la yugular… La muerte debió ser casi instantánea.

—¿Y el arma?

—Una especie de estilete italiano, muy pequeño y afilado como una hoja de afeitar. Nadie lo ha visto nunca ni se sabe de dónde viene. Pero lo averiguaremos… Es cuestión de tiempo y paciencia.

—¿No podía haber estado por allí a mano y haberlo cogido en medio de una pelea?

—No. El criado asegura que el arma no estaba en el piso.

—Lo que me interesa es el telegrama —dijo Poirot—. El telegrama en el que llamaban a Arnold Clayton con urgencia a Escocia… ¿Era cierto que le reclamaban allí?

—No. No había ninguna complicación en Edimburgo. La transferencia del terreno o lo que fuera, seguía su curso normal.

—¿Entonces quién mandó el telegrama? ¿Será cierto que recibió un telegrama?

—Debió recibirlo… No es que creamos a ojos cerrados lo que

dice la señora Clayton. Pero Clayton le dijo al criado que le habían mandado un telegrama, reclamándole a Escocia. Y se lo comunicó también al teniente Maclaren.

—¿A qué hora vio al teniente Maclaren?

—Tomaron un tentempié en el club, el club de los Ministerios. Eso fue a eso de las siete y cuarto. Luego Clayton cogió un taxi para ir a casa de Rich y llegó allí muy poco antes de las ocho. Después… —Miller extendió las manos, en un gesto amplio.

—¿Notó alguien algo raro en la actitud de Rich aquella noche?

—Bueno, ya sabe usted cómo es la gente. Después de que ocurre algo, todo el mundo cree haber notado muchas cosas que estoy seguro que no vieron en absoluto. La señora Spence dice ahora que estuvo *distrait* toda la noche. Que en varias ocasiones no contestó adecuadamente. Como si «tuviera algo en la cabeza». ¡Ya lo creo que tendría algo en la cabeza, con un cadáver en el cofre! ¡Estaría pensando cómo diablos iba a deshacerse de él! Eso suponía ya un fuerte quebradero de cabeza.

—¿Por qué no se deshizo lo más rápidamente de él?

—No me lo explico. Habría perdido la cabeza. Pero fue una locura dejarlo allí hasta el día siguiente. Nunca iba a presentársele mejor oportunidad que aquella noche. No hay portero nocturno. Pudo haber sacado el coche, meter el cadáver en el portaequipajes…, tiene un portaequipajes muy grande… y salir al campo y dejarlo en algún sitio. Podían haberle visto meter el cadáver en el coche, pero los pisos dan a una calle lateral y hay un patio donde entran los coches. A las tres de la mañana, por ejemplo, tenía bastante probabilidad de poder hacerlo. ¿Y qué es lo que hace? ¡Se va a la cama, duerme hasta tarde y se despierta con la policía en la casa!

—Se fue a la cama y durmió como podía haber dormido un inocente.

—Piense usted lo que quiera. ¿Pero lo cree usted en serio?

—No puedo contestar a esa pregunta hasta que vea por mí mismo al hombre.

—¿Cree que reconoce a un inocente nada más con verlo? No es tan fácil como eso.

—Ya sé que no es fácil y no pretendo poder hacerlo. Lo que quiero saber es si ese hombre es tan estúpido como parece.

1

Poirot no tenía intención de ver a Charles Rich hasta haber visto a todos los demás. Empezó por el teniente Maclaren.

Maclaren era un hombre alto, de piel morena y poco comunicativo. Tenía un rostro de facciones irregulares, pero agradables. Era tímido y no resultaba fácil hablar con él. Pero Poirot perseveró.

Manoseando la nota de Margharita, Maclaren dijo como de mala gana:

—Bueno, si Margharita quiere que le diga todo lo que pueda, lo haré, desde luego. Aunque no veo que haya nada que decir. Ya lo sabe usted todo. Pero lo que Margharita quiere… siempre he hecho lo que ella ha querido, desde que tenía dieciséis años. Esa mujer tiene algo.

—Sí, lo sé —asintió Poirot, añadiendo—: Primero quiero que me conteste con toda franqueza a una pregunta. ¿Cree usted que el comandante Rich es culpable?

—Sí, lo creo, no se lo diría a Margharita, ya que quiere creer que es inocente, pero es que no veo ninguna otra solución. ¡Qué diablos! Tiene que ser culpable.

—¿Había algún resentimiento entre el comandante Rich y el señor Clayton?

—En absoluto. Arnold y Charles eran muy buenos amigos. Por eso es por lo que el asunto éste es tan extraordinario.

—Puede que la amistad del comandante Rich con la señora Clayton…

El teniente Maclaren le interrumpió:

—¡Bah! ¡Paparruchas! Todos los periódicos lo insinúan solapadamente. ¡Maldita sea! ¡La señora Clayton y Rich eran buenos amigos y nada más! Margharita tiene muchos amigos. Yo soy amigo suyo. Hace muchos años que lo soy. Y no hay nada que no pueda saber todo el mundo. Era lo mismo entre Charles y Margharita.

—Entonces, ¿no cree usted que entre ellos hubiese relaciones amorosas?

—¡No! —Maclaren estaba frenético—. No escuche a esa víbora de Linda Spence. Es capaz de decir cualquier cosa.

—Pero puede que el señor Clayton sospechara que podía haber algo entre su mujer y el comandante Rich.

—Le digo a usted que no creía nada de eso. Lo hubiera sabido, Arnold y yo teníamos mucha confianza.

—¿Qué clase de hombre era? Usted le conocía mejor que nadie.

—Arnold era un hombre muy callado. Pero era inteligente, brillante. Lo que llaman un cerebro financiero de primera clase. Tenía un alto cargo en Hacienda.

—Eso me han dicho.

—Leía mucho. Y coleccionaba sellos. Era muy aficionado a la música. No bailaba ni le gustaba mucho salir.

—¿Cree usted que era un matrimonio feliz?

El teniente Maclaren no contestó inmediatamente. Parecía estar considerando profundamente la cuestión.

—Eso es muy difícil de saber… Sí, creo que eran felices. Él la quería mucho, a su manera, sin grandes demostraciones. Estoy seguro de que ella le quería a él. No era probable que se separaran, si eso es lo que está usted pensando. Puede que no tuvieran mucho en común.

Poirot asintió con un movimiento de cabeza. No era fácil que consiguiera nada más.

—Háble me ahora de la última noche —dijo—. El señor Clayton cenó con usted en el club. ¿Qué fue lo que le comunicó?

—Me dijo que tenía que ir a Escocia. Parecía irritado ante la idea. Dicho sea de paso, no cenamos. No había tiempo. Él comió unos bocadillos y tomó una copa, y yo sólo una copa. No olvide que iba a cenar fuera.

—¿Le habló el señor Clayton de un telegrama?

—Sí.

—¿No se lo llegó a enseñar?

—No.

—¿Dijo que iba a pasar por casa de Rich?

—No lo aseguró. Dijo que no creía que tuviera tiempo. «Margharita se lo explicará, o explícaselo tú. Acompañarás a casa a Margharita, ¿verdad?». Después de decir esto se marchó. Todo fue muy natural.

—¿No sospechaba en lo más mínimo que el telegrama no fuera auténtico?

El teniente Maclaren parecía muy sorprendido.

—Al parecer, no.

—¡Qué extraño!

Quedó pensativo y luego, bruscamente, exclamó:

—Eso sí que es raro. ¿Qué objeto tenía eso? ¿Qué motivo iba a tener nadie para que fuera a Escocia?

—Es una pregunta difícil de contestar.

Hércules Poirot se despidió, dejando al teniente dándole vueltas al asunto.

1

Los Spence vivían en una casa diminuta en Chelsea. Linda Spence recibió a Poirot con grandes muestras de alegría.

—Cuénteme —dijo—. ¡Cuénteme todo lo que hay de Margharita! ¿Dónde está?

—No estoy autorizado para decirlo, señora.

—¡Se ha escondido bien! Margharita es muy hábil para estas cosas. Pero me figuro que la llamarán para prestar declaración en el juicio, ¿no? No puede librarse de eso.

Poirot la miró con atención. Admitió de mala gana que era atractiva al estilo moderno (lo que equivalía a parecer una niña huérfana muerta de hambre). No le gustaba ese tipo. Recortaba su cabeza una melena corta, esponjada y artísticamente despeinada, y un par de ojos agudos miraban a Poirot desde una cara no muy limpia, en la que el único maquillaje era el rojo cereza de la boca. Llevaba un enorme jersey amarillo pálido, que le colgaba casi hasta las rodillas, y pantalones negros muy ceñidos.

—¿Qué papel tiene usted en todo esto? —preguntó la señora Spence—. ¿Sacar del aprieto al amiguito? ¿Es eso? ¡Qué esperanza!

—Entonces, ¿cree usted que es culpable?

—Claro. ¿Quién otro podría ser?

Ése era el problema, se dijo Poirot. Salió del paso haciendo otra pregunta.

—¿Qué le pareció la actitud del comandante Rich en la noche fatal? ¿Como suele ser de costumbre, o distinta?

Linda Spence entornó los ojos, como si meditara profundamente.

—No, no parecía el mismo. Estaba… distinto.

—¿Distinto en qué sentido?

—La verdad, acabando de matar a un hombre a sangre fría…

—Pero usted no sabía entonces que acababa de matar a un hombre a sangre fría.

—No, claro que no.

—Entonces, ¿cómo se explicó su actitud? ¿En qué consistía la diferencia de actitud?

—Pues estaba… *distrait*. Bueno, no sé. Pero, pensando después en ello, llegué a la conclusión de que decididamente había algo.

Poirot suspiró.

—¿Quién llegó primero?

—Nosotros, Jim y yo. Y luego Jock. La última fue Margharita.

—¿Cuándo se mencionó por primera vez el viaje a Escocia del señor Clayton?

—Cuando llegó Margharita. Le dijo a Charles: «Arnold ha sentido muchísimo no poder venir, pero tuvo que salir corriendo para Escocia en el tren de la noche». Charles replicó: «¡Qué fastidio!». Y entonces Jock añadió: «Perdona. Creí que ya lo sabías». Después tomamos unas copas.

—¿No mencionó el comandante Rich en ningún momento que hubiera visto al señor Clayton aquella noche? ¿No dijo nada de que hubiera pasado por su casa, camino de la estación?

—Yo no oí nada.

—¿No le pareció extraño lo del telegrama? —continuó preguntando Poirot.

—¿Qué tenía de extraño?

—Era falso. Nadie en Edimburgo sabe nada de él.

—¡Conque era eso! Me extrañaba.

—¿Tenía usted alguna idea sobre el telegrama?

—Me parece que salta a la vista.

—¿Qué quiere usted decir exactamente?

—Señor mío, no se haga el inocente —dijo Linda—. El engañador desconocido quita de en medio al marido. Aquella noche, por lo menos, no habría moros en la costa.

—¿Quiere usted decir que el comandante Rich y la señora Clayton pensaban pasar la noche juntos?

—¿No ha oído hablar de esas cosas? —Linda parecía divertida.

—¿Y el telegrama lo mandó uno de ellos?

—No me sorprendería.

—¿Cree usted que el comandante Rich y la señora Clayton sostenían relaciones amorosas?

—Digamos que no me sorprendería. Seguro no lo sé, desde luego.

—¿Sospechaba el señor Clayton?

—Arnold era un hombre extraordinario. Era muy reconcentrado; no sé si me entiende. Yo creo que sí lo sabía. Pero era incapaz de dejarlo ver. Todo el mundo diría que era un palo seco, sin sentimientos de ninguna clase. Pero yo estoy casi segura de que en el fondo no era así. Lo raro es que me hubiera sorprendido mucho menos que Arnold hubiera matado a Charles que no al revés. Tengo la impresión de que Arnold era en realidad un hombre celosísimo.

—Es interesante eso.

—Aunque lo más natural hubiera sido que matara a Margharita. Como en «Otelo». No sé si sabe usted que tiene un éxito enorme con los hombres Margharita.

—Es una mujer bien parecida —dijo Poirot con moderación.

—No es sólo eso. Tiene algo. Entusiasma a los hombres y luego se vuelve a mirarlos sorprendida, abriendo mucho los ojos y los vuelve tarumbas.

—*Une femme fatale*.

—Sí, ése será el nombre extranjero.

—¿La conoce usted bien?

—Claro, es una de mis mejores amigas… ¡Y no me fío ni un pelo de ella!

—¡Ah! —exclamó Poirot y, dejando el tema, pasó a hablar del teniente Maclaren.

—¿Jock? ¿El perro fiel? Es un cielo de hombre. Ha nacido para ser el amigo de la familia. Él y Arnold eran amigos de verdad. Creo que era la persona con quien Arnold tenía más confianza. Además, claro, es el perro fiel de Margharita. Hace muchos años que está enamorado de ella.

—¿Y estaba también celoso de él el señor Clayton?

—¿Celoso de Jock? ¡Qué idea! Margharita le tiene verdadero cariño a Jock, pero nunca le ha dedicado un pensamiento de otra

clase. No creo que nadie se lo haya dedicado… yo no sé por qué. ¡Es una lástima, porque es un auténtico sol!

Poirot pasó a hablar del criado. Pero, aparte de decir vagamente que sabía mezclar bien los cócteles, Linda Spence no parecía tener ninguna idea respecto a Burgess; apenas se había fijado en él.

Pero comprendió en seguida.

—Está usted pensando que tuvo igual oportunidad que Charles para matar a Arnold, ¿verdad? Me parece de una improbabilidad enorme.

—Sus palabras me deprimen, señora. Pero también me parece, aunque probablemente no estará usted de acuerdo conmigo, que también es altamente improbable no que el comandante Rich haya matado a Arnold Clayton, sino que lo haya matado del modo especial en que lo hizo.

—¿Con el estilete? Sí, desde luego; está fuera de lugar. Hubiera sido más natural utilizar un instrumento romo. O podía haberle estrangulado.

Poirot suspiró.

—Otra vez Otelo. Sí, Otelo… Acaba de darme usted una pequeña idea.

—¿Sí? ¿Qué…? —se oyó el ruido de una llave al girar en una cerradura y el de una puerta al abrirse—. Ah, ahí está Jeremy. ¿Quiere usted hablar también con él?

Jeremy Spence era un hombre de aspecto agradable, de unos treinta y tantos años, bien vestido y de una discreción que casi resultaba jactanciosa. La señora Spence murmuró que le era preciso ir a echar un vistazo a un guiso que tenía en la cocina y se marchó, dejando solos a los dos hombres. Jeremy Spence no mostró nada de la encantadora sinceridad de su mujer. Se veía claramente que le desagradaba en grado sumo el verse envuelto en aquel asunto y tenía buen cuidado en contestar con reserva. Hacía tiempo que conocía a los Clayton; a Rich no tan bien. Parecía un hombre agradable. En la noche en cuestión, Rich le había parecido el de siempre. Clayton y Rich parecían estar siempre en buenos términos. Todo aquello había resultado completamente incomprensible para él.

Durante la conversación, Jeremy Spence daba a entender claramente que esperaba que Poirot se marchara pronto. Le trató

con la amabilidad indispensable para no ser grosero.

—Me parece que no le gustan estas preguntas —dijo Poirot.

—Hemos tenido una buena sesión de todo esto con la policía. Me parece que ya está bien. Hemos dicho todo lo que sabemos y todo lo que hemos visto. Ahora… me gustaría olvidarlo.

—Lo comprendo perfectamente. Es de lo más desagradable el verse mezclado en una cosa así, que le pregunten a uno no sólo lo que sabe o ha visto, sino también lo que piensa.

—Mejor no pensar.

—Pero ¿puede uno evitarlo? Por ejemplo, ¿cree usted que la señora Clayton está complicada en el asunto, que planeó con Rich la muerte de su marido?

—¡Qué barbaridad! ¡Qué voy a creerlo! —Spence parecía escandalizado y espantado—. No tenía idea de que estuvieran pensando en semejante posibilidad.

—¿No la ha sugerido su mujer?

—¡Ah, Linda! Ya sabe usted cómo son las mujeres…, siempre ensañándose unas con otras. Margharita no cuenta con muchas simpatías entre su sexo…, es demasiado atractiva. Pero esta teoría de Rich y Margharita planeando el asesinato… ¡es fantástica!

—No sería la primera vez. El arma, por ejemplo. Es más probable que un arma así pertenezca a una mujer que a un hombre.

—¿Quiere usted decir que la policía ha probado que el arma era de ella? ¡No es posible! Quiero decir que…

—No sé nada —dijo Poirot, lo cual era verdad.

Y se escabulló apresuradamente.

A juzgar por la consternación del rostro de Spence, le había dejado a aquel caballero algo en que pensar.

1

—Perdone que le diga, *monsieur* Poirot, que no veo cómo va a poder usted ayudarme.

Poirot no contestó. Estaba mirando con expresión pensativa al hombre que había sido acusado del asesinato de su amigo Arnold Clayton.

Estaba mirando la mandíbula firme, la frente estrecha. Un hombre delgado y tostado, atlético y vigoroso. Tenía cierto parecido con un galgo. Un hombre de rostro inescrutable, que había recibido a sus visitantes con manifiesta hostilidad.

—Comprendo que la señora Clayton le ha dicho que venga a verme con la mejor intención del mundo. Pero, francamente, creo que ha sido una imprudencia. Por ella y por mí.

—¿Qué quiere decir?

Rich miró con nerviosismo por encima del hombro. Pero el guardián estaba a la distancia marcada por la ley. Rich bajó la voz.

—Tienen que encontrar un motivo que justifique esta acusación absurda. Tratarán de demostrar que había… unas relaciones entre la señora Clayton y yo. Eso, como sé que la señora Clayton le habrá dicho, es completamente falso. Somos amigos y nada más. Pero ¿no le parece que sería aconsejable que no hiciera nada por mí?

Hércules Poirot ignoró ese punto, fijando su atención en una palabra.

—Dijo usted esta acusación «absurda». Pero no es absurda.

—Yo no he matado a Arnold Clayton.

—Llámela entonces una acusación falsa. Diga que la acusación no es cierta. Pero no es absurda. Por el contrario, es muy plausible.

—Lo único que sé es que para mí es fantástica.

—Eso le ayudará muy poco. Tenemos que pensar en algo más útil.

—Tengo mis representantes legales y éstos han contratado a un eminente abogado para que se encargue de mi defensa. No puedo aceptar el «tenemos».

Inesperadamente, Poirot sonrió.

—¡Ah! —exclamó acentuando sus ademanes extranjeros—. Es un buen metido el que me está dando. Muy bien. Me voy. Quería verle. Ya le he visto. Ya he mirado su historial. Entró usted en la Academia Militar de Sandhurst con muy buenas notas. Pasó al Estado Mayor, etcétera, etcétera. Tengo formada una opinión de usted. No es usted estúpido.

—¿Y qué tiene eso que ver con ningún concepto del asunto?

—¡Muchísimo! Es imposible que un hombre de su capacidad haya cometido un asesinato del modo que fue cometido éste. Muy bien. Es usted inocente. Háble me ahora de su criado Burgess.

—¿Burgess?

—Sí. Si usted no mató a Clayton, debió matarlo Burgess. Esta contestación es inevitable. Pero ¿por qué? Tiene que haber un porqué. Usted es la única persona que conoce a Burgess lo suficiente para hacer conjeturas. ¿Por qué, comandante Rich, por qué?

—No tengo ni idea. Sencillamente, no lo creo. Sí, sí, ¡he razonado del mismo modo que usted! Burgess tuvo oportunidad para hacerlo…, la única persona, excepto yo, que tuvo oportunidad. Lo malo es que no lo creo. Burgess no es de esos hombres a los que puede uno imaginarse asesinando a alguien.

—¿Qué opinan sobre el particular sus representantes legales?

Los labios de Rich se apretaron en un gesto torvo.

—Mis representantes legales se pasaron el tiempo preguntándome, de modo muy persuasivo, si no era cierto que toda la vida había sufrido de perdidas temporales de memoria y que en esos momentos no sabía lo que hacía.

—No sabía que las cosas estuvieran tan mal —dijo Poirot—. Bueno, puede que averigüemos que el que sufre pérdidas de memoria es Burgess. Es una idea. Vamos ahora con el arma. Se la habrán enseñado y le habrán preguntado si era suya, ¿no es así?

—No era mía. Nunca la había visto en mi vida.

—No es suya, no. Pero ¿está usted seguro de que no la había visto nunca?

—No. —Rich titubeó un segundo—. Es una especie de adorno… Por muchas casas ve uno objetos así.

—Quizás en la salita de una mujer. ¿Quizás en la salita de la señora Clayton?

—¡No!

Rich pronunció la palabra con voz muy alta y el guardián alzó la vista.

—*Tres bien*. No… y no es necesario que grite. Pero alguna vez, en algún sitio, ha visto usted algún objeto muy parecido. ¿Me equivoco?

—No creo… En alguna tienda de objetos raros…

—Ah, es muy probable —Poirot se levantó—. Ahora me retiro.

1

—Y ahora —dijo Hércules Poirot— vamos con Burgess. Sí, vamos por fin con Burgess.

Sabía algo de todas las personas relacionadas con el asunto por sí mismo y por lo que le habían dicho unas de otras. Pero nadie le había dado ninguna información sobre Burgess, ninguna indicación de la clase de hombre que era. Al ver a Burgess comprendió por qué.

El criado estaba esperándole en el piso del comandante Rich, advertido de su visita por una llamada telefónica del teniente Maclaren.

—Soy Hércules Poirot.

—Sí, señor. Le estaba esperando.

Burgess sostuvo la puerta en actitud respetuosa y Poirot entró. El vestíbulo era pequeño y cuadrado, y a la izquierda había una puerta abierta que conducía al salón. Burgess ayudó a Poirot a despojarse de su sombrero y su abrigo y le siguió al salón.

—¡Ah! —exclamó Poirot, mirando a su alrededor—. ¿Fue aquí donde ocurrió?

—Sí, señor.

Burgess era un hombre callado, pálido y de aspecto un poco enfermizo. Movía los hombros y codos con torpeza y hablaba con voz monótona y un acento provinciano que Poirot conocía. De la costa del este, quizá. Parecía un hombre nervioso, pero, aparte de eso, no tenía características muy destacadas. Era difícil asociarlo con una acción positiva de ninguna clase. ¿Podría uno tomar como punto básico de partida a un asesino negativo?

Sus ojos azul pálido tenían esa mirada huidiza que las personas poco observadoras suelen asociar con la falta de honradez. Sin embargo, un mentiroso puede mirarle a uno a la cara con atrevimiento y confianza.

—¿Qué hacen con el piso? —preguntó Poirot.

—Sigo ocupándome de él, señor… El comandante Rich se ha encargado de que me paguen el sueldo y me ordenó que tuviese el piso en orden hasta… hasta…

Apartó los ojos, incómodo.

—Hasta… —asintió Poirot.

Y añadió en tono práctico:

—Creo que es casi seguro que el comandante Rich será juzgado. Probablemente la vista tendrá lugar antes de tres meses.

Burgess menó la cabeza, no negando, sino en señal de perplejidad.

—Parece imposible —dijo.

—¿Qué el comandante Rich sea un asesino?

—Todo el asunto. Ese cofre…

Miró a un extremo de la habitación.

—Ah, ¿de modo que ése es el famoso cofre?

Era un enorme mueble de madera muy oscura y barnizada, tachonado de bronce y provisto de una cerradura grande y antigua. Poirot se acercó a él.

—Hermoso mueble.

Estaba colocado contra la pared, cerca de la ventana y al lado de un mueble moderno para guardar los discos. Al otro lado del cofre había una puerta entreabierta, parcialmente disimulada por un gran biombo de cuero pintado.

—Esa puerta conduce al dormitorio del comandante Rich —dijo Burgess.

Poirot afirmó con la cabeza. Sus ojos se dirigieron al otro lado de la habitación. Había dos tocadiscos estereofónicos, colocados en sendas mesitas bajas, y de los que colgaban unos flexibles serpenteantes. Había varios butacones y una mesa grande. En las paredes, una colección de grabados japoneses. Era una habitación bonita y cómoda, pero no lujosa.

Poirot se volvió a mirar a Burgess.

—El descubrimiento del cadáver debe haberle causado una impresión muy fuerte —dijo amablemente.

—Ya lo creo, señor. Nunca lo olvidaré.

El criado empezó a hablar muy de prisa. Quizá pensara que, si repetía la historia muchas veces, acabaría por quitársela de la cabeza.

—Estaba ordenando la habitación, señor. Recogiendo copas y todo eso. Me había agachado a coger dos aceitunas del suelo cuando la vi ahí en la alfombra: una mancha oscura, rojiza. No, la alfombra se la han llevado a la tintorería. La policía ya no la

necesitaba, «¿Qué es eso?», pensé. Y me dije, así como de broma: «La verdad es que parece sangre. ¿Pero de dónde viene?». Y entonces vi que venía del cofre…, por aquí, por este lado, donde está la grieta. Y dije, sin sospechar nada todavía: «¿Pero qué…?». Y levanté la tapa así —acompañó la palabra con la acción— y me encontré con el cadáver de un hombre, echado de lado, todo encogido, como si estuviera dormido. Y aquel horrible cuchillo extranjero, o daga, o lo que sea, saliéndole del cuello… ¡Nunca lo olvidaré! ¡Nunca! ¡No lo olvidaré mientras viva! La impresión… dese usted cuenta, no me lo esperaba… —respiró profundamente y prosiguió—: Dejé caer la tapa y salí corriendo del piso y bajé a la calle. Iba buscando un policía y tuve suerte, pues encontré uno ahí, a la vuelta.

Poirot le miró pensativo. Si estaba fingiendo, era muy buen actor. Empezó a temer que no estuviera fingiendo, que las cosas hubieran ocurrido exactamente como Burgess había dicho.

—¿No se le ocurrió primero despertar al comandante Rich?

—No, señor. Con la impresión… Sólo… sólo quería salir de aquí enseguida —tragó saliva—. Y… y conseguir ayuda.

Poirot asintió con la cabeza.

—¿Se dio usted cuenta de que era el señor Clayton? —preguntó.

—Debía haberme dado cuenta, pero la verdad es que no creo que lo reconociera. Claro que cuando volví con el policía dije en seguida: «Pero si es el señor Clayton». Y él me preguntó: «¿Quién es el señor Clayton?». Y yo respondí: «Un señor que estuvo aquí anoche».

—Ah —dijo Poirot—, anoche… ¿Recuerda usted con exactitud a qué hora llegó el señor Clayton?

—El minuto exacto no. Pero serían muy cerca de las ocho menos cuarto.

—¿Le conocía usted bien?

—Él y la señora Clayton han estado viniendo por aquí con frecuencia en el año y medio que llevo trabajando en esta casa.

—¿Parecía completamente normal?

—Creo que sí. Un poco sin aliento…, pero lo achaqué a que habría venido corriendo. Iba a coger un tren: al menos eso dijo.

—¿Llevaría consigo una maleta, puesto que se iba a Escocia?

—No, señor. Supongo que tendría un taxi esperándole abajo.

—¿Se llevó una decepción al ver que el comandante Rich no estaba en casa?

—No noté nada. Dijo que le dejaría una nota. Entró aquí y se fue al escritorio y yo me volví a la cocina. Iba un poco retrasado con los huevos con anchoas. La cocina está al final del pasillo y no se oye muy bien desde allí. No le oí salir ni tampoco entrar al señor, pero no me extrañó.

—¿Y después?

—El comandante Rich me llamó. Estaba aquí, en la puerta. Dijo que se había olvidado de los cigarrillos turcos de la señora Spence y que fuera corriendo a buscarlos. Fui a buscar los cigarrillos y los puse en esta caja. Como es natural, creí que el señor Clayton se había marchado ya a la estación.

—¿Y nadie más entró en el piso mientras el comandante Rich estaba fuera y usted estaba ocupado en la cocina?

—No, señor; nadie.

—¿Está usted seguro?

—¿Cómo iba a entrar nadie, señor? Tendrían que llamar al timbre.

Poirot meneó la cabeza. ¿Cómo iba a haber entrado nadie? Los Spence, Maclaren y la señora Clayton podían dar cuenta de todos sus actos. Maclaren estaba con unos conocidos en el club, los Spence tenían un par de amigos en casa, tomando unas copas antes de salir para casa de Rich, y Margharita Clayton estaba hablando por teléfono con una amiga a aquella hora. No es que considerara a ninguno de ellos como posible asesino. Había otras maneras de matar a Arnold Clayton, sin necesidad de seguirle a un piso donde sabían que había un criado y a donde llegaría el dueño de un momento a otro. No, lo que acababa de ocurrírsele era que podía haber entrado en la casa «un desconocido misterioso». Alguien surgido del pasado aparentemente irreprochable de Clayton, que le había reconocido en la calle y le había seguido hasta el piso. Una vez allí, le había clavado el estilete, había metido el cadáver en el cofre y había huido. Melodrama puro, sin ninguna lógica y sumamente improbable. Muy de acuerdo con las novelas románticas… haciendo juego con el cofre español.

Se dirigió de nuevo al cofre, cruzando la habitación. Levantó la tapa, que no ofreció resistencia ni hizo el menor ruido.

Con voz débil, Burgess dijo:

—Lo han fregado muy bien, señor. Tuve buen cuidado de que lo fregaran.

Poirot se inclinó sobre él. Lanzando una exclamación ahogada se inclinó más y se puso a explorar con los dedos el interior del cofre.

—Estos agujeros, aquí al fondo del cofre, en un lado… parece… parece al verlos y al tocarlos como si hubieran sido hechos muy recientemente.

—¿Agujeros, señor? —el criado se inclinó para ver—. No puedo decirle. Nunca los había visto.

—No se ven mucho. Pero ahí están. En su opinión, ¿cuál es su objeto?

—No sé qué decirle, señor. Puede que algún animal, un escarabajo, un bicho de esos que comen la madera…

—¿Un animal? —dijo Poirot—. No sé.

Se alejó del cofre.

—Cuando entró usted aquí con los cigarrillos, ¿había algo distinto en la habitación? ¿Algo, cualquier cosa? Unas sillas o una mesa fuera de su sitio, algo por el estilo…

—Es raro que diga usted eso, señor… Pues sí, había algo. Ese biombo que quita la corriente de la puerta del dormitorio estaba corrido un poco más hacia la izquierda.

—¿Así? —Poirot se movió rápidamente.

—Todavía un poco más… Así.

El biombo ocultaba antes aproximadamente la mitad del cofre. En su nueva posición lo ocultaba casi por completo.

—¿Por qué pensó usted que lo habrían movido?

—No pensé, señor.

«Otra señorita Lemon».

Burgess, no muy convencido, añadió:

—Parece que de ese modo queda más libre el paso por la puerta del dormitorio… por si las señoras querían ir a dejar sus abrigos.

—Puede ser. Pero puede que haya otra razón —Burgess le miraba con expresión interrogante—. De esta manera, el biombo oculta el cofre y la alfombra debajo del cofre. Si el comandante Rich había matado al señor Clayton, la sangre empezaría muy pronto a gotear por las ranuras que hay en el fondo del cofre. Alguien podría ver la mancha… como la vio usted a la mañana

siguiente.

—No se me había ocurrido, señor.

«Por eso el biombo fue movido de su lugar».

—¿Es fuerte la luz de la habitación?

—Voy a encenderlas, señor.

Rápidamente, el criado corrió las cortinas y encendió un par de lámparas. Despedían una luz suave, apenas suficiente para leer. Poirot miró la lámpara del techo.

—Ésa no estaba encendida. Se usa muy poco.

Poirot miró a su alrededor, sumido dentro del resplandor suave.

El criado dijo:

—No creo que pudiera verse la mancha de sangre, señor; la luz no es lo bastante fuerte.

—Creo que tiene usted razón. Entonces, ¿por qué corrieron el biombo?

Burgess se estremeció.

—Es horrible pensar que… que un señor tan agradable como el comandante Rich haya hecho una cosa así.

—¿No tiene usted la menor duda de que ha sido él? ¿Por qué lo mató?

—Bueno, señor, ha pasado la guerra. A lo mejor le han herido en la cabeza. Dicen que algunas veces sale el efecto al cabo de años. Se ponen raros de pronto y no saben lo que hacen. Y dicen que muchas veces la toman con las personas que están más cerca de ellos y a quienes quieren más. ¿Cree usted que puede haber sido así?

Poirot le miró, suspiró y se volvió de espaldas.

—No —dijo—, no fue así.

Con ademán de prestidigitador, le metió en la mano a Burgess un papel crujiente.

—Muchas gracias, señor, pero no puedo…

—Me ha ayudado usted —dijo Poirot—. Me ha ayudado al enseñarme esta habitación, al enseñarme lo que hay en la habitación, al contarme lo que ocurrió aquella noche… ¡Lo imposible nunca es imposible! Recuérdelo. Dije que sólo había dos posibilidades. Estaba equivocado. Hay una tercera posibilidad —miró de nuevo a su alrededor y se estremeció ligeramente—. Descorra las cortinas. Deje que entre la luz y el aire. Este cuarto los necesita. Tiene que purificarse. Creo que pasará mucho tiempo

antes de que quede limpio de lo que ahora lo mancha: el pertinaz recuerdo del odio.

Burgess, con la boca abierta, le tendió a Poirot el sombrero y el abrigo. Parecía completamente desconcertado. Poirot, que disfrutaba haciendo declaraciones incomprensibles, bajó las escaleras a paso vivo.

1

Al llegar a su casa, Poirot llamó por teléfono al inspector Miller.

—¿Qué hubo de la maleta de Clayton? Su mujer dice que había preparado una.

—Estaba en el club. Se la dejó al portero. Luego debió olvidarse de ella y se marchó sin cogerla.

—¿Qué había dentro?

—Lo normal. Un pijama, una camisa limpia, las cosas de asearse.

—Muy concienzudo.

—¿Qué esperaba usted que hubiera dentro?

Poirot ignoró la pregunta.

—Vamos ahora con el estilete —dijo—. Le aconsejo que se ponga en contacto con la mujer que le limpia la casa a la señora Spence. Averigüe si vio alguna vez por la casa un objeto parecido.

—¿La señora Spence? —Miller lanzó un silbido—. ¿Es por ahí por donde van sus sospechas? Le hemos enseñado el estilete al señor y a la señora Spence y no lo reconocieron.

—Pregúnteles otra vez.

—Quiere usted decir…

—Y luego dígame lo que dicen…

—¡No me imagino qué es lo que cree que ha conseguido!

—Lea «Otelo», Miller. Piense en los personajes de «Otelo». Nos hemos olvidado de uno de ellos.

Colgó. A continuación llamó a lady Chatterton. El teléfono estaba comunicando.

Volvió a llamar un poco más tarde. Tampoco tuvo éxito. Llamó a Jorge, su criado, y le dijo que continuara marcando el número. Sabía que lady Chatterton era incorregible hablando por teléfono.

Se sentó en una butaca y se quitó con cuidado los zapatos de charol, estiró los dedos de los pies y se recostó.

—Estoy viejo —murmuró Poirot—. Me canso pronto… —se animó—. Pero las células grises… ésas siguen funcionando. Despacio, pero funcionan. «Otelo», sí. ¿Quién fue el que me habló de «Otelo»? Ah, sí, la señora Spence. La maleta… el biombo… El cadáver, en la postura de dormir. Un asesinato hábil. Premeditado, planeado… ¡hasta creo que disfrutado…!

Jorge le anunció que lady Chatterton estaba al teléfono.

—Le habla Hércules Poirot, señora. ¿Puedo hablar con su invitada?

—¡No faltaba más! Ay, *monsieur* Poirot, ¿ha hecho usted alguna maravilla?

—Todavía no —contestó Poirot—. Pero creo que la cosa marcha.

Después oyó la voz de Margharita, tranquila, suave.

—Señora Clayton, cuando le pregunté si había notado usted algo fuera de lugar aquella noche en la fiesta frunció el entrecejo, como si recordara algo, pero luego el recuerdo se borró. ¿Sería la posición del biombo de la habitación?

—¿El biombo? Sí, claro, eso era. No estaba exactamente en el sitio de costumbre.

—¿Bailó usted aquella noche?

—Parte del tiempo.

—¿Con quién bailó más?

—Con Jeremy Spence. Baila estupendamente. Charles baila bien, pero nada especial. Él y Linda bailaban juntos y de cuando en cuando cambiábamos de pareja. Jock Maclaren no baila. Él sacaba los discos, los ponía y preparaba las bebidas.

—¿Más tarde pusieron música seria?

—Sí.

Hubo una pausa. Luego Margharita dijo:

—*Monsieur* Poirot, ¿a qué viene… todo esto? ¿Hay… hay esperanza?

—¿Se da usted cuenta alguna vez de los sentimientos de las personas que la rodean?

Su voz, ligeramente sorprendida, dijo:

—Supongo… supongo que sí.

—Yo supongo que no. Creo que no tiene usted ni idea. Creo que

ésa es la tragedia de su vida. Pero la tragedia para los demás, no para usted. Una persona me mencionó hoy a Otelo. Le pregunté si su marido era celoso y me dijo que usted creía que debía serlo. Pero lo dijo sin darle importancia. Lo dijo como podía haberlo dicho Desdémona, sin darse cuenta del peligro. Ella también reconocía los celos, pero no los comprendía, porque nunca había sentido ni podría sentir nunca celos. En mi opinión, no sentía la fuerza de la pasión física. Amaba a su marido con el fervor romántico con que se ama a un héroe; quería a su amigo Casio con cariño completamente inocente, como a un compañero que está muy cerca de uno… Creo que era por esa inmunidad suya a la pasión por lo que volvía locos a los hombres… ¿Comprende lo que estoy diciendo, señora?

Después de una pausa, la voz de Margharita, tranquila, dulce y un poco desconcertada, respondió:

—No…, no comprendo bien lo que está diciendo…

Poirot suspiró y dijo en tono práctico:

—Esta noche voy a ir a hacerle una visita.

1

El inspector Miller no era hombre fácil de convencer. Pero tampoco era fácil librarse de Poirot hasta que había conseguido lo que quería. El inspector Miller refunfuñó, pero capituló.

—… aunque no sé qué tiene que ver lady Chatterton con todo esto…

—Nada, en realidad. Ha ofrecido cobijo a una amiga; eso es todo.

—¿Cómo supo usted lo de esos Spence?

—¿Que el estilete era de ellos? Fue una suposición nada más. Me dio la idea una cosa que dijo Jeremy Spence. Le indiqué la posibilidad de que el estilete perteneciera a Margharita Clayton. Me demostró que sabía positivamente que no era de ella.

Tras una pausa, preguntó Poirot con cierta curiosidad:

—¿Qué dijeron?

—Reconocieron que se parecía mucho a una daga de juguete que habían tenido, pero que se había extraviado hace unas semanas

y no habían vuelto a pensar en ella. Me figuro que Rich la habrá, a buen seguro, cogido de allí.

—Un hombre a quien no le gusta correr riesgos, ese Jeremy Spence —dijo Hércules Poirot. Y murmuró para sí:

—Hace unas semanas… Sí, claro, el plan empezó hace mucho tiempo.

—¿Eh, qué dice?

—Ya llegamos —advirtió Poirot.

El taxi se acercaba a la casa de lady Chatterton. Poirot pagó la tarifa.

Margharita Clayton estaba esperándoles en la habitación del piso de arriba. Su rostro se endureció al ver a Miller.

—No sabía…

—¿No sabía usted quién era el amigo a quien me proponía traer conmigo?

—El inspector Miller no es amigo mío.

—Eso depende de si quiere usted o no que se haga justicia. Su marido ha sido vilmente asesinado…

—Y ahora tenemos que hablar de quién lo mató —le interrumpió Poirot rápidamente—. ¿Puedo sentarme, señora?

Lentamente, Margharita se sentó en una butaca de respaldo alto, frente a los dos hombres.

—Les pido que me escuchen con paciencia —dijo Poirot, dirigiéndose a los dos—. Creo que ya sé lo que ocurrió la noche fatal en el piso del comandante Rich… Todos partíamos de una suposición falsa: que sólo dos personas habían tenido oportunidad de meter el cadáver en el cofre, esto es, el comandante Rich y William Burgess. Pero estábamos equivocados; en el piso había aquella noche una tercera persona que tuvo igual oportunidad de hacerlo.

—¿Y quién era esa persona? —preguntó Miller, escéptico—. ¿El chico del ascensor?

—No. *Arnold Clayton*.

—¿Qué? ¿Que escondió su propio cadáver? Está usted loco.

—Un cadáver no, naturalmente; un cuerpo vivo. Dicho en otros términos: se escondió en el cofre. Cosa que se ha hecho muchas veces en la historia. La novia muerta de «La rama de muérdago», Iaquimo, planeando atentar contra la virtud de Imogen, etcétera.

Pensé en ello en cuanto vi que hacía muy poco tiempo que habían hecho unos agujeros en el cofre. ¿Por qué? Los hicieron para que pudiera entrar aire suficiente en el cofre. ¿Por qué cambiaron aquella noche el biombo de su sitio de costumbre? Para ocultar el cofre a la vista de las personas presentes en la habitación. Para que el hombre que se había escondido pudiera de cuando en cuando levantar la tapa, y oír lo que se decía.

—Pero ¿por qué? —preguntó Margharita, con los ojos muy abiertos por el asombro—. ¿Por qué iba a esconderse Arnold en el cofre?

—¿Y lo pregunta usted, señora? Su marido era un hombre celoso. Era, además, hombre de pocas palabras. «Reconcentrado», como dijo su amiga la señora Spence. Sus celos fueron aumentando. ¡Le torturaban! ¿Era usted o no era usted amante de Rich? ¡No lo sabía! Tenía que saberlo. Por eso lo del telegrama de Escocia, el telegrama que nadie envió y que nadie vio. Mete unas cuantas cosas en una maleta pequeña y se la deja «olvidada» ex profeso en el club. Posiblemente se entera de que Rich no va a estar en casa y se presenta en el piso. Le dice al criado que va a escribir una nota. En cuanto se queda solo, hace los agujeros en el cofre, corre el biombo y se mete dentro del mueble. Aquella noche sabrá la verdad. A lo mejor su mujer se queda después de marcharse los demás; a lo mejor se marcha, pero después vuelve… Aquella noche, aquel hombre desesperado y atormentado por los celos sabrá la verdad…

—¿No estará usted insinuando que se apuñaló a sí mismo? —dijo Miller, con voz que denotaba incredulidad—. ¡Tontería!

—No, no, le mató otra persona. Una persona que sabía que estaba allí. ¡Ya lo creo que fue un asesinato! Un asesinato planeado con mucho cuidado y con mucho tiempo. Piensen en los demás personajes de «Otelo». Es de Yago de quien teníamos que habernos acordado. Envenenando sutilmente la mente de Arnold Clayton con insinuaciones, sospechas… ¡El honrado Yago, el amigo fiel, el hombre a quien siempre se cree! Arnold Clayton le creyó. Arnold Clayton dejó que se sirviera de sus celos y los estimulara, hasta hacerlos llegar al paroxismo. ¿Fue idea de Arnold Clayton el esconderse en el cofre? Puede que haya creído que lo era… ¡es probable! La escena está dispuesta. El estilete, robado unas semanas antes, está preparado. Llega la noche. La luz es discreta, el

gramófono está sonando, dos parejas bailan y el hombre sin pareja está ocupándose de los discos, que se guardan en un mueble junto al cofre español y al biombo que lo oculta. Deslizarse detrás del biombo, levantar la tapa y clavar el estilete… ¡Un golpe audaz, pero muy sencillo, a más no poder!

—¡Clayton hubiera gritado!

—Si estaba narcotizado, no —dijo Poirot—. Según dijo el criado, el cadáver estaba «en la postura de un hombre dormido». Clayton estaba dormido, narcotizado por el único hombre que pudo haberlo hecho: el mismo hombre con quien tomó una copa en el club.

—¿Jock? —la voz de Margharita se alzó con sorpresa infantil—. ¿Jock? ¡Es imposible! ¡Pero si conozco a Jock de toda la vida! ¡No puede ser! ¿Por qué iba Jock…?

Poirot se volvió hacia ella.

—¿Por qué se batieron en duelo dos italianos? ¿Por qué se suicidó un muchacho? Jock Maclaren es hombre de pocas palabras. Puede que se haya resignado a ser amigo fiel de usted y de su marido, pero entonces surge el comandante Rich. ¡Es demasiado! Atormentado por el odio y el deseo, traza un plan que estuvo muy cerca de ser el crimen perfecto… un doble crimen, porque era casi seguro que el comandante Rich sería culpado del asesinato. Y, ya libre del comandante y de su marido, cree que es posible que por fin se vuelva usted hacia él. Y quizás lo hubiera hecho muy pronto, ¿verdad?

Margharita tenía clavados en Poirot sus ojos muy abiertos por el horror.

Casi sin darse cuenta de lo que decía, susurró:

—Puede que sí…, no lo sé…

El inspector Miller habló con autoridad:

—Todo esto está muy bien, Poirot. Es una teoría y nada más. No hay la menor prueba. Lo probable es que no hay nada de cierto en todo ello.

—Todo es cierto.

—¡Pero no hay pruebas! No hay nada en que fundarse.

—Se equivoca. Creo que si se lo dice así a Maclaren, confesará. Con tal de que se le haga ver claramente que Margharita Clayton lo sabe…

Poirot hizo una pausa y añadió:

—Porque en cuanto Maclaren sepa eso, está perdido… El asesinato perfecto habrá sido inútil.

El inferior

Lily Murgrave alisó los guantes con gesto nervioso sin quitárselos de encima de la rodilla y dirigió una ojeada rápida al que ocupaba el sillón que tenía enfrente.

Había oído hablar mucho de *monsieur* Hércules Poirot, el famoso investigador, pero ésta era la primera vez que le veía en carne y hueso. El cómico, casi ridículo aspecto del digno caballero variaba la idea que se había hecho de él ¿Podría haber llevado a cabo, en realidad, las cosas maravillosas que se le atribuían con aquella cabeza de huevo y aquellos desmesurados bigotes?

De momento estaba absorbido en una tarea verdaderamente infantil: amontonaba, uno sobre otro, pequeños dados de madera, de diversos colores, y la faena parecía despertar en él una atención mayor que la explicación de ella. Sin embargo, cuando Lily guardó silencio la miró vivamente.

—Continúe, *mademoiselle*, por favor. La escucho; esté segura de que la escucho con interés.

Casi enseguida volvió a apilar los dados de madera. La muchacha reanudó la historia, terrorífica, violenta, pero su voz era serena, inexpresiva, y su narración tan concisa, que diríase hallarse al margen de todo sentimiento de humanidad.

—Confío —observó al terminar— que me habré expresado con claridad.

Poirot hizo repetidas veces un gesto afirmativo y enfático. De un revés derribó los dados, diseminándolos sobre la mesa, y acto seguido se recostó en el sillón, unió las puntas de los dedos y fijó la mirada en el techo.

—Veamos —dijo—, a sir Ruben Astwell le asesinaron hace diez días, y el miércoles, o sea anteayer, la policía detuvo a su sobrino

Charles Leverson. Le acusan los hechos siguientes (si me equivoco en algo, dígalo, *mademoiselle*): Sir Ruben escribía, sentado en la habitación de la Torre, su sanctasanctórum, hace diez días. Mister Leverson llegó tarde y abrió la puerta con su llave particular. El mayordomo, cuya habitación estaba situada precisamente debajo de la Torre, oyó reñir a tío y sobrino. La disputa concluyó con un golpe ahogado.

»Este hecho alarmó al mayordomo y pensó en levantarse para ver lo que sucedía, pero pocos segundos después oyó salir a mister Leverson, dejar la habitación tarareando una canción de moda y renunció a su propósito. Sin embargo, a la mañana siguiente la doncella encontró muerto a sir Ruben sobre la mesa escritorio. Le habían asestado un golpe en la cabeza con un instrumento pesado. De todas maneras, el mayordomo no refirió en seguida su historia a la policía, ¿verdad, *mademoiselle*?

La inesperada pregunta sobresaltó a Lily Murgrave.

—¿Qué dice? —exclamó.

—Que en estos casos todos solemos alardear de humanidad. Mientras me refería a lo sucedido en casa de sir Ruben, de manera admirable y detallada, hay que confesarlo, convertía en muñecos de guiñol a los actores del drama. Pero yo siempre busco en ellos lo que tienen de humano. Por eso digo que el mayordomo ese…, ¿cómo se llama?

—Parsons.

—Digo, pues, que ese Parsons debe poseer las características de su clase. Es decir: que alberga cierta prevención por los agentes de policía y que está poco dispuesto a darles explicaciones. Por encima de todo no declarará nada que pueda comprometer a los habitantes de la casa. Estará convencido de que el crimen es obra de cualquier escalador nocturno, de un ladrón vulgar, y se aferrará a la idea con una obstinación extraordinaria. Sí, la fidelidad de los asalariados es curiosa y digna de estudio, de un estudio muy interesante.

Poirot se recostó en el sillón con el rostro resplandeciente.

—Entretanto —continuó—, los demás actores habrán referido cada uno una historia, entre ellos mister Leverson, que asegura volvió a casa a hora avanzada y no fue a ver a su tío, pues se fue directamente a la cama.

—Eso es lo que dice, en efecto.

—Y nadie duda de la afirmación —murmuró Poirot—, a excepción, quizá, de Parsons. Luego le toca entrar en escena al inspector Miller, de Scotland Yard, ¿no es eso? Le conozco, nos hemos visto una o dos veces en tiempos pasados. Es lo que se llama un hombre listo, astuto como zorro viejo. ¡Sí, le conozco bien! El inspector ve lo que nadie ha visto y Parsons no está tranquilo porque sabe algo que no ha revelado. Sin embargo, el inspector lo pasa por alto. Pero, de momento, queda suficientemente demostrado que nadie entró en casa de sir Ruben por la noche y que debe buscarse dentro, no fuera de ella, al asesino. Y Parsons se siente desgraciado, tiene miedo, por lo que le aliviaría muchísimo compartir con alguien su secreto.

»Ha hecho cuanto ha estado en su mano para evitar un escándalo, pero todo tiene un límite y por ello el inspector Miller ha escuchado su historia, y después de dirigirle una o dos preguntas, ha llevado a cabo averiguaciones que sólo él conoce. El resultado es peligroso, muy peligroso para Carlos Leverson, porque ha dejado la huella de sus dedos manchados de sangre en un mueble que se encontraba en la habitación de la Torre. La doncella ha declarado también que a la mañana siguiente del crimen vació una palangana llena de agua y sangre que sacó de la habitación de mister Leverson y que a sus preguntas dicho señor contestó que se había cortado un dedo. En efecto, tenía un corte ridículamente insignificante. Y aun cuando lavó uno de los puños de la camisa que llevaba puesta la noche anterior, se descubrieron manchas de sangre en la manga de la chaqueta. Todo el mundo sabe que tenía necesidad urgente de dinero y que a la muerte de sir Ruben debía heredar una fortuna ¡Oh, sí, *mademoiselle*! Se trata de un caso muy interesante.

Poirot hizo una pausa.

—Usted ha venido a verme hoy, ¿por qué? —interrumpió después.

Lily Murgrave se encogió de hombros.

—Me manda aquí lady Astwell, como le he dicho —contestó.

—Pero viene usted de mala gana, ¿no es cierto?

La muchacha no contestó y el hombrecillo le dirigió una mirada penetrante.

—¿No desea responder?

Lily volvió a calzarse los guantes.

—Me es difícil, *monsieur* Poirot. Deseo ser fiel a lady Astwell. No soy más que una señorita de compañía a la que se pagan sus servicios, pero me ha tratado mejor que a una hija o una hermana. Es muy afectuosa y aunque conozco sus defectos no deseo criticar sus actos… ni impedir que usted se encargue de solucionar el caso. No quiero influir en su decisión.

—*Monsieur* Poirot no se deja influir por nada ni por nadie, *cela ne se fait pas* —manifestó, gozoso, el hombrecillo—. Me doy cuenta de que usted cree que lady Astwell ha oído zumbar una mosca junto a su oreja, ¿me equivoco en mi presunción?

—Si he de serle franca…

—¡Hable, *mademoiselle*, hable!

—Estoy convencida de que cree una tontería…

—¿Sí?

—Sin que esto sea una crítica en contra de lady Astwell.

—Comprendo —murmuró Poirot—. Comprendo perfectamente.

Sus ojos la invitaban a continuar.

—Como le decía a usted, es buenísima y muy amable, pero… ¿cómo lo expresaría yo? No es mujer educada. Ya sabe que actuaba en el teatro cuando sir Ruben se casó con ella y por eso alberga muchos prejuicios, es muy supersticiosa. Cuando dice una cosa, hay que creerla a pies juntillas, pero no atiende a razones. El inspector la ha tratado con poco tacto y esto la mueve a retroceder. Pero dice que es una tontería sospechar de mister Leverson, porque el pobre Carlos no es un criminal. La policía es estúpida y comete un terrible error.

—Supongo que tendrá sus razones para afirmarlo, ¿no es así?

—No, señor, ninguna.

—¡Ya! ¿De veras?

—Ya le he dicho —continuó Lily Murgrave— que de nada le va a servir acudir a usted y reclamar su ayuda sin tener nada que exponer ni nada en qué basar lo que cree.

—¿De verdad le ha dicho eso? Es interesante —dijo Poirot.

Sus ojos dirigieron a Lily una rápida y comprensiva ojeada desde la cabeza a la punta de los pies. Su mirada captó con todo detalle el pulcro y negro traje sastre, el lazo blanco del cuello, la blusa de crespón de China, adornada con gusto exquisito, el elegante sombrero de fieltro negro. Reparó en su elegancia, en el bonito

semblante de barbilla afilada, las largas pestañas de un negro azulado e insensiblemente varió de actitud. No era el caso, sino la muchacha que tenía delante lo que despertaba en él un nuevo interés.

—Supongo, *mademoiselle*, que lady Astwell es una persona algo desequilibrada e histérica…

Lily Murgrave hizo un gesto ansioso de afirmación.

—Sí, la describe usted exactamente —dijo—. Es muy afectuosa, lo repito, pero es imposible discutir con ella, convencerla de que sea lógica.

—Posiblemente sospecha de alguien —insinuó Poirot—. De alguien tan inofensivo que son absurdas sus sospechas.

—¡Precisamente! —exclamó Lily Murgrave—. Le ha tomado ojeriza al secretario de sir Ruben, que es un pobre hombre. Dice que es el asesino de sir Ruben, que ella lo sabe, aunque está demostrado que mister Owen Trefusis no pudo cometer el crimen.

—¿Se funda en algún motivo, en algún hecho, para acusarle?

—Se funda exclusivamente en su intuición.

En la voz de Lily Murgrave se traslucía el desdén.

—Ya veo, *mademoiselle,* que no cree usted en la intuición —observó Poirot, sonriendo.

—Es una tontería.

Poirot se recostó en el sillón.

—A *les femmes* —murmuró— les gusta creer en ella. Dicen que es un arma que Dios les ha dado. Pero aunque algunas veces no las engaña otras las extravía.

—Lo sé. Pero ya le he dicho cómo es lady Astwell. No es posible discutir con ella.

—Por eso usted, *mademoiselle*, que es prudente y discreta, ha creído que de paso que viene a buscarme, debe ponerme *au courant* de la situación…

Una inflexión particular en la voz de Poirot hizo que Lily Murgrave levantase la cabeza.

—Sí —murmuró excusándose—, aunque conozco el valor de su tiempo.

—Usted me lisonjea, *mademoiselle*. Mas, en efecto, en estos momentos me encuentro ocupado en la solución de varios casos.

—Ya me lo temía —dijo Lily poniéndose en pie—. Le diré a lady

Astwell que…

Pero Poirot no se levantó. Permaneció sentado mirando fijamente a la muchacha.

—¿Tiene prisa, *mademoiselle*? —interrogó—. Aguarde un momento, por favor.

Lily se ruborizó, luego se puso pálida, pero volvió a tomar asiento de mala gana.

—*Mademoiselle* es viva y adopta sus decisiones rápidamente. Perdone que un viejo como yo sea más lento. Usted se equivoca, *mademoiselle*. Yo no me niego a hacerle una visita a lady Astwell.

—Entonces, ¿vendrá a verla?

La muchacha se expresó en un tono frío. No miraba a Poirot, tenía los ojos fijos en el suelo y por esto no se dio cuenta del examen atento a que él la sometía en aquel momento.

—Diga a lady Astwell, *mademoiselle*, que estoy a su disposición. Iré por la tarde a *Mon Repos*. Es el nombre de la finca, ¿verdad?

Poirot se puso de pie y la muchacha le imitó.

—Se lo diré. Agradezco mucho la atención, *monsieur* Poirot. Sin embargo, temo que va usted a perder el tiempo.

—Bien pudiera ser. Sin embargo, ¡quién sabe!

Poirot la acompañó con versallesca cortesía hasta la puerta. Luego volvió a entrar en la salita pensativo, con el ceño fruncido. Abrió una puerta y llamó al ayuda de cámara.

—Mi buen Jorge, prepárame una maleta, te lo ruego. Me voy al campo.

—Sí, señor —repuso Jorge.

Era de tipo muy inglés: alto, cadavérico, inexpresivo.

—¡Qué fenómeno tan interesante es una muchacha, Jorge! —observó Poirot dejándose caer sobre el sillón y encendiendo un cigarrillo—. Sobre todo cuando es inteligente, ¿comprendes? Te pide una cosa y al propio tiempo pretende convencerte de que no lo hagas. Para ello se requiere suma *finesse d'esprit*. Pero esa muchacha es muy lista, sí, muy lista. Sólo que ha tropezado con Hércules Poirot y éste posee una inteligencia excepcional, Jorge.

—Se lo he oído decir al señor varias veces.

—No es el secretario quien le interesa y desprecia la acusación de lady Astwell, pero no quiere que «se altere el sueño de los que duermen». Y yo, Jorge, lo alteraré. ¡Les obligaré a luchar! En *Mon*

Repos se está desarrollando un drama, un drama humano que me excita los nervios. Y aunque esa pequeña es lista no lo es lo suficiente. ¿Qué será, Señor, lo que vamos a encontrar allí?

Interrumpió la pausa dramática que sucedió a estas palabras la voz de Jorge, que preguntó con un tono natural en su voz:

—¿Desea llevarse el señor el traje de etiqueta?

Poirot le miró con tristeza.

—Siempre ese cuidado, esa atención constante a sus obligaciones. Eres muy bueno para mí, Jorge —repuso.

Cuando el tren de las 4.45 llegó a la estación de Abbots Cross descendió de él *monsieur* Hércules Poirot, vestido de manera impecable y con los bigotes rígidos a fuerza de cosmético. Entregó el billete, franqueó la barrera y se vio delante de un chófer de buena estatura.

—¿*Monsieur* Poirot?

El hombrecillo le dirigió una mirada alegre.

—Así me llaman —dijo.

—Entonces tenga la bondad de seguirme. Por aquí.

Y abrió la portezuela de un hermoso *Rolls Royce*.

Mon Repos distaba apenas tres minutos de la estación.

Allí el chófer descendió del coche, abrió la portezuela y Poirot echó pie a tierra. El mayordomo tenía ya la puerta de entrada abierta.

Antes de franquear el umbral, Poirot lanzó una rápida ojeada a su alrededor. La casa era hermosa y sólida, de ladrillo rojo, sin ninguna pretensión de belleza, pero con el aspecto de una comodidad positiva.

Poirot entró en el vestíbulo. El mayordomo le tomó de sus manos, con la desenvoltura que da la práctica, el abrigo y el sombrero, y a continuación murmuró con esa media voz respetuosa y característica de los buenos servidores:

—Su Señoría espera al señor.

Poirot le siguió pisando una escalera alfombrada. Aquel bien educado sirviente debía ser Parsons, no cabía duda, y sus modales no revelaban la menor emoción. Al llegar a lo alto de la escalera torció a la derecha y marchó seguido de Poirot por un pasillo.

Desembocaron en una pequeña antesala en la que se abrían dos puertas. Parsons abrió la de la izquierda y anunció:

—*Monsieur* Poirot, milady.

La habitación, de dimensiones reducidas, estaba atestada de muebles y de *bibelots*. Una mujer, vestida de negro, se levantó de un sofá y salió vivamente a su encuentro.

—¿Cómo está usted?

Su mirada recorrió rápidamente la figura del detective.

—Bien, ¿y usted, milady? —exclamó éste, tras darle un vigoroso y fugaz apretón de manos.

—¡Creo en los hombres pequeños! Son inteligentes.

—Pues si mal no recuerdo, el inspector Miller es también de corta estatura —murmuró Poirot.

—¡Es un idiota presuntuoso! —dijo lady Astwell—. Siéntese aquí, a mi lado, si no tiene inconveniente.

Indicó a Poirot el sofá y siguió diciendo:

—Lily ha tratado de convencerme de que no le llamase, pero ya comprenderá que a mis años sé muy bien lo que quiero.

—¿De veras? Pues es un don poco común —observó Poirot, siguiéndola hasta el sofá.

Lady Astwell sentóse sobre los almohadones y hecho esto, se volvió a mirarle.

—Lily es bonita —dijo—, pero cree saberlo todo y las personas que creen saberlo todo se equivocan. Me lo dice la experiencia. Yo no soy inteligente, no, *monsieur* Poirot, pero creo en las corazonadas. Y ahora, ¿quiere o no que le diga quién es el asesino de mi marido? Porque una mujer lo sabe.

—¿Lo sabe también miss Murgrave?

—¿Qué le ha dicho ella? —preguntó con acento vivo lady Astwell.

—Nada. Se ha limitado a exponer los hechos del caso.

—¿Los hechos? Sí, son desfavorables a Carlos, naturalmente, pero digo a usted, *monsieur* Poirot, que él no ha cometido el crimen. ¡Sé que no lo ha cometido!

Lo dijo con una seriedad desconcertante.

—¿Está bien segura, lady Astwell?

—Trefusis mató a mi marido, *monsieur* Poirot, estoy segura de ello.

—¿Por qué?

—¿Por qué le mató, quiere usted decir o por qué estoy tan segura? ¡Lo sé, repito! Créame, me di cuenta de ello en seguida y lo sostengo.

—¿Beneficia en algo a mister Trefusis la muerte de sir Ruben?

—Mi marido no le deja un solo penique —replicó prontamente lady Astwell—, lo que demuestra que ni le gustaba su secretario ni confiaba en él.

—¿Llevaba mucho tiempo a su servicio?

—Unos nueve años, sobre poco más o menos.

—No es mucho —dijo Poirot en voz baja—. Sin embargo, sí lo es permanecer ese tiempo al lado de una misma persona. Sí, mister Trefusis debía conocerlo a fondo.

Lady Astwell le miró fijamente.

—¿Adonde quiere ir a parar? No veo qué relación tiene una cosa con otra.

—No me haga caso. Mi observación responde a una idea. Es una idea poco interesante, pero original, quizá, que se relaciona con el efecto que produce en algunas personas la servidumbre.

Lady Astwell le seguía mirando fijamente sin comprender.

—Es usted muy perspicaz, ¿verdad? Lo asegura todo el mundo —dijo, como si lo pusiera en duda.

Hércules Poirot se echó a reír.

—Quizá me haga el mismo cumplido cualquier día de estos, *madame*. Pero, volvamos al móvil del crimen. Háble me del servicio, de las personas que estaban en esta casa el día de la tragedia.

—Carlos estaba en ella, naturalmente.

—Tengo entendido que era sobrino de su marido, no de usted…

—En efecto. Carlos es el único hijo de una hermana de Ruben. Esta señora se casó con un hombre relativamente rico, pero murió arruinado, como tantos jugadores de Bolsa de la City; su mujer murió también y entonces Carlos se vino a vivir con nosotros. Tenía entonces veintitrés años y seguía la carrera de Leyes, pero poco después, Ruben le colocó en el negocio.

—¿Era trabajador mister Leverson?

—Veo que posee una comprensión rápida, eso me agrada —dijo lady Astwell—. No, Carlos no era trabajador, por desgracia. Y por ello reñía continuamente con su tío, que le reprendía por lo mal que

desempeñaba sus obligaciones. Claro que el pobre Ruben no era tampoco muy comprensivo. En más de una ocasión me he visto obligada a recordarle que él también fue joven una vez. Pero había cambiado mucho, *monsieur* Poirot —concluyó lady Astwell con un suspiro.

—Es la vida, milady —repuso Poirot.

—Sin embargo, nunca fue grosero conmigo. Y si alguna vez se fue de la lengua, pobre Ruben, se arrepentía al punto.

—Tenía un carácter difícil, ¿verdad?

—Yo sabía manejarle —repuso lady Astwell con aire de triunfo —, pero a veces perdía la paciencia con los sirvientes. Hay muchas maneras de mandar, *monsieur* Poirot, pero Ruben no acertaba a dar con la que convenía.

—¿A quién ha legado sir Ruben su fortuna, lady Astwell?

—Me deja una mitad y a Carlos la otra —replicó al punto lady Astwell—. Los abogados no lo explican de una manera rotunda, pero en sustancia viene a ser lo mismo, tal como le digo.

Poirot hizo un gesto de afirmación.

—Comprendo, comprendo —murmuró—. Ahora le ruego, señora, que me describa a los habitantes de la casa. Viven en ella usted misma, mister Carlos Leverson, sobrino de sir Ruben, el secretario Owen Trefusis y miss Lily Murgrave. Cuénteme alguna cosa de la señorita.

—¿Se refiere a Lily?

—Sí. ¿Lleva muchos años a su servicio?

—Un año tan sólo. He tenido muchas compañeras secretarias, ¿sabe?, pero todas ellas han acabado por excitarme los nervios. Lily es distinta. Está llena de tacto, de sentido común, y además es muy simpática. A mí me gusta tener al lado caras bonitas, *monsieur* Poirot. Soy muy especial: siento simpatías y antipatías y me guío por ellas. En cuanto vi a esta muchacha me dije: «servirá». Y así ha sido.

—¿Se la recomendó alguna amiga?

—No, vino en respuesta a un anuncio que puse en los periódicos.

—¿Sabe quiénes son sus padres? ¿De dónde procede?

—Su padre y su madre viven en la India, según creo. En realidad no conozco muchos detalles de su vida, pero Lily es una señora. Se ve en seguida, ¿verdad?

—Sí, desde luego, desde luego.

—Yo no soy una señora —siguió diciendo lady Astwell—. Lo sé y los sirvientes también lo saben, pero no soy mezquina. Sé apreciar lo bueno que tengo delante y nadie se ha portado mejor conmigo que Lily. Por ello considero como a una hija a esa muchacha, *monsieur* Poirot.

Poirot alargó el brazo y colocó en su sitio uno o dos objetos que estaban encima de la mesa vecina.

—¿Compartía sir Ruben los mismos sentimientos? —interrogó después.

Tenía posados los ojos en los pantalones de *sport*, pero se dio cuenta de la pausa que hizo lady Astwell antes de contestar a la pregunta.

—Los hombres son distintos. Pero los dos estaban en buenas relaciones.

—Gracias, *madame* —sonrió Poirot.

Hubo una pausa.

—Bien, ¿conque todas estas personas estaban aquella noche en casa… a excepción, claro es, de la servidumbre? ¿No es eso?

—También estaba Víctor.

—¿Víctor?

—Sí, mi cuñado, el socio de Ruben.

—¿Vive con ustedes?

—No, acababa de llegar a Inglaterra. Ha estado varios años en África Occidental.

—En África Occidental —murmuró Poirot.

Se estaba dando cuenta de que si le daban el tiempo suficiente lady Astwell sabría desarrollar, por sí sola, un tema de conversación.

—Dicen que es un país maravilloso, pero a mí me parece que ejerce una influencia perniciosa sobre determinadas personas. Beben mucho y se desmoralizan. Ningún Astwell tiene buen carácter, pero el de Víctor ha empeorado desde su ida al África. A mí misma me ha asustado más de una vez.

—Y también a miss Murgrave, ¿no es así?

—¿A Lily? No creo, apenas se han visto.

Poirot escribió una o dos palabras en el diminuto libro de notas que guardaba en el bolsillo.

—Gracias, lady Astwell. Y ahora, si no tiene inconveniente, deseo hablar con Parsons.

—¿Quiere que le diga que suba?

La mano de lady Astwell se acercó al timbre, pero Poirot detuvo el ademán rápidamente.

—¡No, no, mil veces! —exclamó—. Bajaré yo a verle.

—Si lo juzga preferible…

Lady Astwell se sintió decepcionada, porque hubiera deseado tomar parte en la futura escena, pero Poirot añadió, adoptando un aire de misterio:

—Preferible, no; es esencial.

Con lo que dejó a la buena mujer impresionada.

Encontró a Parsons, el mayordomo, en la cocina limpiando la plata. Poirot inició la conversación con una de sus graciosas inclinaciones de cabeza.

—Soy agente, detective —dijo.

—Sí, señor, lo sé —repuso Parsons.

Su acento era respetuoso, pero impersonal.

—Lady Astwell envió a buscarme —le explicó Poirot— porque no está satisfecha, no, no está satisfecha.

—He oído decir eso a Su Señoría en diversas ocasiones.

—Bueno. ¿Para qué voy a contarle lo que ya sabe? No perdamos el tiempo en esas bagatelas. Condúzcame, por favor, a su habitación y me dirá lo que oyó la noche del crimen.

La habitación del mayordomo se hallaba en la planta baja. En el vestíbulo de la servidumbre. Tenía rejas en las ventanas. Parsons indicó a Poirot el angosto lecho.

—Me metí a las once de la noche, señor —dijo—. Miss Murgrave se había retirado ya a descansar y lady Astwell se encontraba con sir Ruben en la habitación de la Torre.

—¡Ah! ¿Estaba con sir Ruben? Está bien, prosiga.

—Esa habitación está ahí arriba, encima de ésta. Cuando sus ocupantes hablan en voz alta se oye el murmullo de sus voces, pero naturalmente, no se comprende lo que dicen, excepto alguna que otra palabra suelta, ¿comprende? A las once y media dormía a pierna suelta. A las doce me despertó un portazo. Mister Leverson

volvía de la calle. Poco después oí el ruido de pasos y a continuación su voz. Hablaba con sir Ruben, por lo visto.

»No puedo asegurarlo, pero me pareció que si no precisamente embriagado se sentía inclinado a hacer ruido y a mostrarse indiscreto porque dijo no sé qué a su tío a voz en cuello. Luego sonó un grito agudo al que sucedió un golpe particular, como la caída de un cuerpo pesado.

Hubo una pausa. Parsons repitió con acento impresionante las últimas palabras.

—La caída de un cuerpo pesado, ¿comprende? Después oí exclamar a mister Leverson, lo mismo que si le tuviera delante: «¡Oh, Dios mío, Dios mío!».

A pesar de su primera y visible repugnancia, Parsons disfrutaba ahora con su relato. Se creía sin duda buen narrador y para llevarle la corriente Poirot hizo un comentario lisonjero.

—*Mon Dieu!* —murmuró—. ¡Qué emoción debió usted sentir!

—Y que lo diga, señor. Ciertamente, señor —repuso el mayordomo—. Pero entonces no me paré a pensar en lo que sentía o dejara de sentir; sólo se me ocurrió ir a ver lo que pasaba. Por cierto que al encender la luz eléctrica derribé una silla.

»Crucé el vestíbulo de la servidumbre y fui a abrir la puerta del pasillo. Al llegar al pie de la escalera que conduce a la Torre me detuve, indeciso, y entonces sonó por encima de mi cabeza la voz de mister Leverson, que decía cordial y alegremente: "Por fortuna no ha sucedido nada. ¡Buenas noches!" Y le oí avanzar, silbando entre dientes, por el pasillo en dirección a su dormitorio.

»Entonces me volví a la cama pensando que sin duda se habría caído algún mueble porque, dígame, señor, ¿cómo iba a sospechar que acababa de asesinar a sir Ruben después de darle, con toda despreocupación, mister Leverson, las buenas noches?

—¿Está bien seguro de que oyó usted su voz?

Parsons miró al pequeño belga con aire de compasión. Estaba convencido de lo que afirmaba.

—¿Desea saber algo más el señor?

—No, deseo hacerle una sola pregunta. ¿Le gusta a usted Leverson?

—No le comprendo, señor.

—Se trata de una simple pregunta. ¿Le es simpático mister

Leverson?

Parsons pasó del sobresalto al embarazo.

—Es opinión general de la servidumbre… —comenzó a decir; y calló de repente.

—Diga, dígalo en la forma que guste.

—Pues la servidumbre opina, señor, que es un caballero muy generoso, pero… no muy inteligente.

—¡Ah! ¿Sabe, Parsons, que sin tener el gusto de conocerle, me adhiero a esa opinión?

—Ciertamente, señor.

—¿Y puede saberse ahora qué opina usted… qué opina la servidumbre, del secretario de sir Ruben?

—Opina que es un caballero muy callado, muy paciente, que no ocasiona ninguna molestia.

—*Vraiment!* —dijo Poirot.

El mayordomo tosió.

—Su Señoría, señor —murmuró—, es algo precipitada en sus juicios.

—¿De manera que, en opinión de la servidumbre, mister Leverson es el autor del crimen?

—Verá: a nadie le gusta pensar que ha sido él, además, no posee un temperamento criminal.

—Pero tiene mal genio, ¿no es así?

Parsons se le acercó un poco más.

—¿Desea saber cuál es el miembro de la familia que tiene peor carácter? —preguntó.

Poirot levantó una mano.

—No —contestó—. Por el contrario, me disponía a preguntarle cuál es el que lo tiene mejor.

Parsons se le quedó mirando con la boca abierta.

Poirot no perdió más el tiempo. Le dirigió una amable inclinación de cabeza, porque era amable con todo el mundo y salió de la habitación al gran vestíbulo cuadrado de *Mon Repos*. Al llegar a su centro se detuvo, absorto un instante y después, al oír un leve sonido, ladeó la cabeza como un pajarillo y, sin hacer el menor ruido, se acercó a una puerta.

Al llegar al umbral volvió a detenerse para echarle un vistazo a la habitación que hacía las veces de biblioteca. Sentado a una

mesita divisó, escribiendo, a un joven pálido y delgado. Tenía una barbilla saliente y llevaba gafas.

Poirot le examinó unos segundos y a continuación rompió el silencio reinante con una tosecilla teatral.

—¡Ejem! —exclamó.

El joven dejó de escribir y levantó la cabeza. No parecía sobresaltado, pero miró a Poirot con expresión perpleja.

Éste avanzó unos pasos.

—¿Tengo el honor de hablar con mister Trefusis? —preguntó—. Me llamo Hércules Poirot. Pero supongo que ya habrá oído hablar de mí…

—¡Oh, sí, ya lo creo…! —balbució el joven.

Poirot le miró con más atención.

Representaba tener unos treinta años y el detective vio en seguida que no era posible que nadie tomara en serio la acusación de lady Astwell porque mister Trefusis era un joven correcto, atildado, tímido, es decir, el tipo de hombre a quien puede tratarse y se trata sin ningún miramiento.

—Ya veo que lady Astwell le ha hecho venir —dijo—. ¿Puedo servirle en algo?

Se mostraba cortés sin ser efusivo. Poirot tomó una silla y murmuró con acento suave:

—¿Le ha confiado lady Astwell sus sospechas? ¿Está enterado de lo que supone?

Owen Trefusis sonrió un poco.

—Creo que sospecha de mí —contestó—. Es un absurdo, pero no deja de ser cierto. Desde la noche del crimen no me dirige la palabra y cuando yo paso se estremece y se pega a la pared.

Su actitud era perfectamente natural y su voz dejaba traslucir más diversión que resentimiento. Poirot adoptó un aire de atrayente franqueza.

—Quede esto entre nosotros, pero así lo ha dicho —declaró—. Yo no he querido discutir jamás con las señoras, sobre todo cuando se sienten tan seguras de sí mismas. Es una lamentable pérdida de tiempo, ¿comprende?

—Oh, sí, comprendo.

—Sólo le he contestado: «Sí, milady. Perfectamente, milady. *Precisement, milady*». Esas palabras no significaban nada o muy poca

cosa, pero tranquilizan. Entretanto llevo a cabo una investigación porque parece imposible que nadie, a excepción de mister Leverson, haya cometido el crimen, pero…, bien, lo imposible ha sucedido ya antes de ahora.

—Comprendo perfectamente su actitud —repuso el secretario— y le ruego que me considere a su entera disposición.

—*Bon* —dijo Poirot—. Ahora nos entendemos. Tenga la bondad de referirme los acontecimientos de aquella noche. Será mejor para la buena comprensión que comience por la cena.

—Leverson no asistió a ella —dijo el secretario—. Había tenido una serie de desavenencias con su tío y se fue a cenar al Golf Club. Por tanto sir Ruben estaba de pésimo humor.

—No era muy amable ese *monsieur*, ¿verdad? —dijo Poirot.

—¡Oh, no! Era un tártaro. Le conocí bien, que no en balde le serví por espacio de nueve años, y digo, *monsieur* Poirot, que era hombre extraordinariamente difícil de complacer. Cuando se encolerizaba era presa de verdaderos ataques infantiles de rabia, durante los cuales insultaba a todo aquel que se le acercaba. Yo ya me había habituado y adopté la costumbre de no prestar, en absoluto, la menor atención a lo que decía. No era mala persona, pero sí exasperante y bobo. Lo mejor era, pues, no responder ni una sola palabra.

—¿Se mostraban los demás tan prudentes como lo era usted?

Trefusis se encogió de hombros.

—Lady Astwell disfrutaba oyéndole despotricar. No le tenía miedo, por el contrario, le defendía y le daba cuanto exigía. Después hacían las paces porque sir Ruben la quería de veras.

—¿Riñeron la noche del crimen?

El secretario le miró de soslayo, titubeó un momento y contestó luego:

—Así lo creo. ¿Por qué lo pregunta?

—Porque se me ha ocurrido. Eso es todo.

—Naturalmente, no lo sé —explicó el secretario—; pero me parece que sí.

—¿Quién más se sentó a la mesa?

—Miss Murgrave, mister Víctor Astwell y un servidor.

—¿Qué hicieron después de cenar?

—Pasamos al salón. Sir Ruben no nos acompañó. Diez minutos

después vino a buscarme y me armó un escándalo por algo sin importancia relacionado con una carta. Yo subí con él a la Torre y arreglé el desperfecto; luego llegó mister Víctor Astwell diciendo que deseaba hablar a solas con su hermano y entonces bajé a reunirme con las señoras.

»Al cabo de un cuarto de hora sir Ruben tocó, con violencia, la campanilla y Parsons vino a rogarme que subiera a la Torre en seguida. Cuando entré en ella salía mister Astwell con tanta prisa que a poco más me derriba. Era evidente que había ocurrido algo y que se sentía trastornado. Tiene un carácter muy violento y es muy posible que no me viera.

—¿Hizo sir Ruben algún comentario?

—Me dijo: «Víctor es un lunático; en uno de esos ataques de rabia hará alguna sonada».

—¡Ah! —exclamó Poirot—. ¿Tiene idea de qué trataron?

—No, señor, en absoluto.

Poirot volvió con lentitud la cabeza y miró al secretario. Había pronunciado con demasiada precipitación estas últimas palabras y él estaba convencido de que Trefusis podía haber dicho más si hubiera querido. Pero no le instó a que lo dijera.

—¿Y después…? Continúe, por favor.

—Trabajé al lado de sir Ruben por espacio de hora y media. A las once en punto llegó lady Astwell y sir Ruben me dio permiso para que me retirase.

—¿Y se retiró?

—Sí.

—¿Tiene idea del tiempo que permaneció lady Astwell haciéndole compañía?

—No, señor. Su habitación está en el primer piso, la mía en el segundo y por esto no la oí salir de la Torre.

—Entendido.

Poirot se puso de un salto de pie.

—Ahora, *monsieur*, tenga la bondad de conducirme a la Torre.

Siguió al secretario por la amplia escalera hasta el primer rellano y allí Trefusis le condujo por un corredor y luego por una puerta excusada que había al final, a la escalera de servicio. Sucedía a ésta un corto pasillo que terminaba ante una puerta cerrada. Franqueada esta puerta se encontraron en la escena del crimen.

Era una habitación de techo más elevado que el de las demás de la casa y tenía unos treinta pies cuadrados. Espadas y azagayas ornaban las paredes y sobre las mesas vio Poirot muchas antigüedades indígenas. En uno de sus extremos, junto a una ventana, había una hermosa mesa escritorio. Poirot se dirigió en línea recta hacia aquella mesa.

—¿Es aquí donde encontraron muerto a sir Ruben? —interrogó.

Trefusis hizo un gesto de afirmación.

—¿Le golpearon por detrás, según tengo entendido?

El secretario volvió a afirmar con el gesto.

—El crimen se cometió con una de esas armas indígenas —explicó—, tremendamente pesadas. La muerte fue instantánea.

—Esto afirma mi convicción de que no fue premeditado. Tras de una discusión acalorada el asesino debió arrancar el… arma de la pared casi inconscientemente.

—¡Sí, pobre mister Leverson!

—¿Y después se encontraría, sin duda, el cadáver caído sobre la mesa?

—No, había resbalado hasta el suelo.

—¡Ah, es curioso!

—¿Curioso? ¿Por qué?

—A causa de eso.

Poirot señaló a Trefusis una mancha redonda e irregular que había en la bruñida superficie de la mesa.

—Es una mancha de sangre, *mon ami*.

—Debió salpicar o quizá la dejaron después los que levantaron el cadáver —sugirió Trefusis.

—Sí, es muy posible —repuso Poirot—. ¿La habitación tiene dos puertas?

—Sí, ahí detrás hay otra escalera.

Trefusis descorrió una cortina de terciopelo, que ocultaba el ángulo de la habitación más próximo a la puerta de entrada y apareció una escalera de caracol.

—La Torre perteneció a un astrónomo. Esa escalera conduce a la parte superior, donde estaba colocado el telescopio. Sir Ruben instaló en ella un dormitorio y en ocasiones, cuando trabajaba hasta horas avanzadas de la noche, dormía en él.

Poirot subió torpemente los peldaños. La habitación circular en

que se terminaba la escalera estaba simplemente amueblada con un lecho de campaña, una silla y un tocador. Después de asegurarse de que no tenía otra salida, Poirot volvió a bajar a la habitación donde Trefusis se había quedado aguardando.

—¿Oyó llegar de la calle a mister Leverson? —le preguntó.

Trefusis movió la cabeza.

—No, señor. Dormía profundamente.

—*Eh bien!* —exclamó después—. Me parece que ya no nos resta nada que hacer aquí a excepción de…, ¿me hace el favor de correr las cortinas?

Trefusis tiró, obediente, las pesadas cortinas negras que pendían de la ventana al otro extremo de la habitación. Poirot encendió la luz central oculta en el fondo de un enorme cuenco de alabastro que pendía del techo.

—¿Tiene alguna otra luz la habitación? —interrogó.

El secretario encendió, como respuesta, una enorme lámpara de pie, de pantalla verde, que estaba colocada junto a la mesa escritorio. Poirot apagó la del techo, luego la encendió y la volvió a apagar.

—*C'est bien* —exclamó—. Hemos concluido.

—Se cena a las siete y media —murmuró el secretario.

—Bien. Gracias, mister Trefusis, por sus bondades.

—No hay de qué.

Poirot se dirigió pensativo por el pasillo a la habitación que se le había asignado. El inconmovible Jorge estaba ya en ella sacando la ropa de la maleta.

—Mi buen Jorge —dijo Poirot al verle—, esta noche a la hora de cenar voy a conocer a un caballero que me intriga muchísimo. Vuelve de los trópicos, Jorge, y posee un carácter… muy tropical. Parsons pretendía hablarme de él, pero Lily Murgrave no le ha mencionado. También el difunto sir Ruben tenía un carácter irascible, Jorge. Vamos a suponer que se pusiera en contacto con un hombre más colérico que él, ¿qué pasaría? Que uno de los dos saltaría, ¿no?

—Sí, señor, saltaría… o no.

—¿No?

—No, señor. Mi tía Jemima, señor, tenía una lengua muy larga y mortificaba sin cesar a una hermana pobre, que vivía con ella. Le

hacía la vida imposible, en realidad. Pues bien: la hermana no toleraba que se le defendiera. No soportaba la dulzura ni la conmiseración de las gentes.

—¡Ya! Tiene gracia —observó Poirot.

Jorge tosió.

—¿Desea algo más el señor? —dijo muy circunspecto—. ¿Quiere que le ayude a vestirse?

—Mira, hazme un pequeño favor —repuso Poirot prontamente —. Averigua, si puedes, de qué color era el vestido que llevaba miss Murgrave la noche del crimen y qué doncella la sirve.

Jorge recibió el encargo con su impasibilidad acostumbrada.

—El señor lo sabrá mañana por la mañana —contestó.

Poirot se levantó de la silla y se situó delante del fuego encendido en la chimenea.

—Jorge, me eres muy útil —murmuró—. No me olvidaré de la tía Jemima.

Sin embargo, aquella noche no fue presentado a Víctor Astwell, a quien sus obligaciones retenían en Londres, según explicó en un telegrama.

—Atiende a los negocios de su difunto marido, ¿verdad? —preguntó a lady Astwell.

—Víctor era un socio —explicó ella—. Fue al África para echarle una ojeada a unas concesiones mineras que interesaban a la sociedad. Es decir… ¿eran mineras, Lily?

—Sí, lady Astwell.

—Eso es. Son minas de… oro o de cobre o de estaño. Tú debes saberlo, Lily, mejor que yo porque recuerdo que hiciste a Ruben varias preguntas. ¡Oh, cuidado, querida! Vas a tirar ese jarro.

—Hace calor junto al fuego —dijo la muchacha—. ¿Podría… abrir un poco la ventana?

—Como gustes, querida —repuso lady Astwell.

Poirot siguió con la vista a la muchacha cuando fue a abrir la ventana y permaneció un minuto o dos junto a ella aspirando el aire puro de la noche. A su vuelta aguardó a que tomara asiento para interrogar cortésmente:

—Conque, *mademoiselle*, le interesa el negocio de minas, ¿no es eso?

—Oh, no, nada de eso —repuso Lily con indiferencia—. Me

gusta escuchar las explicaciones de sir Ruben, pero soy profana en la materia.

—Pues si no te interesa finges muy bien —insinuó lady Astwell — porque el pobre Ruben creía que tenías una razón secreta para interrogarle.

Los ojos del detective no se separaron del fuego que contemplaba fijamente. Sin embargo, advirtió el rubor con que la contrariedad tiñó las mejillas de Lily Murgrave y con sumo tacto varió de conversación. Cuando llegó la hora de dar las buenas noches dijo a la dueña de la casa:

—¿Me permite dos palabras, *madame*?

Lily Murgrave se eclipsó discretamente y lady Astwell dirigió una mirada de curiosa interrogación al detective.

—¿Fue usted la última persona que vio con vida a sir Ruben? —preguntó Poirot.

Lady Astwell afirmó con un gesto. Las lágrimas brotaron de sus ojos y las enjugó apresuradamente con un pañuelo orlado de negro.

—¡Ah, no se aflija, no se aflija, por Dios!

—Perdón, *monsieur* Poirot. No puedo remediarlo.

—Soy un imbécil y la estoy atormentando.

—No, no, de ninguna manera. Prosiga. ¿Qué iba usted a decir?

—Usted entró en la habitación de la Torre a las once en punto y sir Ruben despidió entonces a mister Trefusis; ¿me equivoco?

—No, señor. Así debió de ser.

—¿Cuánto rato estuvo haciendo compañía a su marido?

—Eran las doce menos cuarto cuando entré en mi habitación; lo recuerdo porque miré el reloj.

—Lady Astwell, tenga la bondad de decirme sobre qué versó la conversación que sostuvo con su marido.

Lady Astwell se dejó caer en el sofá y prorrumpió en fuertes sollozos.

—Re… ñi… mos —gimió.

—¿Acerca de qué? —dijo insinuante, casi tiernamente, la voz de Poirot.

—Ah… acerca de… muchas cosas. La cosa co… menzó por… Lily. Ruben le cobró antipatía sin motivo y decía haberla sorprendido leyendo sus papeles. Quería despedirla; yo le dije que era muy buena y que no se lo consentiría. Entonces co… menzó a…

chillarme. Pero yo le hice frente. Le dije todo cuanto pensaba de él.

»En el fondo no pensaba nada malo, *monsieur* Poirot. Estaba ofendida porque dijo que me había sacado del arroyo para casarse conmigo, pero ¿qué importancia tiene eso ahora? Nunca me perdonaré. Le conocía bien, y yo siempre he sostenido que una buena discusión purifica el ambiente. ¿Cómo iba a saber que iban a asesinarle aquella misma noche? ¡Pobre viejo Ruben!

Poirot había escuchado con simpatía el desahogo.

—Le estoy haciendo sufrir —dijo— y le ofrezco mis excusas. Seamos ahora más materialistas, más prácticos, más precisos. ¿Sigue aferrada a la idea de que mister Trefusis fue quien mató a su marido?

—Mi instinto de mujer —dijo— no me engaña, *monsieur* Poirot.

—Exactamente, exactamente —repuso el detective—. ¿Cuándo cometió el hecho?

—¿Cuándo? Cuando me separé de Ruben, naturalmente.

—Usted le dejó solo a las doce menos cuarto. A las doce menos cinco entró en la habitación mister Leverson. En esos diez minutos de intervalo, ¿cree que pudo matarle el secretario?

—Es muy posible.

—Son tantas cosas posibles… En efecto, pudo cometer el crimen en diez minutos. ¡Oh, sí! Pero ¿lo cometió?

—Él asegura que estaba en la cama y que dormía profundamente. Es natural. Pero ¿quién nos asegura que nos dice la verdad?

—Recuerde que nadie lo vio.

—Todo el mundo dormía a aquella hora —observó lady Astwell con acento triunfante—; ¿cómo quiere usted que le vieran?

—¡Quién sabe! —se dijo Poirot.

Breve pausa.

—*Eh bien*, lady Astwell, le deseo muy buenas noches.

Jorge dejó la bandeja del desayuno sobre la mesilla de noche.

—Miss Murgrave, señor, llevaba puesto la noche del crimen un vestido verde claro, de chiffon.

—Gracias, Jorge. Eres digno de toda confianza.

—La tercera doncella de la casa es la que sirve a miss Murgrave,

señor. Se llama Gladys.

—Gracias, Jorge. Eres un tesoro.

—No hay para tanto, señor.

—Hace una hermosa mañana —observó Poirot mirando por la ventana—, pero no parece haberse levantado nadie de la cama. Jorge, mi buen Jorge, iremos los dos a la Torre y allí haremos un pequeño experimento.

—¿Me necesita realmente, señor?

—Sí, el experimento no será penoso.

Cuando llegaron a la habitación seguían las cortinas corridas. Jorge iba a descorrerlas, pero se lo impidió Poirot.

—Dejaremos la habitación conforme se halla. Enciende la lámpara de pie.

El sirviente obedeció.

—Ahora, mi buen Jorge, siéntate en esa silla. Colócate en posición adecuada para escribir. *Tres bien*. Yo cogeré una azagaya, me acercaré a ti de puntillas…, así… y te asestaré un golpe en la cabeza.

—Sí, señor —repuso Jorge.

—¡Ah! Pero cuando te lo aseste no sigas escribiendo. Ten presente que no voy a pegártelo en realidad. No puedo herirte con la misma fuerza que hirió el asesino a sir Ruben. Estamos representando la escena, ¿entiendes? Te doy en la cabeza y tú caes… así. Con los brazos colgando y el cuerpo inerte. Permite que te coloque en posición. Pero no, no tires de los músculos.

Poirot exhaló un suspiro de impaciencia.

—Me planchas a maravilla los pantalones, Jorge, pero careces en absoluto de imaginación. Levántate, yo ocuparé tu lugar.

Y, a su vez, Hércules Poirot se sentó ante la mesa escritorio.

—Voy a escribir. ¿Lo ves? Estoy muy atareado escribiendo. Acércate tú por detrás y pégame en la cabeza con el garrote. ¡Cras! La pluma se me escapa de los dedos, me echo hacia delante, pero no exageradamente, porque la silla es baja, la mesa es alta y además me sostienen los brazos. Haz el favor, Jorge, de acercarte a la puerta, quédate de pie junto a ella y dime qué es lo que ves.

—¡Ejem!

—¿Bien, Jorge…?

—Le veo, señor, sentado a la mesa.

—¿Sentado a la mesa?

—No distingo con claridad, señor. Es algo difícil —explicó Jorge —, porque estoy lejos de ella y porque la lámpara tiene una pantalla gruesa. ¿Puedo encender la luz del techo, señor?

—¡No, no! —dijo vivamente Poirot—. No te muevas. Yo estoy aquí, inclinado sobre la mesa, y tú, de pie junto a la puerta. Avanza ahora, Jorge, avanza y ponme una mano en el hombro.

Jorge obedeció.

—Inclínate un poco, Jorge, como si quisieras sostenerte sobre las puntas de los pies.

El cuerpo inerte de Hércules Poirot se deslizó, de manera artística, del sillón al suelo.

—Me caigo… así —observó—. Eso es. Está bien imaginado. Ahora hay que llevar a cabo algo mucho más importante.

—¿De veras, señor?

—Sí, desayunarse.

El detective rio con toda su alma celebrando el chiste.

—¡No pasemos por alto el estómago, Jorge!

Jorge guardó silencio. Poirot bajó la escalera riendo entre dientes. Le satisfacía el giro que tomaban las cosas. Después de desayunarse fue en busca de Gladys, la tercera doncella. Le interesaba todo lo que pudiera referirle la muchacha. Además ella le tenía simpatía a Carlos, aunque no dudaba de su culpabilidad.

—¡Pobre señor! —dijo—. Es una lástima que no estuviera sereno aquella noche.

—Él y miss Murgrave son los dos habitantes más jóvenes de la casa. ¿Se llevaban bien?

Gladys movió la cabeza.

—Miss Murgrave le demostraba mucha frialdad —repuso—. No deseaba alentar sus avances.

—Está enamorado de ella, ¿verdad?

—Un poco quizás. El que está loco por miss Lily es mister Víctor Astwell.

Gladys rio.

—¡Ah, *vraiment*!

Gladys volvió a reír.

—Eso es, loquito por ella. Claro, miss Lily es un lirio en realidad. Tiene una bonita figura y un cabello dorado precioso, ¿no le

parece?

—Debía ponerse un vestido verde —murmuró Poirot—. El verde les sienta bien a las rubias.

—Pero si ya tiene uno, señor —dijo Gladys—. Ahora no lo lleva, como es natural, porque va de luto, pero se lo puso la noche en que mataron a sir Ruben.

—¿Es verde claro?

—Sí, señor, verde claro. Aguarde y se lo enseñaré. Miss Lily acaba de salir de paseo con los perros.

Poirot hizo un gesto de asentimiento. Lo sabía tan bien como la doncella. La verdad era que sólo después de ver marchar a miss Murgrave había ido en busca de Gladys. Esta se dio prisa en salir de la habitación y a poco volvió con un vestido verde colgado de su percha.

—*Exquis!* —murmuró uniendo las manos en señal de admiración —. Permítame que lo acerque un momento a la luz.

Se lo quitó a Gladys de las manos, le volvió la espalda y corrió a la ventana. Primero se inclinó sobre él y luego lo colocó lejos de su vista.

—Es perfecto —declaró—. Encantador. Un millón de gracias por habérmelo enseñado.

—No las merece. Todos sabemos que a los franceses les interesan los vestidos femeninos.

—Es usted muy amable —murmuró Poirot.

La siguió un momento con la vista y a continuación se miró las manos y sonrió. En la derecha sostenía un par de tijeras de las uñas; en la izquierda, un pedacito del vestido de *chiffon*.

—Y ahora —murmuró—, seamos heroicos.

Al volver a su departamento llamó a Jorge.

—En el tocador, mi buen Jorge, me he dejado un alfiler de oro de corbata.

—Sí, señor.

—En el lavabo hay una solución de ácido fénico. Haz el favor de sumergir en ella la punta del alfiler.

Jorge hizo lo que le ordenaban. Hacía tiempo que no le asombraban las extravagancias de su amo. Por otra parte estaba acostumbrado a ellas.

—Ya está, señor.

—*Tres bien!* Ahora, ven acá. Voy a tenderte el dedo índice; inserta en él la punta del alfiler.

—Perdón, señor. ¿Desea usted que le pinche?

—Sí, lo has adivinado. Debes sacarme sangre, ¿comprendes?, pero no mucha.

Jorge cogió el dedo de su amo. Poirot cerró los ojos y se recostó en el sillón. El ayuda de cámara clavó el alfiler y Poirot profirió un chillido.

—*Je vous remercie*, Jorge —dijo—. Lo has hecho demasiado bien.

Y se enjugó el dedo con un pedacito de *chiffon* que se sacó del bolsillo.

—La operación ha salido estupendamente bien —observó contemplando el resultado—. ¿No te inspira curiosidad, Jorge? Pues, ¡es admirable!

El ayuda de cámara dirigió una ojeada discreta a la ventana.

—Perdón, señor —murmuró—. Acaba de llegar en coche un caballero.

—¡Ah, ah! —Poirot se puso en pie—. El escurridizo mister Víctor Astwell. Voy a conseguir trabar conocimiento con él.

Pero el destino quiso que le oyera antes de poder echarle la vista encima.

—¡Cuidado con lo que haces, maldito idiota! Esa caja encierra un cristal en su interior. ¡Maldito sea! Parsons, quítese de en medio. ¡Ponga eso en el suelo, imbécil!

Poirot se dejó escurrir escalera abajo. Víctor era hombre corpulento y Poirot le dedicó un saludo cortés.

—¿Quién demonios es usted? —rugió el otro.

Poirot volvió a saludar.

—Me llamo Hércules Poirot —dijo.

—¡Caramba! Conque Nancy le llamó por fin, ¿no?

Puso una mano en el hombro del detective y le empujó en dirección a la biblioteca.

—No puede figurarse lo que se habla de usted —dijo luego, mirándole de arriba abajo—. Le pido excuse mis recientes palabras, pero el chófer es un perfecto asno y Parsons un idiota que me sacó de quicio. Yo no puedo sufrir a los idiotas. Usted no lo es, ¿verdad, *monsieur* Poirot?

—Muy equivocados están los que lo suponen —repuso

plácidamente el detective.

—¿De verdad? Bueno, de manera que Nancy le ha llamado… Sí, sospecha del secretario. Pero no tiene razón. Trefusis es tan dulce como la leche…, por cierto que la toma en lugar de agua, según creo. Es abstemio. Conque pierde usted el tiempo.

—Nunca se pierde el tiempo cuando se tiene ocasión de estudiar la naturaleza humana —dijo Poirot tranquilamente.

—La naturaleza humana, ¿eh?

Víctor le miró y seguidamente se dejó caer en una silla.

—¿Puedo servirle en algo? —interrogó.

—Sí. Dígame por qué discutió con su hermano la noche del crimen.

Víctor Astwell movió la cabeza.

—No tiene nada que ver con el caso —contestó.

—No estoy seguro de ello.

—Tampoco tiene nada que ver con Carlos Leverson.

—Lady Astwell cree que Carlos no ha cometido el crimen.

—¡Oh, Nancy!

—Trefusis estaba en la habitación —dijo Poirot—, cuando Carlos entró en la Torre aquella noche, pero no le vio. Nadie le vio.

—Se equivoca. Le vi yo.

—¿Usted?

—Sí, voy a explicárselo. Ruben le estuvo pinchando y no sin razón, se lo aseguro a usted. Más tarde se metió conmigo y para irritarle resolví apoyar al muchacho. Luego pensé en ir a verle para ponerle al corriente de lo ocurrido. Cuando subí a mi cuarto no me fui en seguida a la cama. En vez de ello, dejé la puerta entornada, me senté en una silla y me puse a fumar. Mi habitación está en el segundo piso, *monsieur* Poirot, y la de Carlos se halla al lado de la mía.

—Perdón, voy a interrumpirle, ¿duerme mister Trefusis también en el segundo piso?

Astwell hizo un gesto afirmativo.

—Sí, su habitación está un poco más lejos.

—¿O sea, más cerca de la escalera?

—No, más lejos.

El rostro de Poirot se iluminó, pero sin reparar en aquella luz, mister Víctor Astwell prosiguió:

—Decía que aguardé a Carlos. A las doce menos cinco, si no me engaño, oí cerrar de golpe la puerta de la calle, pero no vi a Carlos por ninguna parte hasta diez minutos después. Y cuando subió la escalera me di cuenta en seguida de que no estaba en disposición de escucharme.

Víctor arqueó las cejas con aire significativo.

—Comprendo —murmuró Poirot.

—El pobre diablo se tambaleaba y estaba muy pálido. Entonces atribuí a su estado aquella palidez. Hoy creo que venía de cometer el crimen.

Poirot le dirigió una rápida pregunta.

—¿Oyó salir algún ruido de la Torre?

—No, recuerdo que me hallaba en el otro extremo de la casa. Las paredes son gruesas y tal vez no lo crea, pero en el lugar donde me hallaba no hubiera oído ni un disparo siquiera suponiendo que se hubiera hecho en el interior de la Torre.

Poirot hizo un gesto de asentimiento.

—Le pregunté si deseaba ayuda —siguió diciendo Astwell—, pero repuso que se encontraba bien, entró solo en su cuarto y cerró la puerta. Yo me desnudé y me metí en la cama.

Poirot miraba pensativo la alfombra.

—¿Se da cuenta de lo que afirma, mister Astwell, y de la importancia de su declaración?

—Sí, supongo que sí. ¿Por qué? ¿Qué importancia le atribuye?

—Fíjese en que acaba de decir que, entre el portazo de la puerta de la calle y la aparición en la escalera de mister Leverson, transcurrieron diez minutos. Su sobrino asegura, si mal no recuerdo, que tan pronto entró en la casa se fue a dormir. Pero aún hay más. Admito que la acusación de lady Astwell es fantástica aun cuando hasta ahora no se haya demostrado su inverosimilitud. Pero la declaración de usted implica una coartada.

—¿Cómo es eso?

—Lady Astwell dice que dejó a su marido a las doce menos cuarto y que el secretario se fue a dormir a las once. De manera que únicamente pudo cometerse el crimen entre las doce y cuarto y el regreso de Carlos Leverson. Ahora bien: si como asegura usted estuvo sentado y con la puerta abierta, Trefusis no pudo bajar de su habitación sin que usted lo viera.

—Justamente —dijo el otro.

—¿Existe por allí alguna otra escalera?

—No, para bajar a la habitación de la Torre hubiera tenido que pasar por delante de mi puerta y no pasó, estoy bien seguro. Además, lo repito, *monsieur* Poirot, ese joven es tan inofensivo como un cordero, se lo aseguro.

—Sí, sí, lo creo —Poirot hizo una pausa—. ¿Querrá explicarme ahora el motivo de su discusión con sir Ruben?

El otro se puso colorado.

—¡No me sacará ni una sola palabra!

Poirot fijó la vista en el techo.

—Cuando se trata de una señora —manifestó— suelo ser muy discreto.

Víctor se levantó de un salto.

—¡Maldito sea! ¿Qué quiere decir? ¿Cómo sabe usted? —exclamó.

—Me refiero a miss Lily Murgrave —explicó Poirot.

Víctor Astwell titubeó un instante; de su rostro desapareció el rubor, y volvió a sentarse.

—Es usted demasiado listo para mí, Poirot —confesó—. Sí, reñimos por causa de Lily. Ruben había descubierto algo acerca de ella que le disgustaba. Me habló de unas referencias falsas…, pero ¡ni creí ni creo una sola palabra!

»Mi hermano llegó más allá. Me aseguró que salía de casa de noche para verse con alguien, con un hombre tal vez. ¡Dios mío! Lo que respondí. Le dije, entre otras cosas, que a mejores hombres que él habían matado por decir menos que eso. Y entonces calló. Cuando me disparaba así Ruben me tenía miedo.

—No me extraña —murmuró Poirot.

—Yo tengo una bonísima opinión de Lily Murgrave —observó Víctor en un tono distinto—. Es una muchacha excelente.

Poirot no contestó. Parecía sumido en sus pensamientos y tenía la mirada fija en el vacío. Por fin, de repente, salió de su admiración.

—Voy a pasearme un poco, lo necesito —comunicó a Víctor—. Por ahí hay un hotel, ¿no es cierto?

—Dos —repuso Astwell—. El *Golf Hotel*, junto al campo de tenis, y el *Mitre Hotel*, en el camino de la estación.

—Gracias —dijo Poirot—. Sí, voy a darme un pequeño paseo.

El *Golf Hotel* se hallaba, como indica su nombre, en los campos de golf, casi al lado del edificio del club. Y a él se encaminó Poirot en el curso del «paseo» de que habló a Víctor Astwell. El hombrecillo tenía su manera característica de hacer las cosas. Tres minutos después celebraba una entrevista particular con miss Langdon, la gerente.

—Perdone la molestia, *mademoiselle* —dijo—, pero soy detective.

Era partidario de la sencillez. Y el procedimiento resultaba eficaz en más de una ocasión.

—¡Un detective! —exclamó miss Langdon mirándole con recelo.

—Sí, aun cuando no pertenezco a Scotland Yard. Pero supongo que ya se habrá dado cuenta. No soy inglés y hago indagaciones particulares sobre la muerte de sir Ruben Astwell.

—¡Muy bien!

Miss Langdon le miró con simpatía.

—Precisamente —el rostro de Poirot se iluminó—, sólo a persona tan discreta revelaría yo mi identidad. Creo, *mademoiselle*, que usted puede ayudarme. ¿Sabría decirme si un caballero de los que se hospedan en este hotel se ausentó para volver a él entre doce y doce y media de la noche?

Miss Langdon abrió unos ojos tamaños.

—¿No creerá que…? —balbució.

—¿Que estuviera aquí el asesino? No, tranquilícese. Pero me asisten buenas razones para creer que uno de sus huéspedes se llegó entonces a *Mon Repos* y, si así fuera, pudo ver algo que me interesaría conocer.

La gerente movió la cabeza como quien conoce a fondo los caminos de la ley detectivesca.

—Comprendo perfectamente —dijo—. Veamos ahora a quién teníamos aquí…

Frunció el ceño mientras repasaba mentalmente sus nombres y se ayudaba de cuando en cuando contándolos con los dedos.

—El capitán Swan…, mister Elkins…, el mayor Blunt…, el viejo mister Benson… No, caballero. Ninguno de ellos salió después de cenar.

—Y si hubiera salido lo sabría usted, ¿no es cierto?

—Oh, sí, señor. Porque sería en contra de lo acostumbrado.

Muchos caballeros salen antes de cenar, después, no, porque no tienen dónde ir, ¿entiende?

Las atracciones de Abbott Cross eran el golf y nada más que el golf.

—Eso es, ¿de modo, *mademoiselle*, que nadie salió de aquí después de la hora de la cena?

—Únicamente el capitán England y su mujer.

Poirot movió la cabeza.

—No me interesan. Voy a dirigirme al hotel… *Mitre*, creo que así se llama, ¿no es eso?

—¡Oh, el *Mitre*! —exclamó miss Langdon—. Naturalmente que cualquiera pudo salir de allí para dirigirse a *Mon Repos*.

Y su intención, aunque vaga, era tan evidente, que Poirot verificó una prudente retirada.

Cinco minutos después se repetía la escena, esta vez con miss Cole, la brusca gerente del *Mitre*, hotel menos pretencioso, de precios más reducidos, que se hallaba cerca de la estación.

—En efecto, aquella noche salió de aquí un huésped y si mal no recuerdo regresó a las doce y media. Tenía por costumbre darse un paseo a esas horas. Lo había hecho ya una o dos veces. Veamos, ¿cómo se llamaba? No puedo recordarlo. ¡Un momento!

Cogió el libro de registro y comenzó a volver las páginas.

—Diecinueve, veinte, veintiuno, veintidós, ¡ah, ya lo tengo! Capitán Humphrey Naylor.

—¿De modo que se había hospedado antes aquí? ¿Le conoce bien?

—Sí, hace quince días —dijo miss Cole—. Recuerdo que, en efecto, salió la noche que dice usted.

—Fue a jugar al golf, ¿no le parece?

—Así lo creo. Por lo menos es lo que hacen todos los caballeros.

—Es muy cierto. Bien, *mademoiselle*, le doy infinitas gracias y le deseo muy buenos días.

Poirot regresó pensativo a *Mon Repos*. Una o dos veces sacó un objeto del bolsillo y lo miró.

—Tengo que hacerlo —murmuró— y pronto. En cuanto se me presente una ocasión.

Lo primero que hizo al entrar en casa fue preguntar a Parsons dónde podría hallar a miss Murgrave. Esta señorita estaba, según el

mayordomo, en el estudio, despachando la correspondencia de lady Astwell y el informe pareció satisfacer en extremo a Poirot.

Encontró sin dificultad el pequeño estudio. Lily Murgrave estaba sentada ante la mesa instalada frente a la ventana y escribía. No había nadie más a su lado. Poirot cerró la puerta y se acercó a la muchacha.

—¿Sería tan amable, *mademoiselle*, que pudiera dedicarme parte de su tiempo?

—Ciertamente.

Lily Murgrave dejó a un lado los papeles y se volvió a él.

—Volvamos a la noche de la tragedia, *mademoiselle*. ¿Es verdad que al separarse de lady Astwell y mientras ella iba a dar las buenas noches a su marido se fue usted directamente a su habitación?

Lily Murgrave hizo un gesto de afirmación.

—¿Volvió a bajar, por casualidad, al comedor?

La muchacha movió la cabeza en sentido negativo.

—Si mal no recuerdo, *mademoiselle*, usted dijo que no había entrado en la habitación de la Torre después de cenar… ¿Me equivoco?

—No sé si dije o no semejante cosa, pero no estuve en dicha habitación después de la cena.

Poirot arqueó las cejas.

—¡Es curioso! —exclamó a media voz.

—¿Qué quiere decir?

—Sí, muy curioso —repitió el detective— porque si no fue como afirma, ¿cómo explica usted esto?

Se sacó del bolsillo un pedacito de *chiffon* verde claro, y se lo puso delante de los ojos a Lily Murgrave.

La expresión de ésta no varió, pero Poirot advirtió que se sobresaltaba.

—No comprendo, *monsieur* Poirot…

—Tengo entendido, *mademoiselle*, que aquella noche llevaba puesto un vestido de *chiffon* verde claro. Esto que ve ahí —agitó en el aire el pedacito de tela— formaba parte de él.

—¿Y lo ha encontrado en la habitación de la Torre… o cerca de ella?

Por primera vez la expresión de los ojos de miss Murgrave reveló el miedo que sentía. Quiso abrir la boca para decir algo y la

volvió a cerrar en seguida. Poirot, que la observaba, vio que se asía con las manecitas blancas al borde de la mesa.

—¿Estuve en esa habitación… antes de la hora de cenar? —murmuró—. No… No creo. No, casi estoy segura de que no entré en ella. Y ese pedacito de tela ha estado hasta ahora allí, me parece muy extraordinario que la policía no diera antes con él.

—La policía no piensa lo mismo que Hércules Poirot —repuso el detective.

—Quizás entré en el momento antes de cenar —murmuró pensativa Lily Murgrave— o quizá fuera la noche antes en la que llevaba el mismo vestido. Sí, me parece que fue la noche anterior a la del crimen.

—Pues a mí me parece que no —repuso, sin alterarse, Poirot.

—¿Por qué?

Por toda respuesta, el hombrecillo movió lentamente la cabeza de derecha a izquierda y de izquierda a derecha.

—¿Qué quiere decir? —susurró la muchacha.

Se inclinó para mirarla y su rostro perdió el color.

—¿No se da cuenta, *mademoiselle*, de que este fragmento está manchado? Está manchado de sangre, no le quepa duda.

—¿Qué quiere decir…?

—Que usted, *mademoiselle*, estuvo en la Torre después, y no antes de cometerse el crimen. Vale más que me diga toda la verdad para evitar que le sobrevengan cosas peores.

Poirot se puso en pie con el rostro severo y su dedo índice señaló a la muchacha como si la acusara. Estaba imponente.

—¿Cómo lo ha descubierto? —balbució Lily.

—El cómo importa poco, *mademoiselle*. Pero Hércules Poirot lo sabe. También conozco la existencia del capitán Humphrey Naylor y que fue a su encuentro aquella noche.

Lily bajó de pronto la cabeza, que colocó sobre los brazos cruzados, y se echó a llorar sin rebozo. Inmediatamente Poirot abandonó su actitud acusadora.

—Ea, ea, pequeña —dijo, dándole golpecitos en un hombro—. No se aflija. No es posible engañar a Hércules Poirot; dese cuenta de esto y de una vez de que sus penas tocan a su fin. Y ahora cuéntemelo todo, ¿quiere? Dígaselo al viejo papá Poirot.

—Lo sucedido no es lo que piensa, ciertamente. Porque

Humphrey, que es mi hermano, no tocó ni un solo cabello de la cabeza de sir Ruben.

—¿Su hermano, dice? —dijo Poirot—. Ya comprendo. Bien, si desea ponerle a cubierto de toda sospecha debe contarme ahora su historia sin reservas.

Lily se enderezó y se echó hacia atrás un mechón de cabello. Poco después refirió con voz baja, pero clara:

—Le diré la verdad, *monsieur* Poirot, pues ya veo que sería absurdo pretender disimulársela. Mi verdadero nombre es Lily Naylor, y Humphrey es mi único hermano. Hace años, cuando estuvo en África, descubrió una mina de oro, o mejor dicho descubrió la presencia de oro en sus alrededores. No puedo explicarle el hecho con detalles porque no entiendo de tecnicismos, pero he aquí lo que sé:

»El descubrimiento parecía ser de tanta importancia que Humphrey vino a Inglaterra como portador de varias cartas para sir Ruben Astwell, al que confiaba interesar en el asunto. Ignoro los pormenores, pero sé que sir Ruben envió a África a un perito. Sin embargo, dijo después a mi hermano que el informe del buen señor era desfavorable y que se había equivocado. Mi hermano volvió más adelante a África con una expedición, pero pronto no recibimos noticias, por lo que se creyó que él y el grueso de la expedición habrían perecido en el interior.

»Poco más tarde se formaba una Compañía explotadora de los yacimientos auríferos de Mpala. Al regresar mi hermano a Inglaterra se empeñó en que dichos yacimientos eran los mismos que él había descubierto, pero de sus averiguaciones se desprendía que sir Ruben no tenía nada que ver con aquella Compañía y que sus directores habían descubierto por sí mismos la mina.

»El asunto afectó tantísimo a mi hermano que se consideró desgraciado y cada vez se tornaba más violento. Los dos estábamos solos en el mundo, *monsieur* Poirot, y cuando fue imprescindible que yo me ganara la vida concebí la idea de ocupar un puesto en esta casa. Una vez dentro de ella me dediqué a averiguar si existía en realidad alguna relación entre sir Ruben y los yacimientos auríferos de Mpala. Por razones muy comprensibles oculté al venir aquí mi verdadero apellido y confieso, sin rubor, que me serví de referencias falsas porque había tantas aspirantes a este cargo y con

tan buenas calificaciones (algunas eran superiores a las mías) que… bueno, *monsieur* Poirot, simulé una bonita carta de la duquesa de Perthsire, que yo sabía acababa de marcharse a América, convencida de que el nombre de la duquesa produciría su efecto en el espíritu de lady Astwell. Y no me engañaba, porque me tomó en el acto a su servicio.

»Desde entonces he sido espía, cosa que detesto, pero sin éxito hasta hace poco. Sir Ruben no era hombre capaz de revelar sus secretos, ni de hablar a tontas y a locas de sus negocios, pero mister Víctor Astwell era menos reservado y a juzgar por lo que me dijo empecé a creer que después de todo no andaba Humphrey tan descaminado. Mi hermano estuvo aquí hace quince días, antes de cometerse el crimen, y fui a verle en secreto. Al saber las cosas que decía mister Víctor Astwell se excitó mucho y me dijo que estábamos sobre la verdadera pista.

»Mas a partir de aquel día las cosas adquirieron un giro desfavorable para nosotros; alguien me vio salir a hurtadillas y fue con el cuento a sir Ruben, que, receloso, investigó lo de mis referencias y averiguó pronto el hecho de que habían sido falsificadas. La crisis se produjo el día del crimen. Yo creo que imaginó que yo andaba tras las joyas de su mujer. De todos modos no tenía intención de permitir que yo continuase por más tiempo en *Mon Repos*, aunque accedió a no denunciarme por falsificación de los informes. Lady Astwell se puso valientemente de mi parte y le hizo frente durante toda la entrevista.

Lily hizo una pausa. El rostro de Poirot tenía una expresión grave.

—Y ahora, *mademoiselle* —dijo—, pasemos a la noche del crimen.

Lily tragó saliva e hizo un gesto de asentimiento.

—Para comenzar, diré a usted, *monsieur* Poirot, que mi hermano había vuelto al pueblo y que yo pensaba ir a su encuentro de noche, como de costumbre. Por ello subí a mi habitación, sólo que no me metí en la cama, como ya he declarado. Lo que hice fue esperar a que se retirasen todos; luego bajé de puntillas la escalera, salí de casa por la puerta de servicio y al reunirme con mi hermano le referí, en pocas palabras, lo ocurrido. Le dije también que los papeles que deseaba se hallaban con toda seguridad en la caja

fuerte de la Torre y convinimos en correr la última y desesperada aventura, es decir, tratar de apoderarnos de ellos aquella misma noche.

»Yo debía entrar en casa primero para asegurarme de que estaba libre el camino, y cuando volví a entrar por la puerta de servicio oí dar las doce en el campanario de la iglesia. Cuando me hallaba a mitad de la escalera que conduce a la Torre oí un golpe sordo y gritar una voz: "¡Dios mío!". Pero después se abrió la puerta de la habitación de la Torre y salió por ella Carlos Leverson. Hubiera podido verme la cara con claridad porque había luna, pero me hallaba agachada, más abajo, en un sitio oscuro y no me vio.

»Estuvo tambaleándose un momento con el rostro blanco como la cera. Parecía escuchar; luego, haciendo un esfuerzo, se rehizo y asomando la cabeza por el hueco de la escalera gritó que no había pasado nada con una voz alegre y despreocupada, que desmentía la expresión de su semblante. Aguardó un minuto más, y después subió lentamente la escalera y desapareció de mi vista.

»Cuando se marchó entré en la habitación de la Torre tras aguardar un instante. Presentía un acontecimiento trágico. La lámpara central estaba apagada, pero la de pie se hallaba encendida y a su luz vi a sir Ruben tendido en tierra, cerca de la mesa.

»Todavía ignoro cómo tuve valor para avanzar, pero lo hice y me arrodillé junto a él. Le habían atacado por detrás dejándole sin vida, pero no hacía mucho que le habían matado porque le toqué una mano y estaba todavía caliente. ¡Fue horrible, *monsieur* Poirot, horrible!

Miss Murgrave se estremeció al recordarlo.

—¿Y después…? —interrogó Poirot con una mirada penetrante.

—¿Después? Ya veo lo que está pensando. ¿Que por qué no di la voz de alarma y desperté a todos los habitantes de la casa? Le diré; pensé en hacerlo, de momento, pero mientras estaba allí arrodillada, vi, tan claro como la luz, que mi discusión con sir Ruben, mi salida furtiva de casa para ir al encuentro de Humphrey y mi despedida de ella, al día siguiente, podían tener fatales consecuencias. Se diría que yo había franqueado a Humphrey la entrada en la Torre y que para vengarse había matado a sir Ruben. Nadie me daría crédito cuando declarase que había visto salir de ella a Carlos Leverson.

»¡Qué horror, *monsieur* Poirot, qué horror! Pensaba, pensaba, y cuanto más reflexionaba más me faltaba el valor. Mis ojos se posaron de pronto en un manojo de llaves que siempre llevaba sir Ruben en el bolsillo y que estaban en el suelo, sin duda desde que cayó. Entre ellas estaba la de la caja fuerte, cuya combinación ya conocía, porque la oí en cierta ocasión de los labios de lady Astwell. Tomé el llavero, abrí la caja y realicé un rápido examen de los papeles que contenía.

»Por fin hallé lo que buscaba. Humphrey estaba en lo cierto. Sir Ruben respaldaba en secreto a la Compañía de Mpala y había estafado deliberadamente a mi hermano. El hecho venía a empeorar las cosas porque constituía un motivo bien definido, que pudo impulsar a Humphrey a cometer el crimen. Por ello volví a meter los documentos en la caja, cuya llave dejé en la cerradura, y subí a mi habitación.

»Cuando más adelante descubrió una doncella el cadáver, fingí sorprenderme y horrorizarme tanto como los demás habitantes de la casa.

Lily calló y miró con ojos suplicantes al detective.

—¿Me cree usted? ¡Diga que me cree, por favor! —exclamó.

—La creo, *mademoiselle* —repuso Poirot—. Acaba de explicarme usted varias cosas que me tenían perplejo. Entre ellas la convicción que alberga de la culpabilidad de Carlos Leverson y sus visibles esfuerzos para impedirme que viniera a esta casa.

Lily bajó la cabeza.

—Le tenía miedo —confesó con franqueza—. Lady Astwell no tiene los motivos que yo tengo para juzgarme culpable y no podía decirlo. Por eso confiaba, contra toda esperanza, que se negara usted a encargarse de la solución del caso.

—Quizá me hubiera negado —dijo Poirot en un tono seco— de no haber reparado en su ansiedad disimulada.

—Y ahora, ¿qué piensa hacer, *monsieur* Poirot? —preguntó.

—Respecto a usted, nada, *mademoiselle*, nada. Creo en su historia y la acepto por buena. Mi próximo paso es la ida a Londres, pues deseo ver al inspector Miller.

—¿Y después?

—Después… ya veremos.

Al salir del estudio, el detective miró una vez más el pedacito de

chiffon verde que todavía llevaba en la mano.

«Es sorprendente la astucia de Hércules Poirot», se dijo complacido.

El detective-inspector Miller simpatizaba poco con *monsieur* Hércules Poirot. No pertenecía ciertamente a aquel grupo reducido de inspectores que acogían con agrado la cooperación del pequeño belga. Solía decir que andaba despistado. En el presente caso sentíase tan seguro de sí mismo que saludó a Poirot con visibles muestras de buen humor.

—¿Representa a lady Astwell? Bien, creo que no debe hacerle mucho caso.

—¿De manera que no cabe dudar de la culpabilidad del criminal?

Miller le guiñó un ojo.

—Le hemos cogido, como quien dice, con las manos en la masa. No existe caso más claro.

—¿Ha prestado ya declaración?

—Sí, pero más le hubiera valido tener la boca cerrada —dijo Miller—. Repite a todo el que quiere oírle que pasó directamente de la calle a su habitación y que no vio para nada a su tío. Pero es un cuento… mal urdido.

—Sí, va contra toda evidencia —murmuró Poirot—. ¿Qué opinión le merece ese joven, mister Miller?

—Le tengo por un bobo rematado.

—Y por un carácter débil, ¿no?

El inspector hizo un gesto afirmativo.

—La verdad es que parece mentira que haya tenido ¿cómo dicen ustedes?, el cuajo de hacer una cosa así.

—En efecto —dijo el inspector—. Pero no es la primera vez que sucede. Coloque usted entre la espada y la pared a un mozalbete débil y disipado como éste, llénele el cuerpo de unas gotas de vino y verá en lo que se convierte. Un hombre débil, acorralado, es más peligroso que otro cualquiera.

—Es cierto, sí; es mucha verdad lo que dice.

Miller siguió diciendo:

—Para usted es lo mismo, *monsieur* Poirot, porque percibe un

sueldo fijo y naturalmente tiene que hacer un examen de las pruebas para satisfacer a su señoría. Lo comprendo.

—Usted comprende muchas cosas interesantes —murmuró Poirot, despidiéndose.

Luego fue a ver al abogado encargado de la defensa de mister Leverson. Mister Mayhew era un caballero seco, delgado, prudente, que recibió a *monsieur* Poirot con cierta reserva. Sin embargo, este último sabía despertar confianza y poco después los dos hablaban amistosamente.

—Ya comprenderá —dijo Poirot— que en este caso actúo exclusivamente en beneficio de mister Leverson. Tales son los deseos de lady Astwell. Su Señoría está convencida de la inocencia de su sobrino.

—Sí, sí, naturalmente —repuso Mayhew sin ningún entusiasmo.

Poirot le guiñó un ojo.

—A pesar de que ni usted ni yo —agregó— demos gran importancia a la opinión de lady Astwell.

—No, porque del mismo modo que cree hoy en su inocencia —dijo secamente el abogado— dudará mañana de ella.

—Sus intenciones no son una demostración, es claro —dijo Poirot— y en vista de lo ocurrido, el caso se presenta mal, muy mal, para el pobre muchacho.

—Sí, es una lástima que dijera lo que dijo a la policía; no le conviene seguir aferrado a la misma historia.

—¿Le refirió a usted lo mismo?

—Sin variar ni un ápice —repuso—; parece un lorito.

—Claro, y esto destruye la fe que podría tener en él —murmuró Poirot—. ¡Ah, no lo niegue! —agregó rápidamente levantando la mano—. Usted no cree en el fondo en su inocencia. Lo veo claramente. Pero escuche a Hércules Poirot. Vea la distinta versión del caso:

»Cuando ese joven llega a *Mon Repos* ha bebido un cóctel, luego otro, y otro, muchos cócteles de whisky con soda al estilo del país, y se siente lleno de un valor… ¿cómo lo denominan ustedes? ¡Ah, sí! Un valor holandés. Introduce la llave en la cerradura, abre la puerta y sube con paso vacilante a la habitación de la Torre. Al mirar desde la escalera ve a la luz difusa de la lámpara a su tío que escribe sentado a la mesa.

»Ya he dicho que mister Leverson siente un valor fanfarrón, de manera que se deja llevar y dice a su tío todo lo que opina de él. Le desafía, le insulta, y como el tío no responde se va animando y repite todo lo que ha dicho en voz cada vez más alta. Pero al fin el silencio ininterrumpido de sir Ruben le llena de súbita aprensión. Se aproxima a él, le pone la mano en un hombro, y a su contacto el cadáver se escurre de la silla y cae inerte al suelo.

»El hecho le disipa la borrachera. Mientras cae la silla con estrépito, él se inclina sobre sir Ruben. Entonces se da cuenta de lo ocurrido, retira la mano y la ve teñida de rojo. Presa de pánico, daría cualquier cosa por no haber proferido el grito que acaba de salir de sus labios y que ha despertado ecos dormidos en la casa. Maquinalmente recoge la silla, sale a la escalera y aplica el oído. Cree oír ruido procedente de abajo e inmediatamente simula hablar con su tío.

»El sonido no se repite. Convencido de su error, seguro de que nadie le ha oído, se dirige a su habitación en silencio y allí se le ocurre que lo mejor será afirmar que no ha ido a la habitación de la Torre en toda la noche. Por eso refiere siempre la misma historia. Parsons no dijo nada en un principio para no perjudicarle. Y cuando lo dijo era tarde para que mister Leverson pensara otra cosa. Es estúpido, es obstinado, y por eso se aferra a su historia. Dígame, *monsieur*, ¿cree posible lo que le digo?

—Sí, si sucedió como usted lo cuenta, es posible —repuso el abogado.

—A usted se le ha concedido el privilegio de ver a mister Leverson —dijo—. Explíquele lo que acabo de referirle y pregúntele si es o no cierto.

Poirot alquiló un taxi en cuanto se vio en la calle.

—Harley Street, número 348 —dijo al taxista.

La partida de Poirot cogió a lady Astwell de sorpresa porque el detective no había hecho mención de lo que pensaba hacer. A su regreso, tras de una ausencia de veinticuatro horas, Parsons le comunicó que la dueña de la casa deseaba verle lo antes posible. Poirot encontró a la dama en su *boudoir*. Estaba recostada en el sofá, con la cabeza apoyada en los almohadones, y parecía hallarse

enferma, así como mucho más apesadumbrada que el día de la llegada del belga a Abbots Cross.

—¿Conque ha vuelto, *monsieur* Poirot?

—He vuelto, milady.

—¿Fue usted a Londres?

Poirot hizo seña de que sí.

—¡Sin embargo, no me lo dijo! —exclamó vivamente lady Astwell.

—Perdón, milady. Debía hacerlo así. La *prochaine fois*…

—¡Hará exactamente lo mismo! —interrumpió lady Astwell—. Primero actúa y luego se explica. Es su divisa, lo veo.

—¿Quizá también por ser la divisa de milady? —dijo con un guiño Poirot.

—De vez en cuando —admitió la otra—. ¿A qué fue usted a la capital, *monsieur* Poirot? ¿Puede decírmelo ahora?

—A celebrar una entrevista con el bueno de mister Miller y otra con el excelente mister Mayhew.

Lady Astwell le dirigió una mirada escudriñadora.

—¿Y ahora…?

Poirot la miró fijamente.

—Existe la posibilidad de que mister Carlos Leverson sea inocente —repuso con acento grave.

—¡Ah! —lady Astwell hizo un movimiento tan brusco que echó a rodar por tierra los almohadones—. ¿Ve cómo tengo razón, lo ve?

—Fíjese que he dicho la posibilidad, *madame*.

El acento con que profirió estas palabras el detective llamó la atención de lady Astwell, e incorporándose sobre un codo le dirigió una mirada penetrante.

—¿Puedo servirle de algo? —interrogó después.

—Sí —Poirot hizo una señal afirmativa—. Dígame, lady Astwell, ¿por qué sospecha de Owen Trefusis?

—Porque sé que es el criminal. Eso es todo.

—Por desgracia no basta eso. Esfuércese por recordar, *madame*, la noche fatal. Pase revista mental a los detalles, a los acontecimientos más insignificantes. ¿Qué dijo o hizo el secretario durante ella? Porque haría o diría algo, no cabe duda…

Lady Astwell movió la cabeza.

—La verdad —confesó— es que apenas reparé en él.

—¿Le preocupaba otra cosa?

—Sí.

—¿La animadversión de su marido por miss Lily Murgrave tal vez?

—Justamente. Veo que lo sabe tan bien como yo, *monsieur* Poirot.

—Yo lo sé todo —declaró con aire impresionante el hombrecillo.

—Quiero muchísimo a Lily, *monsieur* Poirot, ya ha podido verlo por sí mismo, y Ruben comenzó a desbarrar. Me dijo que Lily había falsificado las referencias que me presentó y no lo niego: las falsificó. Pero yo misma he hecho cosas peores, porque cuando se trata con empresarios de teatro hay que tener picardía, por esto no existe nada que no haya escrito, dicho o hecho en mis buenos tiempos.

»Lily tenía que ocupar el puesto que se le ofrecía y por esta razón hizo algo reprensible desde su punto de vista, *monsieur* Poirot, no lo pongo en duda. Pero los hombres son exigentes y poco comprensivos y a juzgar por el escándalo que armó Ruben cualquiera hubiese dicho que había sorprendido a Lily robándole millones de libras. Yo, la verdad, me disgusté mucho, porque si bien usualmente conseguía calmar a mi marido, aquella noche estuvo terriblemente obstinado el pobrecillo. De manera que ni reparé en el secretario ni creo que nadie reparara tampoco en él. Sé que estaba en casa, eso es todo.

—Sí; mister Trefusis carece de una personalidad acusada, ya me he fijado —dijo Poirot—. No tiene el menor relieve.

—En efecto. No se parece a Víctor.

—Mister Víctor Astwell es… explosivo en alto grado, ¿verdad?

—Sí, explosivo es la palabra adecuada —dijo lady Astwell—. Sus palabras, sus actos, tienen mucha semejanza con esos fuegos artificiales que se lanzan en las playas.

—Tiene el genio vivo, ¿no es cierto?

—Oh, cuando se le hostiga es un perfecto demonio, pero vea lo que son las cosas, no me inspira el menor miedo. Víctor ladra, pero no muerde.

Poirot fijó la vista en el techo.

—¿De manera que no puede decirme nada acerca del secretario? —murmuró.

—Ya se lo he dicho y lo repito, *monsieur* Poirot. Nada sé. Me guía una intuición únicamente.

—Con ella no se ahorca a un hombre, y lo que es más; tampoco se salva a un hombre de la horca. Lady Astwell, si cree sinceramente en la inocencia de mister Leverson y supone que sus sospechas tienen un sólido fundamento, ¿me permite llevar a cabo un pequeño experimento?

—¿De qué especie? —preguntó con recelo lady Astwell.

—¿Me permite que la coloque en estado de hipnosis?

—¿Para qué?

Poirot se inclinó hacia ella.

—Si dijera a usted, *madame*, que su intuición se basa en unos hechos registrados en su subconsciente se mostraría escéptica. Por ello digo, solamente, que ese experimento puede tener suma importancia para mister Carlos Leverson, ese joven infortunado.

—¿Y quién me pondrá en estado de trance? ¿Usted?

—Un amigo mío, lady Astwell, que llega, si no me equivoco, en este momento porque oigo rodar fuera a un coche.

—¿Quién es ese señor?

—El doctor Cazalet de Harley Street.

—¿Es… digno de crédito?

—No es un charlatán, *madame*, si es esto lo que se figura. Puede ponerse en sus manos sin la menor desconfianza.

—Bueno —lady Astwell exhaló un suspiro—. No creo en esa clase de experimentos, pero probaremos si le parece. Que no se diga que le pongo inconvenientes.

—Mil gracias, milady.

Poirot salió presuroso de la habitación. Poco después regresó acompañado de un hombrecillo jovial, de cara redonda, con lentes, que modificó al punto la idea que lady Astwell se había formado de un hipnotizador. Poirot hizo la presentación.

—Bueno —dijo con visible buen humor la dueña de la casa—. ¿Cuándo vamos a comenzar… este sainete?

—En seguida, lady Astwell. Es muy fácil, sumamente fácil —dijo el recién llegado—. Usted échese ahí, en el sofá…, eso es…, eso es… No se ponga nerviosa.

—¿Nerviosa yo? —exclamó lady Astwell—. ¡Quisiera ver quién es el guapo que se atreve a hipnotizarme en contra de mi voluntad!

El doctor Cazalet le dirigió una amplia sonrisa.

—Si consiente no será en contra de su voluntad, ¿comprende? —replicó alegremente—. Bien, apague esa luz, ¿quiere, *monsieur* Poirot? Y usted, lady Astwell, dispóngase a echar un sueñecito.

El médico varió levemente de postura.

—Se hace tarde…, usted tiene sueño… tiene sueño. Le pesan los párpados…, ya se cierran…, ya se cierran… Pronto quedará profundamente dormida.

La voz del médico se asemejaba a un zumbido apagado, monótono, tranquilizador. Poco después se inclinaba para volver con suavidad un párpado de lady Astwell. A continuación se volvió a Poirot y le hizo una seña visiblemente satisfecho.

—Ya está —dijo en voz baja—. ¿Prosigo?

—Sí, por favor.

La voz del doctor asumió un tono vivo, autoritario ahora.

—Duerme usted, sin agitar un párpado siquiera.

La figura tendida en el sofá respondió en voz baja e inexpresiva:

—Le oigo. Puedo responder a sus preguntas.

—Hablemos de la noche en que asesinaron a su marido. ¿La recuerda?

—Sí.

—Usted está sentada a la mesa. Es la hora de cenar. Descríbame lo que vio, lo que sentía.

La figura tendida en el sofá se agitó con desasosiego.

—Estoy muy disgustada. Me preocupa Lily.

—Ya lo sabemos. Cuéntenos lo que vio.

—Víctor se come las almendras saladas; es muy glotón. Mañana diré a Parsons que no ponga el plato de las almendras en ese lado de la mesa.

—Continúe, lady Astwell.

—Ruben está de mal humor. No creo que Lily tenga la culpa. Hay algo más. Piensa en sus negocios. Víctor le mira de un modo raro.

—Hablemos de mister Trefusis, lady Astwell.

—Tiene deshilachado un puño de la camisa. Se pone una cantidad excesiva de cosmético en el pelo. Los hombres usan cosmético. Me gustaría que no lo hicieran porque echan a perder las fundas de las butacas.

Cazalet miró a Poirot y ése le hizo una seña.

—Ha pasado la hora de la cena y está tomando el café, lady Astwell. Descríbanos la escena.

—El café está bueno, cosa rara, porque no puedo fiarme de la cocinera, que es muy variable. Lily mira sin cesar por la ventana, ignoro por qué. Ruben entra en el salón ahora. Está de humor pésimo y estalla. Lanza toda una sarta de palabras ofensivas contra el pobre mister Trefusis. Éste tiene en la mano el cortapapeles grande, grande como un cuchillo y lo empuña con fuerza. Me doy cuenta porque tiene blancos los nudillos. ¡Hola!, ahora lo empuña lo mismo que si fuera a clavárselo a alguien… Ahora han salido juntos él y mi marido. Lily lleva puesto el vestido verde claro; está muy bonita con él, bonita como un lirio. La semana que viene ordenaré que laven esas fundas…

—¡Un momento, lady Astwell!

El doctor se inclinó a Poirot.

—Me parece que ya lo tenemos —murmuró—. La maniobra de Trefusis con el cortapapeles la ha convencido de que el secretario verificó el crimen.

—Pasemos ahora a la habitación de la Torre.

El doctor hizo un gesto de asentimiento y volvió a someter a lady Astwell al interrogatorio con voz conminatoria.

—Se hace tarde; usted se halla con su marido en la habitación de la Torre. Han reñido, ¿no es eso?, y durante un rato.

La figura tendida volvió a agitarse, inquieta.

—Sí…, ha sido terrible, terrible. ¡La de cosas lamentables que nos hemos dicho!

—No piense ahora en ello. ¿Ve la habitación con claridad? Las cortinas están corridas, las luces encendidas…

—No, no hay encendida más que la lámpara de pie.

—Bien, ahora deja a su marido, se despide de él…

—No me despido de él. Estoy muy enfadada.

—Ya no volverá a verle; le asesinarán pronto. ¿Sabe quién le mató, lady Astwell?

—Sí. Mister Trefusis.

—¿Por qué?

—Porque divisé el bulto, un bulto detrás de las cortinas.

—¿Había un bulto al otro lado?

—Sí, casi lo tocaba.

—¿Era un hombre que se ocultaba? ¿Mister Trefusis?

—Sí.

—¿Cómo lo sabe?

Por vez primera la monótona voz titubeó en responder y perdió el acento confiado.

—Porque… vi su juego con el cortapapeles.

Poirot y el doctor cambiaron una rápida mirada.

—No comprendo, lady Astwell. Usted dice, ¿verdad?, que había un bulto detrás de las cortinas. ¿Se ocultaba alguien al otro lado? ¿Vio usted a la persona que se ocultaba?

—No.

—¿Cree que era mister Trefusis porque le vio empuñar el cortapapeles en el salón?

—Sí.

—Pero había subido ya a su habitación.

—Sí, sí, ya había subido.

—Si es así, no podía estar allí escondido.

—No, no podía estar allí.

—¿Fue a despedirse antes que usted de su marido?

—Sí.

—¿Y ya no volvió a verle?

—No.

Lady Astwell se agitaba, se movía de un lado a otro, gemía en voz baja.

—Está saliendo del trance —dijo el doctor—. Bien, ya nos ha dicho todo lo que sabe, ¿no le parece?

Poirot hizo un gesto afirmativo. El doctor se inclinó sobre lady Astwell.

—Despierte —dijo con acento suave—. Despierte, ya. Dentro de un minuto abrirá los ojos.

Los dos hombres aguardaron y en efecto, lady Astwell abrió al punto los ojos y les miró, sorprendida.

—¿He dormido la siesta? —preguntó.

—Sí, lady Astwell, ha echado un sueñecito —repuso el médico.

Ella le miró.

—Ya veo que me ha hecho víctima de una de sus jugarretas —manifestó.

—Si no se encuentra peor…

Lady Astwell bostezó.

—No, solamente muy cansada —repuso.

El médico se puso de pie.

—Voy a pedir una taza de café y después les dejaré a ustedes, de momento —dijo.

Cuando los dos hombres llegaban junto a la puerta preguntó la dueña de la casa:

—¿He… revelado algo?

Poirot volvió la cabeza, sonriendo.

—Nada de importancia, *madame*. Sabemos de sus labios que las fundas de las butacas necesitan ir sin remedio al lavadero.

—Así es. No había que ponerme en estado de trance para que les comunicara eso —repuso riendo lady Astwell—. ¿Nada más?

—¿Recuerda si mister Trefusis entró aquella noche?

—No estoy segura. Pudo haber entrado.

—¿Le dice algo el bulto que había detrás de las cortinas?

Lady Astwell frunció las cejas.

—Recuerdo que… —dijo lentamente—. No… la idea se disipa… sin embargo…

—Bien, no se preocupe, lady Astwell —dijo Poirot rápidamente —. No tiene importancia… no, ninguna.

El médico acompañó a Poirot hasta su habitación.

—Bien —dijo Cazalet—. Creo que eso lo explica todo muy bien. No hay duda de que cuando sir Ruben insultó al secretario éste asió el cortapapeles y que tuvo que emplear toda su fuerza de voluntad para no actuar contra él de un modo violento. La mente de lady Astwell se hallaba ocupada por entero con el problema de Lily Murgrave, pero su subconsciencia captó y reconstruyó equívocamente la acción de Trefusis.

»Inculcó en ella la firme convicción de que Trefusis había matado a sir Ruben. Pasemos ahora al bulto de las cortinas. Es muy interesante. Por lo que me ha referido deduzco que la mesa de la habitación de la Torre está colocada al lado de la ventana y, naturalmente, que ésta tiene cortinas.

—Sí, *mon ami*, unas cortinas de terciopelo negro.

—¿Y queda espacio entre las cortinas y el alféizar de la ventana para que pueda ocultarse alguien?

—Sí, pero un espacio muy justo, quizá.

—Entonces existe la posibilidad —dijo el médico lentamente— de que, en efecto, se hubiera ocultado alguien en la habitación, no el secretario, ya que se le vio salir de ella. No era Víctor Astwell, porque Trefusis se lo tropezó al salir, como tampoco pudo ser Lily Murgrave. Quienquiera que fuese estaba allí antes de que sir Ruben entrase en la habitación después de cenar. Usted ha descrito bien la situación. ¿Qué me dice del capitán Naylor? ¿Podía ser él quien estuviera escondido allí?

—Es siempre posible —admitió Poirot—. Porque si bien es verdad que cenó en el hotel es difícil precisar con exactitud a qué hora salió de éste. Lo que puede asegurarse es su regreso a las doce y media de la noche.

—Entonces fue él —dijo el doctor— quien se escondió y él también quien cometió el crimen, pues sabemos que no le faltaban motivos y además tenía el arma a mano. Pero, veo que no le satisface la idea…

—Es que… tengo otras en la cabeza —confesó Poirot—. Dígame, *monsieur le Docteur*, supongamos por un momento que la misma lady Astwell hubiera cometido el crimen, ¿se descubriría necesariamente en estado de trance?

El doctor silbó entre dientes.

—Conque vamos a parar a eso, ¿eh? —murmuró—. Usted sospecha de lady Astwell. Sí, naturalmente, es posible que sea criminal a pesar de no haber caído en ello hasta ahora. Es la última persona que estuvo al lado de sir Ruben… y ya nadie volvió a verle con vida. Respecto de su pregunta me inclino a responder, no. Si lady Astwell entrase en trance hipnótico firmemente resuelta a no declarar la parte que tomó en el crimen, respondería con toda sinceridad a sus preguntas, pero guardaría silencio acerca de este último punto. Tampoco demostraría tanta insistencia en afirmar la culpabilidad de mister Trefusis.

—Comprendido —dijo Poirot—. Pero no he dicho que sea culpable lady Astwell. Se trata de una idea, eso es todo.

—Este caso es uno de los más interesantes que he conocido —dijo minutos después el médico—. Ya que aun dando por hecho que sea mister Leverson inocente, existen muchos presuntos culpables: Humphrey Naylor, lady Astwell, incluso Lily Murgrave.

—Y otro que no menciona: Víctor Astwell —concluyó tranquilamente Poirot—. Según dice, estuvo sentado en su habitación, con la puerta abierta, en espera de que mister Leverson regresase. Pero ¿podemos fiarnos de su palabra?

—¿Víctor Astwell? ¿Se refiere al individuo ese que tiene mal genio?

—Precisamente.

El médico se puso en pie.

—Bien, me vuelvo a la ciudad —dijo—. Ya me comunicará el giro que toman las cosas.

En cuanto se marchó el médico, Poirot tocó el timbre. Llamaba a su servidor.

—Una taza de tisana, Jorge. Tengo los nervios destrozados.

—Sí, señor. En seguida.

Diez minutos después volvió con una taza humeante en la mano. Poirot aspiró con placer el humo que se desprendía de ella y mientras se tomaba la tisana dijo en voz alta:

—Las leyes de caza son las mismas aquí que en el mundo entero. Para coger al zorro los cazadores montan a caballo y echan los perros. Se corre, se grita, es cuestión de velocidad. Para cazar el ciervo (lo sé por mi amigo Hastings, pues yo no lo he cazado jamás) se emplea distinto sistema. Hay que arrastrarse sobre el estómago por espacio de largas horas. Mi buen Jorge, aquí hay que emplear un procedimiento parecido al del gato doméstico. Éste se sitúa por espacio de largas horas aburridas ante la madriguera del ratón y le acecha, sin verificar el menor movimiento, sin dar síntomas de impaciencia y al propio tiempo sin renunciar a su propósito.

Poirot suspiró y dejó la taza en el plato.

—Te encargué que me trajeras lo necesario para varios días. Mañana, mi buen Jorge, marcharás a Londres y me traerás lo necesario para dos semanas.

—Bien, señor —repuso Jorge sin revelar la más leve sorpresa.

Sin embargo, la continua permanencia de Hércules Poirot en *Mon Repos* originó inquietud en otras personas y Víctor Astwell habló del hecho con su hermana política.

—Todo está muy bien, Nancy, pero tú no sabes cómo son estos

detectives. Éste vive aquí como el pez en el agua, es evidente y se dispone a pasar en la finca todo un mes a tu costa, desde luego, ya que le pagas a razón de dos guineas diarias.

Lady Astwell contestó que sabía cuidarse sola de sus intereses.

Lily Murgrave trataba, muy en serio, de disimular su turbación. Estuvo segura de que Poirot creía en su historia, pero ahora lo dudaba.

Poirot no jugaba limpio. A los quince días de su estancia en *Mon Repos* sacó, a la hora de la cena, un álbum pequeño de huellas dactilares. Como procedimiento para obtener las de los habitantes de la casa parecía una estratagema muy gastada. Sin embargo, nadie se atrevió a negarse a poner sobre ellas yemas de los dedos. Sólo después que se retiró a descansar manifestó Víctor Astwell lo que pensaba.

—¿Comprendes lo que significa eso, Nancy? ¡Que sospecha de uno de nosotros!

—¡Víctor, no seas absurdo!

—¿Para qué ha exhibido ese álbum de huellas dactilares si no fuera por eso?

—*Monsieur* Poirot sabe muy bien lo que hace —dijo lady Astwell con complacencia, dirigiendo a Trefusis una mirada de soslayo. En otra ocasión, Poirot introdujo un juego en la reunión: el de dibujar las huellas de los pies de los presentes sobre una hoja de papel. A la mañana siguiente entró con paso furtivo en la biblioteca sobresaltando a Owen Trefusis, que dio un salto en la silla como si de repente acabasen de dispararle un tiro.

—Perdone, *monsieur* Poirot —dijo con la habitual mansedumbre —, pero si he de serle franco nos tiene a todos con los nervios de punta.

—¿De veras? ¿Y por qué razón? —repuso el detective simulando inocencia.

—Pues porque considerábamos el asunto de mister Leverson como un caso patente, pero por lo visto opina usted de manera distinta.

Poirot, que miraba por la ventana, se encaró bruscamente con él.

—Voy a revelarle algo en confianza, mister Trefusis —dijo.

—¿Si?

Mas Poirot no se dio prisa en empezar. Aguardó, titubeando un

momento, y cuando habló, sus palabras coincidieron con el ruido que hizo al abrirse y luego al cerrarse la puerta de la calle. Con una voz sonora que desmentía su reserva dijo ahogando los pasos que sonaban fuera en el vestíbulo:

—Afirmo, y que esto quede entre nosotros, mister Trefusis, que poseo la prueba de que cuando Carlos Leverson entró por la noche en la habitación de la Torre, sir Ruben había fallecido ya.

El secretario se le quedó mirando.

—¿Que posee la prueba? ¿Cómo no lo ha dicho antes? —interrogó.

—Lo sabrá a su debido tiempo. Entretanto, ¡chitón! Sólo usted y yo compartimos el secreto.

Al salir de la habitación se tropezó con Víctor Astwell, que estaba en el vestíbulo, al otro lado de la puerta.

—Ya veo, *monsieur*, que acaba usted de llegar.

Astwell hizo una seña de que así era, en efecto.

—Por cierto —comentó luego— que hace un día frío y ventoso, ¡un tiempo de perros!

—¡Ah! Si es así no daré el acostumbrado paseo. Soy como los gatos, amo el calor, prefiero sentarme junto al fuego.

—Esto marcha —dijo por la tarde, frotándose las manos, a su fiel servidor—. Pronto darán el salto. Es duro, Jorge, hacer el papel de gato y dura la espera, pero compensa, sí, compensa a las mil maravillas.

Al día siguiente, Trefusis tuvo que despachar determinado asunto en la ciudad y partió en el mismo tren que mister Víctor Astwell. En cuanto salieron de casa se apoderó de Poirot la fiebre de la actividad.

—¡Jorge! ¡Manos a la obra! —exclamó—. Si fuera la doncella a limpiar esas habitaciones, entretenla. Dile cosas bonitas, Jorge, ¡que no pase del corredor!

Comenzó sus pesquisas por la habitación del secretario, donde ni cajón ni estantería quedaron por examinar. Luego colocó apresuradamente todo en su sitio y dio el registro por concluido. Jorge, que estaba de guardia a la puerta, tosió con respeto.

—¿Me permite el señor?

—Sí, mi buen Jorge.

—Los zapatos, señor. Los dos pares de color oscuros estaban en el segundo estante y los de cuero abajo. Al volver a ponerlos en ellos ha invertido usted el orden. Téngalo en cuenta.

—¡Maravilloso! —Poirot juntó las manos—. Pero no nos preocupemos, porque no vale la pena. No tiene importancia, Jorge, te lo aseguro. Mister Trefusis no es capaz de reparar en cosa tan pequeña.

—Como guste el señor.

—Claro que tú tienes el hábito de fijarte en todo —observó Poirot animándole mediante una palmadita en el hombro— y por cierto que te honra mucho.

El sirviente no contestó. Cuando, más adelante, Poirot repitió la operación matinal en la habitación de Víctor Astwell no hizo el menor comentario a pesar de que el detective no puso la ropa blanca en los cajones con el debido cuidado. Sin embargo, en este segundo caso la razón estaba de su parte, no de la de Poirot, ya que Víctor les armó un escándalo a su llegada por la noche.

—¿Qué se propone el belga del demonio, con el registro de mi habitación? —vociferó—. ¿Qué diantre supone que va a encontrar en ella? ¡No toleraré que se repitan estas cosas!, ¿comprende? ¡Vean lo que se saca con tener en casa a un hurón, a un espía!

Poirot abrió los brazos con gesto elocuente, y las palabras surgieron a cientos, a miles, a millones de su boca. Había estado torpe, oficioso, y se sentía confuso. Se tomaba una libertad excesiva, por lo que pidió a Víctor mil perdones. De manera que el enfurecido caballero tuvo que ceder refunfuñando todavía.

Cuando, más tarde, se tomó el detective la taza de tisana, murmuró:

—Esto marcha, mi buen Jorge, sí ¡esto marcha! El viernes es mi día —observó pensativo Hércules Poirot—. Me trae suerte.

—Ciertamente, señor.

—¿Eres supersticioso también, mi buen Jorge?

—Prefiero no sentar a trece a la mesa, señor, y me disgusta tener que pasar por debajo de una escalera, pero no albergo ninguna superstición acerca de los viernes.

—Bien, hoy has de ver nuestro Waterloo.

—Sí, señor.

—Sientes tal entusiasmo, mi buen Jorge, que ni siquiera me preguntas lo que me propongo hacer…

—¿Qué es ello, señor?

—El registro final de la habitación de la Torre.

En efecto, después de desayunarse y con permiso de lady Astwell, Poirot pasó a la escena del crimen. Allí, a horas diversas de la mañana, los habitantes de la casa le vieron gatear por el suelo, someter a meticuloso examen las cortinas de terciopelo negro, ponerse de pie sobre las sillas y escudriñar los marcos de los cuadros que colgaban de las paredes. Y por primera vez lady Astwell se sintió realmente intranquila.

—Debo confesar que ese hombre me ataca los nervios —dijo—. No sé qué es lo que se trae entre manos, pero se arrastra por el suelo como un perro y me estremece. Desearía saber qué es lo que anda buscando. Lily, querida, levántate y ve a ver lo que hace. No, aguarda, prefiero que te quedes a mi lado.

—¿Desea que vaya yo a ver, lady Astwell? —preguntó el secretario, saliendo de detrás de la mesa.

—Si no tiene inconveniente, mister Trefusis…

Owen Trefusis salió de la habitación y subió la escalera que llevaba a la habitación de la Torre. A primera vista diríase vacía, no se veía a Hércules por ninguna parte. Trefusis disponíase a volver sobre sus pasos cuando oyó un ligero ruido, levantó la mirada y vio al hombrecillo que se hallaba, de pie, en mitad de la escalera de caracol que conducía al dormitorio, situado encima.

Se hallaba agachado y en la mano izquierda sostenía una lente de aumento con la que examinaba minuciosamente el zócalo de madera y la alfombra.

Al posar los ojos en él el secretario, profirió un gruñido y se guardó la lente en el bolsillo. Luego se puso de pie sosteniendo algo entre los dedos índice y pulgar. En aquel momento se dio cuenta de la presencia de Trefusis.

—¡Ah, ah, el secretario! —dijo—. No le he oído llegar.

Parecía otro hombre. El triunfo, la exaltación, resplandecían en su rostro. Trefusis le miró sorprendido.

—Le veo muy satisfecho, *monsieur* Poirot. ¿Qué sucede? ¿Hay novedades?

—Ya lo creo —respondió—. Sepa que por fin encuentro lo que

desde un principio andaba buscando. Lo tengo aquí.

El hombrecillo ensanchó el pecho.

—La solución de este caso la tengo entre el índice y el pulgar. Es la prueba que necesito de la culpabilidad del criminal.

El secretario arqueó las cejas.

—¿De modo que no es mister Carlos Leverson?

—No. No es Carlos Leverson. Ahora ya sé quién es, aun cuando no estoy seguro de su nombre. Sin embargo, todo está claro como la luz.

Poirot bajó los últimos peldaños de la escalera y le dio un golpecito en el hombro al secretario.

—Debo marchar inmediatamente a Londres —le participó—. Comuníqueselo a lady Astwell en mi nombre. Dígale que deseo que esta noche, a las nueve en punto, estén todos ustedes en la habitación de la Torre. Yo me reuniré con ustedes y les revelaré la verdad del caso. ¡Ah!, estoy muy satisfecho.

Y tras marcar el compás de una danza de su invención, Poirot salió de la Torre. Aturdido, Trefusis le siguió con la mirada.

Poco después Poirot entró en la biblioteca para pedirle una cajita de cartón.

—No poseo ninguna, por desgracia —explicó— y debo guardar dentro un objeto de valor.

Trefusis sacó una del cajón de la mesa y Poirot se manifestó encantado.

Al correr escaleras arriba con su tesoro se tropezó con Jorge, que a la sazón estaba en el descansillo y le entregó la caja.

—Dentro hay un objeto de suma importancia —le explicó—. Colócala, mi buen Jorge, en el segundo cajón del tocador, junto al estuche que contiene los gemelos de perlas.

—Bien, señor.

—Ten cuidado no vayas a romperla —le encargó el detective—. Dentro hay algo que llevará a la horca al criminal.

—¡No me diga, señor! —exclamó el criado.

Poirot volvió a bajar de prisa la escalera, tomó el sombrero y se alejó a buen paso.

Su vuelta fue menos ostentosa. De acuerdo con sus órdenes el fiel

Jorge le franqueó la entrada en la casa por la puerta de servicio.

—¿Están todos en la habitación de la Torre?

—Sí, señor.

Los dos cambiaron unas palabras, a media voz, y luego Poirot subió la escalera con el aire triunfante del vencedor y entró en la misma habitación en que, poco menos de un mes atrás, se había verificado el crimen. Todo el mundo se hallaba reunido ya allí: lady Astwell, Lily Murgrave, el secretario y Parsons, el mayordomo. Este último se mantenía con visible azoramiento cerca de la puerta y preguntó a Poirot:

—Jorge, señor, me ha dicho que es necesaria mi presencia, pero no sé si debo…

—Sí, quédese, por favor —repuso el detective.

Y avanzó unos pasos hasta situarse en el centro de la habitación.

—Éste es un caso interesantísimo —dijo reflexivamente—, sobre todo porque todos ustedes han podido asesinar a sir Ruben. En efecto, ¿quién hereda su fortuna? Carlos Leverson y lady Astwell. ¿Quién estuvo a su lado hasta el fin la última noche de su vida? Lady Astwell. ¿Quién riñó violentamente con él? ¡Siempre lady Astwell!

—¡Oiga! ¿De qué está usted hablando? —exclamó la aludida—. No le comprendo…

—Pero no fue ella sola; otras personas discutieron también con su marido —siguió diciendo Poirot con acento pensativo—. Una de ellas se separó de él con el rostro blanco de coraje. Suponiendo que lady Astwell dejara a su marido con vida a las doce y cuarto de la noche, transcurrieron diez minutos en que le fue posible a alguien que se hallaba en el segundo piso bajar de puntillas, llevar a cabo la hazaña y volver después cautelosamente a su habitación.

Víctor dio un grito y se levantó de un salto.

—¿Qué demonios…? —comenzó a decir iracundo. Y calló porque le ahogaba la rabia.

—Usted, mister Astwell, mató a un hombre en África durante un ataque de cólera…

—¡No lo creo! —exclamó Lily Murgrave.

Y avanzó con las manos cerradas, con dos manchas de color en las mejillas.

—No lo creo —repitió colocándose al lado de Víctor Astwell.

—Es cierto, Lily —dijo este último—, pero por causas que ese hombre ignora. El hombre a quien maté en un arrebato era un médico brujo que acababa de asesinar a quince niños. El hecho justificaba mi locura. Así lo considero.

Lily se aproximó a Poirot.

—*Monsieur* Poirot —dijo con acento grave—, se engaña usted. Un hombre puede tener mal genio, puede llegar a romper cosas, a proferir insultos, o amenazas, pero no cometerá un crimen sin motivo. *Lo sé, lo sé,* repito, mister Astwell es incapaz de semejante cosa.

Poirot la miró y una sonrisa particular iluminó su rostro. Luego la asió por una mano y dio varias palmaditas suaves en ella.

—Veo, *mademoiselle*, que también usted tiene sus intuiciones. ¿Cree en mister Astwell, no es cierto?

Lily repuso sin alterarse:

—Mister Astwell es un hombre excelente, un hombre honrado; no tiene que ver con el trabajo de zapa de los campos de oro de Mpala. Es bueno de pies a cabeza y le he dado palabra de matrimonio.

Víctor se acercó a ella y le tomó la otra mano.

—¡Declaro ante Dios, *monsieur* Poirot —dijo con acento solemne —, que no maté a mi hermano!

—Lo sé —repuso el detective.

Sus ojos abarcaron la habitación de una sola ojeada.

—Escuchen, amigos —dijo—. En trance hipnótico lady Astwell ha confesado que aquella noche vio el bulto de un hombre escondido detrás de las cortinas.

Todas las miradas se dirigieron a la ventana.

—¿De manera que el asesino se escondió ahí detrás? ¡Magnífica solución! —exclamó Astwell.

—No se escondió ahí; se escondió allí —dijo con un tono suave el detective.

Giró sobre los talones y les señaló las cortinas que tapaban la escalera de caracol.

—Sir Ruben había utilizado el dormitorio la noche antes. Desayunóse en la cama e hizo subir a mister Trefusis para darle instrucciones. Ignoro qué fue lo que mister Trefusis se dejó en esa habitación, pero se dejó algo. Después de dar las buenas noches a

sir Ruben y a lady Astwell lo recordó y corrió en su busca escaleras arriba. No creo que sir Ruben ni lady Astwell reparasen en él porque habían iniciado ya una violenta discusión. Cuando estaban enzarzados en ella volvió a bajar la escalera mister Trefusis.

»Las cosas que el matrimonio se decían eran de naturaleza tan íntima y personal que, naturalmente, colocaron al secretario en una situación embarazosa. Se daba cuenta de que le creían lejos de la Torre y por temor a suscitar la cólera de sir Ruben decidió quedarse donde estaba en espera de poder escurrirse, sin ser visto, más adelante. Permaneció, pues, oculto, tras las cortinas de la escalera y por ello al salir lady Astwell reparó, inconscientemente, en un bulto que formaba su cuerpo.

»Trefusis trató luego de salir a su vez sin que le vieran, pero sir Ruben volvió de improviso la cabeza y se dio cuenta de la presencia del secretario.

»Señoras y caballeros, debo decirles que no he seguido en balde unos cursos de Psicología. Por consiguiente durante estos días he estado buscando no al hombre o la mujer de mal genio, sino al hombre paciente, al que por espacio de nueve años ha sabido dominar sus nervios y ha desempeñado el último papel de los ocupantes de la casa. Por ello me doy cuenta de que no existe una tensión más exagerada que la que él ha soportado durante este tiempo, ni tampoco existe resentimiento mayor del que en su interior ha sido acumulado.

»Por espacio de nueve años seguidos, sir Ruben le ha ofendido, le ha insultado, ha abusado de su paciencia y él todo lo ha soportado en silencio.

Pero al fin llega un día en que la tensión llega a su colmo, en que se rompe la cuerda tirante y ¡pum!, salta. Esto es lo que sucedió aquella noche. Sir Ruben volvió a sentarse a la mesa, pero en lugar de dirigirse humilde y mansamente a la puerta, el secretario tomó la azagaya de madera y asestó el golpe con ella al hombre que tanto le había provocado.

Trefusis se había quedado de piedra. Poirot se volvió a mirarle.

—Su coartada era de las más simples. Todos le creían en su habitación, sin embargo, *nadie le vio dirigirse a ella*. Mientras procuraba salir de la Torre sin hacer ruido, oyó un rumor y se apresuró a ocultarse otra vez detrás de la cortina. Allí estaba, pues,

cuando entró Carlos Leverson y también seguía allí cuando llegó Lily Murgrave. Después de desaparecer esta última, cruzó andando de puntillas, la casa silenciosa. ¿Lo niega, mister Trefusis?

Trefusis balbuceó:

—Yo… jamás…

—Ea, terminemos. Hace dos semanas que representa usted una comedia y hace dos semanas que me esfuerzo por demostrarle cómo se cierra la red a su alrededor. Las huellas digitales, las de los pies, respondían a un solo objeto: el de aterrorizarle. Usted ha debido permanecer despierto por las noches, temiendo y preguntándose continuamente: «¿Habré dejado huellas de mis manos o de mis pies en la habitación?».

»Más de una vez habrá pasado revista a los acontecimientos pensando en lo que hizo o dejó de hacer y de esta manera le he ido atrayendo a un estado propicio para que diera el resbalón. Cuando cogí hoy un objeto en la misma escalera donde estuvo escondido, he visto retratado en sus ojos el miedo y por ello le pedí la cajita que confié a Jorge antes de salir de casa.

Poirot se volvió a medias.

—¡Jorge! —llamó.

—Aquí estoy, señor.

El criado avanzó unos pasos.

—Da cuenta de mis instrucciones a estas señoras y caballeros.

—Yo debía permanecer escondido, señor, en el armario ropero de su habitación después de guardar la cajita en el sitio que me señaló. A las tres y media de esta tarde vi al criminal.

—En esta caja había yo guardado un alfiler común —explicó Poirot—. Digo la verdad. Esta mañana lo encontré en la escalera de caracol y como dice el refrán: «quien ve un alfiler y lo recoge tiene asegurada la suerte», lo cogí y ya lo ven ustedes. ¡Acabo de descubrir al criminal!

Poirot se volvió al secretario.

—¿Lo ve? —dijo en un tono suave—. *¡Usted mismo se ha hecho traición!*

Trefusis cedió de repente. Sollozando se dejó caer en una silla y ocultó la cara en las manos.

—¡Me volví loco —gimió—, loco, Dios mío! Ya no podía más. Hace años que odiaba y despreciaba a sir Ruben.

—¡Lo sabía! —exclamó lady Astwell.

Dio un salto hacia delante; de su rostro irradiaba la luz del triunfo.

—¡Sabía que era él quien había cometido el crimen!

Y se colocó de súbito delante del detective, salvaje y triunfante.

—Sí, tenía razón —confesó éste—. Es verdad que pueden darse nombres distintos a una misma cosa, pero el hecho queda. Su intuición, lady Astwell, no la engañaba. La felicito cordialmente.

La tarta de zarzamoras

Hércules Poirot se encontraba cenando con su amigo Enrique Bonnington en Galante, un restaurante situado en King's Road, Chelsea. Al señor Bonnington le agradaba la atmósfera tranquila del Galante y su comida sencilla y netamente «inglesa» y no «un conjunto de complicados revoltijos».

Molly, la simpática camarera, le saludó como a un viejo conocido. Se preciaba de recordar los gustos y preferencias de sus clientes en cuestiones gastronómicas.

—Buenas noches, señor —le dijo mientras los dos hombres se acomodan en una mesa. Tienen ustedes suerte, hay pavo relleno de castañas… es su plato favorito, ¿verdad? ¡E incluso un estupendo queso Silton! ¿Tomarán primero sopa o pescado?

Una vez resuelta la cuestión de la minuta y las bebidas, el señor Bonnington reclinóse hacia atrás con un suspiro de alivio y desdoblo la servilleta mientras Molly se alejaba.

—¡Es una buena chica! —dijo en tono de aprobación—. Había sido una belleza…, solía posar para los pintores. También entiende de cocina… y eso es mucho más importante. Por lo general las mujeres saben poco de eso. Hay muchas que cuando salen con un sujeto de su agrado no se enteran ni de lo que comen. Piden lo primero que ven en la lista.

Hércules Poirot asintió con la cabeza.

—*C'est terrible*.

—Los hombres no somos así, gracias a Dios —exclamó el señor Bonnington complacido.

—¿Nunca?

—Bueno, tal vez cuando somos muy jóvenes —concedió Bonnington—. ¡Cachorritos! Los jóvenes de hoy en día son todos

iguales…, carecen de inteligencia y de vigor. Yo no les sirvo de nada… y ellos a mi… tampoco. ¡Tal vez tengan razón! ¡Pero al oírles hablar uno creería que nadie tiene derecho a vivir después de los sesenta! Por su modo de comportarse, no me extrañaría que ayudaran a sus parientes ancianos a salir de este mundo.

—Es posible que lo hagan —dijo Poirot.

—Debo confesar que es usted muy mal pensado. Todo ese trabajo policíaco ha minado sus ideales.

El detective sonrió.

—No obstante —dijo—, resultaría interesante hacer una estadística de las muertes accidentales de personas que han cumplido los sesenta. Le aseguro que se levantarían algunas sospechas curiosas en su imaginación… Pero hablemos, amigo mío, de sus propios asuntos. ¿Cómo se porta el mundo con usted?

—¡Anda todo revuelto! —exclamó Bonnington—. Eso es lo que le ocurre al mundo actual: demasiada confusión y demasiada palabrería. La palabrería sirve para disimular la confusión. Como una salsa fuerte y aromática disimula que el pescado no esté demasiado fresco. A mí deme un filete de lenguado como es debido y no necesito ponerle salsa.

Y en aquel momento Molly, sonriente, se lo sirvió tal como deseaba.

—Usted conoce exactamente mis gustos, Molly.

—Usted viene muy a menudo por aquí, ¿verdad? Así no es extraño que yo los conozca.

—¿Es que las personas siempre piden las mismas cosas? —preguntó Poirot—. ¿No les gusta variar algunas veces?

—Los caballeros no. A las damas les gusta la variedad…, pero los caballeros piden siempre lo mismo.

—¿Qué le dije? —gruñó Bonnington—. ¡Las mujeres son un asco en lo que a comida se refiere!

Miró a su alrededor.

—El mundo es muy curioso. Fíjese en ese extraño sujeto de la barba sentado en ese rincón. Molly puede decirle que viene todos los martes y jueves por la noche… desde hace cerca de diez años. Es una especie de símbolo en este local. No obstante, nadie conoce su nombre, ni dónde vive, ni a qué se dedica. Es bastante extraño si se piensa bien.

Cuando la camarera trajo las raciones de pavo le dijo:

—Veo que todavía sigue viniendo Nuestro Viejo Padre Tiempo.

—Todos los martes y jueves, señor. ¡Pero no sabe usted que la semana pasada vino en lunes! ¡Casi me asusté! Creí que me había equivocado de fecha y que debía ser martes sin que yo lo supiera. Pero volvió al día siguiente…, de modo que el lunes debió hacer un extra, por así decirlo.

—Una interesante desviación de sus costumbres —murmuró Poirot—. Quisiera conocer los motivos que la motivaron.

—Pues si quiere saber mi opinión, creo que estaba algo preocupado.

—¿Por qué lo cree así? ¿Por sus modales?

—No, señor…, no fueron precisamente sus modales. Estaba tranquilo como siempre. Nunca dice más que «Buenas noches» al entrar y al salir.

—No, fue por lo que pidió.

—¿Lo que pidió?

—Supongo que se van a reír de mí —Molly enrojeció—. Pero cuando se lleva diez años sirviendo a un caballero se conocen sus gustos al dedillo. No podía soportar las grasas y las zarzamoras, y nunca le vi tomar la sopa espesa…, pero aquel lunes por la noche pidió sopa de tomate bien espesa, una chuleta con riñones y tarta de moras. ¡Parecía como si no supiera lo que estaba pidiendo!

—¿Sabe que lo encuentro altamente interesante? —dijo Hércules Poirot.

Molly le dirigió una mirada agradecida antes de alejarse.

—Bueno, Poirot —dijo Enrique Bonnington con una risita—. Vamos a ver qué deducciones saca. Hágalo lo mejor que sepa.

—Prefiero oír primero las suyas.

—¿Quiere que haga de doctor Watson, eh? Pues que el viejo fue a ver al médico y éste le aconsejó que cambiara de régimen.

—¿Y le recomendó que tomara sopa de tomates espesa, una chuleta con riñones y tarta de zarzamoras? No puedo imaginar a ningún médico que haga eso.

—¿No lo cree? A los médicos se les puede ocurrir cualquier cosa.

—¿Es ésa la única solución que se le ocurre?

—Bien, ahora en serio. Supongo que sólo existe una posible explicación. Que nuestro desconocido amigo estaba bajo los efectos

de una fuerte emoción. Se hallaba tan preocupado que ni se dio cuenta de lo que pedía o estaba comiendo.

Rio ante su propia insinuación.

—No irá a decirme ahora que ya sabe exactamente lo que pasaba por su imaginación. Tal vez piense que estaba tramando cometer un crimen.

Volvió a reír.

Poirot permaneció serio.

Tenía que admitir, dijo, que en aquellos momentos hallábase seriamente preocupado y que tenía el presentimiento de que algo iba a ocurrir.

Su amigo le aseguró que tal idea era fantástica.

Tres semanas más tarde Hércules Poirot y Bonnington volvieron a encontrarse. Esta vez su encuentro tuvo lugar en el «metro».

Se saludaron con una inclinación de cabeza y se agarraron a dos asideros contiguos para mantener el equilibrio. En Piccadilly Circus quedaron unos asientos libres en un extremo del coche…, un lugar tranquilo donde nadie podía molestarlos.

—A propósito —dijo el señor Bonnington cuando se acomodaron —. ¿Recuerda aquel viejo que iba al Galante? No me extrañaría que hubiera pasado a un mundo mejor. Hace una semana que no aparece por allí; Molly está muy preocupada.

Los ojos de Poirot relampaguearon.

—¿De veras? —dijo—. ¿De veras?

—¿Recuerda que yo dije que tal vez había ido a ver un médico y que éste le puso a dieta? Lo de la dieta es una tontería, desde luego… pero ¿y si de veras fue a consultar un médico y lo que le dijera le preocupó? Eso explicaría el que pidiera lo primero que viera en la minuta, sin darse cuenta de lo que hacía. Es muy probable que el sobresalto sufrido se le llevara de este mundo antes de lo previsto. Los doctores debían andar con mucho cuidado al decir ciertas cosas a sus pacientes.

—Por lo general lo tienen —repuso Hércules Poirot.

—Ésta es mi estación —dijo el señor Bonnington levantándose —. Hasta la vista. Y pensar que nunca sabremos ni siquiera quién era ese individuo… ni cómo se llamaba. ¡Extraño mundo!

Y se apeó a toda prisa.

Hércules Poirot, con el ceño fruncido, no parecía opinar que fuera tan extraño.

Volvió a su casa y dio ciertas instrucciones a su fiel criado Jorge.

Hércules Poirot deslizó su dedo por una lista de nombres. Era el informe de las muertes ocurridas en cierta área.

Al fin su índice se detuvo.

—Enrique Gascoigne, 69. Probare primero éste.

A última hora del día, Hércules Poirot se personó en la clínica del doctor MacAndrew en King's Road. MacAndrew era un escocés alto y pelirrojo de rostro inteligente.

—¿Gascoigne? —dijo—. Sí, es cierto. Era un pájaro muy excéntrico. Vivía en una de esas casas viejas y abandonadas que van siendo derruidas para construir bloques de viviendas modernas. No le había atendido anteriormente, pero le había visto de vez en cuando y sabía quién era. Fue el lechero el que dio la voz de alarma. Las botellas de leche comenzaron a amontonarse ante su puerta. Al final los vecinos de la casa contigua llamaron a la policía, que derribó la puerta y lo encontraron. Se había caído por la escalera, rompiéndose el cuello. Llevaba puesta una bata vieja con un cordón raído… con el que bien pudo enredarse.

—Ya comprendo —repuso Hércules Poirot—. Fue muy sencillo…, un accidente.

—Eso es.

—¿Tenía algún pariente?

—Un sobrino. Solía venir a verle una vez al mes. Se llama Ramsey, Jorge Ramsey. También es médico. Vive en Wimbledon.

—¿Cuánto tiempo llevaba muerto el señor Gascoigne cuando usted le vio?

—¡Ah! —dijo el doctor MacAndrew—. Pasamos a los trámites oficiales. Por lo menos cuarenta y ocho horas y no menos de Setenta y dos. Le encontramos la mañana del día 6. Actualmente podemos aproximarnos aún más. Llevaba una carta en el bolsillo… escrita el día tres… y con matasellos de Wimbledon de aquella misma tarde…, debió recibirla cerca de las nueve y veinte de la noche. Ello establece la hora de su fallecimiento después de las nueve y veinte

de la noche del día tres, y concuerda con el contenido del estómago y los procesos de la digestión. Había comido unas dos horas antes de su muerte. Yo lo examiné la mañana del día 6 y su estado era el que le correspondía de haber muerto sesenta horas antes… cerca de las diez de la noche del día 3.

—Todo parece encajar bastante bien. Dígame, ¿cuando fue visto por última vez?

—En King's Road, a eso de las siete de la tarde del mismo día 3, jueves, y cenó en el restaurante Galante a las siete y media. Parece ser que siempre cenaba allí los martes y los jueves.

—¿No tenía otros parientes? ¿Sólo un sobrino?

—Tenía un hermano gemelo, Su historia es bastante curiosa. No se habían visto durante años. Cuando Enrique era joven llevaba camino de llegar a ser un artista… malísimo. Parece ser que el otro hermano, Antonio Gascoigne, se casó con una mujer muy rica y dejó el arte… por lo que los dos hermanos se enfadaron. Creo que no volvieron a verse. Pero por extraño que parezca, murieron el mismo día. El otro mellizo murió a la una de la tarde del día 3. Conozco el caso de otros hermanos mellizos que murieron el mismo día… ¡y en distintas partes del mundo! Probablemente es sólo una coincidencia…

—¿Y la esposa del hermano, vive?

—No, murió hace varios años.

—¿Dónde habitaba Antonio Gascoigne?

—Tenía una casa en Kessington Hill. Por lo que me ha dicho el doctor Ramsey, vivía casi en completa reclusión.

Hércules Poirot asintió pensativo.

El escocés le contempló extrañado.

—¿Qué es lo que está pensando, señor Poirot? —preguntó de improviso—. He contestado a sus preguntas… como era mi deber después de ver sus credenciales. Pero estoy en la más completa oscuridad por lo que respecta a este vulgar asunto.

—Un caso sencillo de muerte por accidente, eso es lo que usted dijo. Lo que yo pienso es bien sencillo… que le empujaron.

El doctor MacAndrew pareció sobresaltarse.

—En otras palabras, ¡asesinato! ¿Tiene algo en que basarse para afirmar eso?

—Oh, no —replicó Poirot—. Es una simple suposición.

—Debe de haber algo… —insistió el otro.

Poirot no respondió.

—Si es de Ramsey, el sobrino, de quien sospecha, no me importa decirle que se equivoca. Ramsey estuvo jugando al bridge en Wimbledon desde las ocho y media hasta medianoche. Eso dijeron en la investigación practicada.

—Y es de suponer que lo comprobaron —murmuró Poirot—. La policía es muy cuidadosa.

—¿Tiene usted algo contra él? —preguntó el doctor.

—No sabía ni que existiera hasta que usted me lo ha dicho.

—Entonces, ¿sospecha de algún otro?

—No, no. No es eso. Se trata de que el hombre es un animal de costumbre. Eso es muy importante. Y la muerte del señor Gascoigne no concuerda con esto. Ya ve, todo está equivocado.

—La verdad, no lo entiendo.

Hércules Poirot se puso en pie, sonriendo, y el doctor le imitó.

—Sinceramente —dijo este último—, no veo nada sospechoso en la muerte de Enrique Gascoigne.

—Soy un hombre obstinado —repuso Poirot extendiendo las manos—. Un hombre con una idea… y sin nada en que basarla. A propósito. ¿Enrique Gascoigne llevaba dientes postizos?

—No, su dentadura se conservaba en perfecto estado. Cosa muy apreciable a su edad.

—¿Y los cuidaba bien… los tenía blancos y brillantes?

—Sí. Me fijé precisamente en eso.

—¿No se le habían descolorido?

—No. No Creo que fumara, si eso es a lo que se refiere.

—No quise decir eso precisamente, era sólo un disparo a larga distancia… que es probable que no dé en el blanco. Adiós, doctor MacAndrew, y gracias por su amabilidad.

Poirot Se despidió del médico.

—Ahora —se dijo al hallarse en la calle— a por el disparo a larga distancia.

Penetró en el Galante y se sentó en la misma mesa que en la otra ocasión compartiera con Bonnington. La muchacha que servía no era Molly. Según le dijo la nueva camarera, Molly estaba de

vacaciones.

Eran precisamente las siete y Hércules Poirot no tuvo dificultad en entablar con la joven un diálogo acerca del viejo Gascoigne.

—Sí —le explicó la camarera—. Estuvo viniendo años y años, pero ninguna de nosotras sabíamos cómo se llamaba. Leímos en el periódico la vista de la causa y traía una fotografía suya. «Oye —le dije a Molly—, ¿no es nuestro Viejo Padre Tiempo…?», como solíamos llamarle.

—Cenó aquí la noche de su muerte, ¿verdad?

—Sí. El día 3, jueves. Siempre venía los jueves. Martes y jueves… puntual como un reloj.

—Supongo que no recordará lo que tomó para cenar.

—Déjeme pensar. Eso es, sopa de arroz sazonada con curry y ternera… o ¿tomó cordero…?, no, ternera, eso es, tarta de zarzamoras y queso. ¡Y pensar que al volver a su casa se cayó por la escalera! Dicen que la causa debió de ser el cordón deshilachado de su batín. Claro que sus trajes eran siempre un desastre… anticuados y raídos, pero no obstante tenía cierto aire… como si fuera alguien. Oh, aquí tenemos clientes de todas clases, y muy interesantes.

Se marchó hacia la cocina, y Poirot comióse su lenguado.

Armado con la recomendación de cierto personaje importante, Hércules Poirot no encontró dificultad en hablar con el jefe de policía del distrito.

—Un personaje curioso ese Gascoigne —comentó—. Un individuo excéntrico y solitario; mas su fallecimiento parece haber despertado gran interés.

El policía miraba con curiosidad a su visitante.

Hércules Poirot escogió sus palabras con sumo cuidado.

—Hay ciertas circunstancias relacionadas con su muerte, *monsieur*, que hacen necesaria una investigación del caso.

—Bien, ¿en qué puedo ayudarle?

—Creo que usted tiene la facultad de ordenar que los documentos que entran en esta comisaría sean conservados o destruidos. Según usted juzgue conveniente. En el bolsillo del batín de Enrique Gascoigne fue encontrada una carta, ¿no es así?

—Así era.

—¿Era de su sobrino, el doctor Jorge Ramsey?

—Exacto. La carta fue presentada en el juicio para ayudar a fijar la hora de la defunción.

—¿Todavía la conserva?

Hércules Poirot aguardo ansiosamente la respuesta.

Al saber que podría examinarla exhaló un suspiro de alivio.

Cuando al fin la tuvo en su poder, la estudió con cuidado. Había sido escrita con pluma estilográfica y con letra apretada. Decía lo siguiente:

Querido tío Enrique:

Lamento decirte que no tuve éxito con lo tocante a tío Antonio. No demostró el menor entusiasmo por que vayas a verle, y no quiso contestar a tu ofrecimiento de olvidar lo pasado. Naturalmente que se encuentra muy enfermo, y su inteligencia comienza a extraviarse. Yo diría que su fin está próximo. Apenas parecía recordar quién eres.

Siento haber fracasado, pero puedo asegurarte que lo hice lo mejor que supe.

Tu sobrino que te quiere,
JORGE RAMSEY

La carta estaba fechada el tres de noviembre. Poirot examinó el matasellos del sobre… las cuatro y media de la tarde.

—Está en orden…, ¿verdad? —murmuró.

Su próximo objeto fue Kingston Hill. Tras algunas dificultades que venció gracias a su insistencia y optimismo, pudo obtener una entrevista con Amelia Hill, cocinera y ama de llaves del finado Antonio Gascoigne.

Al principio mostróse recelosa y poco comunicativa, pero la encantadora genialidad de aquel extranjero de raro aspecto no tardó en surtir su efecto, y la Señora Amelia Hill Comenzó a

ablandarse.

Y sin darse cuenta se encontró, como muchas otras mujeres, contando sus cuitas a un oyente simpático de verdad.

Durante catorce años había estado al cuidado de la casa del señor Gascoigne. Y no era un trabajo fácil. ¡Vaya que no! Muchas mujeres hubieran sucumbido bajo las cargas que ella tuvo que soportar. Aquel pobre caballero era un excéntrico y no lo disimulaba. Tan apegado a su dinero… en él era ya una especie de manía…, y era tan rico como el que más. Pero la señora Hill le había servido fielmente, y soportaba sus rarezas, y era natural que esperase por lo menos un recuerdo. Pero nada… ¡nada en absoluto! Sólo apareció un viejo testamento en el que dejaba todo a su esposa, y en caso de que esta falleciese antes que él, a su hermano Enrique. Un testamento hecho años atrás. ¡No era justo! ¡Y no lo merecía!

Poco a poco Poirot fue apartándola del tema más importante para ella: su codicia insatisfecha. Desde luego era una injusticia cruel. No podía culparla por sentirse herida y extrañada. Era bien tacaño. Incluso se decía que rehusó a ayudar a su único hermano. Era probable que la señora Hill lo supiera.

—¿Era eso por lo que fue a verle el doctor Ramsey? —preguntó la señora Hill—. Sabía que era por cosas de su hermano, pero creí que sólo querían reconciliarse. Estaban reñidos hacía años.

—Tengo entendido que el señor Gascoigne Se negó a ello rotundamente —dijo Poirot.

—Eso es cierto —repuso la señora Hill asintiendo con la cabeza —. «¿Enrique? —dijo con voz débil—. ¿Qué le pasa a Enrique? No le he visto desde hace años, ni lo deseo. Ese Enrique siempre quiere pelea». Sólo dijo eso.

La conversación volvió a girar en torno al descontento de la señora Hill y la inconmovible actitud del abogado del señor Gascoigne.

Con cierta dificultad, Hércules Poirot logró al fin despedirse interrumpiéndola bruscamente.

Y de este modo, poco después de la hora de cenar, llegó a Elmcrest Dorset Road, Wimbledon, donde se alzaba la residencia del doctor Jorge Ramsey.

El doctor estaba en casa. Hércules Poirot fue introducido en el

consultorio, y el doctor Ramsey, que evidentemente acababa de levantarse de la mesa, no tardó en recibirle.

—No vengo a que me visite, doctor —le dijo el detective—. Y tal vez mi venida a esta casa tenga algo de importante…, pero prefiero hablar claro y sin rodeos. No me gusta el método que emplean los abogados, con tantos preámbulos y circunloquios.

Sin duda había despertado el interés de Ramsey. Era un hombre de mediana estatura, muy bien rasurado, de cabellos castaños, aunque con las pestañas casi blancas, lo cual daba a sus ojos una expresión triste. Sus ademanes eran rápidos y poseía cierto sentido del humor.

—¿Abogados? —preguntó alzando las cejas—. ¡Odio a esos individuos! Ha despertado usted mi curiosidad. Siéntese por favor, señor.

Poirot inclinóse hacia delante en gesto confidencial.

—Muchos de mis clientes son mujeres —dijo.

Las blancas Cejas de Ramsey se alzaron.

—Es natural —repuso el doctor Jorge Ramsey con un ligero parpadeo.

—Es natural, como usted dice —convino Poirot—. A las mujeres les desagrada la policía oficial. Prefieren las investigaciones privadas. No les gusta hacer públicos sus asuntos. Hace pocos días vino a consultarme una anciana. Estaba preocupada por su esposo, con el que llevaba enfadada muchos años. Su esposo era tío de usted, el finado señor Gascoigne.

—¿Mi tío? ¡Qué tontería! Su esposa murió hace muchísimos años.

—No me refiero a su tío don Antonio Gascoigne, sino a su otro tío, don Enrique Gascoigne.

—¿Tío Enrique? ¡Pero si no estaba casado!

—¡Oh, sí que lo estaba! —exclamó Poirot, mintiendo sin el menor empacho—. No tengo la menor duda. Esa señora incluso trajo el certificado de matrimonio.

—¡Es mentira! —exclamó Jorge Ramsey con el rostro rojo como las cerezas maduras—. No lo creo. Es usted un farsante.

—Qué lástima, ¿verdad? —dijo Poirot—. Ha cometido un crimen por nada.

—¿Un Crimen? —La voz de Ramsey se quebró, y sus ojos claros

expresaron terror.

—A propósito —continuó Poirot—. Veo que ha vuelto a comer tarta de zarzamoras. Es una costumbre imprudente. Las zarzamoras pueden estar llenas de vitaminas, pero resultan mortales en otro sentido. En esta ocasión creo que han ayudado a poner la soga alrededor del cuello de un hombre… de usted, doctor Ramsey.

—¿Sabe, *mon ami*? Donde se equivocó usted fue en su deducción fundamental —decía Hércules Poirot inclinado plácidamente sobre la mesita y dirigiéndose a su amigo—. Un hombre bajo una grave depresión moral no escoge esa ocasión para hacer algo que no hubiera hecho antes. Sus reflejos hubiesen seguido la rutina a que estaban acostumbrados. Un hombre preocupado por algo pudiera bajar a cenar en pijama…, pero será su pijama… no el de otra persona. Un hombre que aborrece la sopa espesa, la carne con mucha grasa y las zarzamoras, de pronto pide las tres cosas la misma noche. Usted dice que porque está pensando en otra cosa. Pero yo le digo que un hombre absorto en sus preocupaciones ordenaría automáticamente que le sirvieran lo que solía tomar a menudo. *Eh bien*, entonces, ¿qué otra explicación cabe?

»Luego me dijo usted que aquel hombre había desaparecido. Había dejado de acudir un martes y un jueves por primera vez durante años. Eso todavía me gustó menos. Una extraña hipótesis fue formándose en mi mente. De ser cierta, aquel hombre habrá muerto. Hice mis averiguaciones y había muerto… con una muerte cuidadosamente preparada. En otras palabras, el pescado malo había sido disimulado a fuerza de salsa.

»Fue visto en King's Road a eso de las siete y vino a cenar aquí a las siete y media… dos horas antes de su muerte. Todo concuerda… las pruebas, el contenido del estómago y la carta. ¡Demasiada salsa!

»Su adorado sobrino escribió la carta, su adorado sobrino tiene una coartada perfecta para la hora de la defunción del tío. Una muerte sencilla… una caída por la escalera. ¿Simple accidente? ¿O asesinato? Todo el mundo, al enjuiciar el caso desde diferentes puntos de vista, se inclina por lo primero.

»Su adorado sobrino es el único pariente. Su adorado sobrino heredará…, ¿pero es que hay algo que heredar? El tío era pobre.

»Pero hay un hermano. Un hermano que se casó con una mujer rica y que vive en una hermosa mansión en Kingston Hill, de modo que, al parecer, su mujer, al morir, le dejó todo su dinero. Vea las consecuencias… la esposa rica deja todo su dinero a Antonio, Antonio se lo deja a Enrique, y el dinero de Enrique va a parar a manos de Jorge… Una cadena completa.

—Todo muy bien en teoría —dijo el señor Bonnington—. Pero ¿cómo comprobarlo?

—Una vez se sabe…, por lo general se consigue lo que uno desea. Enrique murió dos horas después de una comida. Alrededor de eso gira todo este caso. Pero supongamos que esa comida no fuera la cena, sino el almuerzo.

»Póngase en el lugar de Jorge. Jorge quiere tener dinero… a toda costa. Antonio Gascoigne está agonizando…, pero su muerte no beneficia a Jorge. Su dinero pasará a Enrique, que tal vez puede vivir muchos años todavía. De modo que Enrique debe morir también… y cuanto antes mejor…, pero su muerte debe tener lugar después de la de Antonio, y al mismo tiempo Jorge debe procurarse una coartada. La costumbre de Enrique de cenar regularmente en cierto restaurante dos noches por semana le sugiere cuál va a ser su coartada. Como es un individuo cauteloso, primero ensaya su plan y se hace pasar por su tío la noche de un lunes, cenando, como era su costumbre, en el restaurante en cuestión.

»Todo va como una seda, y le aceptan como a su tío. Se siente satisfecho. Sólo tiene que esperar a que tío Antonio dé muestras definitivas de querer abandonar este mundo. Y llega la ocasión. Escribe una carta a su tío la tarde del dos de noviembre, pero la fecha el tres. Viene a la ciudad la tarde del día tres, va a ver a su tío y pone su plan en acción. Un fuerte empujón y allá va tío Enrique… escaleras abajo.

Jorge busca la carta que ha escrito y la mete en el bolsillo del batín de su tío. A las siete y media está en el Galante, con barba y cejas postizas, todo completo. Sin duda todos vieron con vida a Enrique Gascoigne a las siete y media. Luego, una metamorfosis rápida en cualquier lavabo público y el regreso en su automóvil y a toda marcha hacia Wimbledon, donde juega al bridge. La coartada perfecta muy bien estudiada.

El señor Bonnington le contempla fijamente.

—Pero ¿y el matasellos de la carta?

—¡Oh, eso es bien sencillo! Estaba falsificado. Cambiaron el dos por un tres. No se notaba, a menos que se supiera. Y por último, están las zarzamoras.

—¿Zarzamoras?

—El pastel de zarzamoras o de moras, como prefiera. Jorge, como puede usted comprender, no era lo bastante buen actor. Se caracterizó como su tío, andaba como su tío y hablaba como su tío, pero se olvidó comer como su tío, y pidió los platos que más le gustaban.

»Las zarzamoras manchan los dientes… y los del cadáver no lo estaban, a pesar de que Enrique Gascoigne comió pastel de zarzamoras en el Galante aquella noche. Y no se encontraron tampoco en su estómago. Lo pregunté esta mañana. Y Jorge ha sido lo bastante tonto como para conservar la barba y el resto del maquillaje. ¡Oh! Hay muchas pruebas si se buscan bien. Fui a visitarle y le aturdí. ¡Ese fue su fin! A propósito, había vuelto a comer zarzamoras. Es muy goloso… y se preocupa mucho de la comida. *Eh bien*, su glotonería le colgará, a menos que yo esté muy equivocado.

Una camarera les trajo dos raciones de tarta de zarzamoras.

—Lléveselas —dijo el señor Bonnington—. ¡Hay que andar con mucho cuidado! Tráigame un poco de tarta de manzana.

El sueño

Hércules Poirot fijó en la casa una mirada apreciativa. Sus ojos vagaron un momento por los edificios vecinos, las tiendas, la gran fábrica a la derecha, los bloques de pisos baratos en la acera de enfrente. Luego volvió de nuevo sus ojos a Northway House, reliquia de otros tiempos, de unos tiempos de espacios amplios y de ociosidad, cuando verdes campos circundaban su señorial arrogancia. En la actualidad, Northway House era un anacronismo, sumergida y olvidada en el torbellino febril del Londres moderno, y ni un hombre de entre cien podría decir dónde se encontraba.

Aún es más, muy pocos sabrían a quién pertenecía, aunque su dueño figurara entre los diez hombres más ricos del mundo. Pero el dinero, del mismo modo que puede conseguir publicidad, puede hacerla callar. Benedict Farley, el excéntrico millonario, había preferido no anunciar su residencia. A él mismo se le veía pocas veces, ya que muy raramente aparecía en público. De cuando en cuando se le veía en reuniones de Consejos de Administración, dominando fácilmente a los demás consejeros con su figura enjuta, su nariz aguileña y su voz áspera. Aparte de esto, no era sino una famosa figura de leyenda. Se hablaba de sus extrañas mezquindades, de sus generosidades increíbles, así como de otros detalles más íntimos, como su famosa bata de trozos de distintos colores, a la que se le calculaban veintiocho años, su invariable régimen de sopa de col y caviar, su odio a los gatos. Todas estas cosas las sabía el público.

Hércules Poirot también las sabía. Era todo lo que sabía del hombre a quien iba a visitar en aquel momento. La carta que llevaba en el bolsillo de su abrigo decía poco más.

Después de contemplar en silencio durante uno o dos minutos

aquella melancólica reliquia del pasado, subió los peldaños que conducían a la puerta principal y pulsó el timbre, mirando la hora en su pulcro reloj de pulsera, que había acabado por sustituir al voluminoso reloj de cadena, compañero suyo durante tantos años. Sí, eran exactamente las nueve y media. Como siempre, Hércules Poirot llegaba exactamente en punto.

La puerta se abrió después de un intervalo prudencial. Contra el iluminado vestíbulo se recortaba la silueta de un ejemplar perfecto del género de los concienzudos mayordomos.

—¿Mister Benedict Farley? —preguntó Hércules Poirot.

La mirada impersonal del mayordomo le miró de pies a cabeza, sin intención ofensiva, pero de un modo eficaz.

«*En gros et en detail*» aprobó Poirot para sus adentros.

—¿Ha sido usted citado, señor? —preguntó la suave voz del mayordomo.

—Sí.

—¿Su nombre, señor?

—*Monsieur* Hércules Poirot.

El mayordomo se inclinó, haciéndose a un lado. Hércules Poirot entró en la casa y el mayordomo cerró la puerta tras sí.

Pero todavía faltaba cumplir otra formalidad antes que las diestras manos del mayordomo cogieran el sombrero y el bastón del visitante.

—Le ruego me perdone, señor. Tengo que pedirle la carta.

Con parsimonia, Poirot sacó de su bolsillo la carta doblada y se la tendió al mayordomo. Éste se limitó a pasarle la vista por encima, devolviéndosela luego con una inclinación. Hércules Poirot la guardó de nuevo en el bolsillo. Su texto era muy sencillo:

Northway House, W. 8.
Monsieur Hércules Poirot.

Muy señor mío:

Mister Benedict Farley quisiera entrevistarse con usted para pedirle su valioso consejo. Le agradecería que se sirviera pasar por la dirección arriba indicada a las 9,30 de la noche, mañana (jueves), si ello no supone molestia para usted.

Atentamente.

Hugo Cornworthy, Secretario.

P. S.: Tenga la bondad de traer consigo esta carta.

Con ademanes diestros, el mayordomo liberó a Poirot de su sombrero, bastón y abrigo.

—¿Quiere tener la bondad de subir al despacho de mister Cornworthy? —dijo.

Le condujo por la ancha escalera. Poirot le siguió, dirigiendo miradas de admiración a los *objets d'art* de estilo rico y recargado. Sus gustos en arte siempre habían sido un poco burgueses.

En el primer piso, el mayordomo llamó con los nudillos a una puerta.

Poirot alzó las cejas muy ligeramente. Aquella era la primera nota discordante. ¡Porque los mejores mayordomos no llaman a las puertas con los nudillos y aquél era, sin duda alguna, un mayordomo de primera!

Era, por decirlo así, el primer contacto con las excentricidades de un millonario.

Una voz gritó algo desde el interior. El mayordomo abrió la puerta y anunció (de nuevo Poirot percibió una deliberada ausencia de protocolo):

—El caballero que usted esperaba, señor.

Poirot entró en la habitación. Era bastante grande, amueblada muy sencillamente en un estilo funcional. Archivadores, libros de consulta, un par de butacones y una gran mesa de aspecto imponente, llena de papeles convenientemente ordenados. Los rincones de la habitación permanecían en la penumbra, porque la única luz provenía de una gran lámpara de mesa con pantalla verde, colocada en una mesita, junto al brazo de uno de los sillones. Estaba colocada de modo que la luz daba de lleno en las personas que se acercaban desde la puerta. Hércules Poirot pestañeó un poco, calculando que la bombilla debía de ser por lo menos de ciento cincuenta vatios o más. En el sillón se sentaba una persona, vestida con una bata hecha de trocitos de distintos colores… Benedict Farley. Tenía la cabeza echada hacia adelante, en una postura característica, sobresaliéndole su nariz ganchuda como si fuera el pico de un pájaro. Un penacho de pelo blanco, semejante a la cresta

de una cacatúa, le salía de la frente. Detrás de los gruesos cristales de sus gafas le relucían los ojos, que escudriñaban con desconfianza a su visitante.

—¡Je! —dijo por último, con voz áspera y chillona—. Conque es usted Hércules Poirot, el famoso detective, ¿verdad?

—A su disposición —dijo Poirot cortésmente, inclinándose, con una mano en el respaldo de la silla.

—Siéntese, siéntese —dijo el anciano, irritado.

Hércules Poirot se sentó, dándole de lleno el resplandor de la lámpara. Desde la penumbra, el anciano parecía estudiarle atentamente.

—¿Cómo sé yo que es usted Hércules Poirot? —preguntó malhumorado—. Contésteme.

De nuevo extrajo Poirot la carta de su bolsillo y se la tendió a Farley.

—Sí —concedió de mala gana el millonario—. Eso es. Eso es lo que le dije a Cornworthy que escribiera —la dobló y se la tiró—. Conque es usted el hombre, ¿verdad?

Con una ligera ondulación de la mano, Poirot dijo:

—Le aseguro que no hay trampa.

De pronto, Benedict Farley se rio entre dientes.

—¡Eso es lo que dice el prestidigitador antes de sacar la paloma del sombrero! Decirlo es parte del truco, ¿sabe?

Poirot no contestó. Farley dijo de pronto:

—Está pensando que soy un viejo desconfiado, ¿verdad? Sí, lo soy. ¡No confíes en nadie! Ésa es mi divisa. No puede uno fiarse de nadie cuando se es rico. No, no, no conviene.

—¿Quería usted —insinuó Poirot suavemente— consultarme algo?

El anciano asintió.

—Eso es. Compra siempre lo mejor. Ésa es mi divisa. Vete al experto y no mires el precio. Habrá notado usted, *monsieur* Poirot, que no le he preguntado cuáles son sus honorarios. ¡Y no pienso preguntárselo! Luego me envía usted la cuenta… Por eso no vamos a reñir. Los idiotas esos de la lechería se creían que podían cobrarme los huevos a dos chelines con nueve peniques, cuando el precio del mercado es de dos con siete, ¡pandilla de bandoleros! No consiento que me engañen. Pero tratándose del hombre que está en

la cumbre, es otra cosa. Ese hombre vale el dinero que cuesta. Yo también estoy en la cumbre y lo sé.

Hércules Poirot no respondió. Le escuchaba con atención, inclinando un poco la cabeza hacia un lado.

A pesar de su rostro impasible, en su interior se sentía desilusionado. No podía decir exactamente por qué. Hasta aquel momento, Benedict Farley había parecido muy auténtico, es decir, se había ajustado a la idea general que de él se tenía, y, sin embargo…, Poirot estaba desilusionado.

«Este hombre —dijo para sus adentros con profundo desagrado — es un charlatán… ¡nada más que un charlatán!».

Había conocido otros millonarios, también excéntricos, pero en casi todos ellos había encontrado una especie de fuerza, una energía interior que había merecido su respeto. Si hubieran llevado una bata de retazos de colores hubiera sido porque les gustaba llevar una bata así. Pero la bata de Benedict Farley, o al menos así se lo parecía a Poirot, era fundamentalmente un objeto de guardarropía. Así como el hombre era fundamentalmente teatral. Poirot estaba seguro de que cada palabra pronunciada por Farley era dicha para causar impresión.

—¿Quería usted consultarme algo, mister Farley? —repitió con voz desprovista de entonación.

La actitud del millonario cambió bruscamente.

Se inclinó hacia delante. Su voz se convirtió en un gruñido.

—Sí. Sí… Quiero ver qué dice usted, saber lo que piensa… ¡Ir siempre a la cumbre! ¡Ése es mi sistema! El mejor médico…, el mejor detective…, entre los dos está la cosa.

—Hasta ahora, *monsieur*, no comprendo.

—Claro que no —saltó Farley—. No he empezado todavía a contarle nada.

De nuevo se inclinó hacia adelante y espetó bruscamente una pregunta:

—¿Qué sabe usted, *monsieur* Poirot, de los sueños?

El detective alzó las cejas. Esperaba cualquier cosa menos aquello.

—Para eso, *monsieur* Farley, le recomiendo el «libro de los Sueños», de Napoleón…, o la moderna psiquiatría.

Benedict Farley dijo escuetamente:

—He probado ambas cosas…

Se produjo una pausa. Luego, el millonario empezó a hablar, primero con voz que era casi un susurro y que fue subiendo gradualmente de tono.

—Siempre es el mismo sueño, noche tras noche. Y tengo miedo, se lo aseguro; tengo miedo… Siempre igual. Estoy sentado en mi despacho, al lado de éste. Sentado ante mi mesa, escribiendo, hay allí un reloj, lo miro y veo la hora…, exactamente las tres y veintiocho minutos. Siempre la misma hora, ¿entiende? *Y cuando veo la hora, monsieur Poirot, sé que tengo que hacerlo*. No quiero hacerlo, odio hacerlo, pero tengo que hacerlo…

Su voz se había convertido en un chillido.

Imperturbable, Poirot dijo:

—¿Y qué tiene usted que hacer?

—A las tres y veintiocho minutos —dijo Benedict Farley con voz ronca— abro el segundo cajón de la derecha de mi mesa, saco un revólver que guardo allí, lo cargo y me dirijo a la ventana. Y entonces… y entonces…

—¿Sí?

Benedict Farley dijo en un susurro:

—Entonces me pego un tiro…

Se produjo un silencio. Luego Poirot dijo:

—¿Ése es su sueño?

—Sí.

—¿El mismo todas las noches?

—Sí.

—¿Qué ocurre después de pegarse usted el tiro?

—Me despierto.

Poirot movió lentamente la cabeza, pensativo.

—Por simple curiosidad, ¿tiene usted un revólver en ese determinado cajón?

—Sí.

—¿Por qué?

—Siempre lo he tenido. Es mejor estar preparado.

—¿Preparado para qué?

Farley dijo, irritado:

—Un hombre de mi posición tiene que estar en guardia. Todos los ricos tienen enemigos.

Poirot no continuó con el tema. Permaneció en silencio durante un momento y luego dijo:

—¿Cuál es el verdadero motivo que le hizo llamarme?

—Se lo voy a decir. Primeramente consulté a un médico…, a tres médicos, para ser exacto.

—Siga usted.

—El primero me dijo que todo era culpa de mi régimen alimenticio. Era un hombre mayor. El segundo era un joven de la moderna escuela. Aseguró que todo dependía de cierto hecho que había tenido lugar en mi infancia a aquella hora, a las tres y veintiocho. Dijo que estoy tan decidido a no recordar aquel hecho, que lo simbolizo matándome. Ésa fue su explicación.

—¿Y el tercer médico? —preguntó Poirot.

Benedict Farley, furioso, alzó la voz, que se convirtió en un chillido.

—Es un hombre joven también. ¡Tiene una teoría ridícula! ¡Sostiene que estoy cansado de la vida, que mi vida me resulta tan insufrible que quiero terminar con ella! Pero como reconocer este hecho sería reconocer que soy un fracasado, cuando estoy despierto me niego a aceptar la verdad. Pero estando dormido, todas las inhibiciones son eliminadas y hago lo que realmente deseo hacer: matarme.

—Su punto de vista es que usted, aunque sin saberlo, desea suicidarse, ¿no? —dijo Poirot.

Benedict Farley chilló:

—Y eso es imposible, ¡imposible! ¡Soy completamente feliz! ¡Tengo todo lo que quiero, todo lo que el dinero puede comprar! ¡Es fantástico, es increíble que a alguien se le ocurra mencionar siquiera semejante cosa!

Poirot le miró con interés. El temblor de las manos, la estridencia vacilante de la voz, parecían indicar que quizá la negativa fuera demasiado vehemente, que la misma insistencia en negar era sospechosa. Pero se limitó a decir:

—¿Y cuando intervengo yo, *monsieur*?

Benedict Farley se calmó de pronto y se puso a dar golpecitos enérgicos en la mesa que tenía al lado.

—Existe otra posibilidad. Y, si es cierta, usted es el hombre indicado. ¡Es usted famoso, ha tenido usted cientos de casos

fantásticos, inverosímiles! Si alguien puede saberlo, ese alguien es usted.

—¿Saber el qué?

Farley bajó la voz, hasta convertirla en un susurro.

—Supongamos que alguien quisiera matarme… ¿Podría hacerlo de esta manera? ¿Podría hacerme soñar ese sueño, noche tras noche?

—¿Quiere usted decir por hipnotismo?

—Sí.

Hércules Poirot estudió la cuestión.

—Me figuro que sería posible —dijo por fin—. Es más bien asunto para un médico.

—¿No ha encontrado usted ningún caso así en su vida profesional?

—De ese tipo precisamente, no.

—¿Comprende usted adonde quiero ir a parar? Me obligan a que sueñe siempre lo mismo, noche tras noche, noche tras noche…, hasta que un día la sugestión sea demasiado fuerte… y la siga. Haga lo que tantas veces he soñado: matarme.

Hércules Poirot movió la cabeza lentamente.

—¿No lo cree usted posible? —preguntó Farley.

—¿Posible? —Poirot movió de nuevo la cabeza—. Ésa es una palabra que no me gusta.

—Pero ¿lo cree usted improbable?

—Sumamente improbable.

Benedict Farley murmuró:

—El médico dijo lo mismo…

Luego, alzando de nuevo la voz, chilló:

—Pero ¿por qué tengo ese sueño? ¿Por qué? ¿Por qué?

Hércules Poirot movió la cabeza, pensativo.

Benedict Farley dijo bruscamente:

—¿Está usted seguro de que nunca ha tropezado con un caso como éste?

—Nunca.

—Eso es lo que quería saber.

Con delicadeza, Poirot se aclaró la garganta.

—¿Me permite que le haga una pregunta? —dijo.

—¿Qué pregunta? ¿Qué pregunta? Diga lo que quiera.

—¿De quién sospecha usted que quiere matarle?

Farley saltó:

—De nadie. De nadie en absoluto.

—Pero ¿se le pasó la idea por la imaginación? —insistió Poirot.

—Quería saber… si existía la posibilidad.

—Hablando según mi experiencia personal, yo diría *no*. Por cierto, ¿le han hipnotizado alguna vez?

—Por supuesto que no. ¿Cree usted que me prestaría a semejante payasada?

—Entonces creo que podemos decir que su teoría es decididamente improbable.

—Pero ¿y el sueño, hombre, y el sueño?

—El sueño es muy extraño, ciertamente —dijo Poirot pensativo. Permaneció en silencio un instante y luego dijo:

—Me gustaría ver la escena de este drama, la mesa, el reloj y el revólver.

—Naturalmente; vamos a la habitación de al lado.

Recogiendo los pliegues de su bata, el anciano se enderezó a medias en su sillón. Luego, de súbito, como si una idea le hubiera asaltado de pronto, volvió a sentarse.

—No —dijo—. No hay nada que ver allí. Le he contado todo lo que hay que contar.

—Pero me gustaría verlo por mí mismo…

—No hace falta —saltó Farley—. Me ha dado usted su opinión. Eso es todo.

Poirot se encogió de hombros.

—Como guste —dijo levantándose—. Siento, mister Farley, no haberle podido ayudar.

Benedict Farley tenía la vista fija enfrente de él.

—No quiero rollos ni tonterías —gruñó—. Le he dicho a usted los hechos, usted no puede sacar nada en limpio de ellos…, asunto liquidado. Puede usted enviarme la cuenta por la consulta.

—No dejaré de hacerlo —dijo el detective secamente, encaminándose luego hacia la puerta.

—Espere un momento —llamó el millonario—. La carta…, démela.

—¿La carta de su secretario?

—Sí.

Poirot alzó las cejas. Metió la mano en el bolsillo, sacó una hoja doblada y se la tendió al anciano. Éste la examinó detenidamente, poniéndola luego en la mesita, con un gesto de asentimiento.

Hércules Poirot se dirigió de nuevo a la puerta. Estaba desconcertado. En su imaginación le daba vueltas y más vueltas a la historia que le acababan de contar. Sin embargo, en medio de su preocupación mental, le molestaba la sensación de algo mal hecho, y no por Benedict Farley, sino por él.

Con la mano en el tirador de la puerta, se hizo la luz en su mente. ¡Él, Hércules Poirot, había cometido un error! Entró de nuevo en la habitación.

—¡Mil perdones! ¡Interesado por su problema, he cometido una tontería! La carta que le di…, por error, metí la mano en el bolsillo de la derecha, en vez de hacerlo en el de la izquierda…

—¿Qué es eso? ¿Qué es eso?

—La carta que acabo de darle…, una disculpa de mi lavandera con respecto al trato que da a mis cuellos…

Sonriendo en son de disculpa, Poirot hundió la mano en el bolsillo izquierdo.

—Ésta es su carta —dijo.

Benedict Farley se la arrebató gruñendo.

—¿Por qué diablos no se fija en lo que hace?

Poirot recobró la comunicación de su lavandera, se disculpó cortésmente una vez más y salió de la habitación.

Durante un momento se detuvo en el descansillo de la escalera. Era de buen tamaño. Directamente enfrente de él había un gran banco de roble, de respaldo alto, y una mesa larga. En la mesa había revistas. Había también dos butacas y una mesa con flores. Le recordó un poco la sala de espera de un dentista. El mayordomo estaba abajo, en el vestíbulo, esperando para abrirle la puerta.

—¿Le busco un taxi, señor?

—No; gracias. Hace buena noche. Iré andando.

Hércules Poirot se detuvo en la acera, esperando un momento en que el tráfico fuera menos intenso para cruzar la calle. Una arruga surcaba su frente.

«No —dijo para sí—. No entiendo nada. Nada tiene sentido. Es lamentable tener que reconocerlo; pero yo, Hércules Poirot, estoy completamente desconcertado».

Eso fue lo que podríamos llamar el primer acto de drama. El segundo acto tuvo lugar una semana después. Empezó con una llamada telefónica de un tal doctor John Stillingfleet.

El doctor dijo, con notable falta de decoro profesional:

—¿Es usted, Poirot, viejo zorro? Le habla Stillingfleet.

—Sí, amigo mío. ¿De qué se trata?

—Le hablo desde Northway House, la casa de Benedict Farley.

—¡Ah!, ¿sí? —la voz de Poirot se animó—. ¿Y qué tal está… mister Farley?

—Farley ha muerto. Se pegó un tiro esta tarde.

Permanecieron un momento en silencio. Luego Poirot dijo:

—Siga.

—Ya veo que no le ha sorprendido mucho. Sabe usted algo del asunto, ¿eh, viejo zorro?

—¿Qué le hace a usted pensarlo así?

—Bueno; no se trata de ninguna deducción brillante de telepatía, ni de nada por el estilo. Encontramos una nota de Farley dirigida a usted, citándole para hace cosa de una semana.

—Comprendo.

—Tenemos aquí un inspector de Policía inofensivo; hay que andarse con cuidado cuando uno de estos millonarios se quita de en medio. Pensé que a lo mejor nos aclararía usted algo. ¿Podría dejarse caer por aquí?

—Voy inmediatamente.

—Así se habla, viejo. Un trabajito sucio, ¿verdad?

Poirot se limitó a repetir que iba inmediatamente para allá.

—¿No quiere usted levantar la liebre en el teléfono? Muy bien. Hasta ahora.

Un cuarto de hora más tarde Poirot estaba sentado en la biblioteca, en una habitación larga, baja de techo, situada en la parte de atrás del piso bajo del Northway House. En la habitación había otras cinco personas: el inspector Barnett, el doctor Stillingfleet, mistress Farley, viuda del millonario; Joanna Farley, su única hija, y Hugo Cornworthy, su secretario particular.

El inspector Barnett era un hombre discreto, de aspecto militar. El doctor Stillingfleet, cuyos modales profesionales eran

completamente distintos de su estilo telefónico, era un joven de treinta años, alto y de rostro alargado.

Mistress Farley, evidentemente mucho más joven que su marido, era una mujer hermosa y morena. Ni su boca dura ni sus ojos negros dejaban traslucir la menor emoción. Parecía completamente dueña de sí. Joanna Farley era rubia y pecosa. Había heredado de su padre la nariz ganchuda y la barbilla saliente. Tenía una mirada inteligente y aguda. Hugo Cornworthy era un hombre un poco anodino, vestido muy correctamente. Parecía inteligente y eficiente.

Tras los saludos y las presentaciones de rigor, Poirot relató sencilla y claramente los incidentes de su visita a Northway House y la historia que le había contado Benedict Farley. No pudo quejarse de falta de interés por parte de sus oyentes.

—¡La historia más extraordinaria que he oído en mi vida! —dijo el inspector—. Un sueño, ¿verdad? ¿Sabía usted algo de esto, mistress Farley?

Ella hizo un ademán de afirmación.

—Mi marido me habló de ello. Le tenía muy disgustado. Yo…, yo le dije que era mala digestión…, su régimen alimenticio, ¿sabe? Era muy raro, y le propuse que llamara al doctor Stillingfleet.

El joven negó con la cabeza.

—No me consultó a mí —dijo—. Según lo que cuenta *monsieur* Poirot, presumo que fue a Harley Street[4].

—Me gustaría conocer su opinión al respecto, doctor —dijo Poirot—. Mister Farley me dijo que había consultado a tres especialistas. ¿Qué opina usted de las teorías que expusieron?

Stillingfleet frunció el ceño.

—Es difícil decirlo. Tiene usted que tener en cuenta que lo que él le dijo a usted no fue exactamente lo que le dijeron a él. Era la interpretación de un profano.

—¿Quiere usted decir que cambió la terminología?

—No precisamente eso. Quiero decir que le habrán dado su parecer en términos técnicos, él habrá tergiversado un poco el sentido y luego lo refunde con sus propias palabras.

—¿De modo que lo que me dijo a mí no fue exactamente lo que los médicos le dijeron?…

—Sí; eso viene a ser. Lo interpretó todo un poco mal, no sé si me entiende.

Poirot asintió pensativo.

—¿Se sabe a quién ha consultado? —preguntó.

Mistress Farley negó con la cabeza, y Joanna Farley observó:

—Ninguno de nosotros tenía la menor idea de que hubiera consultado a nadie.

—¿Le habló a usted de su sueño? —preguntó Poirot.

La chica negó con la cabeza.

—¿Y a usted, mister Cornworthy?

—No; no me dijo ni una palabra. Yo tomé una carta que me dictó para usted, pero no tenía la menor idea de por qué quería consultarle. Creí que podría tener relación con alguna irregularidad de algún negocio.

Poirot preguntó:

—¿Y ahora puedo saber los detalles de la muerte de mister Farley?

El inspector Barnett interrogó con la mirada a mistress Farley y al doctor Stillingfleet, tomando luego la palabra.

—Mister Farley tenía costumbre de trabajar en su despacho del primer piso todas las tardes. Tengo entendido que se proyectaba una fusión de negocios muy importante.

Miró a Hugo Cornworthy, quien dijo:

—Autobuses de Línea Unidos.

—En relación con ese acuerdo —continuó el inspector—, mister Farley había accedido a conceder una entrevista a dos periodistas. Muy pocas veces concedía entrevistas; aproximadamente una vez cada cinco años, según tengo entendido. En consecuencia, dos periodistas, uno de Asociación de la Prensa y otro de Periódicos Unidos, llegaron aquí a las tres y cuarto, hora para la que habían sido citados. Esperaron en el primer piso, a la puerta del despacho de mister Farley, que era donde solían esperar las personas citadas por él. A las tres y veinte llegó un mensajero de las oficinas de Autobuses de Línea Unidos con unos papeles urgentes. Fue introducido en el despacho de mister Farley, donde entregó los documentos. Mister Farley le acompañó a la puerta y desde allí dijo a los dos periodistas: «Siento hacerles esperar, señores, pero tengo que ocuparme de un asunto urgente. Haré lo posible por terminar pronto». Los dos periodistas, mister Adams y mister Stoddart, manifestaron que esperarían lo que hiciera falta. Él volvió a su

despacho, cerró la puerta… y nadie volvió a verle vivo.

—Continúe —dijo Poirot.

—Un poco después de las cuatro —prosiguió el inspector—, mister Cornworthy salió de su despacho, contiguo al de mister Farley, y se sorprendió al ver que los dos periodistas aún seguían allí. Quería que mister Farley firmara algunas cartas y le pareció conveniente recordarle también que aquellos dos señores estaban esperando. Por consiguiente, entró en el despacho de mister Farley. Con gran sorpresa por su parte, al principio no pudo ver a mister Farley y creyó que la habitación estaba vacía. Entonces vio una bota que salía de debajo de la mesa (la mesa está colocada frente a la ventana). Se dirigió rápidamente a la mesa y encontró a mister Farley en el suelo, muerto, con un revólver al lado. Mister Cornworthy salió corriendo de la habitación y dio instrucciones al mayordomo para que telefoneara al doctor Stillingfleet. Aconsejado por éste, mister Cornworthy informó también a la policía.

—¿Oyó alguien el disparo? —preguntó Poirot.

—No. El tránsito es muy ruidoso aquí y la ventana del descansillo de la escalera estaba abierta. Con todos los camiones que pasan y con las bocinas hubiera sido muy improbable que alguien lo hubiera oído.

Poirot asintió pensativo.

—¿A qué hora se supone que murió? —preguntó.

Stillingfleet dijo:

—Examiné el cadáver tan pronto llegué aquí, es decir, a las cuatro y treinta y dos minutos. Mister Farley llevaba muerto por lo menos una hora.

Poirot tenía una expresión muy grave.

—Entonces parece posible que su muerte haya ocurrido a la hora que me dijo…, es decir, a las tres y veintiocho minutos.

—Exacto —dijo Stillingfleet.

—¿Había huellas en el revólver?

—Sí; las suyas.

—¿Y el revólver?

El inspector cogió la palabra.

—Era el que guardaba en el segundo cajón de la derecha de su mesa, tal y como le dijo a usted. Mistress Farley lo ha identificado. Además, la habitación sólo tiene una puerta, la que da al

descansillo. Los dos periodistas estaban sentados exactamente enfrente de la puerta y juran que nadie entró en la habitación desde que mister Farley les habló hasta que mister Cornworthy entró, un poco después de las cuatro.

—¿De modo que todo parece indicar que mister Farley se ha suicidado?

El inspector Barnett sonrió.

—No habría la menor duda, a no ser por un detalle.

—¿Que es…?

—La carta que le escribió a usted.

Poirot sonrió a su vez.

—¡Comprendo!… ¡Donde interviene Hércules Poirot surge inmediatamente la idea de asesinato!

—Exacto —dijo el inspector brevemente—. Sin embargo, después de haber aclarado usted la situación…

Poirot le interrumpió.

—Un momentito —se volvió hacia mistress Farley—. ¿Había sido hipnotizado alguna vez su marido?

—Nunca.

—¿Había estudiado hipnotismo? ¿Estaba interesado en el asunto?

Ella hizo un movimiento negativo con la cabeza.

—No lo creo.

De pronto su autodominio pareció venirse abajo.

—¡Aquel sueño tan horrible! ¡Es tan extraño! ¡Eso de que haya soñado lo mismo noche tras noche…, y luego…, es como si…, como si hubiera sido acosado, empujado a la muerte!

Poirot recordó lo que Benedict Farley le había dicho: *«Hago lo que realmente deseo hacer: matarme»*.

—¿Se le había ocurrido alguna vez —preguntó Poirot— que su marido tuviera deseos de suicidarse?

—No… bueno, algunas veces estaba un poco raro…

Intervino airada Joanna Farley, con voz clara y despectiva:

—Papá nunca se hubiera suicidado. Tenía demasiado cuidado de su persona.

El doctor Stillingfleet dijo:

—La gente que amenaza suicidarse, miss Farley, no suele ser la que realmente se suicida. Por eso muchos suicidios parecen

inexplicables.

Poirot se puso en pie.

—¿Se me autoriza ver la habitación donde ocurrió la tragedia? —preguntó.

—Por supuesto. Doctor Stillingfleet…

El doctor acompañó a Poirot escalera arriba.

El despacho de Benedict Farley era mucho más grande que el de su secretario. Estaba lujosamente amueblado con amplios butacones tapizados de cuero, una gruesa alfombra de lana y una mesa espléndida, de tamaño extraordinario.

Pasando detrás de la mesa, Poirot se dirigió al lugar, delante de la ventana, en que la alfombra mostraba una mancha oscura. Recordó las palabras del millonario: «A las tres y veintiocho minutos abro el segundo cajón de la derecha de mi mesa, saco un revólver que guardo allí, lo cargo y me dirijo a la ventana… Y entonces…, y entonces me pego un tiro».

Movió la cabeza pensativo. Luego dijo:

—¿Estaba abierta la ventana como ahora?

—Sí; pero nadie pudo entrar por ahí.

Poirot asomó la cabeza. No había antepecho alguno, ni balaustrada ni cañería. Ni siquiera un gato hubiera podido entrar por aquel lado. Enfrente se alzaba la desnuda pared de la fábrica, una pared sin ventanas. Stillingfleet dijo:

—¡Vaya habitación para despacho de un millonario, con esa vista! Es como mirar a la pared de una cárcel.

—Sí —dijo Poirot. Retiró la cabeza y se quedó mirando a la masa de sólido ladrillo—. Creo que esa pared es importante.

Stillingfleet le miró con curiosidad.

—¿Quiere usted decir… psicológicamente?

Poirot se había acercado a la mesa. Sin propósito definido, al parecer, cogió un par de pinzas extensibles. Apretó las asas y las pinzas se extendieron en toda su longitud. Con cuidado, Poirot cogió una cerilla usada que había junto a un butacón, a cierta distancia, y la depositó en el cesto de los papeles.

—Cuando haya terminado usted de jugar con eso… —dijo Stillingfleet irritado.

Hércules Poirot murmuró:

—Un invento ingenioso.

Y colocó de nuevo las pinzas en la mesa. Luego preguntó:

—¿Dónde estaban mistress y miss Farley a la hora de… la muerte?

—Mistress Farley estaba descansando en su habitación, en el piso de encima de éste. Miss Farley estaba pintando en su estudio, en el último piso de la casa.

Distraídamente, Hércules Poirot tamborileó con los dos dedos en la mesa durante un minuto o dos. Luego dijo:

—Me gustaría ver a miss Farley. ¿Podría usted decirle que viniera aquí un momento?

—Si usted quiere…

Stillingfleet le miró con curiosidad, saliendo luego de la habitación. Transcurridos unos dos minutos la puerta se abrió y entró Joanna Farley.

—¿Tiene usted inconveniente, *mademoiselle*, en que le haga unas cuantas preguntas?

Ella le miró con serenidad.

—Pregunte todo lo que guste.

—¿Sabía usted que su padre tenía un revólver en su mesa escritorio?

—No.

—¿Dónde estaban usted y su madre…, es decir, su madrastra, no es así?

—Sí; Louise es la segunda mujer de mi padre. Sólo es ocho años mayor que yo. ¿Iba usted a decir?

—¿Dónde estaban ustedes el jueves de la semana pasada? El jueves por la noche, quiero decir.

Ella pensó un momento.

—¿El jueves? Espere que piense. ¡Ah, sí!, habíamos ido al teatro. A ver *El perrito que se rio*.

—¿No mostró su padre deseos de acompañarlas?

—Nunca iba al teatro.

—¿Qué solía hacer por las tardes?

—Se sentaba aquí y leía.

—¿No era hombre muy sociable?

La chica le miró directamente a los ojos.

—Mi padre —dijo— era una persona sumamente desagradable. Nadie que viviera en estrecho contacto con él podría tenerle el

menor cariño.

—Eso, *mademoiselle*, es hablar con claridad.

—Le estoy ahorrando tiempo, *monsieur* Poirot. Me doy perfecta cuenta de lo que busca usted. Mi madrastra se casó con mi padre por el dinero. Yo vivo aquí porque no tengo dinero para vivir en otro sitio. Hay un chico con el que me quiero casar, un chico pobre; mi padre le hizo perder su empleo. Quería, ¿comprende?, que me casara bien…, cosa muy fácil, porque voy a ser su heredera.

—¿Pasa a usted la fortuna de su padre?

—Sí. Es decir, dejó a Louise, mi madrastra, un cuarto de millón de libras, exentas de impuestos, y hay algunos otros legados; pero el resto viene a parar a mí —sonrió de pronto—. Conque ya ve usted, *monsieur* Poirot, que tenía muchos motivos para desear la muerte de mi padre.

—Ya veo, *mademoiselle*, que ha heredado usted su inteligencia.

Ella dijo, pensativa:

—Mi padre era inteligente… Sentía uno su poder, su fuerza conductora…; pero se había vuelto amargo, áspero…, no le quedaba nada de humanidad…

Hércules Poirot dijo en voz baja:

—*Gran Dieu*, pero ¡qué imbécil soy!…

Joanna Farley se volvió hacia la puerta.

—¿Algo más?

—Dos preguntitas. Estas pinzas —cogió las pinzas extensibles—, ¿estaban siempre en la mesa?

—Sí. Papá las usaba para coger cosas. No le gustaba agacharse.

—Otra pregunta. ¿Tenía su padre buena vista?

Ella se le quedó mirando.

—No…; no podía ver nada, es decir, no podía ver sin las gafas. Había tenido mala vista desde que era un chiquillo.

—Pero ¿veía bien con sus gafas?

—¡Ah!, sí; con las gafas veía muy bien, naturalmente.

—¿Podía leer periódicos y letra pequeña?

—Sí, sí.

—Eso es todo, señorita.

Joanna Farley salió de la habitación.

Poirot murmuró:

—He sido un estúpido. He tenido la solución todo el tiempo

delante de las narices. Y, como estaba tan cerca, no pude verla.

Una vez más se asomó a la ventana. Abajo, en el estrecho espacio que separaba la casa de la fábrica, vio un pequeño objeto oscuro. Hércules Poirot movió la cabeza, satisfecho, y bajó de nuevo la escalera. Los demás seguían en la biblioteca. Poirot se dirigió al secretario.

—Mister Cornworthy, quiero que me relate usted con detalle todas las circunstancias relacionadas con la carta que me escribió mister Farley. Por ejemplo, ¿cuándo la dictó?

—El miércoles por la tarde, a las cinco y media, si no recuerdo mal.

—¿Le dio instrucciones especiales para echarla al correo?

—Me dijo que la llevara yo mismo.

—¿Y lo hizo usted así?

—Sí.

—¿Le dio instrucciones especiales al mayordomo respecto al modo de recibirme?

—Sí. Me dijo que le dijera a Holmes (Holmes es el mayordomo) que iba a venir un señor a las nueve y media. Tenía que preguntarle el nombre y pedirle que le enseñara la carta.

—Unas precauciones un poco extrañas, ¿no le parece?

Cornworthy se encogió de hombros.

—Mister Farley —dijo, escogiendo las palabras— era un hombre bastante raro.

—¿No dio más instrucciones?

—Sí. Me dijo que podía salir, que tenía el resto de la tarde libre.

—¿Y lo hizo usted?

—Sí. En seguida de cenar me fui al cine.

—¿Cuándo regresó usted?

—Volví a las once menos cuarto.

—¿Volvió usted a ver a mister Farley aquella noche?

—No.

—¿Y no mencionó el asunto a la mañana siguiente?

—No.

Poirot hizo una pausa; luego prosiguió:

—Cuando vine no me pasaron al despacho de mister Farley.

—No. Me dijo que le dijera a Holmes que le pasara a usted a mi despacho.

—¿Por qué? ¿Lo sabe usted?

Cornworthy negó con un movimiento de cabeza.

—Nunca discutía las órdenes de mister Farley —dijo fríamente —. Le hubiera molestado que lo hiciera.

—¿Solía recibir a sus visitas en su propio despacho?

—De costumbre, sí, pero no siempre. Algunas veces las recibía en mi despacho.

—¿Había alguna razón para ello?

Hugo Cornworthy consideró la cuestión.

—No…, no lo creo…; nunca me paré a pensar en ello.

Volviéndose hacia mistress Farley, Poirot preguntó:

—¿Me permite usted que llame a su mayordomo?

—Desde luego, *monsieur* Poirot.

Muy correcto, muy cortés, Holmes acudió a la llamada.

—¿Llamaba la señora?

Mistress Farley señaló a Poirot con un gesto. Holmes se volvió hacia él muy atento.

—Usted dirá, señor.

—¿Qué instrucciones recibió usted, Holmes, la noche del jueves en que vine yo aquí?

Holmes se aclaró la garganta y luego dijo:

—Después de cenar, mister Cornworthy me comunicó que mister Farley esperaba a *monsieur* Hércules Poirot a las nueve y media. Yo tenía que averiguar el nombre del señor y comprobarlo mirando una carta. Luego tenía que conducirlo al despacho del secretario mister Cornworthy.

—¿También le dijeron que llamara a la puerta con los nudillos?

Al rostro del mayordomo asomó una expresión de desagrado.

—Ésa era orden de mister Farley. Tenía que llamar a la puerta siempre que introdujera alguna visita…, alguna visita de negocios, se entiende —añadió.

—¡Ah, eso me tenía perplejo! ¿Recibió usted alguna otra instrucción con respecto a mí?

—No, señor. Cuando mister Cornworthy me dijo lo que acabo de repetirle a usted, salió a la calle.

—¿Qué hora era?

—Las nueve menos diez, señor.

—¿Vio usted a mister Farley después de eso?

—Sí, señor. Le llevé un vaso de agua caliente a las nueve, como de costumbre.

—¿Estaba entonces en su despacho o en el de mister Cornworthy?

—En su despacho, señor.

—¿No observó usted nada fuera de lo normal en la habitación?

—¿Fuera de lo normal? No, señor.

—¿Dónde estaban mistress y miss Farley?

—Habían ido al teatro, señor.

—Gracias, Holmes. Eso es todo.

Holmes se inclinó y salió de la habitación. Poirot se volvió hacia la viuda del millonario.

—Otra pregunta, mistress Farley. ¿Veía bien su esposo?

—No. Sin gafas, no.

—¿Era muy corto de vista?

—¡Oh!, sí; no podía valerse sin sus gafas.

—¿Tenía varios pares de gafas?

—Sí.

—¡Ah! —dijo Poirot. Y se echó hacia atrás—. Creo que con esto concluye el caso…

Se hizo el silencio en la habitación. Todos miraban al hombrecillo, que se acariciaba el bigote con expresión complacida. El rostro del inspector mostraba perplejidad, el doctor Stillingfleet fruncía el ceño, Cornworthy se limitaba a mirar sin comprender; mistress Farley parecía atónita y Joanna Farley anhelante. Mistress Farley rompió el silencio.

—No comprendo, *monsieur* Poirot —dijo irritada—. El sueño…

—Sí —dijo Poirot—. El sueño era muy importante.

Mistress Farley se estremeció.

—Nunca creí en nada sobrenatural —dijo—; pero ahora… soñarlo noche tras noche…

—Es extraordinario —dijo Stillingfleet—. ¡Extraordinario! Si no fuera usted quien lo dice, Poirot, y si no lo supiera de buena tinta… —tosió turbado, volviendo a adoptar su actitud profesional—. Perdón, mistress Farley; si el propio mister Farley no le hubiera contado a usted la historia…

—Exacto —dijo Poirot. Sus ojos, que había tenido entornados, se abrieron de pronto. Parecían muy verdes—. *Si Benedict Farley no me*

lo hubiera dicho…

Hizo una pausa, dirigiendo una mirada al círculo de rostros atónitos que le rodeaba.

—Algunas de las cosas que ocurrieron aquella noche me parecían completamente inexplicables. Primero, ¿por qué insistir tanto en que trajera conmigo la carta en que me citaron?

—Identificación —sugirió Cornworthy.

—No, no, querido joven. Esa idea es ridícula. Tiene que haber alguna otra razón de mucho más peso. Porque mister Farley no se limitó a pedir que yo presentara la carta, sino que de modo tajante me pidió que la dejara aquí. Y aún es más, ¡ni siquiera la destruyó! La encontraron esta tarde entre sus papeles. *¿Por qué la conservó?*

La voz de Joanna Farley interrumpió, diciendo:

—Quería que, si le pasaba algo, se conocieran los detalles de su extraño sueño.

Poirot hizo un ademán de aprobación.

—Es usted sagaz, *mademoiselle*. Ése debe ser, no tiene más remedio que ser, el motivo de haber guardado la carta. Cuando mister Farley muriera tenía que conocerse la historia de aquel extraño sueño. Aquel sueño era muy importante. Aquel sueño, *mademoiselle, era vital*. Voy a ocuparme ahora —continuó— del segundo extremo. Después de escuchar su historia le pedí a mister Farley que me mostrara la mesa y el revólver. Parecía a punto de levantarse para hacerlo, y de pronto se niega. ¿Por qué se niega?

Esta vez nadie anticipó la respuesta.

—Haré la pregunta de otra manera. *¿Qué había en el cuarto contiguo que mister Farley no quería que yo viera?*

Todos continuaron en silencio.

—Sí —dijo Poirot—; es difícil contestar a esta pregunta. Y, sin embargo, había una razón, una razón muy importante, para que mister Farley me recibiera en el despacho de su secretario y se negara en redondo a llevarme a su propio despacho. *Algo había en aquel cuarto que no podía dejarme ver*. Y ahora llego a la tercera cosa inexplicable que ocurrió aquella noche. Mister Farley, en el momento en que me marchaba, me pidió que le entregara la carta que me había escrito. Inadvertidamente le di una comunicación de mi lavandera. La miró y la puso en la mesa que tenía al lado. Ya en la puerta, me di cuenta de mi error y lo rectifiqué. Después de

hacerlo salí de la casa y, lo confieso, estaba completamente desconcertado. Todo aquel asunto, y especialmente el último incidente, me resultaba del todo inexplicable.

Pasó la mirada de uno a otro.

—¿No comprenden?

Stillingfleet dijo:

—No veo qué tiene que ver su lavandera con el asunto, Poirot.

—Mi lavandera —dijo Poirot— tuvo mucha importancia. Esa desgraciada que estropea los cuellos de mis camisas, por primera vez en su vida fue útil a alguien. Pero tienen que verlo ustedes…, ¡es tan claro! Mister Farley echó una mirada a aquella comunicación; *una mirada* debía haberle bastado para ver que aquélla no era la carta que quería…, y no se enteró. ¿Por qué? *¡Porque no pudo verla bien!*

El inspector Barnett dijo vivamente:

—¿No tenía puestas las gafas?

Hércules Poirot sonrió.

—Sí —dijo—. Tenía puestas las gafas. Por eso precisamente es tan interesante este punto.

Se inclinó hacia adelante.

—El sueño de mister Farley era muy importante. Soñó que se suicidaba, y poco después se suicidó. Es decir, estaba solo en una habitación y fue encontrado allí con un revólver a su lado, y nadie entró en la habitación ni salió de ella a la hora en que se produjo el disparo. ¿Qué quiere decir eso? Quiere decir que *tiene* que tratarse de un suicidio, ¿verdad?

—Sí —dijo Stillingfleet.

Hércules Poirot movió la cabeza en sentido negativo.

—Por el contrario —dijo—. Se trata de un asesinato. Un asesinato fuera de lo corriente y planeado con gran habilidad.

De nuevo se inclinó hacia adelante, dando golpecitos en la mesa y con los ojos muy verdes y muy brillantes.

—¿Por qué no me permitió mister Farley que pasara a su despacho aquella noche? ¿Qué había allí que no debía dejárseme ver? Creo, amigos míos, que allí estaba… ¡Benedict Farley en persona!

Poirot sonrió a los rostros atónitos que le circundaban.

—Sí, sí; no digo ninguna tontería. ¿Por qué mister Farley, con el

que yo había estado hablando, no se dio cuenta de la diferencia entre dos cartas completamente distintas? Porque, *mes amis*, era un hombre de *vista normal*, que llevaba puestas unas gafas de cristales muy gruesos. Esas gafas dejarían prácticamente ciego a un hombre de vista normal ¿No es así, doctor?

Stillingfleet murmuró:

—Así es…, naturalmente.

—¿Por qué tuve la impresión al hablar con mister Farley de estar hablando con un charlatán, con un actor que estuviera representando un papel? ¡Porque estaba representando un papel! Imaginen la escena. El cuarto en penumbra; la luz, bajo la pantalla verde, vuelta en sentido contrario a la figura de la butaca. ¿Qué vi yo? La famosa bata de retazos de colores, la nariz ganchuda (fabricada con esa sustancia tan útil, la masilla), el mechón de cabellos blancos, los gruesos cristales que ocultaban los ojos… ¿Qué pruebas tenemos de que mister Farley tuviera aquel sueño? Sólo la historia que se me contó a mí y las palabras de *mistress* Farley. ¿Qué pruebas tenemos de que Benedict Farley guardara un revólver en su mesa? Igual que antes, sólo lo que se me dijo a mí y la palabra de mistress Farley. Dos personas llevaron a cabo esta superchería, mistress Farley y Hugo Cornworthy. Cornworthy me escribió la carta, dio instrucciones al mayordomo, salió aparentando ir al cine, pero volvió en seguida, entrando con su llave; se fue a su cuarto, se caracterizó y representó el papel de Benedict Farley. Y con esto llegamos a esta tarde. Llega por fin la oportunidad que había estado esperando mister Cornworthy. En el descansillo hay dos testigos que podrán jurar que nadie entró ni salió del despacho de Benedict Farley. Cornworthy espera hasta que está a punto de pasar una gran cantidad de coches. Entonces se asoma a su ventana, y con las pinzas extensibles que ha cogido de la mesa del despacho contiguo sostiene un objeto contra la ventana de este cuarto. Benedict Farley se acerca a la ventana. Cornworthy retira rápidamente las pinzas, y mientras Farley se echa hacia fuera y por la calle pasan los camiones y coches, dispara contra él el revólver que tiene dispuesto. No puede haber testigos del crimen. Cornworthy espera más de media hora, luego coge unos papeles, esconde entre ellos las pinzas extensibles y el revólver y sale al descansillo, dirigiéndose a la habitación contigua. Coloca de nuevo las pinzas en la mesa, deja el

revólver en el suelo, después de apretar contra él los dedos del muerto, y sale corriendo con la noticia del «suicidio» de mister Farley. Dispone las cosas de modo que aparezca la carta dirigida a mí y que llegue yo con mi historia, la historia oída *de labios de mister Farley*, sobre su extraordinario «sueño» y la extraña fuerza que le arrastraba al suicidio. Algunos crédulos discutirían la teoría del hipnotismo, pero la consecuencia primordial de la historia será probar sin lugar a dudas que la mano que había disparado el revólver había sido la de Benedict Farley.

Hércules Poirot dirigió sus ojos al rostro de la viuda, un rostro ceniciento, abatido, aterrorizado…

—Y a su debido tiempo —terminó suavemente— hubiera llegado el final feliz. Un cuarto de millón de libras y dos corazones latiendo al unísono…

John Stillingfleet y Hércules Poirot iban andando por el costado de Northway House. A su derecha se alzaba la elevada pared de la fábrica. Sobre ellos, a su izquierda, las ventanas de los despachos de Benedict Farley y Hugo Cornworthy. Hércules Poirot se agachó y cogió un pequeño objeto, un gato negro de peluche.

—*Voila!* —dijo—. Esto es lo que Cornworthy sostuvo con las pinzas extensibles contra la ventana de Farley. ¿Recuerda usted que odiaba los gatos? Naturalmente, corrió a la ventana.

—¿Por qué diablos no salió Cornworthy a recogerlo después de haberlo tirado?

—¿Cómo iba a hacerlo? Hubiera sido muy sospechoso. Después de todo, si alguien encontraba este objeto, ¿qué creería? Que algún niño había estado jugando por aquí y se le había caído.

—Sí —dijo Stillingfleet suspirando—. Eso es probablemente lo que hubiera pensado una persona corriente. Pero el bueno de Poirot, no. ¿Sabe usted, viejo zorro, que hasta el último minuto pensé que iba usted a ir a parar a alguna teoría muy sutil sobre un asesinato «sugerido», psicológico y retumbante? Apuesto algo a que esos dos pensaban lo mismo. ¡Buena pieza la Farley! ¡Qué barbaridad, cómo estalló! Cornworthy pudo haberse salvado si ella no se hubiera puesto nerviosa, abalanzándose sobre usted y tratando de estropear su bello físico con las uñas. ¡Le libré de ella

en el momento justo!

Hizo una pausa y luego dijo:

—Me gusta la chica. Es valiente y tiene cabeza. Me figuro que me tomarán por un cazadotes si hiciera alguna tentativa…

—Llega usted tarde, amigo. Ya hay alguien *sur le tapis*. La muerte de su padre ha allanado para ella el camino de la felicidad.

—Pensándolo bien, tenía un buen motivo para quitar de en medio a su desagradable padre.

—El motivo y la oportunidad no bastan —dijo Poirot—. ¡Hay que tener también mentalidad criminal!

—Me gustaría saber si sería usted capaz de cometer un crimen, Poirot —dijo Stillingfleet—. Apuesto algo a que saldría muy bien parado. En realidad, sería demasiado fácil para usted, quiero decir, sería completamente antideportivo.

—Esa —dijo Poirot— es una idea típicamente inglesa.

La locura de Greenshaw

1

Los dos hombres rodearon la masa de matorrales.

—Bueno, ahí la tiene —dijo Raymond West—. Ésa es.

Horace Bindler contuvo la respiración, admirado.

—¡Pero si es maravillosa, querido West! —exclamó. Su voz se alzó en un grito de placer estético, bajándola luego, llena de pavor reverente—. ¡Es increíble! ¡No parece de este mundo! Un ejemplar de época de lo más logrado.

—Me pareció que le gustaría —dijo Raymond West, complacido.

—¿Gustarme? Querido… —Horace no encontró palabras. Soltó la correa de su cámara fotográfica y entró en acción—. Ésta será una de las joyas de mi colección —agregó alegremente—. Encuentro divertidísimo esto de tener una colección de monstruosidades. Se me ocurrió la idea una noche en el baño, hace siete años. Mi última joya auténtica fue la que hice en el camposanto, en Génova, pero creo de verdad que ésta le gana. ¿Cómo se llama?

—No tengo la menor idea —confesó Raymond.

—¿Pero tendrá un nombre?

—Debe tenerlo. Pero es el caso que por aquí todo el mundo la llama «La locura de Greenshaw».

—¿Greenshaw sería el hombre que la construyó?

—Sí. En mil seiscientos ochenta o mil seiscientos sesenta aproximadamente. La historia del triunfador local de aquel entonces. Un chico descalzo que alcanzó una prosperidad enorme. La opinión local está dividida respecto a por qué construyó esta

casa: unos dicen que fue un alarde de riqueza y otros que lo hizo por causar impresión a sus acreedores. Si tienen razón los últimos, no lo consiguió. Greenshaw quebró o algo parecido. De ahí le viene el nombre, «La locura de Greenshaw».

Se oyó el chasquido de la cámara de Horace.

—Ya está —dijo con voz satisfecha—. Recuérdeme que le enseñe el número trescientos diez de mi colección. Una repisa de chimenea, en mármol, al estilo italiano. Completamente increíble —y añadió mirando la casa:

—No comprendo cómo pudo ocurrírsele eso al señor Greenshaw.

—Algunas cosas están bastante claras —dijo Raymond—. Había visitado los castillos del Loira, ¿no cree? Esas torretas… Luego, por desgracia, parece que viajó por Oriente. La influencia del Taj Mahal[5] es inconfundible. Me gusta el ala mora —añadió— y las reminiscencias de palacio veneciano.

—Se maravilla uno de que haya conseguido un arquitecto que pusiera en práctica estas ideas.

Raymond se encogió de hombros.

—No creo que haya tenido dificultad con eso —dijo—. Probablemente el arquitecto se retiró con una bonita renta vitalicia, mientras el pobre Greenshaw se arruinó por completo.

—¿Podríamos verla desde el otro lado —preguntó Horace— o estamos quizá metiéndonos en terreno prohibido?

—Desde luego que estamos metiéndonos en terreno prohibido —dijo Raymond—, pero no creo que importe gran cosa.

Se dirigió hacia la esquina de la casa y Horace le siguió a paso vivo.

—Pero ¿quién vive aquí, querido Raymond? ¿Huérfanos o turistas? No puede ser un colegio. No hay campos de deportes ni eficiencia…

—Ah, sigue viviendo un Greenshaw —dijo Raymond por encima del hombro—. La casa no se perdió en el desastre. La heredó el hijo del viejo Greenshaw. Era bastante tacaño y vivía aquí, en un rincón de la casa. Nunca gastó un penique. Probablemente nunca lo tuvo para gastarlo. Ahora vive aquí su hija. Una señora mayor… muy excéntrica.

Mientras hablaba, Raymond iba felicitándose de haber pensado en «La locura de Greenshaw» para entretener a sus invitados.

Aquellos críticos literarios andaban siempre proclamando lo que suspiraban por un fin de semana en el campo, y luego, cuando llegaban al campo, se aburrían muchísimo. Al día siguiente tenían los periódicos dominicales, y para aquel día Raymond West se congratulaba de haber propuesto una visita a «La locura de Greenshaw», para que Horace Bindler enriqueciera con ella esa famosa colección de monstruosidades.

Dieron la vuelta a la esquina de la casa y salieron a un césped descuidado. En uno de los ángulos había un gran jardín con rocas artificiales y, en él, una figura inclinada, a la vista de la cual Horace agarró encantado a Raymond por un brazo, para hacerle fijar la atención.

—¡Querido Raymond! —exclamó—. ¿Ves lo que lleva puesto? Un vestido rameado, como los que llevaban las doncellas… cuando había doncellas. Una de las cosas que recuerdo con más nostalgia es una temporada que pasé en una casa de campo, cuando era muy pequeño, y todas las mañanas le despertaba a uno una doncella de verdad, toda pizpireta con su traje rameado y su gorro. Sí, hijo mío, sí, su gorro. De muselina, con unas cintas colgando. Bueno, puede que la que llevaba las cintas fuera la primera doncella. Pero el caso es que era una doncella de verdad, que me llevaba una jarra de agua caliente. ¡Qué emocionante está siendo este día!

La figura del vestido estampado se había enderezado y estaba vuelta hacia ellos, con una pala en la mano. Era una persona sorprendente. Sobre los hombros le caían mechones descuidados de cabellos grises y llevaba encasquetado un sombrero de paja bastante semejante a los que les ponen a los caballos en Italia. El vestido estampado de colores le llegaba casi a los tobillos. En su cara curtida y no muy limpia, unos ojos agudos les observaban.

—Le ruego me disculpe por haberme metido en su propiedad, señorita Greenshaw —dijo Raymond West, acercándose a ella—, pero a Horace Bindler, que está pasando el fin de semana conmigo…

Horace se inclinó y se quitó el sombrero.

—… le interesan muchísimo… hum… la historia antigua y… hum… las bellezas arquitectónicas.

Raymond West habló con la soltura del escritor famoso que se sabe célebre y se atreve a lo que otras personas no se atreverían.

La señorita Greenshaw se volvió hacia la desparramada exuberancia de «La locura de Greenshaw».

—Sí que es una casa hermosa —dijo con aprobación—. La construyó mi abuelo… antes de nacer yo, por supuesto. Aseguran que decía que deseaba dejar pasmada a la gente del pueblo.

—Estoy seguro de que lo consiguió, señora —asintió Horace Bindler.

—El señor Bindler es un crítico literario muy conocido —se apresuró a decir Raymond.

Evidentemente, a la señorita Greenshaw no le inspiraban ningún respeto los críticos literarios. No pareció impresionarse lo más mínimo.

—La considero —dijo la señorita Greenshaw, refiriéndose a la casa— como un monumento al genio de mi abuelo. Hay gente tonta que viene a preguntarme por qué no la vendo y me voy a un piso. ¿Qué iba a hacer yo en un piso? Ésta es mi casa y aquí vivo. Siempre he vivido aquí.

Se quedó pensativa unos momentos, reviviendo el pasado.

—Éramos tres —prosiguió—. Laura se casó con el pastor protestante. Papá no quiso darle ningún dinero; decía que los clérigos no debían estar apegados a las cosas de este mundo. Se murió al tener un niño. El niño murió también. Nettie se escapó con el profesor de equitación. Papá la borró del testamento, como es natural. Un tipo guapo el tal Harry Fletcher, pero un desastre. No creo que Nettie fuera feliz con él. De todos modos, no vivió mucho, ella. Tuvo un hijo. Me escribe algunas veces, pero, naturalmente, no es un Greenshaw. Yo soy la última de los Greenshaw.

Enderezó con cierto orgullo sus hombros inclinados y se puso derecho el sombrero de paja. Luego, volviéndose, dijo vivamente:

—¿Qué le pasa, señora Creeswell?

Desde la casa se dirigía hacia ellos una mujer de mediana edad que, vista al lado de la señorita Greenshaw, ofrecía con ésta un contraste ridículo. La señora Creeswell llevaba la cabeza maravillosamente arreglada; sus cabellos, con abundantes reflejos azules, se alzaban en una serie de rizos colocados en filas meticulosas. Parecía como si se hubiera arreglado la cabeza para ir a un baile de carnaval disfrazada de María Antonieta. Iba vestida con lo que debía haber sido crujiente seda negra, pero que no era

en realidad sino una de las variedades más brillantes de la seda artificial. Aunque no era alta. Tenía un busto voluminoso. Hablaba con una voz de gravedad inesperada y con exquisita dicción, pero titubeando ligeramente ante las palabras empezadas con la «h», palabras que acababa por pronunciar con una aspiración exagerada, lo que hacía sospechar que en su remota infancia debió tener dificultad con esta letra[6].

—El pescado, señora —dijo la señora Creeswell—, la raja de bacalao. No ha llegado. Le he dicho a Alfred que vaya a buscarla y se niega a hacerlo.

Inesperadamente, la señorita Greenshaw soltó una carcajada.

—Conque se niega, ¿eh?

—Alfred, señora, ha estado muy poco complaciente.

La señorita Greenshaw se llevó a los labios los dedos manchados de tierra, lanzó un silbido ensordecedor y al mismo tiempo gritó:

—¡Alfred! ¡Alfred, ven aquí!

En respuesta a la llamada apareció un joven, dando la vuelta a una esquina de la casa, con una pala en la mano. Era guapo y tenía una expresión insolente. Al llegar cerca de ellos le lanzó a la señora Creeswell una mirada de odio.

—¿Me llamaba, señorita? —preguntó.

—Sí, Alfred. Acabo de enterarme que no quieres ir a buscar el pescado. ¿Por qué no vas, eh?

Alfred habló con voz áspera.

—Voy por él si usted lo quiere, señorita. Sólo tiene que decirlo.

—Claro que lo quiero. Lo necesito para la cena.

—Muy bien, señorita. Voy corriendo.

Lanzó una mirada insolente a la señora Creeswell, que enrojeció y murmuró en voz baja:

—¡Qué barbaridad! ¡Es insoportable!

—Ahora que caigo —dijo la señorita Greenshaw—, un par de personas extrañas es justo lo que nos hace falta, ¿no le parece, señora Creeswell?

La señora Creeswell pareció quedar un tanto desconcertada.

—No comprendo, señora.

—Para lo que sabe usted —dijo la señorita Greenshaw, meneando la cabeza en sentido afirmativo—. El beneficiario de un testamento no puede ser testigo. ¿Es así, no? —esta última pregunta

iba dirigida a Raymond West.

—Exacto —respondió el novelista.

—Sé lo bastante de leyes para saber eso —dijo la señorita Greenshaw—. Y ustedes son dos personas de posición.

Tiró la pala en la cesta de recoger los hierbajos.

—¿Les molestaría venir a la biblioteca conmigo?

—Encantados —dijo Horace con fervor. Pasando por la puerta-ventana, les condujo a través de un enorme salón amarillo y dorado, con paredes recubiertas de brocado descolorido y muebles tapados con fundas; luego por un gran vestíbulo sombrío y escaleras arriba hasta una amplia habitación del primer piso.

—La biblioteca de mi abuelo —anunció la señorita Greenshaw.

Horace miró a su alrededor con profundo placer.

A su modo de ver, la habitación estaba llena de monstruosidades. Cabezas de esfinge surgían de los muebles más inesperados; había un broche colosal, que le pareció representaba a Pablo y Virginia, y un enorme reloj con motivos clásicos, del que estaba deseando tomar una fotografía.

—Una hermosa colección de libros —dijo la señorita Greenshaw.

Raymond estaba ya mirando los libros. Por lo que pudo ver en una inspección rápida, no había allí ningún libro que ofreciera el menor interés; en realidad, no parecía que ninguno de ellos hubiera sido leído. Eran colecciones de los clásicos, encuadernados maravillosamente, de las que se vendían hace noventa años para llenar las estanterías de los señores de alcurnia. Había también algunas novelas antiguas, pero tampoco éstas parecían haber sido leídas.

La señorita Greenshaw estaba rebuscando en los cajones de un escritorio enorme. Finalmente, sacó de él un testamento de pergamino.

—Mi testamento —explicó—. Tiene uno que dejarle el dinero a alguien…, eso dicen, por lo menos. Si muriera sin hacer testamento, supongo que se lo llevaría todo el hijo de aquel tratante de caballos. Un muchacho guapo, el tal Harry Fletcher, pero un bribón donde los haya. No veo por qué razón había de heredar su hijo esta casa. No —prosiguió, como contestando a una oposición tácita—, estoy decidida. Se lo dejo a Creeswell.

—¿Su ama de llaves?

—Sí. Ya se lo he explicado a ella. Hago testamento dejándole a ella todo lo que tengo y entonces no necesito pagarle ningún sueldo. Me ahorro muchos gastos y la hace andar derecha. Así no me dejará plantada cuando menos lo piense. ¿Es muy empingorotada, verdad? Pero su padre era un fontanero muy modesto. No tiene motivo alguno para darse aires.

Había desdoblado el pergamino. Cogió una pluma, la mojó en el tintero y firmó: *Katherine Dorothy Greenshaw*.

—Eso es —dijo—. Los dos me han visto firmarlo y ahora lo firman ustedes y ya es legal.

Le tendió la pluma a Raymond West. El escritor titubeó un momento, sintiendo una aversión inesperada a hacer lo que se le pedía. Luego, rápidamente, garabateó su conocida firma, que todos los días solicitaban por correo lo menos seis personas.

Horace cogió la pluma de mano de Raymond y añadió su diminuta firma.

—Ya está —dijo la señorita Greenshaw.

Se dirigió a las estanterías y se quedó mirándolas, indecisa; luego abrió una de las puertas encristaladas, sacó un libro y deslizó dentro el pergamino doblado cuidadosamente.

—Tengo mis escondites —les comunicó.

—«El secreto de lady Audley» —observó Raymond West, viendo el título del libro cuando la señorita Greenshaw lo volvía a su sitio.

La señorita Greenshaw soltó otra carcajada.

—Uno de los libros más populares de su época —observó—. No como sus libros, ¿eh?

Le dio a Raymond un codazo amistoso en las costillas. Al novelista le sorprendió que supiera que escribía. Aunque Raymond West era muy conocido en los círculos literarios, no podía considerársele como un escritor popular. A pesar de haberse suavizado algo al aproximarse a la edad madura, sus libros se ocupaban del lado sórdido de la vida.

—¿Podría sacar una foto del reloj? —preguntó Horace, conteniendo la respiración.

—No faltaba más —dijo la señora Greenshaw—. Creo que vino de la Exposición de París.

—Es muy probable —dijo Horace. A continuación hizo la foto.

—Esta habitación no se ha usado mucho desde tiempos de mi

abuelo —dijo la señorita Greenshaw—. Este escritorio está lleno de viejos diarios suyos. Deben ser interesantes. Yo ya no tengo vista para leerlos. Me gustaría publicarlos, pero me figuro que habría que trabajar mucho con ello.

—Podría usted encargárselos a alguien —sugirió Raymond West.

—Sí, es una idea. Lo pensaré.

Raymond West consultó su reloj.

—No debemos abusar más de su amabilidad —dijo.

—Encantada de haberles visto —dijo la señorita Greenshaw graciosamente—. Creí que era el policía, cuando le oí venir, dando la vuelta a la casa.

—¿Por qué un policía? —preguntó Horace, que nunca tenía inconveniente en hacer preguntas.

La señorita Greenshaw les sorprendió cantando alegremente:

—Si quiere usted saber la hora, pregunte a un policía.

Y, con esta muestra de ingenio victoriano, le dio un codazo a Horace en las costillas y soltó una sonora carcajada.

—Ha sido una tarde maravillosa —suspiró Horace, camino de la casa de Raymond—. La verdad es que en esa casa no faltaba nada. Lo único que necesita esa biblioteca es un cadáver. Esos asesinatos en la biblioteca de las novelas policíacas antiguas… estoy seguro de que los autores tenían en la imaginación una como ésa.

—Si quiere usted hablar de asesinatos, tiene que hacerlo con mi tía Jane —dijo Raymond.

—¿Su tía Jane? ¿Se refiere usted a la señorita Marple?

Horace estaba un poco desconcertado. La encantadora anciana, producto de un mundo ya desaparecido, a quien le habían presentado la noche anterior, le parecía incapaz de tener la menor relación con asesinatos.

—Sí, sí —afirmó Raymond—. Los asesinatos son su especialidad.

—¡Mi querido Raymond, qué intrigante! ¿Qué quiere usted decir exactamente con eso?

—Lo que he dicho —dijo Raymond, y explicó:

—Unos cometen asesinatos, otros se ven envueltos en ellos y a otros les son impuestos. Mi tía Jane está incluida en la tercera categoría.

—Está usted bromeando.

—En absoluto. Puede usted preguntárselo al excomisario de

Scotland Yard, a varios jefes de policía y a uno o dos laboriosos inspectores pertenecientes al C.I.D.[7]

Horace dijo alegremente que nunca terminaba uno de maravillarse.

Mientras tomaban el té, les refirieron los acontecimientos de la tarde a Joan West, la mujer de Raymond, a Lou Oxley, sobrina de éste, y a la anciana señorita Marple, contándoles detalladamente todo lo que la señorita Greenshaw les había dicho.

—Yo creo —terminó diciendo Horace— que se respira allí algo siniestro. Aquella mujer de aires de duquesa, el ama de llaves…, ¿qué les parece arsénico en la tetera, ahora que sabe que su señora ha hecho testamento a su favor?

—Dinos, tía Jane —preguntó Raymond—, ¿se cometerá un asesinato o no? ¿Tú qué crees?

—Creo —dijo la señorita Marple, devanando su lana con expresión severa— que no debías reírte de estas cosas como acostumbras a hacerlo, Raymond. El arsénico, desde luego, es muy posible. ¡Es tan fácil de conseguir! Probablemente lo tienen en el cobertizo de las herramientas, en los preparados para matar las malas hierbas.

—Pero querida tía —intervino Joan West con afecto—. ¿No crees que eso sería demasiado fácil?

—De mucho vale hacer testamento —dijo Raymond—. No creo que la pobre mujer tenga nada que dejar, aparte de esa monstruosidad de casa, ¿y quién va a querer eso?

—Una compañía cinematográfica, posiblemente —sugirió Horace—, o un colegio, o una institución benéfica, o un hotel.

—La querrían comprar por una miseria —replicó Raymond.

Pero la señorita Marple, pensativa, estaba meneando la cabeza.

—Querido Raymond, no estoy de acuerdo contigo. Quiero decir respecto al dinero. El abuelo está probado que era uno de esos manirrotos que hacen dinero fácilmente, pero son incapaces de conservarlo. Puede que haya perdido su fortuna, como dices, pero no pudo quebrar, porque en ese caso su hijo no hubiera heredado la casa. El hijo, en cambio, cosa muy frecuente, era completamente distinto a su padre. Un avaro. Un hombre que ahorraba todo penique que se le venía a las manos. Seguramente ahorró una bonita suma en el transcurso de su vida. Esta señorita Greenshaw

parece que ha salido a él; no le gusta gastar ni un céntimo. Sí, creo que es muy probable que tenga un capitalito guardado.

—En ese caso —interpuso Joan West— puede que… ¿no podría Lou…?

Todos miraron a Lou, que permanecía sentada en silencio junto al fuego.

Lou era la sobrina de Joan West. Su matrimonio acababa de deshacerse, dejándola con dos niños pequeños y el dinero indispensable para mantenerlos.

—Quiero decir —aclaró Joan— que si esa señorita Greenshaw quiere en serio que una persona repase todos esos diarios y los prepare para publicarlos…

—Es una buena idea —aprobó Raymond.

Lou dijo en voz baja:

—Sería de mucha ayuda.

—Le escribiré —prometióle Raymond.

—¿Qué querría decir la anciana con aquello del policía? —preguntó intrigada la señorita Marple, pensativa.

—¡Ah, fue sólo una broma!

—Me recordó —dijo la señorita Marple, afirmando con la cabeza —, sí, me recordó mucho al señor Naysmith.

—¿Quién era el señor Naysmith? —preguntó Raymond con curiosidad.

—Era apicultor y tenía mucha habilidad para hacer los acrósticos de los periódicos dominicales. Y le gustaba dar a la gente impresiones falsas, sólo por gracia, pero algunas veces se vio metido en líos por esta afición suya.

Todos guardaron silencio, pensando en el señor Naysmith, pero como no parecía que hubiera ningún punto de semejanza entre él y la señora Greenshaw, llegaron a la conclusión de que la pobre tía Jane debía estar empezando a chochear.

1

Horace Bindler volvió a Londres sin haber coleccionado más monstruosidades, y Raymond West le escribió una carta a la

señorita Greenshaw, diciéndole que conocía a una persona que podría ocuparse de revisar los diarios. Después de algunos días llegó una carta, escrita con una letra muy fina y anticuada, en la que la señorita Greenshaw decía que estaba deseando contratar los servicios de esa persona y la citaba en su casa.

Lou acudió a la cita, se fijaron unos honorarios generosos y empezó a trabajar al día siguiente.

—Te lo agradezco muchísimo —le dijo Lou a Raymond—. Me viene estupendamente. Puedo llevar a los niños al colegio, ir a «La locura de Greenshaw» y recogerlos al volver. ¡Es fantástico todo aquello! A esa señora hay que verla para creer que existe.

Al caer la tarde de su primer día de trabajo, volvió y describió la jornada.

—Casi no he visto al ama de llaves —dijo—. Vino a las once y media con un café y unas galletas, toda remilgada, y casi no me habló. Me parece que no le gusta que me hayan contratado. Parece que hay una verdadera enemistad entre ella y el jardinero, Alfred. Es un chico de por aquí, bastante perezoso según las trazas, y él y el ama de llaves no se hablan. La señorita Greenshaw dijo, con sus aires de grandeza: «Siempre ha habido rencillas, que yo recuerde, entre el servicio del jardín y el de la casa. Ya era así en tiempos de mi abuelo. Entonces había tres hombres y un chico en el jardín y ocho criados al servicio de la casa, pero siempre había roces».

Al día siguiente, Lou volvió con otra noticia.

—¿No sabéis una cosa? Esta mañana me pidió que telefoneara al sobrino.

—¿Al sobrino de la señorita Greenshaw?

—Sí. Parece que es actor y está en una compañía, dando una temporada de verano en Borehan on Sea. Le llamé al teatro y dejé un recado, invitándole a venir a comer mañana al mediodía. Fue muy divertido. La señora no quería que el ama de llaves se enterara. Creo que la señora Creeswell ha hecho algo que le ha molestado.

—Mañana otro episodio de esta emocionante novela por entregas —murmuró Raymond.

—Es exactamente como una novela por entregas, ¿verdad? Reconciliación con el sobrino, la fuerza de la sangre…, se hace nuevo testamento y el viejo es destruido.

—Tía Jane, estás muy seria.

—¿Sí? ¿Has sabido algo más del policía?

Lou se quedó desconcertada.

—No sé nada de ningún policía.

—Aquella observación suya, hijita, tenía que tener algún significado —dijo la señorita Marple.

Lou llegó al día siguiente a su trabajo de muy buen humor. Entró por la puerta principal, que estaba abierta; las puertas y las ventanas de la casa siempre lo estaban. Al parecer, la señorita Greenshaw no tenía miedo de los ladrones y puede que tuviera razón, porque la mayoría de las cosas que había en la casa pesaban varias toneladas y no tenían ningún valor comercial.

Lou había pasado por delante de Alfred en el jardín. El joven estaba recostado contra un árbol, fumando un cigarrillo, pero al verla había cogido una escoba y se había puesto a barrer las hojas con diligencia. Aquel muchacho era un vago, pensó ella, pero guapo. Sus facciones le recordaban a alguien. Al pasar por el vestíbulo, camino de la biblioteca, Lou miró el gran retrato de Nathaniel Greenshaw, colgado sobre la repisa de la chimenea. El retrato mostraba al viejo Greenshaw en la cumbre de la prosperidad, recostado hacia atrás en un gran sillón, con las manos reposando sobre la leontina de oro que cruzaba su voluminoso estómago. Al volver la vista del estómago a la cara del modelo, con sus carrillos macizos, sus pobladas cejas y sus retorcidos bigotes, Lou pensó que Nathaniel Greenshaw debía de haber sido guapo de joven. Se parecía un poco a Alfred…

Entró en la biblioteca, cerró la puerta, destapó la máquina de escribir y sacó los diarios del cajón de un lado de la mesa. Por la ventana abierta vio a la señorita Greenshaw. Llevaba un vestido rameado, color castaño, y se inclinaba sobre las rocas artificiales arrancando afanosamente los hierbajos. Había habido dos días de lluvia y los hierbajos habían sacado mucho partido de ella.

Lou, criada en la ciudad, se dijo decididamente que, si alguna vez tenía jardín, nunca le pondría rocas artificiales, a las que habría que quitar las hierbas a mano. Con esto se puso con ardor a trabajar.

La señora Creeswell estaba de muy mal humor al entrar en la biblioteca a las once y media, con la bandeja del café. Dejó caer de golpe la bandeja sobre la mesa y dijo, dirigiéndose al universo:

—Invitados a comer… y sin nada en casa. ¿Qué se creen que voy a hacer yo? Y a Alfred no se le ve por ningún lado.

—Estaba barriendo la avenida cuando yo llegué —dijo Lou espontáneamente.

—Sí, seguro. Un trabajo sumamente suave y agradable.

La señora Creeswell salió majestuosamente de la habitación, dando un portazo. Lou sonrió. ¿Cómo sería «el sobrino»?

Terminó el café y volvió a su trabajo. Era tan absorbente que el tiempo pasó muy de prisa. Nathaniel Greenshaw, al empezar a escribir su diario, había sucumbido a las delicias de la sinceridad. Escribiendo a máquina un párrafo en el que Greenshaw describía los encantos personales de una camarera de la ciudad vecina, Lou se dijo que habría que hacer muchas modificaciones.

Estaba pensando en esto cuando la sobresaltó un grito procedente del jardín. Se puso en pie de un salto y corrió a la ventana abierta. La señorita Greenshaw, tambaleándose, iba del jardín rocoso hacia la casa. Se agarraba el cuello con las manos y entre ellas sobresalía un objeto. Lou, estupefacta, vio que el objeto era la varilla de una flecha.

La cabeza de la señorita Greenshaw, cubierta con el deteriorado sombrero de paja, se cayó hacia delante, sobre el pecho. Con voz débil gritó a Lou:

—Fue… fue él… me tiró… una flecha… busque ayuda…

Lou se precipitó a la puerta. Dio la vuelta al picaporte, pero la puerta no se abrió. Tras unos segundos de esforzarse inútilmente se dio cuenta de que la habían cerrado con llave. Corrió a la ventana.

—Me han cerrado con llave.

La señorita Greenshaw, con la espalda vuelta hacia Lou y tambaleándose ligeramente, le gritaba al ama de llaves, que estaba en una ventana un poco más lejos:

—Llame… policía… telefonee…

Luego, vacilando como si estuviera borracha, desapareció a la vista de Lou, entrando en el salón por la puerta-ventana. Un momento después, Lou oyó el ruido de porcelana al romperse, un golpe pesado y luego silencio. Reconstruyó la escena con la imaginación. La señorita Greenshaw debía haber tropezado contra una mesita que contenía un juego de té de porcelana de Sévres.

Desesperada, Lou golpeó la puerta, llamando y gritando. No

había enredadera ni cañería por la parte de fuera de la ventana para facilitarle la salida por ese conducto.

Por último, cansada de golpear la puerta, volvió a la ventana. La cabeza del ama de llaves apareció por la ancha ventana de su cuarto de estar.

—Venga a abrirme la puerta, señora Oxley. Me han cerrado con llave.

—A mí también.

—¡Oh, qué horrible! He telefoneado a la policía. Hay un teléfono en esta habitación, pero lo que no comprendo, señora Oxley, es que nos hayan cerrado. No he oído el ruido de la llave, ¿y usted?

—No. No he oído nada en absoluto. ¿Qué podemos hacer? Quizás Alfred pueda oírnos si le llamamos.

Lou gritó con todas sus fuerzas:

—¡Alfred! ¡Alfred!

—Seguro que se fue a comer. ¿Qué hora es?

Lou consultó su reloj.

—Las doce y veinticinco.

—No debía marcharse hasta la media, pero siempre que puede se escabulle antes.

—¿Cree usted… cree usted que…?

Lou quería preguntar: «¿Cree usted que está muerta?». Pero las palabras no pudieron salir de su garganta.

No podían hacer nada más que esperar. Se sentó en la repisa de la ventana. Le pareció que había pasado una eternidad, cuando vio aparecer por la esquina de la casa la figura imperturbable de un policía con casco. Se asomó por la ventana y el policía miró seguidamente hacia ella, protegiéndose los ojos con una mano.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó en tono reprobatorio.

Desde sus ventanas respectivas, Lou y la señora Creeswell vertieron sobre él un torrente de información. El policía sacó un cuadernito y un lápiz.

—¿Ustedes, señoras, corrieron al piso de arriba y se cerraron con llave, no es eso? ¿Me quieren dar sus nombres, por favor?

—No. Nos han cerrado con llave. Suba y déjenos salir.

El policía dijo con mucha calma:

—Todo se andará.

Y desapareció seguidamente por la puerta-ventana del salón.

El tiempo volvió a hacerse larguísimo. Lou oyó el ruido de un coche que llegaba y, después de lo que le pareció una hora, cuando en realidad habían sido tres minutos, un sargento de la policía, más despierto que el agente, libertó primero a la señora Creeswell y luego a Lou.

—¿Y la señorita Greenshaw? —a Lou le falló la voz—. ¿Qué… qué ha ocurrido?

El sargento se aclaró la voz.

—Lamento tener que decirle, señora —dijo—, lo que ya le he dicho a la señora Creeswell: la señorita Greenshaw ha muerto.

—Asesinada —afirmó la señora Creeswell—. Eso es lo que ha sido… un asesinato.

El sargento, desde luego sin mucho convencimiento, sugirió:

—Pudo ser un accidente… algunos chicos del campo tiran con arcos y flechas.

Se oyó el ruido de otro coche que llegaba. El sargento dijo:

—Ése será el médico de la policía.

Y se fue escaleras abajo.

Pero no era el médico. Lou y la señora Creeswell estaban bajando las escaleras cuando un joven entró por la puerta principal y se detuvo indeciso, mirando a su alrededor con expresión de desconcierto.

Luego, con voz agradable, que a Lou le resultó conocida (quizá tuviera parecido de familia con la de la señorita Greenshaw), preguntó:

—Perdonen, vive… ¡ejem!, ¿vive aquí la señorita Greenshaw?

—¿Me quiere dar su nombre, por favor? —dijo el sargento, acercándose a él.

—Fletcher —respondió el joven—, Nat Fletcher. Soy el sobrino de la señorita Greenshaw.

—Vaya, señor, vaya…, no sabe cuánto lo siento…

—¿Ha ocurrido algo? —preguntó Nat Fletcher.

—Ha habido un… accidente… A su tía le dispararon una flecha… le entró por la yugular…

La señora Creeswell, sin su refinamiento acostumbrado, gritó histéricamente:

—¡Han asesinado a su tía! ¡Nada más que eso! ¡Han asesinado a su tía!

1

El inspector Welch acercó su silla un poco más a la mesa y su mirada pasó de una a otra de las cuatro personas reunidas en la habitación. Era la tarde del mismo día y se había presentado en casa de Raymond West, para hacer volver a Lou Oxley sobre su declaración.

—¿Está usted segura de que sus palabras exactas fueron «Fue él… me tiró… una… flecha… busque ayuda»?

Lou afirmó con un movimiento de cabeza.

—¿Y la hora?

—Miré mi reloj uno o dos minutos después; eran entonces las doce y veinticinco.

—¿Funciona bien su reloj?

—Miré también el reloj de pared.

El inspector se volvió a Raymond West.

—Tengo entendido, señor, que hace cosa de una semana usted y el señor Horace Bindler fueron testigos del testamento de la señorita Greenshaw, ¿no es eso?

Brevemente, Raymond refirió los pormenores de la visita que él y Horace Bindler habían hecho a «La locura de Greenshaw».

—Este testimonio suyo puede ser importante —dijo Welch—. La señorita Greenshaw les dijo a ustedes claramente que había hecho testamento a favor de la señora Creeswell, el ama de llaves, y que no le pagaba ningún sueldo, teniendo en cuenta lo que la señora Creeswell recibiría a su muerte, ¿no es eso?

—Eso es lo que dijo… sí.

—¿Cree usted que la señora Creeswell estaba enterada de esto?

—Creo que no existe la menor duda. La señorita Greenshaw dijo en mi presencia que los beneficiarios no pueden ser testigos de un testamento, y la señora Creeswell comprendió perfectamente lo que quería decir con ello. Además, la propia señorita Greenshaw me dijo que había llegado a este acuerdo con la señora Creeswell.

—De modo que la señora Creeswell tenía motivos para creerse parte interesada. Tiene un motivo clarísimo y sería nuestro principal sospechoso, de no ser por el hecho de que estaba encerrada en su habitación, lo mismo que la señora Oxley. Además,

la señorita Greenshaw especificó bien que era un hombre el que había disparado una flecha contra ella.

—¿Es completamente seguro que estaba cerrada con llave en la habitación?

—Sí, sí. El sargento Cayley le abrió la puerta. Es una cerradura grande, antigua, con una llave también grande y antigua. La llave estaba en la cerradura y era completamente imposible darle la vuelta desde dentro o hacer cualquier manganilla de ésas. No, puede usted tener la completa seguridad de que la señora Creeswell estaba encerrada con llave en su habitación y no pudo salir. Además, en la habitación no había arcos ni flechas y, de todos modos, no pudieron disparar contra la señorita Greenshaw desde una ventana; es un ángulo completamente distinto. No, la señora Creeswell no pudo hacerlo.

La señorita Marple preguntó:

—¿Le dio a usted la señorita Greenshaw la impresión de ser una bromista?

El inspector Welch la miró sorprendido.

—Una conjetura muy inteligente, señora —replicó.

Desde su rincón la señorita Marple alzó vivamente la vista.

—¿De modo que el testamento no era a favor de la señora Creeswell? —dijo.

—No. La señora Creeswell no es la beneficiaria.

—Igual que el señor Naysmith —afirmó la señorita Marple, meneando la cabeza—. La señorita Greenshaw le dijo a la señora Creeswell que se lo iba a dejar todo a ella y así no tenía que pagarle sueldo; y luego le dejó el dinero a otra persona. No es extraño que estuviera satisfecha de su astucia y que se echase a reír al guardar el testamento en «El secreto de lady Audley».

—Ha sido una suerte que la señora Oxley pudiera decirnos lo del testamento y dónde estaba —dijo el inspector—. Si no, a lo mejor hubiéramos tenido que pasar mucho tiempo buscándolo.

—Sentido del humor victoriano —murmuró Raymond West.

—¿De modo que, a fin de cuentas, le dejó el dinero a su sobrino? —preguntó Lou.

El inspector negó con la cabeza.

—No —dijo—, no le dejó el dinero a Nat Fletcher. Se dice por aquí, claro que yo soy nuevo en la localidad y sólo me entero de los

cotilleos de segunda mano, se dice que hace mucho tiempo, a la señorita Greenshaw y a su hermana les gustaba el apuesto profesor de equitación, y que la hermana se lo llevó. No le dejó el dinero a su sobrino… —se detuvo, acariciándose la barbilla—. Se lo dejó a Alfred.

—¿A Alfred… el jardinero? —preguntó Joan, sorprendida.

—Sí, señora West, a Alfred Pollok.

—Pero ¿por qué? —exclamó Lou.

La señorita Marple tosió y murmuró:

—Yo diría, aunque puede que me equivoque, que quizás ha habido… lo que pudiéramos llamar motivos de familia.

—Podría llamársele así, en cierto modo —concedió el inspector —. Parece que todo el mundo en el pueblo sabe que Thomas Pollok, el abuelo de Alfred, era uno de los hijos naturales del viejo Greenshaw.

—¡Claro —exclamó Lou—, el parecido! Me di cuenta esta mañana.

Recordó cómo, después de haber pasado por delante de Alfred, había entrado en la casa y mirado el retrato del viejo Greenshaw.

—Habrá pensado —dijo la señorita Marple— que podía ser que Alfred Pollok se sintiera orgulloso de la casa o incluso quisiera vivir en ella, mientras que era seguro que su sobrino no querría saber nada de ella y la vendería en cuanto pudiera hacerlo. Es actor, ¿no? ¿Qué obras está representando estos días?

Las señoras de edad son únicas para desviarse de la cuestión, pensó el inspector Welch; pero contestó cortésmente:

—Creo que ponen las obras de James Barrie.

—Barrie —susurró la señorita Marple, pensativa.

—«Lo que toda mujer sabe» —dijo el inspector Welch, y enrojeció—. Es el nombre de una obra —añadió rápidamente—. Yo no voy mucho al teatro, pero mi mujer la vio la semana pasada. Dijo que estaba muy bien representada.

—Barrie escribió algunas obras encantadoras —dijo la señorita Marple—, aunque la verdad es que cuando fui con un viejo amigo mío, el general Easterly, a ver «La pequeña Mary» —meneó la cabeza tristemente—, ninguno de los dos sabíamos a dónde mirar.

El inspector, que no conocía la obra «La pequeña Mary», estaba completamente despistado. La señorita Marple explicó:

—Cuando yo era joven, inspector, nadie mencionaba la palabra «vientre».

Esto aumentó el desconcierto del inspector. La señorita Marple estaba pronunciando en voz muy baja títulos de obras.

—«El admirable Crichton». Muy interesante. «María Rosa…», una obra encantadora. Me recuerdo que lloré. «Quality Street» no me gustó tanto. Luego «Un beso para la Cenicienta». ¡Claro!

El inspector Welch no podía perder el tiempo hablando de teatro. Volvió a lo que tenía entre manos.

—La cuestión —dijo— está en saber si Alfred Pollok estaba enterado de que la anciana había hecho testamento a su favor. ¿Se lo habrían dicho? —y añadió.

—¿Saben ustedes que hay en el Borehan Lovell un club de tiro con arco y que Alfred Pollok es socio? Es muy buen tirador con el arco y las flechas.

—Entonces el caso queda claro, ¿no? —preguntó Raymond West —. Eso explicaría el que las dos mujeres estuvieran encerradas en las habitaciones… él sabría en qué parte de la casa estaban.

El inspector le miró.

—Tiene una coartada —dijo con profunda melancolía.

—Siempre he pensado que las coartadas son muy sospechosas.

—Puede ser —concedió el inspector Welch—. Está usted hablando como escritor que es.

—No escribo novelas policíacas —aclaró Raymond West horrorizado ante la sola idea.

—Es muy fácil decir que las coartadas son sospechosas —continuó el inspector Welch—, pero, desgraciadamente, tenemos que basarnos en los hechos comprobables.

Suspiró.

—Tenemos tres buenos sospechosos —dijo—. Tres personas que acertaron a estar muy cerca de la escena del crimen a la hora en que se cometió. Pero lo extraño es que parece que ninguna de ellas pudo haberlo cometido. Del ama de llaves ya he hablado antes. El sobrino, Nat Fletcher, en el momento en que dispararon contra la señorita Greenshaw estaba a un par de millas de distancia, echándole gasolina al coche y preguntando el camino de la casa… En cuanto a Alfred Pollok, hay seis personas dispuestas a jurar que entró en «El perro y el pato» a las doce y veinte minutos y estuvo

allí una hora, tomando, como de costumbre, pan, queso y cerveza.

—Buscándose una coartada —sugirió Raymond West esperanzado.

—Puede ser —repuso el inspector Welch—. Pero, en ese caso, la consiguió.

Hubo un largo silencio. Luego Raymond volvió la cabeza hacia el lugar donde estaba sentada la señorita Marple, muy derecha y profundamente pensativa.

—Te toca a ti, tía Jane —la conminó—. El inspector está desconcertado, el sargento está desconcertado, yo estoy desconcertado, Joan está desconcertada, Lou está desconcertada… Pero para ti, tía Jane, está claro como el agua. ¿Me equivoco?

—Eso no, querido —replicó la señorita Marple—; como el agua no. Y un asesinato, querido Raymond, no es un juego. No creo que la pobre señorita Greenshaw quisiera morir, y éste ha sido un asesinato muy brutal. Muy bien planeado y cometido a sangre fría. ¡No es cosa de broma!

—Perdona —dijo Raymond, apabullado—. En realidad no soy tan insensible como parezco. Tratamos con ligereza las cosas para… para que no resulten tan horribles.

—Me parece que ésa es la tendencia moderna —dijo la señorita Marple.

—Con tanta guerra y tanto reírse de los entierros. Sí, puede que no haya tenido razón al decir que eras insensible.

—No es como si la hubiéramos conocido mejor —interpuso Joan.

La señorita Marple miró a la esposa de su sobrino, y repuso:

—Eso es muy cierto. Tú, mi querida Joan, no la conocías en absoluto, y yo tampoco la conocía mucho. Raymond se formó una idea de ella por una breve conversación. Lou hacía dos días que la conocía.

—Anda, tía Jane —la apremió Raymond—, dinos cuál es tu opinión. No le importa, ¿verdad, inspector?

—En absoluto.

—Bueno, querido, parece que tenemos tres personas que tenían, o podían creer que tenían, motivos para asesinar a la anciana; por tres razones muy sencillas, ninguna de ellas pudo haberlo hecho. El ama de llaves no pudo matarla porque la habían encerrado con

llave en la habitación, y porque la señorita Greenshaw especificó bien que era un hombre quien había disparado contra ella. El jardinero no pudo haberla matado porque, a la hora en que se cometió el asesinato, estaba en «El perro y el pato». El sobrino no pudo haberla matado porque todavía no había llegado aquí a la hora del asesinato.

—Muy bien expresado —aprobó el inspector.

—Y como parece muy improbable que la haya matado un desconocido, ¿qué otra solución puede haber?

—Eso es lo que el inspector quiere saber —dijo Raymond West.

—¡Es tan frecuente que miremos las cosas al revés! —repuso la señorita Marple, disculpándose—. Si no podemos modificar los movimientos ni la posición de estas personas, ¿no podríamos modificar la hora del asesinato?

—¿Quieres decir que los dos relojes, el mío y el de pared, andaban mal? —preguntó Lou.

—No, querida —dijo la señorita Marple—. Nada de eso. Lo que quiero decir es que el asesinato no ocurrió cuando tú crees que ocurrió.

—¡Pero si lo he visto! —exclamó Lou.

—Mira, querida, he estado pensando si no tendría el asesino intención de que lo vieras. Se me ocurre que puede que ésa haya sido la verdadera razón por la que te concedieron ese empleo.

—¿Qué quieres decir, tía Jane?

—La verdad, hija, me parece raro. A la señorita Greenshaw no le gustaba gastar y, sin embargo, contrató tus servicios y se avino a pagarte el sueldo que le pediste. Es posible que alguien quisiera que estuvieras en esa biblioteca del primer piso, mirando por la ventana, para que pudieras ser el testigo principal (una persona extraña, de irreprochable buena fe) que fijara, sin dejar sombra de duda, la hora y el lugar del asesinato.

—¿No estarás insinuando que la señorita Greenshaw quería que la asesinaran? —preguntó Lou, escéptica.

—Lo que quiero decir, querida, es que tú en realidad no has conocido a la señorita Greenshaw. ¿Hay alguna razón para decir que la señorita Greenshaw que viste tú al llegar a la casa sea la misma señorita Greenshaw que vio Raymond unos días antes? Sí, sí, ya sé —prosiguió, para evitar la réplica de Lou—. Llevaba un

vestido estampado tan extraño y el sombrero de paja y estaba despeinada. Respondía exactamente a la descripción que Raymond nos dio de ella el fin de semana anterior. Pero ten en cuenta que esas dos mujeres eran aproximadamente de la misma edad, estatura y volumen. Estoy hablando del ama de llaves y de la señorita Greenshaw.

—¡Pero si el ama de llaves es gorda! —exclamó Lou—. Tiene un pecho enorme.

—Pero, hijita, en estos tiempos… yo misma he visto… ciertas prendas, exhibidas en los escaparates sin el menor pudor. Es sencillísimo tener un… un busto del tamaño que una quiera.

—¿Qué estás insinuando? —preguntó Raymond.

—Estaba pensando, querido, que, en los dos o tres días que Lou trabajó allí, una mujer pudo hacer los dos papeles. Tú misma has dicho, Lou, que apenas veías al ama de llaves; sólo un momento por la mañana, cuando te subía la bandeja con el café. En el teatro vemos a esos artistas tan hábiles que salen al escenario caracterizados de personas distintas, contando sólo con uno o dos minutos para hacerlo, y estoy segura de que esta otra caracterización no ofrecía la menor dificultad. Aquel peinado a la Pompadour podía ser, sencillamente, una peluca.

—¡Tía Jane! ¿Quieres decir que la señorita Greenshaw estaba muerta antes de que empezara yo a trabajar en la casa?

—Muerta, no. Seguramente adormilada con narcóticos. Cosa facilísima para una mujer sin escrúpulos como el ama de llaves. Entonces se puso de acuerdo contigo para lo del trabajo y te dijo que llamaras al sobrino, invitándole a comer a una hora determinada. La única persona que hubiera sabido que la señorita Greenshaw no era la señorita Greenshaw era Alfred. Y no sé si te acordarás que los dos primeros días de trabajar tú allí llovió y la señorita Greenshaw no salió de casa. Alfred nunca entraba en la casa, por su enemistad con el ama de llaves. Y la última mañana Alfred estaba en la avenida, mientras la señorita Greenshaw trabajaba en el jardín rocoso… me gustaría ver ese jardín.

—¿Quieres decir que fue la señora Creeswell quien mató a la señorita Greenshaw?

—Creo que la señora Creeswell, después de llevarte el café, cerró la puerta con llave al salir y llevó al salón a la señorita Greenshaw,

que estaba inconsciente. Luego se disfrazó de señorita Greenshaw y salió a trabajar en el jardín rocoso, donde tú podías verla desde la ventana. En el momento oportuno lanzó un grito y entró en la casa tambaleándose y agarrando una flecha, como si le hubiera penetrado en la garganta. Pidió socorro y tuvo buen cuidado de decir: «fue él», para alejar las sospechas del ama de llaves. Además gritó hacia la ventana del ama de llaves, como si estuviera viéndola allí. Luego, una vez dentro del salón, tiró una mesa sobre la que había unos objetos de porcelana…, corrió escaleras arriba, se puso su peluca a lo Pompadour y, segundos más tarde, pudo perfectamente sacar la cabeza por la ventana y decirte que también a ella la habían encerrado con llave, fabricando así su coartada.

—Pero es cierto que la habían encerrado con llave —dijo Lou.

—Ya lo sé. Ahí es donde interviene el policía.

—¿Qué policía?

—Eso, ¿qué policía? ¿Quiere usted decirme, inspector, con exactitud, cómo y cuándo llegó usted al lugar del crimen?

El inspector pareció un poco desconcertado.

—A las 12.29 recibimos una llamada telefónica de la señora Creeswell, ama de llaves de la señorita Greenshaw; nos dijo que habían disparado contra su señora. El sargento Cayley y yo salimos inmediatamente en coche para allá y llegamos a la casa a las 12.35. Encontramos a la señora Greenshaw muerta y a las dos señoras encerradas ambas bajo llave en sus habitaciones.

—Ya lo estás viendo, querida —dijo la señorita Marple a Lou—. El policía que tú viste no era un policía de verdad. No volviste a pensar en él, naturalmente; un uniforme más.

—¿Pero quién… por qué?

—En cuanto a quién… bueno, si están representando «Un beso para la Cenicienta», el personaje principal es un policía. Lo único que tenía que hacer Nat Fletcher era coger el traje que lleva en escena. Preguntó la dirección en un garaje, teniendo buen cuidado de llamar la atención sobre la hora, las doce y veinticinco; luego corre hacia aquí, deja el coche a la vuelta de una esquina, se pone el uniforme de policía y representa su escena.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué?

—Alguien tenía que cerrar por fuera la puerta de la habitación del ama de llaves y alguien tenía que clavarle la flecha en la

garganta a la señorita Greenshaw. Se puede clavar una flecha en un cuerpo sin necesidad de dispararla, pero hace falta fuerza.

—¿Quieres decir que los dos eran cómplices?

—Lo más probable es que sean madre e hijo.

—Pero la hermana de la señorita Greenshaw murió hace mucho tiempo.

—Sí, pero no tengo la menor duda de que el señor Fletcher se volvió a casar. Por lo que he oído de él, es de los que se vuelven a casar. También creo posible que el niño muriera y que el llamado sobrino sea hijo de la segunda mujer y no tenga ningún parentesco con la familia Greenshaw. La mujer se metió de ama de llaves en la casa y exploró el terreno. Luego él escribió a la señorita Greenshaw y le propuso venir a visitarla, puede que haya dicho en broma que iba a venir con su uniforme de policía, o la invitó a que fuera a ver la obra. Pero creo que ella sospechó la verdad y se negó a verle. Nat Fletcher hubiera sido su heredero si la señorita Greenshaw hubiera muerto sin hacer testamento. Pero, naturalmente, una vez hecho el testamento a favor del ama de llaves, como ellos creían, todo era coser y cantar.

—Pero ¿por qué empleó una flecha? —objetó Joan—. Resulta tan rebuscado…

—Nada de rebuscado, querida. Alfred pertenece a un club de tiro con arco y pretendían que Alfred cargara con la culpa. El hecho de que a las doce y veinte estuviera ya en la cervecería fue una desgracia para ellos. Siempre se marchaba un poquito antes de la hora, y de hacerlo así hubiera sido perfecto… —meneó la cabeza—. La verdad es que no está bien… moralmente, quiero decir, que la pereza de Alfred le haya salvado la vida.

El inspector se aclaró la voz.

—Bueno, señora, estas ideas suyas son muy interesantes. Naturalmente, tendré que investigar…

1

La señorita Marple y Raymond West estaban junto al jardín rocoso, mirando una cesta llena de plantas medio podridas.

La señorita Marple murmuró:

—Cestillo de oro, corona de rey, campánula… Sí, no me hacen falta más pruebas. La persona que estaba ayer aquí arrancó las plantas junto con los hierbajos. Ahora sé que tengo razón. Gracias por traerme aquí, querido Raymond. Quería ver esto por mí misma.

Los dos alzaron la vista hacia la absurda mole de «la locura de Greenshaw».

Una tos les hizo volver la cabeza. Un joven bastante guapo estaba también mirando la casa.

—Es grande, ¿eh? —dijo—. Demasiado grande para este tiempo… por lo menos eso dicen. Yo no estoy tan seguro. Si ganara a las quinielas y tuviera mucho dinero, me gustaría hacer una casa como esa.

Les sonrió tímidamente.

—Me figuro que ahora podré decirlo… esa casa que ven ustedes ahí la hizo mi bisabuelo —dijo Alfred Pollok—. Y menuda casa es, por más que la llamen «La locura de Greenshaw».

AGATHA CHRISTIE, (Torquay, 15 de septiembre de 1890 - Wallingford, 12 de enero de 1976). Nacida Agatha Mary Clarissa Miller, fue una escritora inglesa especializada en los géneros policial y romántico, por cuyo trabajo recibió reconocimiento a nivel internacional. Si bien redactó también cuentos y obras de teatro, sus 79 novelas y decenas de historias breves fueron traducidas a casi todos los idiomas, y varias adaptadas para cine y teatro. Sus clásicos personajes Hércules Poirot y Miss Marple fueron muy populares. Sus cuatro mil millones de novelas vendidas conforman una cifra solamente equiparable con la de William Shakespeare, habiendo sido traducidas a aproximadamente 103 idiomas. Hasta su muerte, recibió múltiples reconocimientos y honores que incluyen un premio Edgar, el Grand Master Award de la Asociación de Escritores de Misterio, diversos doctorados honoris causa y la designación como Comendadora de la Orden del Imperio Británico por la reina Isabel II.

Notas

[1] Especie de petardos, envueltos en papel de color y que contienen un pequeño regalo, como un sombrero de papel. < <

[2] Alusión a la creencia popular de que los que se besan debajo del muérdago se casan. < <

[3] Departamento de Investigación Criminal. <<

[4] Calle de Londres donde viven muchos médicos de fama. < <

[5] Famoso mausoleo construido en Agrá (India) en el siglo XVII por Shah Jaban, para su esposa favorita. < <

[6] Se insinúa aquí que la señora Creeswell era de origen humilde, ya que son los londinenses poco cultos los que no pronuncian la «h» al principio de las palabras. < <

[7] Departamento de Investigación Criminal. <<